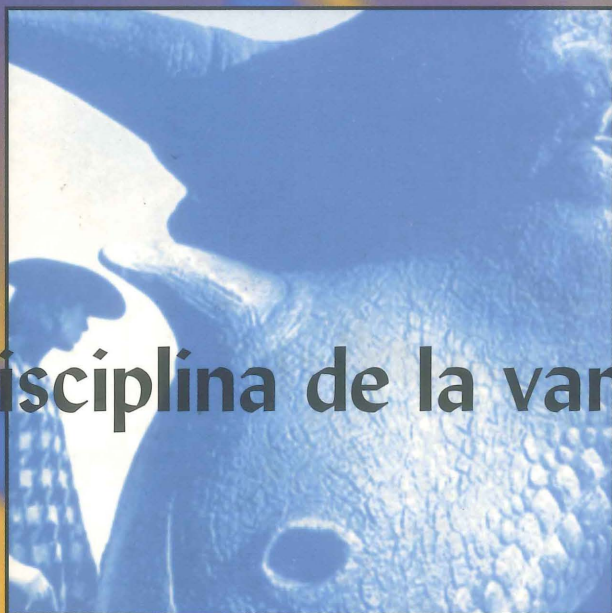


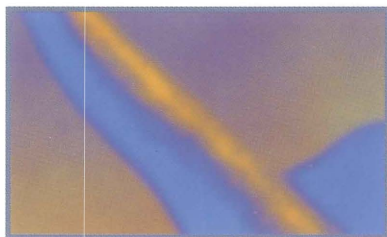
IVÁN THAYS



La disciplina de la vanidad

Serie Ficciones NARRATIVA

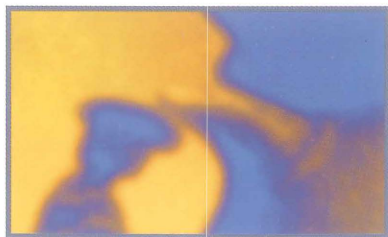
Pontificia Universidad Católica del Perú - FONDO EDITORIAL 2000



## Iván Thays

(Lima, 1968) estudió Literatura y Lingüística en la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Publicó en 1992 el conjunto de cuentos *Las fotografías de Frances Farmer*. Luego, en 1995, la novela *Escenas de Caza* y, en 1999, su segunda novela *El viaje interior*. Cuentos suyos han aparecido en diversas antologías de la nueva narrativa latinoamericana.



Serie Ficciones NARRATIVA



## La disciplina de la vanidad

---

Serie Ficciones NARRATIVA

---

I V Á N T H A Y S

# La disciplina de la vanidad



Pontificia Universidad Católica del Perú - FONDO EDITORIAL 2000

*La disciplina de la vanidad*

Primera edición: noviembre de 2000  
2000 ejemplares

Dirección editorial: Dante Antonioli D.  
Responsable de la Serie Ficciones: Estrella Guerra C.  
Diseño de cubierta: Edgard Thays V.

© Iván Thays, 2000  
Derechos exclusivos en Perú

© 2000 de esta edición:  
Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú  
Av. Universitaria cuadra 18, San Miguel, Lima Perú  
Teléfonos: 460-0872, 460-2870 anexos 220 y 356  
Email: <feditor@pucp.edu.pe>

Derechos reservados. Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

ISBN: 9972-42-365-4  
Hecho el Depósito Legal: 1501032000-4148

Impreso en Perú - Printed in Peru



«Hablo en el umbral de este libro porque he sido el  
último que ha conocido las ceremonias. Hablo  
asimismo, como siempre, para engañar. Ni a mí ni a  
ningún otro está dedicado este libro.  
Este libro está dedicado al dedicar».

TALLEYRAND



## EL RINOCERONTE

LAS HERRUMBROSAS CADENAS sostenían una plataforma. Su chirrido era espantoso. Se balanceaba. Era increíble cómo todos, en ese momento, estábamos tan pendientes de aquellas cadenas, sin percatarnos del milagro o del absurdo: un rinoceronte que descendía desde el cielo, recostado sobre aquella plataforma mecánica. Sus patas colgaban de una manera triste. Tenía los ojos entornados, no completamente dormidos; un destello oscuro relucía desde el fondo de esos ojos negrísimos. Era un ser monstruoso y sucio. Un humus verde forraba el lomo como una greba. Cuando estuvo a dos metros de nosotros, los obreros detuvieron la maquinaria. Bajo la plataforma se observaba un agujero profundo y ancho que era su celda. Apenas podía verse un poco de hierba y un espejo de agua. Los trabajadores mantuvieron al rinoceronte balanceándose sobre nuestras cabezas unos minutos. Luego, levantaron unas mangueras, conectadas a un camión cisterna, y abrieron el caño. El chorro fue violento, pero el animal no se inmutó. Los encargados del aseo, haciendo eco de nuestras miradas y preguntas, dirigieron el chorro de agua al cuerno feroz. Ni aun así despertó. El espectáculo se volvió degradante cuando un líquido marrón rojizo y espeso empezó a salir del ano del animal y a unirse con los chorros de agua. Parecía herrumbre, pero era mierda. Al fin depositaron al animal en su bóveda y los obreros se fueron. Nosotros, los escritores jóvenes, nos quedamos observando un rato al rinoceronte, como si nos costara aceptar que no desperta-

ría. Uno a uno nos fuimos separando de la fosa, hasta que no quedó casi nadie. Un solitario hombre gordo, tan sucio y grasiento como el animal, vestido con mameluco y mal afeitado, esperó a que todos nos fuéramos para internarse con un rastrillo dentro del agujero y empezar a cepillar las escasas púas que eran el pelo del rinoceronte.

## EL VELO

UN HILO DE DIARREA ESPESA: curioso comienzo de un ensayo sobre un asunto tan delicado y transparente como la vanidad. Sin embargo, no es una ironía ni una paradoja. Menos aún una parodia. Significa solo que los extremos de la Tierra están siempre íntimamente ligados. Una moneda girando, que muestra al mismo tiempo ambos lados. Una peca de luz que se mueve por el contorno de una naranja. Así es la vida: un velo que desfallece y deja desnuda a una bailarina. Y es el velo, y es la bailarina.

## UN LORO

FLAUBERT COMPARÓ LA VANIDAD con un loro que pasea su plumaje entre los árboles y el orgullo con un oso que se esconde en su cueva. Y el maligno Onetti, ofendiendo injustamente la vanidad de los jóvenes escritores, dijo que hay quienes nacieron para escribir y quienes nacieron para ser escritores. ¡Ah, bueno! También está aquel *Vanitas vanitatum, et omnia vanitas* con que denuesta el Eclesiastés a quienes ni siquiera conoce (aunque más bello es el griego: *Mataiotes mataioteton, kai panta mataiotes*); pero basta, dejemos eso para Tunc, Aut, Nunquam, esos tres jóvenes turcos, ese círculo de mafiosos, esos viles jueces, fiscales del buen gusto, incansables perseguidores de los gestos de vanidad de los escritores jóvenes desde las páginas de sus diarios, semanarios y revistas. Tunc,



chico listo; Aut, a veces ingenioso; Nunquam, el más adorable de todos. Después se hablará de ellos; ahora dejémoslos descansar a los tres en un café de moda, después de una agotadora jornada de máquinas rápidas e ideas lentas. Después de todo, el hipotético lector de este ensayo no está aún en condiciones de considerar en frío e imparcialmente a estos queridos municipales, a esta entrañable baja policía de la ética literaria. El lector estaría tentado de ser demasiado severo con ellos. Y, la verdad, esos tres son en el fondo unos sujetos simpatiquísimos.

### UNA PRESENTACIÓN

POR OTRA PARTE, CREO QUE NO DEBO demorar más la presentación de esa pandilla pues no debemos dejar de contar con el hecho incontrastable, tristísimo, de que en toda trinidad hay un par de mártires y un chacal que se intentará aprovechar de ellos. Un Gólgota en negativo, con su ladrón entre dos cristos. Casi temo llegar al final de toda esta historia, que ya me lo sé, que ya me duele. Tunc, Aut, Nunquam... ¡Cuánto se quieren ahora y qué poco se querrán después! ¡Cuánto los odié entonces y cuántos los amo ahora!

Bueno, quizá sí, quizá deba hablar un poquito más del tema y cerrarlo, antes de dejar de hablar de ellos por un buen rato, hasta dar la apariencia de que los he olvidado. Tunc, el *entonces*, con su absoluta certeza en el momento literario, enamorado de la posmodernidad, de la generación X y de la literatura norteamericana, director de una revista literaria de moda. Nunquam, el *nunca*, editor de un diario cultural, escéptico y bien vestido, seguro de que la literatura no tiene sentido en este mundo, de que ya todo está dicho, de que las palabras no sirven para nada. Y finalmente, Aut, la conjunción, el *o*, la unión de los extremos, el vacío, el que no significa nada sin el contexto, sin los demás, sin Tunc, sin Nunquam. El cero. Aut, pobre de él, tan feo, tan sucio, con los zapatos ho-

rrendos, con una carrera literaria mediocre, elaborada en cafés universitarios y bares para estudiantes, escritor que prometía tanto pero cuyas alas le fueron cortadas desde el inicio y hoy, lamentable, vive a la sombra de quienes nunca lo querrán pero lo necesitan. Tunc, Aut y Nunquam: tres jóvenes viejos periodistas que un santo día se reunieron para formar la Liga en pro de la Moral y el Buen Gusto y contra la Vanidad de los Escritores. Desde aquella memorable fecha, su santísima misión ha sido la de tender trampillas, meter cabes, urdir triquiñuelas y jugarretas para hacer caer a los escritores en la elástica telaraña de vanidad que ellos mismos han tejido a su alrededor para engatusar a algún lector incrédulo y obligarlo a que los alabe (dicen Tunc, Aut y Nunquam). Y yo, debo reconocer, yo mismo, pobre de mí, he sido víctima alguna vez de sus ardides. Una vez al menos. Cuando Nunquam, más guapo que nunca, con una chivita becqueriana y un saco de terciopelo negro realmente adorable, hizo una apuesta con Tunc y Aut. Una persona ajena a esta historia, una buena mujer, una secretaria, llamó a mi casa de parte de un diario muy vendedor y famoso que dirigía Nunquam para saber mi opinión sobre el efecto de los rayos gamma en las caléndulas o algo así. No me pudo encontrar y se preocupó por no poder llenar el agujero en la página antes del cierre. ¿A quién más podría preguntarle? Le preguntó a Nunquam, quien le dijo que no se preocupara, que yo llamaría de inmediato. Entonces, él hizo una apuesta con Tunc y luego con Aut (el lector deberá anotar y recordar este orden de preferencia), asegurando que yo llamaría en menos de dos horas a la redacción. Tunc dijo que yo llamaría al día siguiente y el bendito Aut, dándose las del que apuesta todo por nada y busca siempre el golpe, dijo que no llamaría. Ganó Nunquam, pues llamé en menos de media hora y me puse de inmediato al servicio de la dama en cuestión, ofrecí una foto y agradecí la deferencia, mientras la perversa tríada moría de risa en la oficina de Nunquam. ¿Dije que ganó Nunquam? Caray, pienso ahora, como siempre, que ganaron los tres.

## PRIMERA MENCIÓN A ELLA

Y SI DIGO QUE LA EXTRAÑARÉ es porque la extrañaré. No se trata de amor, necesariamente, pero se trata de psique. Un Lexotán no hará que la olvide, pero ayuda. Mis ojos aún se estrellan en los suyos y lo harán por mucho tiempo más.

## A MODO DE EPÍGRAFE

¡LA VANIDAD! PERO BASTA DE RODEOS. Es momento de que empiece el discurso que tengo preparado sobre el tema (y el alumno aplicado abre su cuaderno, enfila su lápiz o pluma sobre la hoja inmaculada, demasiado blanca, y levanta su cabeza hacia mí para dejarme continuar). Pero no, no lo haré. ¡La vanidad! En efecto, difícil tema (y el alumno aplicado mantiene el cuaderno abierto, pero ha bajado su lápiz o pluma y se prepara para una larga y aburrida disertación, una perorata, una digresión aburrida, durante la cual pensará en su noviecita, en qué haría si se sacara la lotería o en qué hará más tarde, mientras se pregunta, en un alarde de pensamiento simultáneo, si apuntaré alguna vez algo en la pizarra). Pero no hablemos de la vanidad, no nos vayamos por las ramas (y el alumno aplicado sonrío irónicamente, volteando hacia atrás para calibrar si sus compañeros captan su ironía contra mí. Felizmente, el resto de alumnos, más por bestias que por cómplices, no le devuelven el gesto de ingenio). No puedo distraerme, tengo que hacer maletas y prepararme anímicamente para tomar un avión. Por el momento voy a dejarlos solamente con un par de frases de Robert Walser, admirado por Kafka, Roth, Musil, Canetti, Bernhard, Handke y *tutti quanti* son alguien en la literatura alemana (no se tienen noticias de qué opinaban sobre él Hesse, Mann, Böll ni Grass; eso es un buen augurio).

DICE WALSER: «COLGAR DE LA PARED de un restaurante, ¡qué destino tan desagradable! Florecer en un cartel para luego desaparecer. Un cartel releva a otro, una lectura pública de las propias obras cede su puesto a la siguiente. Todo ese entrar en escena y salir furtivamente me pone melancólico. Tan pronto es un caballero como una dama. ¡Cómo deben esforzarse, y por cierto que lo hacen a gusto! Tras lo cual sigue cada vez uno de esos artículos que inspiran respeto. Pero hay algo que no funciona en todo aquello. ¡Cómo se aparecen por ahí de pronto con su último libro en la mano para luego retirarse a paso de baile! Cada número es consciente de que otro lo seguirá. Siempre hay carteles frescos que anuncian forraje fresco para gente a la que se le ofrece la oportunidad de asistir a una velada cultural. ¿Adónde lleva todo eso? Algunos se presentan varias veces, están *en vogue*, pero un día se agotará la reserva de escritores y escritoras. ¿Y entonces qué? Vivimos en tiempos cartelíferos. Los tíos con la cabeza repleta de ideas acaban siendo totalmente ordinarios. Ninguno de ellos conserva el menor nimbo. Lo raro se encoge cada día más. Parece que funcionara una fábrica para volver lo habitual en insólito. Los poetas tímidos pertenecen al pasado. ¿Me sentaré yo también en una mesa de conferencias y seré profanado? Hasta ahora creo firmemente que jamás lo haré. Hölderlin, el noble, sucumbió al amor, a la grandeza el enmudecimiento poético. Estoy de tan buen humor que me avergüenzo. ¿Tendré también yo mi cartel algún día? ¿Acabará vencido por lo mismo? ¿Brillaré un rato en alguna pared para dejarle el puesto a un sucesor? Una de esas damas de cartel, que acababa de ser colgada y descolgada, se paseaba un día conmigo; la tarde era espléndida, ¡qué emoción ver elevarse las ramitas en el aire! “¿Cómo puede usted vivir”, me preguntó, “sin que se vean carteles suyos?” Yo miré al suelo y repliqué: “Temo perder mi poquito de felicidad”».



## OTRO EPÍGRAFE

DICE ROBERTO CALASSO: «TAMBIÉN GOETHE conocía el arte de ocultar todo en la superficie».

### LA TEMIDA AVIACIÓN COMERCIAL

NO EXISTE SÍNTOMA MÁS CLARO de vanidad literaria que el miedo a los aviones. Todo escritor que se introduce en el vientre de uno de esos artefactos, tarde o temprano (dependiendo de las horas de vuelo), piensa en los titulares que anunciarán su desaparición. Si es un escritor joven, se imagina lo que dirán sus amigos en las columnas de los jueves o del sábado. Si es un escritor más notorio, lo que dirá el suplemento dominical (y sueña, secretamente, con una foto de carátula). Un escritor consagrado se imagina, sin lugar a dudas, su retrato en las primeras páginas de los diarios importantes, los suplementos y *dossiers* dedicados a su vida y obra, las necrologías apareciendo y esparciéndose, como geranios, donde uno menos se imagina. Los tres tipos de escritores, sin embargo, sueñan también con sus nombres destacados en la lista de pasajeros. Su nombre, su solo nombre, hará más dramática la tragedia, más injusta, más dolorosa. Cambiará el tenor de la noticia. Ya no es: «Avión cae y mueren 120»; ahora será: «M. muere al caer avión en que viajaba a dar conferencia». Ese pensamiento lo asusta y enternece. Le hace sonreír con coquetería.

Pero el miedo a los aviones no es una broma. Volar no es natural. Solo la soberbia ilimitada de los seres humanos (camuflada como curiosidad o tecnología) puede haber ideado la forma de volar en horrendos armatostes de fierro cuyos goznes suenan destartalados mientras comparten el cielo con la grácil golondrina y la veloz águila. Me imagino una escena del siglo XXI: un niño aprendiendo en la escuela que sus abuelos volaban en esas latas enormes, sonriendo con cierto temor e ironía, feliz de haber nacido en

su tiempo, cuando los vuelos serán ágiles y dinámicos; satisfecho de su época como nosotros lo estamos de la nuestra al mirar los instrumentos que usaban los dentistas de siglos pasados. Volar en avión. ¡Qué miseria! Y hay algunos canallas que gustan de hacerlo, que se sienten ejecutivos del aire, miembros anacrónicos del *jet-set* de los setenta, que volaban de París a Nueva York en el bisoño *Concorde* para bailar en Studio 54 con la aún joven Carolina de Mónaco, una chica de purpurina que dejaba su brillo en quien la tocara.

Toman asiento en la sala de espera; leen con atención un libro bastante grueso, probablemente en inglés, comprado en el aeropuerto; esperan el llamado al abordaje de la operadora de vuelo; suben al avión, se acomodan el cinturón de seguridad, atienden a las instrucciones de las aeromozas sobre salidas de emergencia con la sonrisa satisfecha de quien ha visto aquello mil veces; vuelven a su libro, escriben un par de líneas en una libreta que guardan en su saco (jamás viajan con algo distinto de un saco); piden un whisky a la aeromoza tratando de no parecer emocionados; almuerzan, cenan o desayunan con especial cuidado, disfrutando realmente de cada bocado miserable aunque luego dirán, por supuesto, que no hay nada más desabrido que las comidas de los aviones.

## PRIMER ENCUENTRO

PERO YO TENÍA QUE VIAJAR EN AVIÓN. Me habían invitado a un encuentro de escritores en España, mi primer encuentro, el primer viaje a Europa. Tenía que madrugar para tomar el vuelo. A aquel encuentro de escritores habían invitado también a Tunc, a Aut y a Nunquam. Y a Mario, un escritor joven mayor que yo y dueño de una obra absolutamente personal. Tunc y Aut viajarían en otro vuelo. Me tocó en suerte viajar con Nunquam y con Mario. Vi llegar a Nunquam vestido para la ocasión, con un saco de piel de

camello, pantalón oscuro, zapatos lustrosos, un pañuelo de búlgaros atado al cuello (quizá un exceso), arrastrando una fina maleta con ruedas y llevando sobre el hombro un maletín para computadora portátil, color azul cobalto y de la misma marca que las maletas. Lo primero que pasó por mi cabeza al verlo ponerse tres lugares más atrás en la fila, levantándose la ceja en señal de reconocimiento, fue que Nunquam no necesitaría Lexotán para soportar el vuelo. Las solidarias pastillitas rosadas que llevaba en la secreta de mi pantalón se me hicieron más pesadas, me convirtieron en un ser minúsculo, me avergonzaron.

## UN CABO SUELTO

ACERCA DE LA LECTURA EN LAS SALAS DE ESPERA en los aviones, una pregunta me quedó flotando, un cabo suelto. A saber, ¿por qué nadie lee en los aeropuertos libros empastados, obviamente extraídos de la biblioteca del abuelo? ¿Por qué todos se empeñan en libros de bolsillo, *paperbacks*, en otros idiomas, con carátulas estridentes? ¿Por qué solo libros de autores de moda? ¿Por qué Auster, Mastretta, Nabokov, Rushdie, Bayly? ¿Cuándo leerá alguien un tomo de enciclopedia? ¿Cuándo a Balzac?

## ROMEO Y JULIETA

UNA PAREJA DE NOVIOS TOMA SU AVIÓN por separado, uno en el Sur y otro en el Norte. Ella en Buenos Aires, él en México D.F. Ambos han tenido que partir por asuntos de trabajo, y cada uno en un país extraño ha coordinado por *e-mail* la llegada, el mismo día, a Lima. Ella ha tenido una aventura, un beso en medio de un baile en una discoteca, algo de sexo que puede ser atribuido al alcohol, a la noche, a una discusión con el novio antes de la partida, a la poca luz interior. De la aventura, sin embargo, ha salido más enamorada

del novio, y eso es bueno. El novio, en México, encerrado en sí mismo, claustrofóbico, observa la ciudad desde la ventana de su hotel. Es obvio que se aburre, que piensa en ella y lamenta no estar a su lado. Obvio también que le sobrevendrá dentro de poco uno de sus ataques de agorafobia, el monstruo de los espacios abiertos, quizá en la misma plaza Garibaldi. Ambos toman el avión de regreso el mismo día, según lo acordado. Ambos piensan en el aeropuerto que esas vacaciones forzadas les han hecho enamorarse de sí mismos y, a través de ese amor, del otro. Sin duda, se esperan cargados de expectativa ese domingo, porque es domingo el día elegido. Él deberá esperarla un par de horas en el aeropuerto de Lima, no todo podía ser perfecto, pero no es nada dramático. La mesa del amor está dispuesta, la tercera llamada, el escenario en penumbras y silencio que espera el levantamiento del telón. Luego, la fatalidad. No hay mucho que decir al respecto. El avión de ella cae por una falla del sistema, quizá un error humano, un cálculo que falló por décimas. El de él, qué diablos, quizá un ratón se devoró algún cable. ¿Lo habían previsto? Habían previsto amarse hasta la muerte. Pero la muerte, ¿la habían previsto?

## DESTINO

EL AVIÓN DE IBERIA HA LLEGADO AL FIN a su destino. El aterrizaje ha sido un desastre; pero ¿cuándo no lo es? Vencido por la aviación comercial, observo, arrojado sobre tres asientos en la sala de espera del aeropuerto, con las piernas que me cuelgan y las maletas esparcidas alrededor, el desplazamiento de los demás invitados que van llegando. Los organizadores tuvieron la intención de que todos llegaran el mismo día. Decenas de aviones, cientos de líneas cruzadas en el aire, para hacer coincidir a todos en el pequeño aeropuerto de Málaga. En mi vuelo han llegado varios centroamericanos, porque hacía escala en Panamá. También Mario y Nunquam, quien camina con la felicidad de un pavo real, arras-



trando la perfecta maleta de vuelo aerodinámica, diseñada por los mismos que hacen las cabinas de los aviones, las turbinas, los cubiertos y las frazadas. Y quizá hasta las naves espaciales y los zapatos para maratones. Un minibús está en la puerta, con el nombre de la organización que nos invitó al congreso. Ya está repleto. La delegación venezolana ha llegado treinta minutos antes que nosotros y se ha apoderado del vehículo. Los demás tendremos que esperar que el auto los deje en su destino y regrese por nosotros. Los organizadores, sin embargo, planean quizá alquilar algo por ahí y partir juntos. Momento de decisiones. Dos mujeres destacan entre las venezolanas. Una pelirroja, curiosamente parecida a una novia que tuve hace años, y una morena demasiado bella y minifaldera para no ser poeta erótica (y lo era). En medio de todos, otro personaje destaca: un niño de catorce años. Un *rimbaud*, con minúscula porque el apellido ese debería ser sustantivo común. ¿Acaso no era dieciocho el límite de edad? Con la cabeza afeitada, la ropa inmensa y un gorro verde que las orejas no aciertan a detener y le cubre hasta la nariz, mira a todos con recelo. De inmediato, recuerdo a un enano de Blancanieves. El que llamaban Tontín. Y estoy así, haciéndome el payaso para mí mismo, llamando Tontín al probable niño genio. Sube al minibús al final, podría caber en un cenicero, y se van todos juntos, entre sonrisas comunes, como un colegio en viaje de promoción. Nunquam se anima a conversar conmigo. Los dos estamos interesados en lo mismo: la edad del niño del gorro. ¿Una estafa? ¿El primer insoportable *rimbaud* que debemos ver? ¿El hijo de alguien? Nunquam solo se ríe ante las posibilidades. De pronto, se desplaza hasta el grupo, conversa con ellos un segundo y vuelve hacia mí cuando ellos se han ido.

—¿Y? —pregunto.

—Lo único que puedo decirte —dijo Nunquam— es que no es un niño sino una niña.

Luego, voltea hacia mí y dice: «Pobre escritor joven vencido por la aviación comercial».

## CARTA

ESTIMADO LECTOR,

Lo afectuoso de su carta, la calidez de su letra escrita en el papel *bulky* color melón, me dieron ganas de devolverle de inmediato una carta similar. Pero en el estado de ánimo en que me encuentro, no hay duda de que el *e-mail* es el mejor medio para contestarle. Debo decirle que no pienso hablar de mi libro frente a usted. Quizá le sea difícil comprenderlo, pero ese es un libro que a mí no me interesa, como no me interesa ninguno que yo haya escrito y publicado. Sin embargo, reconozco que es muy acertado lo que dice acerca del ninguneo, la mezquindad, la maldad de los críticos envidiosos que me tratan con frases de perdonavidas o buscando mil retruécanos para no decir lo que realmente piensan. Los escritores estamos sometidos a esas infamias, a esa canallesca lacra que son los críticos literarios. Todos ellos, encerrados en sus apuestos cubiles de fiera que son las redacciones de los diarios, mal pagados articulistas al menudeo de palabras, han hecho del deporte de las máquinas de escribir y del comentar libros un arte de modistillas. Coja usted un alto palo de madera, úntele sebo de vaca en generosas proporciones y haga trepar por él a cualquier escritor que tenga auténtico talento. Disfrute verlo resbalar en vano tratando de subir. Ya es usted un crítico más de la fauna. Uno ofrece su corazón, se corta las venas escribiendo, ¿para que? ¿para quién? Nadie oye... A propósito, agradezco mucho la confianza y me encantaría leer sus cuentos inéditos, que por la belleza de su carta me imagino espléndidos, pero lamentablemente estoy lleno de trabajo en estos días. Y no hablo, pobre de mí, de trabajo literario (aunque tengo una novela inédita) sino de trabajo para sobrevivir. Porque en este país, la literatura no vale un cuerno para nadie, y uno tiene que desgañitarse dictando clases y escribiendo artículos literarios para poder llevarse un pan a la boca, cuando debería uno estar alimentándose exclusivamente de faisán.

Bueno, un saludo.

El autor.

## EL PLANO

PERMANEZCO INSENSIBLE AL RIDÍCULO de escribir sobre la vanidad, cuando parece que el único tema literario es la violencia, la muerte. No permanezco igual de impermeable, sin embargo, frente a la posible acusación de que este libro no tiene arquitectura. Desde que Tolstoi se defendió de S. A. Bashinski (pobre infeliz que acusó a *Ana Karenina* de no tener estructura y de ser apenas dos historias sin conexión en un mismo libro) argumentando que esas dos historias tenían «un vínculo interior», todos los autores estamos defendidos. Como no existe mejor constructor que el maestro Tolstoi, lo he contratado para que me diseñe los planos de lo que será esta mansión literaria. La he pedido suntuosa pero contemporánea. Largos corredores, bóvedas para almacenar comida para el invierno, cuartos iluminados con luces y sombras naturales, algunas boscosas buganvillas que den aliento silvestre al cielo normalmente limpio. He ordenado, eso sí, eliminar toda noción de funcionalidad, adoración pagana, idolatría de moderna arquitectura. Tolstoi me ha entregado esta mañana los planos, que he abierto aún en pijamas y bendecido desde las temblorosas sombras de mis legañas. Es espléndido. Helo aquí:

«La vanidad es una pasión incomprensible, uno de aquellos males como la epidemia, la carestía, la langosta, la guerra, por medio de los cuales la Providencia castiga a los hombres... Es una especie de enfermedad moral del orden de la lepra: destruye sólo una parte pero mutila el todo; se insinúa poco a poco y sin ser vista, luego se extiende a todo el organismo; no hay actitud a la que no corrompa; es como una enfermedad venérea: si se erradica de un lugar, se manifiesta con fuerza en otro.

El vanidoso no conoce ni alegría, ni dolor, ni amor, ni miedo, ni envidia verdaderos. Todo en él es desnaturalizado, forzado...

Sufrí mucho por esa pasión; dañó los mejores años de mi vida y me quitó para siempre la frescura, toda la audacia, toda la alegría y la iniciativa de la juventud».

## TOLSTOI

LA MAÑANA DE UN 6 DE ABRIL, Tolstoi se encontraba semidesnudo en un cuarto de hotel en París. Caminaba con una ligera exaltación, que poco a poco se volvía más densa, mientras demoraba su aseo. Era un joven soldado de cabellos negros, un metro y medio de estatura y vigorosa complexión, que acababa de confundir las explosiones de la guerra con fuegos artificiales. Terminó de vestirse y salió de su habitación. Se dirigía a la Place de la Roquette, donde un asesino iba a ser guillotinado. Un hombre de cuello blanco y grueso fue llevado al cadalso y mostrado durante unos segundos a la multitud. Para sorpresa de Tolstoi, no hubo insultos ni manos levantadas ni expresiones de dolor ni lágrimas postreras. Vio dos besos: uno poco sonoro de una pariente lejana para despedir al preso. Uno siniestro, del condenado a la Biblia, con las manos atadas a la espalda, obligado a hacer un esfuerzo gimnástico pues el verdugo había puesto muy bajo las sagradas escrituras. Al lado de Tolstoi, un padre explicaba a su hija las virtudes higiénicas de la guillotina. En el momento cumbre se hizo un largo silencio; muchas curiosidades y un solo asombro, el de Tolstoi. Luego, fue cuestión de segundos, la hoja de metal cayendo limpiamente, un golpe seco para avisar que había traspasado sin problemas el cuello, la cabeza desprendiéndose del tronco, un balde recibiendo la sangre, una cesta recibiendo la cabeza que esta vez no miró al escenario sino a su inalterable verdugo. Poco a poco la gente se fue alejando de la Place de la Roquette, que volvía a tener el aspecto apacible de todos los días, pese a que Tolstoi demoraba la partida tratando de descubrir la atrocidad flotando en el ambiente. Se fue defraudado y enfermo. Tuvo insomnio varias noches, sueños en los cuales la hoja caía sobre su cuello. Luego, escribió una carta con dirección a la villa Bocage y que tenía como destinataria al gran amor de su vida, su prima Aleksandra Tolstaia. Ahí le comentaba que había asistido a la ejecución de un asesino para «ponerse



a prueba». ¿De qué prueba hablaba? Una prueba de amor y diletantismo, sin lugar a dudas. La anécdota se cerraría de manera genial para algunos si Tolstoi hubiera buscado esa experiencia para llevarla a la literatura. No fue así. El esnobismo *comme il faut* de Tolstoi jamás hubiera cometido el absurdo y la falta de elegancia de tener experiencias con fines prácticos y laborales. Más bien, parece ser que su fin era poder escribir una carta que escandalizara a Aleksandra Tolstaia, tener un tema de conversación en alguna reunión social, conseguir combustible para encender su culo de luciérnaga y competir en fatuidad y luminosidad con la luz de los candiles.

## ENCUENTRO EN MORILLO

¿PARA QUÉ HEMOS VIAJADO TAN LEJOS? Esa pregunta, que quizá se hace el lector, me la hacía también yo, dando tumbos en el minibus rumbo a Morillo. Se trataba de un encuentro de escritores jóvenes que organizaba el Centro de Escritores Jóvenes (CEJ) en un local específicamente acondicionado para ese tipo de eventos que quedaba en Málaga, en una ciudad llamada Morillo. Lo único que teníamos que hacer era enviar, si teníamos menos de treinta años y más de dieciocho, un libro a la asociación juvenil española que lo organizaba. No valían inéditos. Un comité de selección escogía, por países, los autores que iban a ser invitados al encuentro-colquio de tres semanas, con todos los gastos pagados, incluyendo inverosímiles rutas de aviones para llegar todos el mismo domingo, como ya expliqué. Finalmente, éramos 90 escritores jóvenes latinoamericanos y 35 españoles los que compartiríamos experiencias, libros y sueños (cito textualmente el afiche del evento). Además, tres escritores consagrados, uno por semana, irían al evento a darnos charlas magistrales y a convivir con nosotros durante siete días. Además, tendríamos visitas guiadas a lugares exóticos y hermosos de Andalucía.

Ese era el ideal. Pero lo que nos movía a nosotros era la ambición. Nos habían dicho que Carmen Balcells iría al encuentro de incógnito, que con su buen olfato estaría pendiente de nuestro talento y que, de inmediato, contrataría a dos o tres para engrosar su ya numerosa lista y estirar así, hasta el infinito, el elástico del *boom* literario latinoamericano. Todos estábamos convencidos de que seríamos el elegido. ¿Quién si no? En nuestros respectivos países, la envidia, la mala leche, el rencor de los demás habían actuado en nuestra contra; ellos eran incapaces de entender cómo nuestras ediciones franciscanas, pagadas de nuestro propio bolsillo, partían la literatura nacional en dos. Esa miopía injusta, abusiva, arbitraria, sería rota, como por encanto, cuando Carmen Balcells nos tocara con su varita mágica y nos convirtiera en escritores de éxito. ¿Será cierto que ella puede arreglar premios? No estaría nada mal ganar el Premio Planeta antes de los treinta años. Eso quedaría muy bien en mi familia. Pero, lo que sí debíamos descubrir urgentemente era el disfraz con que se aparecería. Teníamos que estar atentos; la camarera a la que no le dejabas propina o la mujer de la fotocopidora a la que llamabas bruta porque fotocopió un cuento magistral en las dos caras de la hoja, esa podía ser la Balcells. Algunos aseguraban que se transformaba, que a veces era una vieja gorda y horrenda que rondaba los cuartos de los escritores con aliento de despenador. Y otras veces, una ingenua estudiante de lentes y libreta con dibujitos de Garfield, que corría como una *groupie* detrás de los escritores más conocidos en busca de un autógrafo y en la cual a pesar de la cara de *nerd*, uno podía ver un culito perfecto en forma de pera. ¡Pero cuidado con estirar la mano y dar un pellizcón!

## DESEMBARCO EN MORILLO

Así, DESPUÉS DE UN LARGO VIAJE, infinito para lo que deben de ser las reducidas dimensiones de Europa, llegamos a Morillo. Bajé úl-

timo del minibús o más bien penúltimo, porque detrás de mí iba Nunquam. Ahí nos esperaban Tunc y Aut, y también Mario, que nos daba la espalda y se introducía de prisa en el local del CEJ. Ellos habían llegado horas antes, y apenas se unieron a Nunquam, intercambiaron miradas y empezaron los primeros chismes. Yo, al no ser invitado al círculo de amigos, me fui tras los pasos y la prisa de Mario. Mientras me alejaba escuché que hablaban de Tontín.

## LA NIÑA SÍMBOLO

ENTONCES ERA TONTÍN, PERO ESE APODO no duró mucho. La bautizamos, Nunquam y yo, mientras estábamos en el minibús, la Niña Símbolo del encuentro. Ella era, sin dudas, el equivalente a esos personajes famélicos y desamparados que las maratones televisadas de solidaridad colocan como niños símbolo para así llamar a la compasión y conmover a la teleaudiencia. Buen truco. Esa niña flaca y sin gracia había sido convocada al congreso, obviamente, como símbolo de la esperanza y del anhelo de triunfo de la joven literatura latinoamericana. Ella era el símbolo de que el *boom* no estaba muerto y de que si acaso lo estaba, aún podía resurgir. La Niña Símbolo estaba frente a nosotros con una bandeja, esperando la cena. Nunquam y yo la mirábamos con burla, Aut no sabía cómo mirarla, Tunc empezaba a mirarla con vehemencia. La niña se había quitado la ropa del aeropuerto y ahora vestía un saco militar. El rostro seguía siendo andrógino, pero el elástico algodón del polo dejaba percibir dos breves tetas, como un par de pezones acabados de pellizcar. Algo de eso divirtió a Tunc, quien sonreía con cierta luz de pirotecnia, como quien calcula y prepara el terreno. Comprendí esa sonrisa de inmediato; también yo había leído alguna vez *Lolita*, aunque detesté esa novela esnob. Tunc y yo compartíamos el cuarto, por cierto, así que su pirotecnia me inmiscuía. En todo caso, yo no iba a ser amable necesariamente. Tendría él que conseguirme una distracción, o nada. Tunc esperaba que lo



fuera, estaba seguro de ello, y echaba una mirada feroz a la Niña Símbolo. Al fin, con hambre, llegamos hasta el cocinero y extendimos los platos. La comida era pescado. Eso lo decidía todo. Odio el pescado. Pobre Tunc. Pobre Niña Símbolo. ¡Oh, humanidad!

## MUJERES

Y YA QUE HABLAMOS DE MUJERES, quiero recordar aquí lo que dice Faulkner: «Hay sólo tres cosas que una mujer sabe hacer: decir la verdad, montar a caballo y firmar cheques». He ahí mi frase misógina por excelencia. No la uso mucho, por cierto. Normalmente soy más amable. Sobre todo con las mujeres embarazadas, o con las guapas. Ninguna de esas era, por lo pronto, la Niña Símbolo.

## ELLA

ENTONCES, EN MEDIO DE AQUELLA PRIMERA NOCHE, después de la cena, apareció ella, la Valenciana, vestida de negro, con medias negras a lo largo de sus piernas largas —¡qué remedio! A repetir palabras: la concupiscencia no es buena literatura—; ella con minifalda negra, sus piernas bellísimas cubiertas por medias. Tenía, además, un *montgomery*, un sobretodo Casablanca, color marfil o amarillo —el recuerdo es ingrato y daltónico—, largo, grande, arrugado, con alas flotantes por detrás, cubriendo todo su cuerpo vestido de negro, resaltando su rostro blanquísimo, tal vez demasiado ancho, una cara grande sin duda, tal vez demasiado pequeños los ojos en un rostro realmente ancho y con quijada, pero los labios rojos y gruesos, una mueca permanente vestida de *rouge* como el cuerpo se viste de negro; una mueca medio obscena, medio distraída, medio triste; diva de cine mudo, *Sunset Boulevard*. La Valenciana caminaba hacia mí pero no *iba* hacia mí. Era inminente que

se pasaría de largo, quizá un saludo ya que estábamos, pero se seguiría de largo esa vez y siempre. Se cruzó conmigo y sí, un saludo algo más amable que lo esperado, la mueca triste de la sonrisa con mucho lápiz de labios, ladeada hacia la izquierda, esperando el peso de un cigarrillo. El detalle: caminaba con una lata de Coca-Cola en una mano y un cigarrillo en la otra. Casualmente, también yo me paseaba por entonces con los mismos artificios. Nos reconocimos adictos y nos sonreímos de nuevo. Siguió de largo, cierto, pero despacio, su pelo por detrás se veía crítico, despeinado en la coronilla, la madriguera de una bestia. Las alas del *montgomery* ocultaban el cuerpo negro; demasiado grande el *montgomery*, ancha la cara, despeinada, inolvidable, una lata de Coca-Cola y un cigarrillo, un sobretodo colgado de una percha. Era alta.

### ¿POETA O NARRADOR?

EL PRIMERO EN DECIRLO fue el poeta panameño. Se nos acercó a Nunquam y a mí después de la cena. Nos miró a los ojos y con una enorme sonrisa de satisfacción nos preguntó: «¿Poeta o narrador?». La pregunta, tal cual, resonaría en los pasillos del lugar durante las semanas que duró el evento. Aquella primera vez contesté con sinceridad. Nunquam dijo que era el cocinero del evento. Un *bluff* que me pareció impertinente en ese momento, pero que luego sería mi salvación ante esa pregunta ridícula, absurda, constante: ¿poeta o narrador?

### EL REGODEO INFINITO EN TORNO AL YO

¿POR QUÉ HE ESCOGIDO la primera persona? Por vanidad, desde luego, pero ella no justifica, en el fondo, el pozo oscuro, justamente el mismo fondo, de aquel regodeo infinito en torno al yo. ¿Qué lo justifica entonces? Nada, más que mi aprendizaje. El yo es como

una sonda que se interna por la garganta hacia el estómago, que zumba buscando el oro, como esas varas de geomántico con que uno camina por los desiertos. Siempre estoy hablando de mi estómago. Todo lo que escribo sale de mi estómago. Nada de lo que me interese, nada de lo que sienta o piense, es ajeno a mi estómago.

¿Qué será este libro? (si acaso será algo). No tiene un destino fijo, salvo esa naturaleza de buzo. No tiene un argumento, y el lector se sorprenderá con algunas escenas, frases o citas que están fuera de contexto, que no tendrán sentido salvo para el autor. Me dejaré llevar por la sonda, por el giro de la sogá y el peso de la plomada. Es un libro hecho por zumbidos, por intuiciones, por sobresaltos. Es abrir puertas y destapar buzones y atisbar ventanas. Es leer correspondencia ajena, solo por el hecho de que uno cree que esa correspondencia o la persona que la recibió le pertenecen. Porque al vanidoso todo le pertenece.

#### **RARA COSTUMBRE DE LAS AVES**

LAS AVES TIENEN UNA RARA COSTUMBRE que consiste en volar por el mundo, extraviarse en bosques, alares y agujeros dentro de las fachadas, para acopiar una serie de pelusas, pajillas secas, ramas y hojas. El pájaro desconoce la razón por la que cumple con ese oficio de recopilador; solo trata de hacerlo lo mejor posible. Alguna vez he visto disputar a un par de pájaros por una rama, idéntica, además, a muchas de las decenas de ramitas que estaban alrededor. Era como si lucharan por una pieza de rompecabezas invisible para los humanos pero absolutamente indispensable en los diseños de ambos animales.

¿Qué diseño? Nadie podrá comprobar jamás cuál es ese diseño, si existe o no en la cabeza del pájaro antes de empezar el acopio. Es probable que no, que sea solo la naturaleza quien impulsa

ciegamente esa rara costumbre hasta que un día, en un momento determinado, como una iluminación, el ave recibe interiormente el diseño, el concepto, el plan de la Obra para la cual ha estado preparándose toda la vida. Sabe que tiene que hacer el nido, lo visualiza por completo, entiende por qué cada pieza era única y necesaria mientras lo va armando con destreza de albañil e imaginación de arquitecto.

Los escritores somos pájaros.

## PÁJAROS

DE PRONTO, ESTE NIDO ME PARECE EXTRAÑO, me intriga, me supera. He terminado el acopio pero siento que no me lleva a ninguna parte, que el nido no será construido, que debo dejar todo en la puerta de alguien acomodado, quizá un escritor con más talento (si eso es posible) o mejor suerte que yo, para que él disfrute de mi trabajo de años. El pájaro se pregunta si es posible habitar un nido distinto, un nido que parezca un desorden, que esconda la forma habitual en medio de las ramas. Quizá sí, quizá ese sea el diseño o el designio: construir un nido tan extraño que no lo parezca. Los niños de las hondas, los críticos literarios, ya conocen la forma de los nidos tradicionales. Tunc con resortera de plástico. Aut con una arrancada de un árbol, llena de polvo y con la liga ajada. Nunquam con una lustrosa carabina, mango de madera con vetas que huele a antiguo, a coto de caza, a venado y humo de chimenea. Contra esos nidos van, lanzan piedras, incluso enfilan carabinas de balines. Pero es probable que si lograrse construir un nido que pase desapercibido, un nido caótico que se mimetice en el desorden de las ramas, esas piedras no serían lanzadas. Es probable que resulte. Podría ser peor, por lo demás, porque un nido tan singular deja mucho al descubierto, se expone más de lo que debiera, no es bueno para cobijar huevos, madres, crías ni ninguna otra fragilidad.

Descubro que ese es el nido que estoy construyendo. El pájaro no se hace preguntas, no se cuestiona, solo acepta el plan y lo sigue a pie juntillas. Los humanos somos más sofisticados que los pájaros; pero quizá cobijado al interior de este nido insólito pueda simplificarme.

## LAS CUADRAS DE MORILLO

EL CEJ ERA UN LOCAL ENORME, rodeado de una cerca de alambre y con decenas de banderas en la entrada. Todo el aspecto típico de un local para convenciones. Una vez pasada la recepción nos encontrábamos con una serie de pasadizos de tierra, rodeada de un pasto recortado, que conducía a los distintos lugares del CEJ. Uno de ellos nos llevaba al auditorio, que recién conoceríamos al día siguiente. Otro, a la secretaría, desde donde los que estaban autorizados podían enviar faxes. También había otros salones de uso común, como el salón de juegos, con un fulbito de mano, mesas de ping-pong y una de billas; una habitación a todas luces insuficiente con veinte computadoras conectadas a Internet; una habitación absurdamente nostálgica con máquinas de escribir eléctricas; un comedor gigante y antiséptico, idéntico a los comedores universitarios, donde se nos serviría gratuitamente desayuno, almuerzo y comida, y el resto del día estaría reservado para tomar un café o una gaseosa, también gratis. No vi, a simple vista, ninguna enfermería, pero era mejor no pensar en eso desde el comienzo. Mientras me dirigía a mi cuarto, arrastrando por el piso de tierra las ruedas estrepitosas de mi maleta, pasé por varios lugares cuya utilidad no podía descubrir aún.

Los cuartos, escrupulosamente dibujados en unos mapas que nos entregaban en la recepción junto con una primera tanda de fotocopias, papeles de información y una maleta de plástico con el logo del encuentro, estaban divididos por cuadras. Eran cinco cuadras con doce cabañas, cada cabaña para dos personas y con baño



propio. A la entrada de cada cuadra, además, se veía un salón de juegos y uno de televisión. Las cabañas hacían un círculo que se cerraba en la entrada de la cuadra y al medio de la circunferencia, a manera de rotonda, había un pequeño jardín rodeado de bancas de piedra. Los nombres de las cuadras eran exigentemente literarios. El que me tocó en suerte llevaba el nombre de *Pálido fuego*, supongo que no como el verso de Shakespeare sino como la novela de ese pedante pedófilo Vladimir Nabokov. Los otros nombres eran igual de «simpáticos» y a la moda. Estaban ahí *El tambor de hojalata*, *Memorias de Adriano*, *El Club Dumas* y *Rayuela*.

## EL CUARTO

DESPUÉS DE CENAR REGRESÉ AL CUARTO —la habitación donde Tunc y yo pasaríamos tres semanas— decidido a cambiarme de ropa pues algunos muchachos iban a salir para buscar un bar en el pueblo y yo pretendía ir con ellos. Mi ropa, la misma del viaje, estaba sucia y arrugada. ¿Iría la Valenciana? Entré al baño. No tenía tiempo de cambiarme. Por lo menos me lavaría la cara. Me miré en el espejo.

## EL REFLEJO

MI ROSTRO EN EL ESPEJO. Imposible no detenerse a arreglarse el cabello, a quitarse una pestaña que resbala por las ojeras. A descubrir ojeras. El ácido del estaño se queda con algo de todo. El reflejo es horrendo, todo aquello en lo que intervenga algún ácido es siniestro. Sin embargo, estoy convencido de que me volvería loco si no supiera cómo es mi rostro. Si los demás tuvieran que contarme cómo soy. Tienes los ojos de este tamaño, de tal color, tu nariz es así, me recuerdas a tal persona o a este personaje. Depender de los demás para quitarse las pestañas, para arreglarse el cabello. No saber si uno es horrendo o guapo, si se ve bien cuando sonrís y si

el perfil es impresentable. Los demás vencerían siempre, uno dependería de ellos peor aun que un cuerpo sobre una silla de ruedas. Incluso el estado vegetal supone menos dependencia que esa imaginaria enfermedad en la que uno no puede ver su rostro en el espejo y los demás le hablan de sí mismo. La pérdida de la vanidad es más que un sueño de vampiros sin reflejos; es una pesadilla que conduce irremediablemente a la demencia.

### EL ROSTRO AJENO

QUE EL ROSTRO DE UNO SEA UN ROSTRO AJENO: el horror cotidiano. Me construiría una máscara, algo que pudiese moldear con mis manos, para arrebatárles mi rostro a los demás. Un artefacto que alimentara mi vanidad con urgencia. Ahora es más fácil explicar en qué consiste la entraña misma de la vanidad literaria. No depender de los demás para ser calificado. No depender de los demás, críticos, reseñadores, lectores, en ninguna medida. Quitarles el poder de describir nuestros logros o de calificar nuestras obras. Detenernos en el espejo durante horas, arreglar el cabello de una prosa desaliñada o la pestaña resbaladiza de un argumento inverosímil o de un anacronismo.

### ANACRONISMO

SIN EMBARGO, AMO LOS ANACRONISMOS. Son el esplendor de la ficción, la cumbre del artificio literario. Un mundo de anacronismos y hechos inverosímiles, aquel es el casco urbano de toda gran obra y de todo artefacto construido por un auténtico dios.

### DESCUBRIMIENTOS

UNA VEZ, TUNC DESCUBRIÓ UN ANACRONISMO en mi novela histórica. Corro con mi novela bajo el brazo, me encierro en mi cuarto,



releo el párrafo del anacronismo. Acaricio por horas la hondura del error, beso sus letras, su frase anacrónica. Nunquam ha descubierto una trama inverosímil. Aut ha encontrado un error de concordancia. Acaricio. Acaricio.

### *SPETTACOLARE*

NADA HA DAÑADO TANTO AL ARTE de fin de siglo como el culto al naturalismo. En cine, por ejemplo, se desprecian los parlamentos de autor, los rostros acicalados, la voz engolada. Se busca solo al actor que parece un vendedor de supermercado, a la chica lozana como una colegiala esperando al director. Cuando un actor dice su parlamento con «naturalidad», se elogia que no parezca impostado. Adiós a Bogart, a Dietrich, a Valentino. Louise Brook, la reina del cine mudo, cuando envejeció y parecía «persona», terminó sus días como cajera de Macy's. Alguien encontró a Sharon Stone detrás de una caja registradora y la hizo actriz. Signo de los tiempos. Horrenda influencia de aquello en la literatura. Ni siquiera es la vuelta el naturalismo del XIX, que ya de por sí sería trágico, sino peor aun, un naturalismo de las cosas cotidianas, el espectáculo de la trivialidad, la exégesis de lo pueril. Un costumbrismo viento en popa, leer para enterarse de la minúscula vida del vecino o del tipo que nos cruzamos por la calle. *Spettacolare*, escribió Lampedusa en su diario, al lado de la reseña de la película *Veinte mil leguas de viaje submarino*, que acababa de ver. Ya no hay nada espectacular.

### SALIDA NOCTURNA

PUES BIEN, AQUELLA NOCHE algunos escritores salimos a recorrer las calles de Morillo. Otros, como Mario, se quedaron en sus cuartos, doblando la ropa hasta hacerla caber en los pequeños roperos. Los que dejamos el CEJ estábamos decididos a embriagarnos esa primera noche, como lo hubiera hecho Hemingway. Porque si uno

no tiene derecho a ser Hemingway en un encuentro de escritores, entonces, ¿cuándo puede serlo? Había algunos cafés abiertos, nada interesantes, más bien carentes de personalidad. No había nada realmente atractivo, ya fuera por moderno o por típicamente campesino. Ni siquiera había gente en las calles que pudiera sorprenderse por tal cantidad de jóvenes luciérnagas iluminando las oscuras y silenciosas calles de Morillo. Al final, terminamos introduciéndonos en un café no mejor que los demás pero sí más grande. Había tres mesas largas, del mismo tamaño, y las llenamos las tres, pero de forma dispareja. En una de ellas se sentaron los argentinos, una docena de escritores, todos muy parecidos entre sí (los argentinos son los japoneses occidentales), que aplaudían para llamar al mozo y pedir un vodka, que no había porque ahí solo vendían carajillos y mistelas. La segunda mesa estaba conformada solo por tres personas: Tunc, Aut y Nunquam, quienes habían pedido cada uno un carajillo y una partida de dados grasientos. Nunquam fue el que pidió todo con una convicción bárbara, como si fuera un pueblerino de Morillo. Nunquam, siempre vestido para la ocasión, siempre listo. Y finalmente, en la otra mesa nos apiñábamos todos los demás, una reunión multinacional donde todos hablábamos al mismo tiempo. La Valenciana había venido con nosotros, pero terminó sentada en el otro extremo de la mesa, tomando el primer café de las decenas que la vería tomar en ese encuentro. Una horda de centroamericanos se la devoraban con los ojos, sobre todo cuando abandonó el *montgomery* y mostró un par de tetas maravillosas y elásticas que despreciaban el uso de sostén. Mi lado de la mesa también tenía lo suyo; me tocó sentarme al frente de la pelirroja venezolana que se parecía a mi ex novia. Aunque ella, visiblemente, se enamoraba con un brasileño pelucón con cara de buena gente, no estaba mal hacerme el distraído y de vez en cuando rozar mi pantorrilla con la suya, pues la venezolana estaba en minifalda y se moría de frío. La otra minifalda pertenecía a la morena poeta erótica costarricense, que se tomaba fotografías con

los empleados del café y con una rocola hecha en Corea un año antes, pero que a ella se le antojaba bendecida por Elvis Presley.

La noche pasó sin novedad. Las conversaciones me parecían estúpidas porque no hablaban de mi obra sino de la de ellos, que yo no conocía ni pretendía conocer. Sin oportunidad con la pelirroja, que ya acariciaba la mano del brasileño, y demasiado lejos de la Valenciana, me dediqué a terminar el vaso de mistela demasiado dulce que calentaba mi mano. Al fin, los primeros en salir fueron Tunc, Aut y Nunquam. Avanzaban los tres, como abriendo surco, delante de todos, en perfecta sincronía que no pasó desapercibida para nadie. Luego salimos nosotros, y dejamos a los argentinos discutir con los empleados por la cuenta. Alcancé a escuchar a uno de ellos que decía: «Tenés que creerle a él, de aquí se va a estudiar física en Oxford». La respuesta del empleado era sacar el lapicero que sostenía detrás de la oreja y volver a pintar sobre los números ya pintados, que daban sin remedio la misma cantidad. Luego, la docena de argentinos miraban la cuenta, se hacían gestos entre sí, peleaban y se explicaban sumas inverosímiles, mientras el tipo del bar se rascaba la oreja que sostenía el lapicero y debía pensar, quizá, lo mismo que yo mientras abandonaba el bar: «¡Japoneses!».

## LA DISCIPLINA DE LA VANIDAD

¿OTRO RETRATO DEL ARTISTA ADOLESCENTE? Como si no tuviésemos ya suficientes. Pues aquí está, me he descubierto a mí mismo. Es que estoy cansado, estoy triste de recordar, me aburre la nostalgia, traer del pasado a todas estas personas, fantasmas que se desvanecen de súbito, porque quien se aleja así vuelve también sin advertencia. El tenor enmascarado, en el primer cuarto del aria, levanta la voz y la mantiene templada, mientras se va sacando la peluca, el traje y, finalmente, el antifaz. Queda un hombre calvo, regordete, casi simple, con una mueca lamentable que le deforma el rostro mientras los estridentes acordes de la música silencian su

último esfuerzo. No estaba ensayado ese descubrirse ante el público. En una película de Hollywood, el espectador podría esperar que el auditorio se ponga de pie y aplauda la improvisación como jamás ha aplaudido a nadie. Pero la vida del tenor no es una película, y tampoco lo es este libro.

Sí, pues, me he sacado el antifaz. Otro retrato del artista adolescente; no hay más misterio. Nunca son suficientes. Viendo a cada uno de los invitados de Morillo pienso que podríamos hacer centenares de libros con el mismo tema, cada cual distinto, cada cual más traumático, más doloroso. El tenor tiene sus razones para descubrirse antes de tiempo. ¿Cuáles son las mías? Un golpe de dados; un giro nuevo a esta obra cuya estructura sigue el rastro de un trompo, la expectativa frustrada, el placer de lo inesperado. Nada justifica esta bajada de armas, esta improvisación. Salvo que ver a esos argentinos discutiendo y observar a la Valenciana que se alejaba en medio de una turba de centroamericanos, me devolvió a mí mismo, a mi soledad de escritor adolescente.

¿Otro retrato del artista adolescente? Pues sí, el lector está preparado desde ahora y puede abandonar la función. También algunos del público abandonaron la ópera cuando descubrieron que el épico enmascarado era su vecino, el panadero. Pero harían mal en abandonar ahora este libro, si quieren que sea sincero. Los que jamás han leído el *Retrato* de Joyce podrían aprender algo. Y los que lo han leído podrán descubrir, no sin sorpresa, que el furor místico de principios de siglo se ha transformado, poco a poco, en un nuevo furor: la disciplina de la vanidad.

#### FRANÇOIS MAURIAC, *L'IMBÉCILE*

DICE MAURIAC, *L'IMBÉCILE*: «No se puede ser un verdadero novelista antes de llegar a cierta edad, y a ello se debe que un escritor joven no tenga casi ninguna posibilidad de escribir con éxito sobre cualquier periodo de su vida que no sea su infancia o su adolescencia».



También dice: «Cierta distancia en el tiempo es absolutamente necesaria para un novelista a menos que esté escribiendo un diario».

Debería preocuparme, pero, ¿quién lee actualmente a esta pobre alma de Dios llamada don François Mauriac?

## GLORIA SWANSON

MIENTRAS REGRESABA AL CEJ, hice todo lo posible por acercarme a la Valenciana. Empecé a caminar pegado a una albarrada, dejándome ensuciar el saco, con un ritmo y un sabor que podía ser fácilmente identificado con el de un dominicano y así poder acceder a ella, la Súbita Reina de Centroamérica. Mis esfuerzos fueron vanos. Llegamos al CEJ y cada uno tomó uno de los distintos pasadizos que conducían a las cabañas. Yo caminé lentamente, arrastrando los pasos, hacia mi cuarto en *Pálido fuego*. Seguro que Tunc ya había llegado y ahora me diría algo sobre no encender la luz o, peor aun, no me diría nada a mí sino que al día siguiente les diría en el desayuno a Nunquam y a Aut: «El muy imbécil enciende y apaga la luz toda la noche». Triste miseria la mía, y encima iba a tener un insomnio; era un hecho. Tendría que meterme al baño para leer sin molestarlo, y ya me lo imagino dando un salto de su cama y metiéndose al baño para dar un braguetazo y encontrarse conmigo sentado sobre el wáter, tratando de leer *Paradiso*; y al día siguiente, ya veo a Tunc gritando: «El muy estreñado usa el wáter como cubículo de biblioteca».

Esas eran las tristes ideas que me conducían hasta mi cuarto, cuando de pronto, casi por inercia, me detuve frente a una de las máquinas dispensadoras e introduje unas cuantas monedas para, al menos, si no podía leer, llevarme una lata de Coca-Cola a la cama. Entonces, sentí una presencia detrás de mí. Di media vuelta y era ella, liberada de sus súbditos, la Valenciana, que sostenía una moneda cogida con delicadeza de garza por sus dedos larguísimos.

Era alta, pero sobre todo jorobada. Me había enamorado de ella, definitivamente, de la Valenciana que también quería una lata de Coca-Cola.

—No puedo dormir sin una —dijo.

Metió la moneda, esperó que cayese y, con los brazos en jarra, me miró detenidamente. Era el momento de hablar con ella. Quizá también se había percatado de la coincidencia de la lata y el cigarrillo. Pero ¿qué decirle? ¿Qué podía decirse en esos casos?

—¿Poeta o narrador? —solté como liberado de un peso.

—¿Qué cosa?

—Nada, que si eres poeta o narradora. Así se saluda aquí.

—Ah —dijo, y no dijo más.

—Espera —le grité mientras me daba la espalda. Me esperó, sin duda un poco —o bastante— sorprendida por el grito. Pero supe de inmediato que ella no hablaría, que me tocaba hablar a mí. ¿Qué se le puede decir a una mujer como aquella?

—¿Sabes? He escrito un libro sobre las divas de Hollywood, varios cuentos dedicados a algunas de ellas; con eso vine aquí. Bueno, lo único que quería decirte es que para ese libro vi miles de miles de fotos y, pues, la verdad es que no sé cómo tomarás esto pero jamás he visto una mujer más parecida a una diva que tú y tus labios pintados de rojo.

—Es curioso —dijo al fin.

—¿Yo soy curioso?—oí mal.

—También, pero es curioso, digo, que me digas eso.

—¿Qué eso?

—Lo que me acabas de decir, pues, idiota, lo de las divas.

Entonces dijo la frase más célebre que alguien me ha dicho en la vida: «Yo siempre he creído que me parezco a Gloria Swanson», y luego añadió, como si fuera necesario, «a la Swanson de *Sunset*

*Boulevard*, desde luego, a ese guiñapo humano, a ese vejestorio que se cae a pedazos, a esa mujer que necesita desesperadamente amor».

—Incluso le he dedicado un poema en mi libro.

—Ah, entonces eres poeta —agregué.

—Idiota.

## PRIMERA NOCHE DEL RINOCERONTE

SOLO PUDE CONCILIAR EL SUEÑO a las cuatro de la madrugada. Y solo duró unos minutos porque fue justo entonces cuando el rinoceronte empezó a comportarse de manera curiosa. Arañaba la tierra con sus pezuñas. El sonido empezó a esparcirse como por túneles subterráneos y nos debía de llegar a todos los escritores. Me quedé sin dormir, un insomnio que imaginé compartido por los demás menos por Tunc, que dormía como un bendito; me quedé, pues, oyendo maravillado esa música soterrada de rinoceronte que parecía nacer del mismo centro ígneo de la Tierra. Al día siguiente, mientras nos dirigíamos al auditorio para la inauguración del evento, vencido por el sueño, traté de buscar en las miradas de los demás rastros de una noche de insomnio. Pero no encontré en ellos nada, ningún signo que demostrara una maravillosa somnolencia, nada de nada, salvo a algunos afectados por un pueril *jet lag*. Ninguno había oído al rinoceronte.

## INAUGURACIÓN

EL ENCARGADO DE INAUGURAR EL EVENTO, y el primer escritor que nos daría sus consejos, era el ecuatoriano Poliéster, uno de mis escritores favoritos cuando tenía veinte años, estaba enamorado de la Maga y no sabía absolutamente nada de literatura. Poliéster era ya un hombre mayor, con cara de pocos amigos, pero unos



ojos chispeantes que anunciaban que si el hombre hubiera tenido unos diez años menos no hubiera existido escritora joven que se salvase de él. Aún a su edad, pasó largos minutos mirándole las piernas a la poeta erótica de Costa Rica y los senos pecosos a una española que parecía ser una periodista escolar. Uno a uno, despe- rezándonos, fuimos tomando nuestros lugares en el enorme audi- torio azul. Nadie, salvo Nunquam, había sabido cómo vestirse. El panameño que empezó con eso de «¿poeta o narrador?» se había puesto un terno cruzado que hacía juego con sus bigotitos de pachuco. Los demás centroamericanos también llevaban corbata. Venezuela puso la nota de color, mucho Tommy Hilfiger aún con el olor a golosina y plástico del *duty-free*. Yo estaba con un saco de gamuza, igual a uno que le había visto alguna vez a Nunquam pero de otro color, que me hacía temblar de frío. Mario estaba vestido de negro, con una cafarena percutida y un saco de cuero demasia- do grande. Los argentinos estaban informales, como para ir a una vermú y después a comer en un McDonalds, algunos de ellos con sacos arrugados y hasta sucios, probablemente comprados en el mercado de pulgas. Los españoles iban de vanguardia, muchas cosas estrambóticas y uno de ellos con un anillo sospechosamente pare- cido, si se veía de costado y con cierta luz, a una afilada esvástica. Tunc llevaba un saco azul, *blue-jean* y mocasines, correcto pero no extraordinario. Aut estaba con su infaltable chompa de alpaca, motivos andinos y zapatos enormes y marrones, de esos cuya sue- la de goma parece estar cubierta siempre de barro. Nunquam tenía una chompa de cuello alto, de angora, de un tenue amarillo, y so- bre ella un cárdigan gris oscuro de punto grueso. Los zapatos lus- trados, el pantalón negro y recto. Un figurín de Hugo Boss. Pero el que estaba hecho un desastre era Poliéster. Deberían exterminar los ternos marrones de Poliéster, eso es un hecho; sobre todo si se combinan con una camisa azul cerúleo y una corbata amarilla. Todo eso era Poliéster, despeinado hasta en los bigotes, contando a un grupo de noveles qué sintió cuando María Conchita Alonso se

desnudó para la versión fílmica de una de sus novelas y por qué creía que el último cuerpo de mujer para cabalgata que había dado la televisión era el de Gloria Trevi.

A la inauguración asistieron diversas personalidades, incluyendo el ministro de Educación y el de Cultura, quienes se soltaron sendas parrafadas para hacernos entender entre líneas el elevado costo de nuestro viaje. Cinco mil dólares cada uno fue la cifra que se había barajado en la excursión nocturna de la noche anterior. Una hora y media de discurso era demasiado tiempo, pero quería oír qué decía Poliéster. Además, aún no sabía cómo era la policía del CEJ, si estarían anotando mis pasos y los de los demás, para después ir con el chisme adonde Carmen Balcells, de quien se decía que estaba de incógnito, disfrazada de la guapísima mujer de metro ochenta que hacía la traducción simultánea para los brasileños.

Cuando le tocó el turno a Poliéster, este se levantó con pereza más que con esfuerzo, miró a cada uno —si eso es posible— de los invitados, y dijo sopesando cada una de las sílabas: «El congreso está inaugurado». Luego, superados los segundos de incertidumbre, llegaron los aplausos.

## SHEREZADE

NARRAR ESTE ENCUENTRO: cosa extraña, sin sentido, porque el recuerdo son migas de pan que se pierden entre los dedos. Narrar para retener esas migas, para mantenerlas junto a uno siempre, un absurdo. «¿Por qué narrar?» pregunta un joven a mi espalda. Está conversando, con acento caribeño, quizá colombiano, con una muchacha horrenda, de un blanco lechoso y unos ojos de fango. La misma pregunta me la he hecho yo desde que empecé a escribir, y hasta hoy día que cavo esta tumba literaria, este destierro del mundo del deber ser narrativo, de las buenas estructuras, de los personajes sólidos, de las estrategias aprendidas.

Narrar no es ordenar el mundo, tampoco atraparlo, tampoco entenderlo. Narrar es contar historias para demorar la muerte. Los poetas, ensimismados, escriben versos con los que convocan a los espíritus del bosque. La poesía es entendimiento. Y entender es jugar con la muerte, porque solo el que entiende sabe morir. La poesía es esencial, narrar es lo superfluo. El gran poeta busca la síntesis, la palabra que hace sonar a las demás; el gran narrador busca lo que se extravió, aquello de lo que nadie se percató, las verdades que no significaron nada para nadie y, por tanto, se perdieron por debajo de la puerta, entre los resquicios de las revoluciones, entre las botas de los revolucionarios y las sandalias de los místicos.

¿Por qué contar lo superfluo? Porque el narrador, a diferencia del poeta, no vive en el absoluto. Después de leer *La carta robada* el narrador ha descubierto que las cosas realmente importantes se camuflan en lo superfluo. Es un acto de suspicacia. Es decir, algo muy raro, muy importante, debe de esconder esa verdad para tratar de pasar desapercibida. El narrador es el aguafiestas, el soplón, el que no permite a la verdad salirse con la suya. Desdeña el amor, no comprende la muerte, pero la vida no se le escapa. Por eso, todo narrador es profundamente Sherezade: contar una historia que jamás termina de contarse para aletargar la llegada de la hora final, del cuchillo que cae sobre el cuello. Alargar el reino de la vida, antes de que venga la muerte y se lleve todos los secretos.

Y cuando viene la muerte, llegan los poetas y sus respuestas, sus elegías, sus frases. La muerte, dijo un poeta, es el infaltable, el servil y puntual lacayo que cuando termina la hora levanta la capa cogiéndola delicadamente por los bordes. A eso llamo yo entender la muerte. Los narradores no conocen los conceptos, por eso solo pueden contar, una tras otra, las muertes de seres adorables, muertes de mentira, de ficción, como si se tratase únicamente de migraciones. Los personajes, al final, solo cambian de novela. ¿Murió Emma? ¿Murió Ana? Ya me las encontraré en otra novela, junto a Fabrizio Salina, al conde Firminn, a Juan Preciado.

## CALASSO

DICE CALASSO: «EN EL NARRAR hay algo que se opone profundamente a la condena, que supera el lado coactivo y escapa al cuchillo que se abate. Narrar es un ir adelante y un volverse atrás, un movimiento ondulante en la voz, una perenne cancelación de confines, una treta para evitar las puntas vulnerantes».

## HEMINGWAY

DICE HEMINGWAY, EN UNA CARTA a Maxwell Perkins de 1940: «Puedo escribirlo como Tolstoi y hacer que el libro parezca más amplio, más sabio y todo lo demás. Pero entonces me acuerdo que eso es lo que me saltaba siempre en Tolstoi... No me gusta escribir como Dios. Sin embargo, sólo porque no lo haces, los críticos piensan que no lo puedes hacer».

## EL HASTÍO

UNO ESCRIBE PORQUE SE ABURRE. Porque se cansa. Porque uno vive en Trujillo, Xalapa o Iquique y no se aburre. Pero luego viaja a París o Nueva York y se aburre como si viniese de Estambul o de la Luna. Tolstoi viajó a París y decidió ir a ver una ejecución. No quiso perderse aquel espectáculo que podía ser una experiencia invaluable para su literatura. Pero jamás, que yo sepa, usó la anécdota para escribir un capítulo de alguna novela. La usó para escribir una carta de amor para impresionar a una mujer probablemente hermosa. Sacrificó su comodidad, una vida sin ejecuciones, sin sangre, sin verdugos, sin muerte, todo eso para conquistar a una mujer. Y quizá ni siquiera para conquistarla, sino para impresionarla. Es decir, para que ella lo admirase. Es decir, por vanidad.

La vanidad no es un camelo ni un chiche ni un juguetito ni una triquiñuela ni superficialidad ni vacuidad ni soberbia. Es el gran



motor de la literatura, es lo que ha impulsado las obras más esenciales y las más bellas, las obras que nos han cambiado la vida y admiramos repetir.

Lo dijo el filósofo: la vida oscila entre el dolor y el aburrimiento. Desde el dolor no hay literatura posible; nadie escribe ni pinta ni canta desde el dolor. El auténtico dolor enmudece, silencia, calla. El dolor deja sin armas, sin ganas. El dolor es para cerrar los ojos y apretar las muelas. Para tomar un Lexotán y quedarse dormido. El dolor es un esplendor siniestro que debe disfrutarse en sí mismo, no para trivializarlo y considerarlo, como un psicólogo, solo encarnado en un síntoma. El dolor es estático. Pero desde el aburrimiento todo sucede, todo cobra sentido, todo es un afán para llenar las cosas de la vida de objetivos y movimientos y no pensar que uno, en el fondo, se aburre. Desde el aburrimiento nace el artificio.

## EL ARTIFICIO

CUANDO ESTOY CON MI NOVIA, con mi madre, con mis amigos, siento, sufro, discuto, existo, me lamento. Cuando camino por la calle, pienso, reflexiono, elucubro. Cuando tengo tiempo, leo. Pero cuando escribo, ingreso en mi escritorio con traje de amianto para no incinerarme con el líquido sulfurante de mis libros. Escribo como un científico busca soluciones. Crío ratas para hervirlas luego, buscando el remedio para el asma. Crío conejos para probar si es dañino el rubor que promocionará una modelo lánguida. Soy un entomólogo que atisba, armado de pinzas, los testículos de una mariposa. Escribo con trucos y artificios, sopeso cada palabra, como si fueran gramos de oro, en una balanza. Tallo la madera, trabajo el diamante, riego la orquídea con dedicación, distancia y absoluta objetividad.

El arte en general y la literatura en particular son para mí un artificio como las matemáticas, como la geometría o un lenguaje de programación. Una combinación capaz de modificar el mun-

do. ¿Por qué lo hago? ¿Por qué no escribir el testimonio de lo que veo, lo que siento, de manera naturalista o costumbrista, de forma sencilla y clara, para que todos se sientan identificados y entiendan y se estremezcan? Porque me aburro y tengo que llenar el tiempo que me sobra. Y escribir de manera clara, sin artificios, es escribir de prisa. Y yo, de prisas, nada. Tengo todo el tiempo del mundo para demorarme en un adjetivo, para limar una aspereza, para rizar un rizo.

## MARIO

CUANDO LLEGUÉ A MI CUARTO para lavarme la cara antes del almuerzo y dispuesto a comentar con Tunc la presentación de Poliéster, me encontré con Mario sentado en la cama de Tunc, observando un par de maletas verde petróleo sin muchas ganas de nada. Lo miré sorprendido y él notó mi sorpresa. Pensé que iba a ponerse de pie, pero más bien se tendió cuan largo es.

—Voy a ser tu nuevo compañero de cuarto —dijo.

Lo miré nuevamente sorprendido. ¿En qué momento habían cambiado la disposición de los cuartos? Lo saludé, me metí en el baño y desde ahí escuché que Mario daba explicaciones en voz alta. «Me tocó con Nunquam, y a Aut le tocó un cuarto para él solo. ¿Tú sabías que había cuartos individuales? La cosa es que Nunquam obligó a Aut a cambiarle de cuarto, y Tunc me pidió cambiarse conmigo. Así los tres mosqueteros están juntitos. ¿No te molestan esos tipos?».

A esa pregunta comprometedora contesté con otra: «¿En serio hay cuartos individuales? Primera noticia, mira, no me lo imaginé para nada». Y dicho eso salí del baño sintiendo que mi pequeño privilegio de compartir el cuarto con Tunc, se había hecho trizas de golpe y ahora estaba demasiado indefenso.

## MARIONTROPÍA

JAVIER MARÍAS CUENTA que cuando a Joseph Conrad se le caía el lápiz con que escribía, en vez de agacharse de inmediato a recogerlo ejecutaba un rito por el cual tamborileaba, durante varios minutos, con los dedos sobre el tablero de su escritorio. Y echaba maldiciones al aire. No es tan descabellado. Incluso la simple comprobación de la ley de la gravedad, el lápiz cayéndose, puede desencadenar situaciones terribles. La vida es una secuencia de eslabones, quién lo niega, y basta que uno de ellos falle para que el curso de lo normal se invierta. El más humillante caos, el más hondo fracaso, puede ser el resultado de un lápiz que se resbala del escritorio. La mala suerte existe solo para aquel que no considera el eslabón. La vanidad no es distraída; por tanto, no cree en la mala suerte. La vanidad trata de prever hasta el más mínimo suceso, busca el control total de los eslabones. La vanidad no es ciega, como la soberbia, sino que se mantiene alerta. No está encerrada en sí misma, como el orgullo.

En un famoso cuadro de Brueghel, llamado *Parábola del ciego*, una fila india de seis ciegos avanza siguiendo a un lazarillo, también ciego. El lazarillo ha caído en una charca y es de suponer que los demás también lo harán. Pero solo el segundo, que está a un paso de su propio derrumbe, presiente la desgracia. Los demás avanzan confiados, doblemente ciegos por culpa de esa confianza o por su fe. Son especialmente conmovedores los dos últimos, ambos agarrados del mismo bastón por los dos extremos, olfateando más que mirando al cielo. La sinestesia del olfato por la vista es un acierto que nos ayuda a entender por qué algunos son incapaces de ver el eslabón. Muchas veces, la ceguera es el simple resultado de usar el sentido incorrecto. Tratar de oír con las manos, como ver con la nariz.

La vanidad usa siempre el sentido correcto, jamás se equivoca. La vanidad es, por tanto, el gran conocimiento de uno mismo, que proviene del gran amor que uno se tiene, del resultado de largas



jornadas frente al espejo interior. La vanidad, por tanto, ordena su día e intenta que nada se escape a su designio racional. Primero el jugo, luego el pan. Si se opta por ese orden, hay que seguirlo. Jamás se hará lo inverso. Basta detenerse un minuto enredado en la sábana, un miércoles digamos, para perder el Premio Nobel. Un lápiz cayéndose es más catastrófico que la explosión del Vesubio, porque esa explosión, quién sabe, pudo provenir de aquel lápiz en el suelo. Hay que controlar cada minuto, esquivar el azar, calcular lo imprevisible. Muchos escritores van por ahí controlándolo todo, con un cronómetro de sucesos en la mano. Supongo que esto tiene un nombre científico, psiquiátrico tal vez. Desde el día en que encontré a Mario en mi habitación, desde que aprendí a conocerlo y a admirarlo, a extrañarlo y a rebelarme contra él, desde que lo conocí realmente, llamo a esa obsesión por dominar los objetos *mariontropía*.

## POLIÉSTER

EL APODO NO SE LO PUSE YO; se lo puso Mario, y me pareció tan estupendo que ahora a duras penas puedo recordar su verdadero nombre. Era gracioso verlo en medio del frío de Morillo vestido perpetuamente con su traje de frágil poliéster, un traje celeste-gris panza de burro como el cielo de Lima que en él parecía tatuado y una bufanda miserable que cubría con varias vueltas su cuello. Poliéster siempre tenía algo que decir y hablaba mucho de sí mismo y de su pueblo, en una suerte de versión resumida del escritor latinoamericano, en el que se conjugan siempre —en mayor o menor grado— la falsa modestia y el provincianismo. A Poliéster no le interesaban los grandes temas de la vida, pero podía hablar de ellos si de eso se trataba. Poliéster sentía que había triunfado, teniendo en cuenta sobre todo sus antecedentes de benjamín de una familia pobre de doce hermanos. Esa sensación de triunfo lo asemejaba a un panadero que conseguía, después de barrer las

veredas durante veinticinco años, comprarle el local al dueño. Me imaginaba a Poliéster ofreciendo dinero al pueblo donde nació, apadrinando un equipo de fútbol o alguna fiesta religiosa. Me lo imagino gordo, diputado, premiado, elaborando un discurso con una sonrisa a flor de labios. Poliéster debía de ser una de aquellas personas enamoradas de sí mismas, de esos que realmente se divierten con lo que escriben, pues cada una de sus frases y obras han sido escritas bajo la premisa «Los demás son brutos» y así, él, menos bruto, es el rey tuerto. Poliéster es así, sin duda; uno puede mirar sus ojos oscuros, medio vidriosos, como si tuviesen ruido.

Poliéster había sido comunista cuando debió serlo, pero ahora iniciaba el discurso con la frase «Toda ideología es una porquería». Algunos jóvenes aplaudieron a rabiar esa frase, y Poliéster los hizo callar bajando la cabeza en señal de reconocimiento. Luego siguió ensartando dos frases bonitas con una escandalosa, una poco compleja pero muy vistosa cadeneta de papel maché con los colores de la patria. Poliéster dijo que un escritor era bueno solo si, escribiese sobre lo que escribiera, se reconocía su región. «Tú, ¿de dónde eres?», le preguntó a una muchacha sentada en la primera fila. Ella contestó que de Maracaibo. Entonces, Poliéster dijo que su obra tenía que oler a Maracaibo, que en sus escritos debía olerse Maracaibo, debían sonar los ladridos de los perros de Maracaibo.

—¿A qué huele Maracaibo? —le preguntó a la fascinada maracaibera, quien contestó que, la verdad, ella vivía más en Caracas—. ¿Y a qué huele Caracas? —le preguntó, sin darse por derrotado por su pésima *partner*.

—Huele a gas —dijo ella.

Poliéster se quedó pensando unos segundos, visiblemente molesto aunque con una expresión astuta, como si quisiera recordar un poema que hablase de olor a gas. Finalmente, dijo:

—Ese no es un olor muy bonito para escribir —y agregó—: vete a Maracaibo.

Las risas concluyeron el discurso, y vi cómo una periodista, que trabajaba en la versión regional de El País, apuntaba la frase, quizá para ponerla como título de la noticia del día siguiente. Poliéster otra vez salía triunfador, pese a la sonrisa doblada de Nun-quam que se repetía en sus amigos.

## EL MICRÓFONO ARGENTINO

PASAMOS A LA RUEDA DE PREGUNTAS y nadie se quería animar. Hasta que alguien dijo que si alguno quería hacer una pregunta, se acercase al micrófono y la dijese en voz alta frente al auditorio. El colectivo argentino levantó la mano y, uno a uno, sus miembros se disputaron el derecho de micrófono, el esplendor de estar frente a los demás, actuar su interrogación, enfatizar y dramatizar sus afirmaciones con una seguridad apabullante. Quizá algún centroamericano quiso decir algo, sé que un chileno se animó a levantar la mano, pero todos ellos fueron devorados por la marea argentina. El micrófono se ha hecho para ellos, sin duda. El estrado debe de ser una invención argentina. ¡Oh, la vanidad de los reflectores!

Pero qué injusta es la gente con la argentinidad. A la gente le gusta insultar lo que no entiende. El narrador argentino César Aira explica muy bien en qué consiste esa sensación de ego desmedido, esa curiosa modestia de sentirse superiores; qué inteligente es Aira cuando intenta describir la tragedia cotidiana del exilio argentino: «Los cielos de la Patagonia están siempre limpios. Allí se reúnen los vientos, en una gran feria de transformaciones invisibles. Es como decir que allí sucede todo, y el resto del mundo se disuelve en la lejanía, inoperante, la China, Polonia, Egipto... París, la miniatura lumínica. Todo. Sólo queda ese espacio radiante, la Argentina, hermosa como un paraíso. ¿Cómo viajar? ¿Cómo vivir en otra parte? ¿No sería una locura, una autoaniquilación? No ser argentino es precipitarse en la nada, y eso a nadie le gusta».

## LAMENTO

JORGE LUIS BORGES ES ARGENTINO. El mejor fútbol, el fútbol épico, es el argentino. La auténtica vanidad literaria es argentina. El micrófono y las preguntas son argentinas. Los veo a la hora de almuerzo: todos han juntado unas mesas y conversan dando gritos, dan la espalda y desprecian a Poliéster que almuerza dando una pequeña conferencia a las chicas más feas del encuentro. Yo como solo, pendiente de cómo Tunc, Aut y Nunquam tratan de echar miradas de desprecio a los argentinos, de desplegar ironía y sorna, pero todo ese armamento pesado que tanto daño me hace a mí, a ellos no llega siquiera a rasgarles el barniz del escudo. Si iba a nacer en este lado del mundo, ¿por qué al menos no nació argentino? ¡Bah!

## TETAS

MARIO ESTÁ A MI LADO, no me había percatado de él, y tiene un libro abierto. Se está riendo con la boca cerrada, como se ríe siempre. Levanta la cara y me enseña una fotografía. Es la de una mujer rubia, delgada, que monta una bicicleta. Está con las tetas al aire, y son unas tetas estupendas.

—¿No las reconoces? —pregunta Mario.

—¿Debería? —respondo, cogiéndome la barbilla.

—Pues creo que sí —me dice.

—¿Barbarella? —pregunto tímidamente.

## BARBARELLA

A LOS TRECE AÑOS, EN MOQUEGUA, provincia enana donde nací, vi mi primera película para mayores de edad: *Barbarella*. En la prime-

ra escena, Jane Fonda se desnuda y muestras sus tetas a la pantalla. ¡Dios mío! Eran los dos melones más generosos, más redondos y perfectos que un chico campesino podía haber visto jamás. Ahora Jane está vieja, sus tetas han caído por culpa del hurgar, besuquear y jalar del maldito Ted Turner. Se acabó Barbarella. Se acabó para siempre aquello que hizo que un niño de trece años se convirtiera en un hombre de trece años.

## LA VECINA

MARIO SOLTÓ UNA ENORME CARCAJADA. «Nada de Barbarella, tonto», me dijo. Volvió a mostrarme la ilustración y yo le quité el libro, harto de adivinanzas. Miré la tapa; era un poemario. Leí uno que otro poema. Eran eróticos y miserables. Volví a ver la fotografía; estaba borrosa, pero las tetas se veían espléndidas. Le devolví el libro con el mismo gesto interrogante.

—La uruguaya de al lado —dijo al fin.

—¿Uruguaya? No la conozco.

—¿En qué planetas has estado? Al lado de nuestra habitación hay una uruguaya. La vi y fui a buscar su libro a la biblioteca. Y me di con esta sorpresita.

—¿Qué biblioteca?

— Realmente eres un tonto. ¿No sabes que hay una biblioteca dentro del CEJ? Ahí están todos nuestros libros. Así que si tienes ganas de leer a alguien, zas, vas y lo sacas. Yo saqué el de la uruguaya y mira... una auténtica Barbarella, tienes razón. ¡Qué películas más viejas ves!

Así que teníamos a Barbarella de vecina. Quizá a Tunc le hubiera gustado saber qué se había perdido. Sería bueno sacarle una fotocopia y pasarla por debajo de su cuarto. Se daría contra las



paredes. Busqué con la mirada a la uruguayana y pude verla, al fondo, comiendo de prisa. Su rostro era fatal, su pelo de estopa, pero sus tetas eran sin duda magníficas aun debajo de la chompa. Barbarella al lado de mi cuarto. ¿Quién iba a pensarlo?

—Te la muestro para que te saques de la cabeza a la Valenciana —dijo de pronto Mario.

—¿La Valenciana? ¿Cómo sabes de eso?

—Nunca subestimes las dotes de observador de nadie. Y menos en un encuentro de escritores. Anda cuidando tus espaldas siempre, camina contra las paredes y no escribas diarios. No muestres tus debilidades y si quieres llorar, llora en el baño. Y si quieres levantarte a alguna mujer, no te enamores de ella. Solo así saldrás vivo de este lugar.

## VALDELOMAR

EL PRIMER DEBER DE UN ESCRITOR peruano es evitar que los demás lo aplasten. Así decía Abraham Valdelomar. Nacido en Pisco, en una caleta de pescadores llamada San Andrés, en 1888, era un hermano pequeño de más de una decena. Su padre trabajaba mirando el mar como guardia de puerto. Empezó su carrera artística como caricaturista, haciéndose llamar Omar del Val. La caricatura era un arte muy de moda a principios de siglo y Valdelomar destacó en ella indudablemente. Esta incursión, además, le granjeó una serie de amistades influyentes en la política nacional que le consiguieron, entre otras dádivas, un viaje a Europa con cargo diplomático. La historia literaria latinoamericana lo recuerda, justamente, por un bello y simplísimo poema —que, según sé, Borges solía recordar— llamado *Tristitia*, cuyos memorables primeros versos nos hablan de la nostalgia de los hombres que nacen al borde del mar:

*Mi infancia que fue dulce, serena, triste y sola  
Se deslizó en la paz de una aldea lejana,  
Entre el manso rumor con que muere una ola  
Y el tañer doloroso de una vieja campana.*

No sé si Borges o si algún otro que recite o recuerde ese poema sabrán que aquel autor de verso tan sencillo y aldeano era, en su vida pública, el más grande esnob que jamás ha conocido la literatura peruana. Se vestía de punta en blanco, se colocaba joyas en los dedos y se hacía llamar Conde de Lemos. Con menos de treinta años, mantuvo en jaque a la cultura peruana que se dio en llamar *la belle époque*. No escribió mucho, y no todo lo que escribió es excelente. Como muchos esnobs de la época, solía trastocar con mucha facilidad el genio por el ingenio, y viceversa. Se recuerdan de él varias anécdotas: que condujo a una bailarina rusa a bailar en un cementerio; que hizo apresar a un par de gordos que afeaban el paisaje; que se deprimía dramáticamente porque en el Perú llamaban *chupajeringas* a las gráciles libélulas. Quizá la anécdota más celebrada, aunque nunca se ha comprobado su veracidad, es la que cuenta cómo se puso de pie en medio del salón principal del *Palais Concert* —café de estilo parisino, muy de moda en la época, con mesas en las aceras, toda una novedad y una osadía para una Lima pacata de balcones altos y postigos cerrados— y dijo: «Todo el Perú es Lima. Todo Lima es el Jirón de la Unión. Todo el Jirón de la Unión es el *Palais Concert*. Y todo el *Palais Concert* soy yo». La megalomanía, sin embargo, no era su mayor virtud, así como dar sendos discursos y escribir largos ensayos sobre cosas que ignoraba (la tauromaquia, los gallos) no eran su peor defecto. La ambición de Valdelomar no era artística; era una ambición de vida. Lo quería todo y de inmediato. Corría contra el tiempo, asustado de sí mismo y de la facilidad con que lograba todo lo que se proponía. Quería ir siempre hasta el fondo. Su origen humilde jamás le impidió creerse un aristócrata. Me imagino que el Conde de Lemos

recibía muy divertido los ataques con que los críticos o sus detractores literarios trataban de «desenmascarar» su falsa nobleza, demostrando que el tal título no existía, y que si existiese no le correspondería a un hijo de guardián de caleta. Pero la aristocracia de Valdelomar era auténtica, no aquella lotería de apellidos y blasones, no el manto púrpura de oropeles que se estira y cubre lo mismo a personas brillantes que a miserables; la suya era una aristocracia de aliento que él heredó bellamente a algunos de sus personajes, como la frágil Miss Orquídea de *El vuelo de los cóndores* o la oscurecida dama del mar en *Los ojos de Judas*. Valdelomar es un pionero en cuanto a la idea del escritor moderno, ajeno a los mostachos novomundistas y a la prosapia del naturalismo, un precursor en cuya vida se resume el sentido total, la esencia ética y estética, de la rigurosa disciplina de la vanidad: no tomarse en serio a sí mismo para poder tomar muy en serio a la literatura. Solo aquellos que son capaces de representar un papel en la vida, ante el público, podrán rechazar la tentación de hacerlo en la obra. La pose pública libera y salva de la impostura literaria. Entregar, en urgente sacrificio, el cuerpo y la personalidad para que sean atacados, agredidos, rebajados e insultados es, en buen cristiano, poner el cuerpo para evitar que las balas caigan sobre la obra. Defender la obra con la vida, pues su existencia es lo único importante. Al entregarse, Valdelomar salvó su obra. Lamentablemente, la muerte le arrebató lo que tanto amaba: el aliento. Rodó por unas escaleras cuando aún no cumplía los 32 años. Su columna vertebral quedó destrozada y los gritos de dolor fueron espantosos. Dicen que su prisa era para encontrarse con un proveedor de opio, al que era adicto. Dicen, además, que aquel proveedor era también su amante. La fauna literaria de la época, envidiosa y mezquina como siempre, celebró su muerte con una canallada: levantó el infundio de que había muerto al rodar hacia un silo, asfixiándose entre heces y orines, sucio su traje blanco y extraviado el rubí del anular. De haber sido aquello cierto, me imagino a toda esa recua de escrito-

res mediocres y taimados críticos literarios arrojándose al silo, enfangándose en miasmas y diarreas, para robarse el anillo de nuestro generoso conde.

## LECTURA

*CÓMO SE PUEDE SACAR PROVECHO DE UN ENEMIGO*: lectura de Plutarco, obligatoria para jóvenes escritores.

## EL PUNCHBOWL

CONSEJO DE EZRA POUND para los jóvenes escritores: «Que perfeccionen su curiosidad y que no mientan. Pero eso no basta. La sola constancia del dolor de barriga y el solo hurgar en el basurero no bastan. El periódico estudiantil de Pennsylvania, el *Punchbowl*, tenía como lema: “Cualquier baboso puede ser espontáneo”».

## HIPNOTIZADA

MIENTRAS MARIO Y YO SALÍAMOS DEL COMEDOR, vimos a la Valenciana que abandonaba también el sitio, caminando a toda prisa con un plato de sobras de comida en la mano izquierda. Aunque llevaba el *montgomery*, la prisa estrechaba los faldones y podía notarse que tenía un gran culo. Su presencia me dio escalofríos. Su pelo revuelto, sus ojos extraviados. Pasó delante de nosotros sin fijarse. Iba como hipnotizada a dar de comer al rinoceronte.

## RETRATOS DE ESCRITORES

CONOZCO VARIAS CASAS DE ESCRITORES y buenos lectores, y en todas ellas existe una constante: un cuadro, una fotografía, una ínfima

postal, cualquier objeto en el que se vea retratado un autor célebre. No hay pierde, todas tienen alguno, y aunque el rostro del autor puede cambiar, el fetiche siempre es el mismo. Existe un hermoso libro sobre el tema, me parece que de Javier Marías, en el que analiza algunas poses en fotografías tratando de encontrar en ellas motivos interiores en ellas.

También yo tengo mis fetiches delante de mi escritorio; un cuarteto de rostros en fotografías de iguales dimensiones, cuyas identidades me reservo para no alimentar a los críticos plumíferos que buscan influencias como quien busca errores gramaticales. Los tengo frente a mí cuando escribo, y confieso que más de una vez me he sentado a escribir y al poco rato me he descubierto con la página o la pantalla en blanco y los ojos puestos en las fotografías en una suerte de hipnosis o quizá de falsa invocación.

No puedo dejar de recordar entonces los días de examen, aquellos de cuando yo era alumno, pero sobre todo los de ahora, como profesor, cuando distraídamente paso la mirada por unos afanosos estudiantes y de pronto me encuentro con la mirada obtusa de alguno de ellos concentrada en mi rostro, un muchacho que con esperanza y con odio ve en mí la fuente del saber oculto. Cuando descubro esas miradas, estas de inmediato se levantan al cielo raso en piadosa meditación. Igual me sucede con esas fotografías. Y cuando me veo descubierto por ellas, mis ojos se elevan hacia el cielo del techo gris de mi escritorio, carente de signos, y las páginas siguen en su blanco testarudo.

¿Por qué la gente ve en las poses de los escritores un signo de sabiduría? ¿Por qué se piensa que los escritores pueden opinar de todo con pertinencia? ¿Por qué la palabra *genio* se utiliza de manera tan indiscriminada para todo escritor de talento?

Por mi parte, he pensado cambiar todas las imágenes de escritores famosos de mi casa por la reproducción de una vieja pintura que he encontrado en el desván. Es fea pero cierta. No representa a un escritor, creo, sino quizá a un escribiente de hace varios siglos.



El personaje tiene suspendida en el aire una pluma de oca y en la mesa se apoya una página repleta de líneas. Lleva chaleco y carga con una sonrisa elusiva en los labios. Mira decididamente al frente pero sus ojos son grises, trémulos y quizá desvalidos. Y lo más importante es que, al parecer, ante cualquier pregunta responderá, no con soberbia socrática sino con absoluta honestidad: «No sé».

#### EL PLANO DE LA CÁRCEL

—HE DESCUBIERTO —ME DIJO MARIO mientras conversábamos tirados cada uno sobre su cama— la verdad de este sitio. Te advierto que pronto estaremos todos peleados, sin aguantarnos, odiándonos, sintiéndonos espiados o, lo que es peor, espiando sin querer al otro. Y no se trata de nosotros, sino de este sitio. El CEJ, lo supe ayer, era antes una cárcel. Es decir, se proyectaba que este sitio fuera una cárcel para adolescentes, un reformatorio para drogadictos o algo así. Cuando ya estuvo terminado, los campesinos de Morillo se rebelaron contra la idea, se encadenaron a las rejas, enviaron solicitudes al gobierno. Tenían miedo de quedar convertidos en una isla de delincuentes juveniles, un lugar expuesto al ridículo. No deja de tener su gracia. ¿Te imaginas? Cuando alguien le preguntase al otro: «¿De dónde vienes?» y él dijese que de Morillo, pues de inmediato empezarían las burlas. Pues los campesinos consiguieron que el proyecto se suspendiera, la verdad no sé cómo, y se quedaron con este elefante blanco en la carretera. Entonces a alguien se le ocurrió convertirlo en el CEJ, para organizar encuentros y retiros espirituales y todo lo que pudiese soportar un lugar así. La idea no es mala pero el plano queda. Esto es un panóptico, hombre. Mira ese papel que está sobre la mesa. Lo hice yo; dibujé algunas de las cuadras. Desde cualquier punto se ven los demás, y desde el centro se dominan todos los rincones. Nos estamos persiguiendo y no nos damos cuenta. Nos han enclaustrado y lo agrade-

ceмос. ¿Acaso no sientes ya la claustrofobia? —me preguntó Mario, mirándome fijamente a los ojos—. A decir verdad, empezaba a sentirla.

## NOCHE

ESA NOCHE VOLVÍ A SENTIR al rinoceronte. Escarbaba la tierra, como si quisiera escapar hacia abajo, como si cavase su propia tumba. Durante el día, el rinoceronte dormía con una gran cruz de legaña negra sobre los ojos. Por la tarde, el guardián le cepillaba el pelo y lo regaba con la manguera. Entonces, el rinoceronte solo movía la cola, como si quisiera espantar moscas. Por la noche, empezaba el berrinche. Lo sentí más fuerte que la noche anterior, porque el CEJ estaba casi vacío. Todos habían ido al pueblo porque alguien había descubierto un *pub* llamado Kiko. Incluso Mario se había ido con ellos y tardaba en regresar. El CEJ quedó solo para mí y un puñado más de dormilones. Yo había decidido no salir más del cuarto, salvo para las conferencias, porque así estaba más cómodo. Y de pronto, apenas había logrado conciliar el sueño, empezó el rastrillo insomne del rinoceronte.

## LOCUS AMOENUS

AL DÍA SIGUIENTE, EL TEMA sobre el que disertó Poliéster fue la relación entre la ecología y la literatura. Mientras esperábamos que él apareciera, pregunté a varios de por ahí —unos chilenos, un par de venezolanos, tres madrileños y un argentino, pero de Córdoba— si habían oído al rinoceronte. Nadie hizo caso, nadie lo había oído. Cuando al fin apareció Poliéster, vestido exactamente como siempre, pero con los zapatos más sucios, pensé que iba a hablar del rinoceronte. ¿No era acaso una maldad tenerlo ahí encerrado? Pero

no habló de eso. Dijo cosas sobre su pueblo, en el que nadie pagaba cuentas de luz porque todos tenían el Sol que iluminaba y nadie pagaba el agua porque había ríos cristalinos que discurrían detrás de casitas de adobe. Según Poliéster, no había nada más hermoso, ninguna experiencia más estética, que disputarse el agua con un borrego o una vaca. Los argentinos le echaban miradas afiladas, las que alternaban con otras dirigidas hacia el micrófono. Los caribeños, un poco tensos, habían acordado que esta vez les disputarían el micrófono. Había tensión en el ambiente, pero nadie decía nada del rinoceronte. Poliéster ahora hablaba de una india que había sido su novia, de sus mejillas con olor a hierba y del color del mango. Paladeaba las sílabas y degustaba los signos de puntuación. Me pareció que se había sacado un zapato, el derecho, y con la media plumiza se rascaba la otra pierna. Cuando terminó su *locus amoenus*, los argentinos y los caribeños se abalanzaron sobre el micrófono. La Valenciana se puso de pie y salió del local, lúbricamente admirada por Poliéster. Dos muchachos que se habían sentado a mi lado salieron detrás de ella, con sonrisas de idiotas. De pronto, sentí unos ojos encima de mí. Era la Niña Símbolo, que me sonreía desde sus catorce años. «Hola, me llamo Frances», me dijo, «como santa Frances Farmer, hija de la furia, puta célebre y patrona de los alcohólicos». Me estiró la mano, que se perdió dentro de la mía al estrecharla. Me sonrió y le sonreí. La mocosa me estaba coqueteando, sin duda. A su lado observé un rostro conocido. Tunc, quien tenía una expresión dolorosa mientras Frances observaba divertida la pelea por el micrófono.

## INTERCAMBIO

—TOMA —DIJO MARIO, arrojando un fólder a mi cama apenas me vio entrar al cuarto.

—¿Qué es eso? ¿Una novela inédita?

—La empecé ayer, mientras tú dormías. Nadie usa las máquinas de noche.

Miré el texto; estaba lleno de palabras a doce puntos y sin márgenes.

—Estoy asombrado —acepté—; recién la has empezado y ya tiene más de cuarenta páginas.

—Es fácil, lo único que estoy haciendo es una crónica de los sucesos de Morillo. Con un solo día ya tengo para esas páginas. Y los de esta mañana me dan para una veintena más. Oye, pero no te lo doy por nada. Quiero que me des lo tuyo.

—Es que no he traído ejemplares.

—No seas payaso. No hablo de tu libro de cuentos; ese ya lo leí en Lima. Y aun si no lo hubiera leído, está en la biblioteca del CEJ. Quiero el inédito.

—No hay inédito.

—No mientas, hombre; no me vas a decir que has venido a un encuentro de escritores en España sin un inédito bajo el brazo. Anda, dame ese que tienes cerrado con un listón que dice: *Para ser leído solo por Carmen Balcells*.

—¿Has estado revisando mis cosas?

—¿Necesito hacerlo? ¡Es todo tan previsible...! ¿Intercambiamos?

—Está bien —saqué mi libro de la maleta, impreso y anillado—. Verás que no tiene listón.

—Ni que lo necesitara; ¡es tan obvio!

—Te crees un listo, pareces uno más de Tunc, Aut o Nunquam.

—*Vade retro*; yo soy de los tuyos.

Le echó una mirada a la primera página del folder y leyó en silencio el título de mi libro de cuentos.

**Los alces  
premeditados**

Una colección de  
cuentos sobre el Centeno

La Vieja Morsa  
editores

—Qué título más raro —dijo—. Pero me llama la atención. Un punto a favor. A ver, lee el mío y dime qué opinas.



*Reglamento interno  
para una cárcel para  
contener a mendigos,  
vagabundos y malhe-  
chores de toda edad y  
todo sexo condenados  
a trabajo público en  
la escritura*

—¿Y? ¿Qué te parece? Prometedor, ¿verdad? —me dijo.

—¿Qué te puedo decir?

La respuesta satisfizo mucho a Mario, que se quedó riendo tendido sobre su cama.

—Oye, ¿dices que estuviste toda la noche escribiendo? ¿No fuiste entonces al Kiko?

—No fui.

—Entonces, dime: ¿escuchaste al rinoceronte?

—¿Qué?

## FANTASMA

¿ACASO SOLO YO PUEDO ver al rinoceronte? ¿Acaso existe solo para mí?

## SOLITARIO

«¿OS PREGUNTÁIS QUÉ IMAGEN ME FORMULO yo de los Solitarios? Pues bien, como dijo un Santo al que amo, con frecuencia los veo cargados de orgullo y vanidad, hundidos en sus pobres celdas como un Dragón Tunchado de veneno en su caverna», dijo Pascal.

## PEDRO Y EL LOBO

LO DIJO NABOKOV: cuando Pedro empezó a gritar «¡Un lobo, un lobo!» y no había nada, empezó la literatura. Esa imaginación, esa mentira, esa capacidad de fabular es literatura. Si seguimos la metáfora, entenderemos que el único enemigo de la literatura, así como de Pedro, es la realidad. Cuando el lobo llega y se come a Pedro se acaba la ficción y se termina la vida. Cuando la realidad quiere imponerse a la literatura, esta se termina de inmediato y da paso a la sociología, a la psicología o a Dios sabe qué cosa igual de torpe. También tenemos a la madre, al padre y a los hermanos, que corrían a ayudar a Pedro cuando este gritaba y luego lo dejaban otra vez solo, enfurecidos al ver que todo era una fábula. ¿Quiénes son esos? Los críticos literarios, aguafiestas profesionales, desabridos súbditos de la realidad, baja policía de los mundos ficticios.

La literatura es la tensión entre la falsa acechanza del lobo y la auténtica. En algunos casos, el lobo aparece y se come a Pedro. A veces, no aparece. En otros casos, los más hermosos, el lobo no puede vencer a Pedro. Esos son los clásicos.

Absolutamente todas las narraciones son cuentos de hadas. Cuando me encuentro ante un personaje de Arguedas o de Vargas Llosa, o cuando leo sobre un fantasma o sobre un Samsa, siempre me parece estar viendo a la Cenicienta y a su corte de ratones convertidos en lacayos y corceles. El lenguaje oral de Juan Rulfo o el literario de Borges siempre son la voz cínica del lobo de Caperucita. Todas las ciudades —Macondo, Lima, Dublín, Santa María— son bosques con caminos llenos de migas de pan y casas hechas con barras de caramelo y chimeneas de chocolate.

Cuando alguien dice de un libro: «Los personajes no hablan como habla la gente», pienso que, a no ser que aquel sujeto tenga una encuesta tomada en diversas ciudades del mundo y luego una estadística de cómo habla la gente, es un cretino. O quizá está calificando a la gente a partir de las cincuenta personas con que se encuentra a diario en su oficina o en el restaurante donde le dan menú. Pero el concepto de *gente* en literatura es tan amplio que se alimenta con cada nuevo personaje que aparece en un libro, y uno puede terminar relacionando a un personaje naturalista de Zola con el gato de Cheshire de *Alicia en el país de las maravillas*. Ambos están contruidos de sombras. El misterio de la literatura no empieza antes ni continúa después del libro. Todo el misterio está en él, solo ahí está la solución del enigma.

Una certeza: «La vida oscila entre el dolor y el aburrimiento». ¿Por qué escribe uno? Desde el dolor no hay escritura posible, uno está frente a la muerte y ante ella se guarda silencio. Uno escribe porque se aburre, porque el aburrimiento nos conduce a pensar qué haremos el siguiente minuto y luego el otro y el otro, y eso nos confronta con la vida, y para soportar la vida hay que inventarse afanes y labores. Es falso, entonces, que Pedro haya inventado que lo perseguía el lobo solo para llamar la atención —como pensaban sus familiares miopes—, por egocéntrico. Nada de eso; lo inventó porque se aburría.

Stendhal dijo, en una frase que se ha hecho famosa, que la literatura es un espejo que refleja la realidad y con eso perdió el cielo

de los poetas. Pero luego descubrimos que escribió la bitácora de un viaje que jamás realizó (libro que muchos turistas estafados toman no solo como verdad sino como imprescindible en su itinerario, reemplazo de su guía Michelin) y entonces se le abren las puertas del cielo. ¿De qué espejo hablaba Stendhal? No se trata de qué espejo, diría Alicia, quien al fin descifró los enigmas, sino de qué reflejo. La literatura refleja la realidad del revés del espejo. Lo supo Alicia, lo supo Pedro, lo aprenderá el lobo. Los parientes de Pedro, en cambio, nunca lo sabrán.

### LA CUEVA

QUIEN ESCRIBE DESDE EL DOLOR es un místico. Quien escribe desde el aburrimiento es un artista. El principio de las cuevas de Altamira es místico. Robar el alma de los bisontes dibujándolos en el interior de las cuevas es un acto litúrgico. Pero nadie obligó al anónimo dibujante de bestias a que lo hiciera con tal perfección y dedicación, a que se fijara en detalles como el movimiento de una cola o a que utilizara técnicas y artificios sutiles como el aprovechar la protuberancia de una roca para simular, en alto relieve, el embarazo de una hembra. Imaginarme al artista primitivo repasando su mano por las paredes de la cueva, tratando de sentir la rugosidad y la textura, el clima de la cueva; imaginarme aquello, digo, es una delicia constante, un impulso que me obliga a escribir. Aquel anónimo que dio inicio al arte y que no podrá ser superado jamás quizá ingresó a la cueva vestido de sacerdote pero, definitivamente, salió de ella con traje de artista.

### LA TORRE DE MARFIL

YO AMO LA TORRE DE MARFIL. Me encierro en ella, escribo en ella, y desde su altura veo o siento cómo la ciudad está siendo saqueada por la rapiña. Si me preguntaran dónde me ubico dentro de mi

generación de escritores, tendría que contestar como Nabokov: muy buena la vista desde aquí arriba, gracias.

## LOS DETALLES

LOS MÍSTICOS OBVIAN LOS DETALLES, enamorados como están de la luz perpetua y de la totalidad de las cosas. Los artistas, en cambio, solo persiguen eso: los puntos microscópicos de color, los gestos imperceptibles. No importa ni la paz ni la guerra; importa el gris de los ojos de Ana Karenina. «Acariciad los detalles», dijo Vladimir Nabokov, el insoportable.

## EL GENIO

NO HAY QUE CAER EN LA TENTACIÓN de no sentirnos genios. Solo quienes tienen la gran vanidad de creerse dioses pueden escribir con absoluta autonomía del otro Dios. No existe un arte simple, nadie escribe *naive*. Todo es una estrategia, el artificio de un genio. Lo cierto es que no dice nada el que no tiene nada que decir. Prefiero leer, entonces, una buena novela de Corín Tellado, Anne Rice o Frederick Forsyth antes que un cuento regular de Borges o casi todo Saramago. El que no es por lo menos una vez genio contará cosas pero no dirá nada. La falsa modestia es sinónimo de una mente constipada. La falta de ambición es antiliteratura.

## EL MÍSTICO

DESDE EL MISTICISMO hay buenas intenciones, no literatura. No hay que caer en la estrategia de quienes temen a la literatura y convierten a los escritores en alunados o dementes, que van de borrachera en borrachera, que no se sacan el pijama, que mueren pobres y decadentes en un manicomio. Tampoco en la de aquellos que creen



ser voceros de cambios sociales en sus obras naturalistas o costumbristas, manuales de trivialidades casi siempre: eso es confundir la biblioteca de Alejandría con los expedientes judiciales de una provincia aburrida. Una obra intimista, aun escrita por un civilista o un monárquico, suele ser profundamente revolucionaria. Es un nuevo poder artístico, que el antiguo trata de menospreciar diciendo que el autor es un *místico que vive fuera de este mundo*. Pamplinas. Lamentablemente, es difícil que un autor escape de la reducción de su talento a la descripción de sus peculiaridades. César Vallejo se murió de hambre, Malcolm Lowry incendió su casa, Jorge Luis Borges era de derechas, Dylan Thomas bebió dieciocho whiskys, Juan Carlos Onetti no salía de su pijama, Martín Adán murió en un sanatorio. Imposible tomarlos en serio, aunque diviertan. Si la gente leyese atentamente sus obras, en cambio, estas les explotarían en la cara. No podrían volver a beber agua como antes ni ver su casa como antes ni hacer el amor igual. La literatura no cambia a la sociedad, pero sí a algunos individuos, incluyendo —con suerte— al creador.

## AUT

POR LA TARDE, DESPUÉS DE INSCRIBIRME en una fecha para leer un cuento, he recibido una misiva de Aut. En ella, me dice que tenga cuidado con lo que voy a leer, que ellos estarán atentos. Que saben todo de mí y ya lo han estado diciendo por ahí a algunas personas, incluyendo a la Valenciana. La caligrafía de Aut es tan fea como su cara. Pobre Aut, obligado por esos dos, Tunc y Nunquam, a hacer el trabajo sucio, a mandar los anónimos, a barrer las sobras. Alguna vez conocí a Aut antes de que se aliara a Nunquam y a Tunc. Era una persona oscura, que miraba la barbilla de su oyente y mascullaba rencores. Sin embargo, creo que le hubiera ido mejor como resentido social. De alguna manera, Vallejo lo era. El resentimiento a veces carga las armas de basura, pero otras veces ali-

menta la auténtica literatura. Aut pretendía ser escritor, antes escribía poemas y ahora, más que seguro, tendrá consigo una novela. ¿La habrán leído Tunc y Nunquam? Es probable que a escondidas lo hicieran, riéndose de él, de su literatura pretendidamente genial. Aut creía saber todos los trucos. Aut, quizá, supo algunos trucos antes. Ahora, se limita a escribir misivas como las que me ha enviado para atemorizarme o, simplemente, para reírse de mi miedo. Triste Aut, lo compadezco; pero a pesar de eso, guardaré su misiva. Uno nunca sabe cuándo necesitará pruebas ante una corte.

### LA CARTA DE AUT

«CON EL RESPETO QUE TÚ TE MERECE, te advierto y te advertimos que no leas tu cuento porque lo vamos a destrozarnos y eres malo como escritor y todos sabemos que posas para tus fotos y les hemos dicho a muchos eso, sobre todo a esa chica de Valencia que ya sabemos que se te cae la baba por ella, porque eres feo y jamás te hará caso, así que no te hagas el vivo ni te tomes en serio. ¿Eres idiota o qué? Tu peor pesadilla somos nosotros porque tú te crees el mejor».

### CUMPLIR CON LA TAREA

LA CARTA DE AUT me ha hecho pensar que no hay nada que acribille más una obra literaria que las ganas de cumplir con la tarea. Es una tentación en la que es muy fácil caer, pero una vez dentro, nadie se libra de ella sino a través de un gran esfuerzo. Es difícil aceptar que uno no escribe para los demás. En la medida en que la obra avanza, de inmediato se nos figuran los rostros de un jurado compuesto por lectores intransigentes que nos piden cumplir sus expectativas, a contrapelo de nuestras propias intenciones. Por eso, la literatura, muchas veces, sobre todo la escrita por jóvenes, me

ha parecido una de aquellas rutinas de patinaje sobre hielo. A uno se le permite hacer todas las piruetas que quiera, siempre y cuando cumpla con determinados pasos. Uno gana puntos por sus peculiaridades, pero la base debe ser idéntica. Al final, para el neófito el resultado es igual: vueltas y vueltas sobre la misma pista. La misma idea de quienes aceptan a Picasso por su primer periodo, en el que supuestamente demostró que sabía dibujar y con eso adquirió el permiso para hacer cubismo. Un pintor que no sabe dibujar un caballo, a quien le salen mal las manos de una mujer, qué horror, qué inaceptable. No importa si es abstracto o no, si jamás pintará nada figurativo, si para él la pintura es solo el palpito de un color. Tiene que cumplir con la tarea. También en literatura hay que cumplir. Un diálogo verosímil, un monólogo interior, una destreza técnica. Escribir en segunda persona una historia de amor. Contar una historia con final sorpresivo. Describir una escena solo a través de diálogos. Cumpla con la tarea y luego haga lo que guste. Absurdo, más que absurdo. En la disciplina de la vanidad no hay palotes, ni cuadernos para aprender caligrafía *palmer* ni coreografías obligatorias. En esta disciplina solo importa lo que uno está haciendo, deteniéndose en las partes, relamiendo los contornos sin preguntarse nunca adónde se quiere llegar. Se trata de romper el buen decir, lo que se espera de uno, de despeinarse para dejar suelto al espíritu, flotando libremente.

### ESPÍRITU FLOTANTE

DICE NOOTEBOOM: «LAS VENTAJAS del espíritu libremente flotante son claras. Yo puedo combinar a la Virgen con Homero y al Borges muerto con un extraño problema de aritmética, y una receta de bacalao con una consideración sobre la herejía, y voy a hacerlo. Al fin y al cabo, tengo una habitación y una máquina de escribir».

## MISIVA

ARRUGO LA CARTA DE AUT en el baño, con los ojos enrojecidos. ¿Por qué me hace tanto daño? ¿Por qué la vanidad me hace frágil? Solo hay una razón para eso: porque he perdido la disciplina. La amenaza de Aut ha tenido efecto. Retiro mi cuento de la lectura pública; no quiero ver los rostros de la Liga en pro de la Moral y el Buen Gusto y contra la Vanidad de los Escritores rechazando con un chasquido de lengua cada una de mis frases. Quizá es cierto y solo soy un escritor joven, inexperto aún, demasiado susceptible. ¿Aprenderé? ¿Me disciplinaré?

## FORSTER

DICE E. M. FORSTER: «El deseo paternal de los críticos, de mostrar cómo un escritor se cayó o se levantó mientras avanzaba, me parece fuera de lugar. Yo solo estoy interesado en mí mismo como productor. ¿Cómo dijo Mahler? “Cualquiera puede entenderme lo suficiente si sigue mi desarrollo a través de mis nueve sinfonías”... Otros se consideran objeto de estudio mucho más que yo. Yo soy vanidoso pero no me intereso en mí mismo en esa forma particular. Claro está que me gusta leer mis propias obras, y a menudo lo hago. Paso con tolerancia sobre los fragmentos que me parecen malos».

## EL PALO ENSEBADO

POR CADA LIBRO PUBLICADO, un amigo menos. Esta frase no es un simple ejercicio de vanidad, por cierto, pues sé de sobra que lo mismo le pasa a cualquier escritor, sin importar la calidad ni la repercusión de su obra. Parece una fórmula obligatoria: cada libro despide indefectiblemente a un amigo.

¿Por qué sucede? Es difícil saberlo. O tan fácil que cuesta aceptarlo. Sin embargo, algo tiene que ver con aquella teoría del «palo ensebado» que alguna vez me explicó el antiguo editor de un diario, paisano y amigo de mi familia además, quien —rizos que tiene el destino— es uno de los amigos que perdí después de que publiqué mi primera novela y hoy enseba mi camino literario con el mismo descarado apuro que Nunquam, Aut y Tunc. Bueno, la teoría del «palo ensebado» es sencilla. Cuando uno publica una obra, y más si esta tiene alguna calidad, de inmediato una serie de personajes empiezan a ensebar el palo por el cual el creador pretende escalar hacia la eternidad. Así, la escalada se hace difícil, si no imposible, y aunque uno luce al principio, aferrados los brazos e impulsándose con las piernas en penoso espectáculo, finalmente terminará rendido, resbalando sin fuerza, cayendo en el profundo pozo donde están todos los que alguna vez quisieron subir y alguien les enseñó el palo; aquel pozo donde todos somos iguales y, por tanto, nadie es un peligro.

La escena tiene un no sé qué de patético; aún más, porque me imagino no solo la maldad de los que enseban el palo sino también la necesidad de los que pretenden escalarlo. Viene a mi mente la versión del palo ensebado que se jugaba en el programa del viejo animador peruano de televisión, Augusto Ferrando, donde quienes luchaban contra el sebo eran reducidos jubilados, jóvenes desnutridos o desesperados padres de familia, haciendo el ridículo por alcanzar un balde de pintura colocado en la parte más alta, pues allí dentro se guardaba el premio: una plancha para una casa sin electricidad, el dinero que alcanzaría para pagar una curación de muelas o baldes de pintura auspiciadora para cubrir las paredes de una casa probablemente hecha de esteras, en el mejor de los casos. Y sin embargo, por tan poco, como simios atolondrados, como ranas fuera del caldero, los hombres resoplaban e insistían. ¿Triste metáfora de la trascendencia literaria?

No importa el talento ni el éxito literario. Al final, con cada libro publicado, un amigo confabula para alimentar aquel palo con



su sebo. Optar por escalar heroicamente el palo o por dejar de hacerlo supone lo mismo: el deslizamiento hacia aquel agujero de triste sepultura, el fracaso, donde todos nos consolamos mutuamente y, uno a uno, todos los amigos se recuperan.

## ENCUENTRO CON FRANCES

LA PEQUEÑA FRANCES ME HA DADO el alcance. Estaba acompañada de la venezolana pelirroja que se parece a mi ex enamorada. Me cuentan las últimas anécdotas del encuentro. Parece que han programado un viaje con Poliéster a un bosque de piedra, el Torcal. No hay forma de librarse, salvo que quieras comer lo que sirven en el pueblo, porque ese día el CEJ estará cerrado. Luego, Frances me dice que leyó mi libro de cuentos en la biblioteca y que le ha gustado. Se pone a sacarme una lista de influencias desmesurada, tratando de demostrarme cuánto ha leído. Mientras ella habla, la pelirroja se ha ido acariciando la pierna, corrigiendo sus medias de lana, y ha comentado algo sobre el frío. La risa de la pelirroja es bella, mucho más que la de mi ex enamorada. La de Frances, en cambio, es tragicómica, como si no supiera reír abiertamente. Pocos columpios, muchos libros, y he ahí el resultado. Poliéster ha pasado delante de nosotros, sonriendo como un necio, por lo que deduzco que la Valenciana está por aquí y yo debo huir de ella. Me despido innecesariamente de Frances y de su amiga, pues ellas ya se alejan. Van tras los pasos de un argentino con aspecto de mata-rife y de un chico andaluz alto y medio pelado.

## FIESTITA

POR LA NOCHE, TODOS HAN IDO de nuevo al Kiko. Frances, de pasada, me ha visto en el comedor y me ha invitado. También la poeta erótica de Costa Rica me ha invitado. Descubro que, al ser un solitario, estoy llamando mucho la atención. Lo peor que podría

pasar ahora es que me convierta en una suerte de fetiche o un objeto de conquista. Decido ir, aunque sea unos minutos, al Kiko. Me armo de valor y de Lexotán, pues tengo miedo de encontrarme con la Valenciana. Pero no me encuentro con ella sino con Mario. Está de mal humor porque piensa que los objetos están confabulando contra él. Un encendedor le quemó la mano y una copa de vino se ha roto apenas la tocó. Es culpa de haberse demorado tomando desayuno.

—He leído el primer cuento de tu libro —dice, para cambiar de tema.

—¿Y qué opinas?

—No te lo puedo decir ahora; te lo diré mañana. He encontrado el sitio ideal para hablar de literatura.

—¿Un café? ¿Un bar?

—No seas absurdo, un gimnasio mental. Ya verás.

—Mira, vuelvo al cuarto.

—Te acompaño, aquí no hay nada que hacer hoy. Hasta los cuchillos me miran de soslayo como si quisieran saltar hacia mi cuello.

Vamos hasta el cuarto en *Pálido fuego*. Pasamos por la cuadrilla de *Memorias de Adriano* y también ahí se ha armado una fiesta. «Vamos mal si empiezan a hacerse fiestas dentro de la cárcel», dice Mario. Entramos a ver qué hay. Es una docena, la mayoría de ellos españoles, que barajan unas cartas, sueltan humo o juegan a los dados. Está también el brasileño que encandiló el primer día a la pelirroja de Venezuela. Esta vez ha encandilado a una dominicana gorda y peligrosa que le mordisquea los labios. Mario acepta un poco de cerveza y que le pasen un porro pegajoso. La dominicana se ríe como puta. Estoy seguro de que el día —o la noche más bien— se le ha arreglado a Mario, así que me voy a dormir al cuarto sin despedirme. En el camino me encuentro con Frances, que me coge del brazo y me pregunta si sé dónde es la fiesta.

Señalo la cuadra de *Memorias de Adriano* y sigo mi camino. Detrás de Frances, treinta personas más van hacia el lugar que yo señalo. Cuando me introduzco en la habitación, alcanzo a oír la radio en un volumen cada vez más alto. También veo dos cosas más antes de quedarme dormido gracias a las pastillas. Veo una mujer alta, vestida con una manta o algo así, cruzar delante de mi ventana como un fantasma. Y veo a Poliéster, en calzoncillos turquesas, medias marrones y despeinado, gritar a un grupo de muchachos que paren esa bulla que tiene que dormir como mínimo diez horas porque acaba de leer a Kant.

## AULLIDO

ESA NOCHE TAMBIÉN ME DESPERTÓ el quejido del rinoceronte. Me puse de pie sobre la cama, me tapé la cara con la manta. Encendí la luz del velador. No sé qué hora era, pero Mario estaba ahí, despezándose, odiándome por encender la luz.

—¿No lo oyes? —le pregunté—, ¿no oyes acaso el aullido?

Mario se puso en posición de escuchar, serio, circunspecto. Luego soltó la carcajada.

—¡Claro que lo escucho! —dijo

—¡Yo tenía razón, ahí está el rinoceronte!

—Más que un rinoceronte, yo diría una loba herida. Hasta un sordo la escucharía.

—¿Cómo una loba?

—Una lobaza, pues, oye bien... Es la uruguayana tetona, tu Barbarella. Ya la había visto yo bien aferrada a un argentino de dos metros. Definitivamente, esa cama no va a durar demasiado.

Como para silenciar los comentarios, Barbarella soltó un aullido final, estremecedor. Mario se puso la almohada sobre la cabeza y dijo: «Mierda, se me ha parado». También yo me puse de pie y

salí del cuarto, enfundado en un abrigo, sintiéndome un imbécil. Entonces había sido eso. Todo el estremecimiento, el temblor, el latir del rinoceronte había sido nada más que eso: Barbarella y sus aullidos. Una loba herida. Qué miseria. Aun así, fui a ver al rinoceronte. Si acaso no era cierto que intentaba hablar, al menos miraría.

### EL SUSURRO DEL RINOCERONTE

ME ACERQUÉ AL AGUJERO. Estaba oscuro alrededor. Había un olor fétido. Caminé lentamente, sintiendo el crujido de unas pajas secas. Sentía la respiración agitada del sueño del rinoceronte. Un ronquido fuerte, constante. Y sentí también, al lado, un aliento más suave, entrecortado, susurrante. Abrí los ojos y me encontré, cara a cara, con la Valenciana. Ella me miró con los ojos exaltados, que brillaron en la oscuridad con un destello felino. Se cubrió con una sábana blanca y siguió mirando al rinoceronte. Me senté a su lado, sin palabras, y observé también durante horas al animal. No esperamos a que amaneciera para levantarnos e irnos cada uno a nuestro propio cuarto. Yo estaba excitado por la respiración conjunta, alimentada por el ronquido del rinoceronte. El aliento es vida, es erotismo, y yo acababa de compartirlo con ella. Durante lo que quedaba de la madrugada y hasta el almuerzo, dormí con el sueño más hermoso con que había dormido a lo largo de todos mis días en Morillo.







## Encuentro con Tomás

*A mi compatriota veneciano, Sergio Pitol*

LA BROMA FUE DICHA y celebrada. *¿Cuál es el traje típico de Moquegua? El pijama.* Era una buena broma, cierto, pero nada justificaba la sonrisa equina de Tomás, quien seguía riendo más allá de su boca abierta, su cacharro desbordante.

—¿Te imaginaste alguna vez que esto iba a pasar? —dijo—. Juntos tú y yo y en Venecia. Quién lo iba a decir.

Traté de que el tiempo pasara rápido, de no pensar, amparado bajo la estólida aritmética que resumía a Tomás: veintisiete años transcurridos, cuatro novelas exitosas, a diez idiomas traducido, doce premios conseguidos, dieciséis ediciones agotadas, tres palmadas en la espalda.

—¡Y en Venecia! —gritó y casi apretó mis mejillas.

—Supe que te ha ido muy bien en Londres —dije—. Leí lo del premio.

—Gracias —contestó, ensayando modestia—. ¿Quién iba a pensarlo, no? Yo, el peor de todos.

—Yo jamás —quise complacerlo; se sintió complacido.

—Así que, moqueguano, cuenta algo, pues. ¿Qué fue de tu vida ociosa? ¿Sigues dedicándote a la filosofía?

—¿Filosofía? Nunca me he dedicado a la filosofía.

—Ah, cierto que, según tú, escribiste novelas —respondió—. Pero, por favor, las novelas son acciones, acontecimientos, pasan cosas, hay personajes. En lo que tú escribiste nadie se mueve ni para ir al baño. Aunque es innegable que también tú tuviste tu cuarto de hora de fama. Quizá debiste aprovecharte de eso para caer mejor parado.

Miró con cautela alrededor (no fuera que alguien lo escuchara, equivocara el sentido de la admiración y me pidiera a mí el autógrafo); miró, pues, alrededor el muy cretino y repitió con una sonrisa sardónica: *tu fama*.

Mi cuarto hora de fama. Un relámpago que alumbró la oscuridad de la cueva. Treinta mil dólares de una beca y un puesto casi diplomático, casi inexistente, pero en Venecia. Y luego, el soplo de la oscuridad volvió a apagar la caverna. El relumbrón fue a parar a otras manos; las de Tomás por ejemplo. En mi cueva, como al principio, bajo la penumbra vuelven a confundirse los miasmas con el oro. O son lo mismo.

Tomás, sentado en un café de San Marcos, miraba el desembarco de unos turistas. Las góndolas, sucias e impopulares descendientes de los trirremes, lo tenían fascinado. Miraba cómo ataban una góndola a su asta. Movía un pie calzado con zapatos de paseo. Nada de sutilezas ni elegancia. Se había quitado los lentes. Sus ojos estaban húmedos. Me miré reflejado en sus ojos. Un hombre gordo, calvo, dispéptico, ridículamente bien vestido. Lo miré a él. Camisa celeste, saco azul marino, despeinado. La segunda juventud.

—¿Y los *centenos*? —dijo.

Empezó el desfile. Esteban y Ana tuvieron un hijo que es *hippie*. Parece que Milo y el profesor Delgado están juntos al fin. Saludó de lejos a Fernando en un supermercado. Le dijeron que lo de Jaime no había sido un accidente, pero igual era una pena. Connie tenía un programa de televisión. Lo invitó una vez. Un *flirt*. Urdanivia enseñaba en la universidad y seguía escribiendo. Y la señora Mercedes parecía una chiquilla. Francamente encantadora.

—Todos queríamos ser escritores, ¿recuerdas? ¡Qué de broncas! Nunca te gustó lo que yo escribía. A ninguno de ustedes le gustaba.

Hizo un mutis para que yo lo llenara de elogios a destiempo, o de nuevos elogios. Aproveché aquel silencio para levantar la mano y pedir la cuenta. Me miró desconcertado. Me pidió rápidamente la dirección y el teléfono, de nuevo, para anotarla en su agenda, pues ahora último no tenía memoria para nada. Había sido un viaje fatal, agrego guardando su libreta, y aún faltaba lo peor.

Hice el retorno a casa a pie después de dejarlo en su hotel en Pestrin. Me detuve, como de costumbre, a observar las espléndidas ventanas con arcos carpaneles del Palazzo Corner Spinelli. Jamás me acostumbraría a semejante belleza. El siglo XX merecerá ser recordado por enviar un hombre a la Luna y por haber sabido mantener a Venecia, aunque agonizante. Pero se me hacía tarde. Mientras volvía nuevamente a casa trataba de no mirar hacia los costados para no detenerme más. Era increíble que estuviera viviendo más de diez años en Venecia y la ciudad aún siguiera sobrecogiéndome como a un turista.

Mi esposa me esperaba con el teléfono descolgado. Tomé el auricular. Era de Lima. Hablé unos minutos. La otra persona tardó varios más. Graziela no había desprendido su mirada de mi espalda. Colgué el teléfono lo menos dramáticamente posible. Graziela miraba con insistencia. Miré hacia otro lado, hacia la ventana de la sala que mostraba la calle desierta. Caminé, contando los pasos, para cerrar el postigo. Como dijo Brodski, los postigos abiertos de Venecia parecen siempre las alas de los ángeles atisbando en las sordideces de alguien. Graziela estaba detrás de mí.

—¿No te parece que está haciendo demasiado frío? —me justificué.

—Cerrar los postigos no hará que tengas menos frío sino que la casa parezca una tumba.

—Pensar que si no nos hubiéramos ido tan rápido hubiésemos visto todo —me recriminó Tomás—. Es increíble que acá también pasen estas cosas. Parece Lima.

Estábamos otra vez descansando en San Marcos, después de visitar un par de museos. Nos habíamos sentado en un café y leíamos unos diarios, yo uno de la ciudad y Tomás uno en inglés. Venecia, habitualmente tranquila, había amanecido ese día muy convulsionada. Por un lado, las noticias deportivas anunciaban que un muchacho nacido en la ciudad iba a luchar en Estados Unidos por la corona de peso pluma. Por otro, unos adolescentes habían tomado la Basílica durante un par de horas. Pedían la restauración de la República Serenísima de Venecia. Nadie se había espantado con lo sucedido: la policía solo estaba incómoda y los turistas parecían más bien divertidos. Los muchachos incluso, acotaba el periódico, habían desplegado una bandera de la Serenísima. No estaban armados, dicen; por eso la policía los atrapó rápidamente. Sucedió un par de horas después de que Tomás y yo dejáramos el café el día anterior. Tomás estaba exaltado.

—Ahí dice que no estaban armados —dijo Tomás señalando una noticia de mi diario. Qué torpes; esos chiquillos deberían haber tomado antes un par de clasecitas con los senderistas para que aprendieran.

—¿Sendero? Qué vejeces.

—Nada de vejeces. Se nota que hace años no vas al Perú. Siempre he pensado que no es bueno estar desligado tanto tiempo del país. Justo ayer se lo decía a un periodista por teléfono. Parece que me voy a Siena. Oye, ¿viste que sé leer italiano?

Salimos del café y me pidió que lo acompañara a su hotel. Quería hacer un par de llamadas y luego seguir haciendo turismo. Le dije que debía volver a casa.

—Está haciendo mucho frío, ¿no? —le dije mientras nos despedíamos.

—No —contestó gravemente—, yo no siento frío.

La casa estaba vacía. Desde lo de Paulo la casa siempre está vacía cuando no estamos en ella, como si nunca esperase a nadie, como si no existiesen objetos, mesas, cuadros, sino solo largas paredes y cortinas cerradas. Entro a la casa y observo la foto de Graziela en la entrada. La levanto y la beso como siempre, casi una superstición, un gesto espontáneo e inevitable cuando me introduzco por el pasadizo. Ya casi no la observo. Más bien, la calibro. Conocí a Graziela en Messina. Una rubia lacia, de un dorado oscuro, ojos azules también oscuros, impenetrables, con las pupilas demasiado dilatadas. En aquella época yo era un joven recién desembarcado de Lima. Quizá fue la única época en la que fui joven alguna vez. Entonces era un muchacho constreñido en sus límites, con el futuro y las ganas de triunfar tratando de rebalsarlos. Pero era guapo entonces. Cuando me casé con ella aún mantenía cierta delicada delgadez en mis rasgos. Mi rostro había empezado a agrietarse, pero eso no era señal de vejez sino de inteligencia en alguien tan joven, con un porvenir tan brillante, con tanta inspiración para hacer gestos a las cámaras de fotos, para contestar entrevistas, para lucirse en los diarios. Pocos meses después de nuestro matrimonio, cuando vivíamos ya en Venecia, se desanudó mi vientre, cayó mi pelo, necesité anteojos. Me volví un ogro impresentable, un garabato al lado de la belleza de Graziela, que crecía con el contraste. Pocos meses después, también, nació Paulo.

Graziela llegó a la casa con una bolsa de compras. Fue introduciendo su contenido en las alacenas y el refrigerador. Me dijo que esa mañana había llamado Tomás, preguntando por mí. Le dije que acababa de estar con él. Ella movió su cabeza sin interés. Luego, me advirtió que habían vuelto a llamar desde Lima. Entonces, dejó todo lo que estaba haciendo y se quedó mirándome. Sostuve su mirada unos segundos, no más. Después, fui hasta la sala de recibo, tomé el teléfono y marqué el número de Lima, pendiente de los movimientos que Graziela había reanudado en la cocina.

Tomás partió a Siena al día siguiente. No pude ir a despedirlo. Lo llamé por teléfono. Noté que estaba demasiado atolondrado



para hablar. Se excusó diciendo que los viajes lo ponían muy nervioso, que uno nunca se acostumbraba a ellos. Dijo que conversaríamos más a su regreso. Colgó de inmediato.

La llegada de Tomás había hecho que yo recordara mi propia llegada a Venecia. Graziela y yo bajamos en la estación del tren una tarde de agosto, hacía muchos años. El viaje lo hicimos desde Trieste, donde yo aproveché para dar una serie de conferencias antes de ir a Venecia. Graziela estaba embarazada y se veía diáfana al borde del *vaporetto* que nos conducía a un albergue, observando las fachadas a lo largo del Gran Canal. Nuestra idea era estar un par de meses en Venecia y luego viajar a Roma, para que naciera Paulo, en espera de que me confirmaran para un cargo diplomático de mi país. El albergue que nos habían recomendado era insufrible; debíamos abandonarlo sin excusas a las doce del día y regresar a él solo pasadas las seis de la tarde. Graziela no tenía un embarazo sencillo, así que no podíamos estar dando vueltas por la ciudad, ni sentados durante largas horas en un café, en espera de que nos abriesen la puerta. Aquello nos obligó a alquilar por unos meses un pequeño departamento que pertenecía a un amigo de la familia de Graziela. El nacimiento de Paulo, previsto para fines de noviembre, corría el riesgo de adelantarse. Graziela debió guardar cama durante todo septiembre. Yo temía que llegara el momento de partir a Roma; prefería que Paulo naciera en Venecia para que Graziela no tuviera que desplazarse. Además, parecía que lo del cargo iba a demorar más de lo previsto y no era necesario llegar de inmediato. Le conté a nuestro benefactor lo que ocurría; él se apiadó de nosotros y ofreció cedernos el departamento hasta que naciera Paulo. Al fin, nació sin problemas de parto, pero demasiado bajo de peso. Tuvo que seguir un tratamiento tedioso y triste, con un médico de presencia obligatoria, que fue minando mis ahorros. Sin embargo, pronto su nacimiento mostró el pan bajo el brazo. Conseguí una beca de treinta mil dólares para terminar una novela que jamás concluí; y aunque el cargo diplomático al que había

postulado no resultó, la cancillería me otorgó uno menos oficial y menos rentable, pero que me daba mayor libertad de movimiento. Es decir, podía elegir vivir en Roma o donde yo quisiera. Eso cambió nuestra perspectiva. Decidimos quedarnos en Venecia. Nos mudamos a nuestra actual casa cuando Paulo cumplió los dos meses y las visitas del pediatra se habían dilatado hasta hacerse casi una costumbre innecesaria, un buen motivo para conversar con un hombre amable y culto que pretendía traducir uno de mis primeros libros.

Esas últimas semanas había empezado a temer las llamadas desde Lima. Pasaron varios días sin noticias hasta que un domingo sonó el teléfono mientras estaba trabajando en el escritorio. No sentí los pasos de Graziela corriendo a contestar. Supuse que había salido de compras sin decir nada, para no interrumpirme. Decidí dejar que sonase hasta que colgaran del otro lado. Pero eran persistentes. No pude con la angustia y fui a contestar. Al lado del teléfono, Graziela estaba de pie, trémula, con los puños apretados en los bolsillos de una chompa de lana, presagiando malas noticias.

—No contestes —rogó.

Sin dejar de mirarla, levanté el auricular. Di un suspiro de alivio. Era Tomás, quien iba a regresar de Siena al día siguiente y pretendía que lo fuera a recoger a la estación.

Mientras esperaba a Tomás en la estación se me representó, con lujo de detalles, la escena de mi propia llegada. Graziela bajó por delante y yo detrás haciéndome un lío con las maletas. Un nuevo caos asomó en el momento de mostrar los sellos de mi pasaporte, pues aún no tramitaba residencia. Cuando al fin nos libramos de la estación y empezamos a caminar hacia nuestro primer *vaporetto*, descubrí que había extraviado los lentes. Cuando descendimos en la Piazzeta, dispuestos a empezar la búsqueda del

albergue recomendado, supe que mi miopía no atenuaba mi deslumbramiento. Caminamos hasta la Plaza de San Marcos y, en una de las pocas concesiones al turismo Michelin, tomamos un café en el Florian tal como aconsejaban las páginas satinadas de la guía verde intenso que Graziela había comprado en Trieste. Luego, guía en mano, empezamos a caminar por la ciudad. Mi miopía me convirtió en un turista extasiado. Hace unos años, en una conversación en Barquisimeto, Sergio Pitol me sorprendió contándome que algo idéntico le había ocurrido: también él perdió los lentes cuando llegó la primera vez a Venecia. Por el relato que me hizo pude deducir que su experiencia era idéntica a la mía, aunque la suya alimentada por una llovizna que apareció de pronto y que la hizo más increíble y mágica aún. En un momento, Pitol me contó que en esa primera caminata, por culpa de los lentes, veía resplandores de oro viejo donde seguramente había descascaramientos de un muro. Creo que nadie ha descrito tan bien la sensación que otorga Venecia al turista literario, tenga o no lentes. Aunque sin aquella precisa garúa para acentuar la sensación, sí andaba en medio de la vaguedad de los contornos, perdiendo mi propia solidez, atravesando el velo impresionista de la ciudad, hasta que oí un gruñido de Graziela. Descubrí que habíamos estado dando vueltas en círculos, que era la tercera vez que cruzábamos el gran puente del Rialto y que no teníamos perspectivas de llegar a ningún lado. Me puse en manos de Graziela, nos introdujimos sin romanticismo en un *vaporetto* y llegamos a la dirección que ella tenía apuntada, con letra estricta, detrás de una tarjeta.

Tomás llegó más temprano que lo que yo esperaba. Estaba muy exaltado, no paraba de hablar de lo bien que le había ido en Siena. No veía las horas de llegar a Roma. Su agente literario le había augurado una entrada apoteósica. Estaba incontinente, y por sus palabras me pareció entender que se confundía o pensaba realmente que el Arco del Triunfo quedaba en Roma. Lo dejé en el mismo hotel de siempre. Solo entonces, cuando nos despedimos

en el vestíbulo, lo sentí cálido por primera vez. Me dijo, en tono de confianza, que este regreso a Venecia no estaba en los planes, que sus agentes los estarían buscando como locos (cosa que le divertía mucho), pero que necesitaba volver a verme. Quedé en pasar por él al día siguiente. Antes de que me fuera, me regaló el libro que acababa de publicar en España y era un éxito de ventas, de crítica y de lectores. Era una edición pequeña pero apetecible que escurrió en el bolsillo de mi saco. Una vez afuera leí la dedicatoria: *Para un amigo de Lima, del autor*. Seguía una rúbrica incomprendible.

Cuando recién nos instalamos, pensé que había descubierto la fórmula perfecta para conocer Venecia. Arrojar los lentes por la borda y seguir el curso de la miopía o, lo que para mí era lo mismo, de la intuición. Que el espíritu se guiase por su propio olfato. Graziela me decía que estaba muy cansada y se quedaría en el albergue hasta la hora en que la desalojasen para el almuerzo. La dejaba descansar y partía a encontrarme con tizianos y carpaccios. Me pasaba toda la mañana en esas travesías pictóricas. Luego, iba a dar el alcance a Graziela para almorzar juntos y pasar la tarde lo mejor posible, sin ganas de nada, sintiéndonos torpes por someternos a la tiranía del albergue. Situaciones límite como esa hacen que uno termine odiando a su pareja o amándola indefinidamente. Yo amé a Graziela intensamente, con un sentimiento constante y amplio que no excluía ni siquiera el agradecimiento.

Me pasé la tarde en mi escritorio leyendo la novela de Tomás. Me costaba poco reconocer en ella a los personajes de sus cuentos adolescentes, de aquellos que escribió en Lima cuando éramos parte de un taller literario llamado *Centeno*. El primer mérito que le reconocí fue esa fidelidad, más que coherencia, a sus viejas convicciones. Poco a poco empezaría a reconocerle nuevos méritos. Cerré la novela, no sin pena, cuando estaba en el capítulo tercero, treinta



y seis páginas más adelante. Graziela me pedía desesperadamente que la acompañara. Había entrado en una nueva crisis nerviosa, de aquellas que solía tener desde lo de Paulo. Fui hacia el dormitorio con incomodidad pues debía abandonar la novela por algo que sucedía siempre de la misma manera. Hubiera querido que ella supiera controlarse por su cuenta, pero era mucho pedir. Mientras me recostaba al lado de Graziela y la abrazaba, diciéndole que todo pasaría, aún seguían en mi mente las brillantes estelas dejadas por los personajes de Tomás.

Tomás me esperaba apoyado en un león de piedra. Detrás de él, las almenas, cornisas y torres de Venecia eran un telón de fondo impresionista, que contrastaba con la solidez de su rostro y del león. Me saludó extendiéndome la mano, un apretón y empezamos a caminar. Se le veía más seguro. Me dijo que había estado paseando durante el día y ya casi podía reconocer toda la ciudad. Agregó que iba a llevarme a un sitio muy especial. Entramos por unas callejuelas estrechas y puentes poco célebres. Al fin anunció que habíamos llegado. Era una casa gris, baja, bastante descuidada. Unos muchachos, vestidos con ropa de deporte, estaban levantando una banderola donde se leía el nombre del boxeador veneciano y trataban de ponerla en el frontis de la casa. Tomás se quedó mirándolos sin decidirse a entrar.

—Tenemos que esperar a alguien —explicó, con aquel leve tufillo insoportable de agente secreto.

Había conocido en un café, gracias a unos contactos misteriosos que no podía develar, aclaró, a algunos de los muchachos venecianos que insistían en la República Serenísima. Concertó una cita con ellos con la excusa de una entrevista. Eran tres, me dijo, aunque solo uno de ellos lo había impresionado. «En sus ojos —dijo— veo ese furor intransigente, ese fuego espiritual que no he visto desde que salí del Perú». Los muchachos confabulaban en esa casa con la excusa de apoyar al boxeador veneciano que



peleaba ese día por el título. En realidad, todos ellos eran boxeadores de alguna manera, se habían conocido en un gimnasio e incluso el retador era parte del grupo, aunque por su entrenamiento tan omnívoro no tenía tiempo para ocupar un cargo de primer nivel en la organización. Así dijo Tomás. Estaba entusiasmado, miraba hacia todos lados, parecía perseguido. Al fin, uno de los chicos de la banderola nos hizo una seña. Tomás se adelantó. Luego, volteó hacia mí con cara de circunstancia. Pensé que me pediría que le cuidara las espaldas o me quedara de campana. En vez de eso me preguntó si iba con él o no. Le dije que no y salí.

No regresé a casa sino que fui solo a un café y luego anduve dando vueltas por el barrio. Cuando pensé en regresar a casa descubrí que había anochecido. Miré la hora en mi reloj. Faltaba poco para que empezara el combate. No tenía tiempo de llegar a casa, con el box nunca se sabe y todo puede terminar en el primer *round*. Me metí en un bar donde habían acondicionado un televisor. Muchas personas, jóvenes, adultos, ancianos, miraban atentamente la pantalla. También algunos niños que imitaban los golpes dando manotazos al aire. Me senté en una esquina, pues todos estaban apiñados en los primeros sitios. El frío que hacía era terrible, cruel. Cada vez que la puerta se abría, entraba una ráfaga de viento que parecía querer arrastrarnos. La gente saltaba, animaba y gritaba siguiendo cada golpe. El retador veneciano estaba muy seguro y sus golpes eran certeros. Mis conocimientos boxísticos no eran lo suficientemente buenos como para saber si iba ganando, pero por la cara de satisfacción de los parroquianos el triunfo era un hecho. En el tercer *round*, el campeón inglés cayó por primera vez a la lona. Se levantó dudoso, reculó y fue a dar otra vez contra las cuerdas, pero sin caerse. El veneciano, viendo su oportunidad de concluir la pelea, arremetió con fuerza. Lo dejó mal parado, pero la campana evitó que cayese de nuevo. En el interior del café, la gente estaba desatada. Hablaban en voz alta, se reían, aplaudían, se palmeaban la espalda, sacaban a relucir banderolas. Una imagen

inusual de la Venecia agónica de la historia literaria y de las memorias de viaje. Apenas iniciado el cuarto *round*, el veneciano salió dispuesto a terminar la pelea. Dio un par de pasos y aplicó un derechazo rotundo al mentón del campeón. Este cayó sin objeciones. El conteo final fue cantado por todos los presentes. Apenas el árbitro levantó la mano del veneciano y este fue cargado por su entrenador, el bar explotó en júbilo. Abrieron la puerta y salieron a gritar a las calles. Salí tras ellos. Camino a casa, todo estaba lleno de gente, de cánticos, de gritos. Los habitantes se habían convertido en imponentes rinocerontes, cargaban con su vitalidad y su coraza infranqueable contra cada esquina. Era una exhibición viril donde las mujeres parecían reducidas o llevadas en andas por la marea. Una banderola pintada con los colores de la República Serenísima de Venecia, con el nombre del campeón impreso en dorado, surcaba toda la fachada neoclásica de la casa donde falleció Alma Mahler.

Graziela me abrió la puerta. Me preguntó dónde me había metido. Le expliqué que se me había hecho tarde y no quería perderme el combate. No dijo nada y fue hacia el dormitorio. Por nuestra ventana pasaba un nuevo desfile de venecianos exaltados arrastrando banderas. Fui tras Graziela. Ella estaba acostada, con la novela de Tomás abierta en la mitad. Sin siquiera bajar un poco el libro, sin dejar de leerlo, me dijo que Tomás había llamado varias veces. Le di las gracias por el recado. Me metí al baño a lavarme la cara. Por una pequeña ventana, cruzada por unos fierros herrumbrosos, encima de mi cabeza, entraba un frío infernal. Intenté cerrarla pero fue inútil, estaba demasiado oxidada y trunca. El agua salía del caño hecha hielo, apenas si podía meter mis manos y dejarlas más de un minuto. Sin sentirme aseado, cerré el caño y me sequé con la toalla, que estaba un poco húmeda. Volví a mirar hacia la ventanita del baño. Recordé que a Paulo le gustaba meterse por ahí cuando era un niño; salía a la calle y se introducía por ahí para sorprendernos a Graziela y a mí. Era increíble que su

cuerpecito hubiera sido alguna vez tan pequeño como para cruzar entre los barrotes. Ahora, hasta su fantasma se atascaría.

—Todos los niños son regordetes a esa edad —decía Graziela mientras veía a Paulo sobre la cuna.

Por alguna razón, apenas cumplió los cinco años, como si la naturaleza se hubiera cobrado una revancha, el niño con eterno problema de delgadez se convirtió en un pequeño fofo, con lentes enormes, con un estrabismo forzado y casi tétrico, con alergias en todos los bolsillos.

—Cuando pase esta etapa será muy guapo, ya verás —insistía, mientras yo lo arropaba con una frazada, sintiendo una lástima alimentada por la ternura al ver su boca deformándose sobre el edredón celeste de la cuna, soltando un hilo de baba que se iba agrandando cada vez más hasta convertirse en una isla solitaria.

—Debería practicar algún deporte —decía la madre de Graziela mientras se esforzaba en levantar al gordito enfundado de amarillo—. Y comer mucha fruta, no tantas galletas. Tal vez nunca será una belleza, pero es gracioso.

Pero tenía poco o nada de gracioso. Se volvió un niño huraño que se la pasaba leyendo libros enormes sentado en las escaleras de la casa, sudando a mares cada vez que caminaba por Venecia, despreciando la ciudad que yo me empecinaba en enseñarle a amar. Además, un estreñimiento radical lo había convertido en un ser introvertido al que de vez en cuando lo cruzaban dolores agudísimos en el vientre, diarreas interminables que duraban un día para luego dejarlo caer, otra vez, en el abismo oscuro del estreñimiento. Solía encontrarlo sentado sobre su cama revuelta con ojos inexpresivos, estirando los pies hinchados, rascándose la cabeza con las uñas, hurgándose la oreja, y lo escuchaba gemir murmurando monótonas palabras que leía en los libros. O si no, lo hallaba tendido en el suelo o en un sofá panza abajo y con los ojos cerrados, cogiéndose el vientre con una manita breve y regordeta, porque había descubierto que así le dolía menos el estómago.

Pronto, al cumplir los diez años, empezó a adquirir nuevas fobias, temores aparecidos como fantasmas, de la nada, para instalarse en su cerebro demasiado denso, cargado de angustias inexplicables. Ante cualquier invitación, decía «No, gracias» sin meditarlo siquiera. Cuando había visitas en casa, corría a esconderse en su cuarto. Nunca dejaba que le miraran la cara; las tías le pellizcaban los cachetes para levantársela y él, testarudo, hacía esfuerzos por bajarla, apretando los párpados rigurosamente. De vez en cuando, discutía con Graziela o conmigo y nos pasaba por debajo de la puerta unas cartas lánguidas, escritas con una letra nerviosa, llenas de reproches y de temores. Sus raptos de felicidad, si aquello era posible, resultaban aún más dolorosos. Abría su boca, ponía sus manos hacia atrás, y soltaba una risita asmática que parecía extinguirse en cualquier momento, llevándose consigo la vida de Paulo. Recuerdo en especial cómo le gustaba el patinaje sobre hielo. Solía llevarlo hasta una pista. Se ponía los patines y se quedaba al borde, observando cómo se deslizaban todos, sin atreverse a entrar. Pasábamos horas así, hasta que llegaba el momento de la partida. Solo entonces saltaba a la pista, daba un par de vueltas sosas y la abandonaba. Una vez la encontramos vacía. Paulo entró y empezó a dar giros con una habilidad extraordinaria. De pronto, una pareja de muchachos entró a la pista. Paulo se detuvo, observó que el muchacho estaba dentro y extendía su mano a la novia, y sin terminar de ver la escena dio media vuelta, como si algún tiempo secreto se hubiera vencido, y salió con la cabeza gacha y sin profesar una queja, cumpliendo a pesar de él mismo el contrato firmado con sus fobias.

—¿Te cansaste ya de apabullar a todos? —bromeé para romper el silencio.

—No. Hace frío —contestó malhumorado.

Paulo era mi tesoro: difícil, malhumorado, pero mi tesoro. Nunca tuvo amigos hasta que cumplió trece años y conoció a un grupo de muchachos con los que decidió ir de vacaciones a los



bosques de Turín. No quise que fuera, por temor a sus enfermedades, pero Graziela insistió tanto y él parecía tan feliz. Las primeras llamadas por teléfono para decirnos que estaba bien, una vez llegado a la casa donde se hospedaría, me animaron a pensar que mis pesadillas eran infundadas. Tres días después nos llamaron para decirnos que había muerto. Estaban patinando en un lago lleno de gente. Al parecer algunos muchachos se burlaron de Paulo, convertido en un Papá Noel infantil por culpa de un traje rojo regalado por su abuela, un Papá Noel caído cuando intentaba levantar su pierna para conseguir deslizarse. Y cada vez que caía, los demás daban un salto aludiendo a un terremoto. Paulo salió de la pista y se hundió en una esquina. Sus amigos (eran buenos amigos) le dijeron que buscarían un lugar más alejado para que no lo molestaran. Se internaron en el bosque y encontraron un lago solitario. Había un letrero de advertencia, pues el lago recién se había congelado. Ciertamente, el hielo era un poco más débil que el anterior, pero los muchachos se deslizaron sin problemas. Todo un descubrimiento. Empezaron a dar vueltas, a hacer piruetas, a divertirse, a animar a Paulo para que entrara. Paulo se entusiasmó, viendo toda aquella gran pista sin gente, y aceptó entrar. Se enfundó sus guantes, abrochó sus patines y se deslizó grácilmente a la superficie del lago. El hielo se quebró bajo su peso. Los muchachos fueron a pedir ayuda. Lo encontraron los bomberos unas horas más tarde y lo sacaron de las orejas, convertido en un trozo transparente y azul de nada.

Graziela entró al escritorio. Se sentó a mi lado pues me vio llorando. Pasó sus dedos sobre mis párpados con ternura. En esa casa no se necesitaba adivinar la causa de ningún llanto repentino. Me contó que Tomás no solo había llamado sino que también había venido. Se fue cuando terminó el combate, a celebrar con unos amigos que había conocido por la tarde. Le pregunté si me habían llamado de Lima. Me dijo que sí, que ella había contestado.



—¿Y? —le pregunté—. ¿Les dijiste?

—Sí —contestó. En efecto, les había dicho que no podíamos enviarles más dinero.

—¿Y entendieron?— le pregunté, sin esperanzas.

—No —me contó; del otro lado de la línea todo era llanto y desesperación. Imposible razonar.

Le dije que no nos quedaba más remedio que vender la casa para ayudar a mis padres. Graziela me pidió que no lo hiciera, que ya habría otra forma, que no me comprara todo el lío yo solo, que les pidiera ayuda a mis hermanos, que yo no tenía por qué hacerme responsable de todos. Le dije que mis hermanos estaban en malas condiciones, que ellos mismos me habían pedido con urgencia que los ayudara.

—¿Y nosotros? Tu familia cree que porque vivimos en Europa... —reclamó Graziela.

—Ellos solo me tienen a mí.

—Nada, nada... Tú no tienes nada... Desde la muerte de Paulo no tenemos nada. ¿Les has dicho que te despidieron? ¿Les has dicho que vivimos de una pensión que mis padres me regalaron? ¿Que hace años que no aciertas una? ¡¿Por qué no se lo dices?!

—Ellos confían en mí —dije, poniéndome de pie—. No voy a defraudarlos.

Graziela me siguió hasta el café de la esquina, donde me había refugiado después de salir de la casa. Estaba haciendo un frío mortal, el peor que recordaba en toda mi vida. Graziela se sentó, se quedó mirándome, sin entrar al café, amparada por un farol que brilla sobre la fachada del lugar y alcanza apenas la orilla del canal. Salí y me uní a ella bajo el farol. Me dijo que Tomás le había ofrecido prestarle plata.

—¿Cómo?

—No le pedí nada —me dijo encendiendo un cigarrillo—. Él estaba ahí cuando llamaron de tu casa, me vio llorando, le conté

todo... Me dijo que podía darme la plata que necesitábamos y que se la podíamos devolver cuando quisiéramos. Que no había problema.

—Está loco, es un loco.

—Acepté.

—¿Qué cosa estás diciendo?

—Que acepté —dijo, abriendo su cartera—. Aquí está el cheque. Mañana mismo lo cobro.

En Venecia solo se hablaba sobre el ganador. Su retrato se veía en todos los diarios. Tomás se despedía de Venecia, caminábamos comentando cosas del pasado. Le agradecí el préstamo, diciéndole que se lo pagaría apenas vendiera mi casa. No me dejó decir más, fue magnánimo, no quiso oír siquiera que iba a vender mi casa. «Graziela ya me dijo todo», agregó. «Tómate tu tiempo, hasta que pase la época de vacas flacas». Me dijo que iba a tratar de que me dieran una plaza como lector en su editorial. «Siempre he pensado que hubieras sido un buen profesor de literatura y un excelente crítico», dijo, mirándome de soslayo.

—Quiero despedirme de unos amigos. Acompáñame.

Lo seguí hacia un gimnasio. Estaba repleto de muchachos con el torso desnudo, que daban golpes contra sacos de arena. Tomás estaba maravillado. Entramos para ver a los muchachos practicando. Algunos ensayaban golpes, otros se colocaban protectores. También había quienes oficiaban de árbitros. Eran cerca de diez cuadriláteros, todos utilizados. Algunas peleas parecían interesantes, otras eran solo bromas ridículas. En ninguno de ellos se dejaba traslucir el doble juego, las claves secretas, la complicidad de una conspiración, la práctica de un regimiento. Salvo en Tomás.

—Tu gran problema —dijo, dándome un golpe en la espalda — fue que tu literatura nunca agarró carne. Era como ver una película francesa, no pasaba nada. ¿Sabes qué le faltó? —agregó—. Esto.

Estiró el brazo y señaló a dos muchachos especialmente agresivos y con los pelos electrizados que se agarraban a golpes, sin arte, sobre uno de los cuadriláteros.

—Cada uno hace lo que puede —me defendí—. Mi literatura es solo una forma de ver el mundo.

—Ya, pero también de evadirlo. Yo he leído los cuentos sobre Venecia que has escrito, por ejemplo. Y todos apestan a viejo. Eso no es Venecia. En ninguno hay esta juventud, este sudor; mira, esos cuerpos saltando, llenos de músculos, de tendones. No fuiste capaz de entender nada. Tampoco entendiste Lima. Mira, Sendero estaba ahí, la sangre, la tragedia... y tú, escribiendo sobre ti mismo, el infinito regodeo sobre el yo.

No dije nada y seguí mirando a los muchachos. Pero él no había terminado.

—Venecia no es lo que tú dices —agregó Tomás—. Y te lo digo con conocimiento de causa. Estoy aquí y ya sé cómo es. Es increíble, tú has vivido años aquí y jamás pudiste conocer a esos muchachos rebeldes, a esos luchadores por reivindicaciones. Yo vine una semana y los conocí. Es lo que te digo, a lo tuyo siempre le faltó *punch*. Pero tú, terco, dale que dale, el yo, el yo, todo el tiempo la misma cantaleta, como si tu vida fuera interesante. Y lo digo sin ofender, con el respeto que mereces.

Al fin soltó un suspiro y agregó:

—Es que no has sufrido, pues; te falta calle.

En ese momento, los muchachos desocuparon el *ring*, entre risas. Uno de ellos saludó a Tomás con la mano en alto.

—Oye, ¿recuerdas cuando el profesor Delgado llevó unos guantes de box al Centeno?

—Sí. Ese loco te tenía hambre por algo que dijiste de algún cuento. ¿O de Milovana? En fin, si te atrapaba te mataba. Felizmente te escapaste, eres bien escurridizo.

—¿Por qué no subimos?

—¿Qué cosa? ¿Al *ring*? ¿Estás loco? Ya estamos viejos para huevadas.

—Sube —dije, avanzando hacia el ring vacío—. Vamos, ánimo.

—Oye, mírate y mírame; tú eres un guatón con lentes y yo pinto canas. Si quieres, tenis, pero no hagamos el ridículo.

—Vamos, va a ser divertido.

Subí al *ring*. Nos dieron los guantes y nos ofrecieron *shorts*. Les dije que lo haríamos con ropa, que solo nos facilitaran zapatillas. Tomás se las puso entre risas, llamándome loco. Yo estaba serio, mascando el pasador de mi guante izquierdo. Me saqué los lentes. Nos saludamos chocando los guantes. Mi barriga, flácida, temblaba bajo la camiseta. Sonó la campanilla. Un árbitro con halitosis nos empezó a seguir, perezoso. Unos muchachos, riéndose, se acercaron a las cuerdas y empezaron a darnos aliento. Nos medíamos sin darnos golpes. Tomás tenía la sonrisa encabalgada, mostrando un diente platinado, y le brillaban los ojos. Me acerqué hacia él y le di un zurdazo que rozó su pelo. Él sacó la derecha y me golpeó la cara. Retrocedí. Tomás me siguió, me dio un nuevo golpe, esta vez más fuerte, que retumbó en mi cabeza. Empecé a ver solo una mancha que se me acercaba riendo, diciéndome cosas que no entendía pero que, por el tono, suponía que eran bromas. Alcancé a darle a Tomás un buen golpe que lo hizo temblar, pero bajé mis defensas y él, ofendido, me dio un nuevo derechazo que reventó mis sienes. Caí con todo el peso de mi obesidad junto a una esquina. Desde la lona sentía que Tomás se acercaba, junto al árbitro, y que ambos me levantaban por los hombros. Tomás sonreía y el árbitro estaba indiferente. No pudieron conmigo. Tomás empezó a sacudir mi hombro, pidiéndome que me parara por mi cuenta. Un par de muchachos saltaron al *ring* y se acercaron a ayudar. Yo me quedé olfateando la lona, olor a zapatillas restregadas, a barro, a sudor. Levanté un brazo y jalé una toalla que colgaba de la esquina. Me tapé con ella.

—Vamos, hombre —dijo Tomás un poco incómodo—. Levántate de una buena vez, ¡qué haces ahí todo tapado!

—Tengo frío —dije—. Está haciendo demasiado frío.

—Entonces, vamos a tu casa, levántate para llevarte. ¿Puedes tú solo o te ayudamos?

No tenía ganas de contestar. Tomás pidió a los jóvenes que lo ayudaran a levantarme. Se agacharon y mientras alguno me tomaba por la cabeza el otro me agarraba de los hombros. «¿Le duele el cuello?», preguntaron, temiendo que me lo hubiera fracturado. Tampoco le contesté a él. Estaba bien ahí, arropado con la toalla, muriéndome de frío. «Parece que está mal; es mejor llamar a una ambulancia», dijo uno de ellos. «Mire cómo se aferra a la toalla, y no hace tanto frío». Pero yo seguía sin moverme, con los ojos abiertos, oyéndolo todo, pero sin moverme, sin ganas de hablar, sintiéndome incapaz de explicarles a ellos o a Tomás que realmente hacía mucho frío.





## CONEJOS DEGOLLADOS

NO FUIMOS A ESCUCHAR A POLIÉSTER esa mañana. Mario me llevó hacia un lugar donde se guardaban bicicletas. No sabía que en el CEJ había bicicletas; tampoco una cancha de fulbito y otra de tenis, que se veían a lo lejos. Cogimos un par de bicicletas, salimos del sitio y nos internamos en el pueblo de Morillo por la avenida principal, una ancha y sinuosa pista de tierra. A un costado de la carretera, bordeando un campo enorme situado frente al CEJ, veíamos los cadáveres de los conejos que los tractores nocturnos habían degollado. Un triste espectáculo. Más triste aún que ante semejante escena uno pensase en el desperdicio de carne alimenticia y no en vidas vanamente perdidas, el holocausto de los conejos. Pero eso pensé, y también que en el Perú ya se habría inventado un oficio: recogedor de conejos. Me imagino a docenas, si no centenares, de mendigos disputándose la carne. La cultura de la pobreza. Al menos, en esas circunstancias no tendríamos oportunidad de ver la espantosa escena de conejos llenos de tajos y sangre arrojados a la vera del camino. Algo bueno, después de todo. Mario no se ha percatado de los conejos. Sigue adelante, pedaleando con fuerza. Me es difícil seguirlo. Al fin, llega a un lugar, una casa pequeña y fea, sin personalidad, metida entre otras casas como un diente. Deja la bicicleta en la vereda, muerta, y la imagen me conduce otra vez a los conejos. Dejo mi bicicleta también, pero recostada a la pared. Odio la muerte. Odio la muerte incluso de los objetos. Narrar

es odiar la muerte. Sherezade odiaba la muerte. Far-li-mas odiaba la muerte.

## EL NARRADOR

AL PRINCIPIO FUE EL SACRIFICIO. Roberto Calasso lo cuenta en *Las ruinas de Kasb*. Cuenta la historia de un pueblo africano que estaba habitado por los hombres y gobernado por las estrellas. Un rey era ungido por sacerdotes cada cierto tiempo. Era el Nap de Naphta, el hombre más rico de la tierra pero cuya vida era la más breve y triste entre las de todos los hombres. Durante su reinado los sacerdotes observaban la bóveda celeste tratando de ver cuándo, según su regla, se cumplía determinada geometría astral y el rey debía ser ejecutado. Los sacerdotes encendían fuegos, sacrificaban animales y miraban el cielo, mientras el rey vivía agazapado en su corte. Hasta que le llegó el día al rey de turno y fue ungido un nuevo Nap de Naphta, llamado Akaf. Desde el día de su elección, el rey podía escoger a algún miembro de su corte para que fuera ejecutado con él cuando llegara el momento. Akaf eligió a Far-li-mas. Far-li-mas era un extranjero, un hombre que había llegado como esclavo para entretener a la corte contando historias. Far-li-mas era el Narrador. Akaf, que lo había oído y se divertía con él, decidió que él sería su acompañante y Far-li-mas, al enterarse de la noticia, dijo simplemente: «Dios lo quiere».

Mientras el fuego perpetuo ardía y sintiéndose cercano a la muerte, Akaf pidió a Far-li-mas que se sentara a su lado para contarle una historia. «Dicho y hecho», dijo Far-li-mas, y empezó a contar una historia para alegrar al Nap de Naphta. Su relato era como hachís; la gente dejaba de beber, se olvidaba de comer, no se acordaba de respirar. Los esclavos se olvidaron de servir. Cuando el relato terminó, todos estaban sumidos en una modorra amable, en la inconsciencia. Akaf, por ejemplo, ya no pensaba en la muerte.

Todos los días siguientes, la corte entera estaba impaciente por que llegara la noche para que Far-li-mas contara otra historia. Se hizo una costumbre que cada noche contara algo. La noticia de sus fábulas se difundió por todo el país. El Narrador había sido adornado por los regalos de Akaf y de su corte. Estaba bendito por la gente del pueblo, que al verlo pasar se descubría el pecho. Sali, una pequeña muchacha designada para mantener el fuego perpetuo, pidió oír las historias de Far-li-mas. Se lo permitieron porque ella era la hermana menor de Akaf. Se lo permitieron por lástima, porque las vírgenes que cuidaban aquel fuego morían con el rey. Sali entró y se sentó al lado de su hermano. Cuando el Narrador la vio, se quedó mudo. Todos pensaron que se le habían terminado las historias. Tuvo que alejar los ojos de Sali y empezar a contar. Mientras la historia avanzaba, todos iban quedándose dormidos. Todos menos Sali, cuyos ojos devoraban a Far-li-mas como antes los de él la habían devorado a ella. Cuando terminó el relato, Far-li-mas se puso de pie y avanzó hacia Sali. Ambos se abrazaron y así, estrechados, decidieron no morir.

Sali persuadió a los sacerdotes que auscultaban el cielo de que fueran al palacio a oír a Far-li-mas. Los sacerdotes jamás hubieran ido, pero Sali les planteó un reto. Les apostó que la escritura de los hombres —aquellas fábulas de Far-li-mas que hablaban de la vida— era más fuerte y mayor que la escritura del cielo. Los sacerdotes no podían dejar pasar por alto semejante apuesta, no podían aceptar que el don de contar historias fuera más grande y fuerte que el de escribir en las estrellas. La curiosidad venció a los sacerdotes, que pidieron a Akaf oír al Narrador esa noche en el palacio. Fueron esa noche, convencidos de que si tan solo dejaban de escudriñar el cielo una noche no pasaría nada. Pero si olvidaban hacerlo muchas noches, entonces ya no sabrían qué hacer. Con la puesta del Sol empezó el relato de Far-li-mas. Su relato fue otra vez como el hachís: primero aturdió a todos, luego los adormeció y al final terminó por hacerlos dormir profundamente. Cuando terminó el

relato, todos dormían menos Sali y Far-li-mas. Sali besó los labios del que profería palabras tan dulces. Far-li-mas abrazó el cuerpo que lo fortalecía con solo verlo. Y se abrazaron con los brazos y las piernas. Y yacieron en medio de los que dormían. Y fueron felices hasta romperse el corazón.

Al día siguiente, Sali fue a preguntar a los sacerdotes si tenía o no razón y la escritura del hombre era más bella que la del cielo. Los sacerdotes no dieron su brazo a torcer, replicaron que la noche anterior no habían estado debidamente preparados y que por ello esa noche tendrían que volver al palacio para oír a Far-li-mas. Durante el día, los sacerdotes siguieron ofreciendo sacrificios mientras Sali cuidaba del fuego perpetuo. Por la noche, todos se fueron a escuchar a Far-li-mas. Sali se sentó otra vez al lado de Akaf y el cuento empezó. Al poco rato, todos se quedaron dormidos nuevamente. De nuevo Sali y Far-li-mas yacieron de felicidad en medio de los que dormían. Y así siguió ocurriendo un día tras otro. Ya no eran las noticias de los relatos del Narrador lo que se difundía en el pueblo sino aquellas que decían que los sacerdotes todas las noches descuidaban a las estrellas por ir al palacio. Una gran inquietud empezó a crecer entre todos. Un día, un hombre importante decidió comprobar si aquellos chismes eran ciertos y acudió al lugar de los sacerdotes para preguntar cuándo ocurriría determinada festividad. Ninguno de los sacerdotes supo qué responder, pero no le dijeron eso, solo le pidieron que volviera al día siguiente porque esa noche tendrían la respuesta. El hombre, dubitativo, se despidió hasta el día siguiente. Cuando se fue, uno de los sacerdotes se puso de pie y preguntó en voz alta: «¿Alguno de ustedes ha observado durante estas noches la posición de las estrellas y la Luna?». La respuesta fue negativa. La culpa había sido de Far-li-mas. El más anciano de los sacerdotes dijo: «Esta debe de haber sido la voluntad de Dios. Pero si Far-li-mas no ha sido enviado por Dios, hazlo matar, porque si vive y habla, todos quedarán escuchándolo».

## INGRESO AL GIMNASIO

MARIO Y YO ENTRAMOS AL LOCAL por un pasadizo, que estaba vacío y olía a desinfectante. Antes de ingresar me había fijado en un cartel que colgaba de la puerta.

### Gimnasio mental

Abierto de 9 a.m. a 1 p.m.  
y de 4 a 10 p.m.

¿Qué podía ser un gimnasio mental? ¿Era posible que Mario me hubiera traído a una casa de meditación? ¿Me harían un masaje? ¿Acaso putas? Mario caminaba por el largo pasadizo sin problemas, con absoluta seguridad. Al fin, llegamos a una sala llena de televisores y consolas de PlayStation.

Mario tomó asiento frente a uno de los televisores. No había nadie en el lugar, salvo un tipo que encendía las máquinas y les pasaba un trapo. A él se dirigió Mario; le pidió un juego llamado *Winning Eleven 4*, un simulador de fútbol, hasta donde entendí. Luego, me sorprendió sacando una pastilla de memoria que colocó en la máquina. «Cierra la boca. Siempre la traigo conmigo», dijo. Se había pasado la tarde anterior buscando un lugar de juegos, estaba convencido de que en este pueblo había uno. Y lo encontró. Y vaya nombrecito. Estaba encantado. Entró al programa y se puso a hacer algunas modificaciones. Luego, ingresamos a una pantalla de *training mode* en la que me enseñó la utilidad de cada uno de los botones. Era confuso, había que recordar demasiado, pero yo tenía alguna experiencia, aunque no con el PlayStation sino con la computadora de mi hermano, que tenía uno de esos mandos. «Ni punto de comparación», replicó Mario, y siguió explicándome.



## FAR-LI-MAS

LOS SACERDOTES FUERON A HABLAR CON AKAF sobre Far-li-mas. Le dijeron que él debía morir porque desgarraba el orden. El rey Akaf no se sorprendió, estaba acostumbrado a los sacrificios. Pensó, sí, que él moriría primero, porque así lo quería el destino. Cuando los sacerdotes dejaron al rey, se acercó Sali y le dijo que ella sabía que el fin de todos se acercaba. También le contó que amaba a Far-li-mas. El rey contestó: «En tal caso, tómallo, hermana Sali».

Por todos los rincones se corrió la voz de que Far-li-mas contaría sus cuentos en público. La plaza se llenó de gente. Había un sitio en el estrado para los sacerdotes, para el rey Akaf y su hermana Sali, para la corte elegante de Far-li-mas y para Far-li-mas, quien estaba más elegante que nadie. El rey Akaf llevaba un velo sobre el rostro, pues se sentía condenado y no creía tener derecho a la felicidad de ver a su pueblo reunido. Cuando todo estuvo dispuesto, no fue el Narrador sino el anciano sacerdote quien se puso de pie. «Far-li-mas ha desgarrado el orden de Naphta. Esta noche se mostrará si esta era la voluntad de Dios». El sacerdote se sentó al tiempo que el Narrador se ponía de pie, mirando a Sali a los ojos. Luego, apartó la mirada de Sali y la condujo hacia la multitud. Miró también a los sacerdotes. Dijo: «Soy un servidor de Dios y creo que todo el mal en el corazón de los hombres le repugna. En esta noche se decidirá». Y comenzó su relato. Primero, sus palabras eran dulces, apaciguadoras, como el rocío matinal que un ligero viento lleva hacia el rostro de los que despiertan. Luego, las palabras adquirieron olor, un olor a musgo e incienso. Después, adquirieron color, el color del fuego, como si sobre la noche inmensa como una cueva se hubiera encendido una antorcha. Luego, todos empezaron a sentir en los labios el sabor del sueño; las palabras de Far-li-mas se habían convertido en un sabor casero, conocido y exótico al mismo tiempo, que tranquilizaba como un té dulce. Esas palabras empezaron a adquirir olor, el olor del hachís que adormecía, y también un sonido de luciérnagas encen-

diendo el lago y de grillos ocultos bajo las ramas, un sonido arrullador. De pronto, ocurrió algo que jamás había sucedido en el palacio. La voz de Far-li-mas se desató como un río, como si el Nilo hubiese brotado en esa plaza; se hizo grande, profunda, hermosa. Se hinchó como el Nilo que sube hacia el corazón de los hombres. Algunos se tapaban los oídos por el miedo, otros se quedaban pasmados por la maravilla. La felicidad colmaba a algunos, el horror a los demás. Mientras más se acercaba la mañana, más intensa y fuerte se hacía la voz. Entonces, los corazones de los que tenían miedo se alzaron contra aquellos que estaban felices. Unos defendían el miedo de la felicidad y otros la felicidad del miedo. Se encolerizaron unos contra otros, como nubes en una noche de tormenta. Era como si en medio del Nilo se hubieran encontrado barcas enemigas. Era el duelo del relámpago contra el trueno.

Cuando se levantó el Sol, las palabras de Far-li-mas se acabaron y él se quedó callado. Todos despertaban con estupor del sueño que los había conducido a la batalla. Cuando los sobrevivientes miraron a su alrededor, solo encontraron cadáveres. El hermano había atacado al hermano, el hijo al padre. Y cuando miraron al estrado encontraron los cuerpos de todos los sacerdotes dispersos sobre la tarima, ensangrentados y degollados como conejos, perseguidos por el campo durante la noche de los tractores, arrojados al amanecer a la vera del camino.

Sali se levantó y se prosternó ante el rey Akaf. «Despréndete del velo, hermano mío, rey Akaf, muéstrate a tu pueblo y ejecuta tú, ahora, el sacrificio». Los servidores quitaron el velo que cubría el trono. Retiraron después el que estaba sobre el rostro. El rey Akaf se levantó. Era el primer rey que el pueblo de Naphta veía. Era bello como el Sol que sale. Un caballo blanco se abrió paso entre la gente. El rey saltó sobre él. Dos caballos más lo seguían. En uno iba Sali, en el otro Far-li-mas. Cabalgaron hasta el palacio. Dentro de este, el rey cavó tres agujeros en el terreno sagrado. Arrojó dentro de cada uno de ellos una semilla. Después cavó dos agujeros más. Sali arrojó en cada uno de ellos una semilla. De in-

mediato, las cinco semillas germinaron y ante los ojos del pueblo crecieron plantas de espigas, que al atardecer estaban maduras. Mientras todos hacían sacrificios personales, el rey apagó el fuego perpetuo. Imitándolo, todos los padres apagaron el fuego en sus hogares. De la mano de Far-li-mas, Sali encendió un nuevo fuego.

## GIMNASIO MENTAL

MARIO

Vas a jugar con un equipo rápido primero, para que pruebes la velocidad. Te recomiendo que escojas a Nigeria o a Brasil. Yo escogeré a Rumania, un equipo que me deje jugar pero que no te apabulle.

YO

Voy a ver con Brasil. ¿Algún consejo para la alineación?

MARIO

Usa un 4-3-3. Yo juego siempre con Roberto Carlos como medio. Pierdo salida en la defensa pero gano muchísima velocidad adelante. Coge la pelota y corre al *corner* para sacar el centro. Arriba tienes a Romario, Ronaldo y Amoroso. Cambia a Amoroso por Denilson. Pon a Denilson como medio y a Rivaldo como puntero derecho.

YO

Podríamos pasarnos todo el congreso jugando esto.

MARIO

Sería una excelente idea. Nunca se piensa mejor que jugando *Winning Eleven 4*. Sobre todo cuando aprendas a jugar y no tengas que pensar en qué botón apretar. Jugarás al pulso y tu mente estará vacía para poder pensar realmente en todo al mismo tiempo.

YO

Es difícil marcar.

MARIO

Se hace con X, pero no dejes de apretar R1 para correr. Sí, definitivamente este es lugar para pensar. No tengo que demostrar nada a nadie, no hay peligro de que alguien entre y me diga qué estoy haciendo si miro al techo. La actividad manual en estado puro estimula el intelecto.

YO

Estoy apretando X y no te marco. ¿Cómo haces eso?

MARIO

Suelta el R1 y empieza a driblear, simplemente. No esperes que la máquina haga todo por ti. ¿Sabes qué es lo que más me gusta de pensar jugando *Winning Eleven 4*? La sinceridad con uno mismo. No hay pose, no hay temor, es pura sinceridad, sin reflexión, sin tácticas de araña. Dos intelectuales que hablan frente a frente, en una mesa de café, por ejemplo, siempre están en conflicto. Quieren apabullar al otro. Acá no, acá solo se sueltan las frases sin que intervenga ninguna táctica miserable. Acá estamos tan metidos en el tema de ganarte en el juego que no quieres ganar la discusión.

YO

¿Por qué me sale tan alta la bola? Yo estoy apretando cuadrado igual que tú; no tiene sentido.

MARIO

Mueves el control como si fuera un avión. ¿Qué haces con el mando en la oreja? ¿Acaso yo lo muevo así?

YO

Es que me quedo sin cancha.

MARIO

Si quieres hacer todo con un solo jugador te vas a desordenar, pues, claro. Busca el centro, los pases cortos, la profundidad. Mira esto.

YO

¡Eres un... !

MARIO

¡Palo, mierda! Típico, demasiado típico. Siempre me pasa cuando juego con chivos como tú.

YO

Oye, no me has hablado de mis cuentos. ¿Leíste alguno?

MARIO

*Encuentro con Tomás.* Un gran cuento.

YO

Quise que fuera algo así como un cuento triste, no sé si se notó. Pero, ¿crees que exagero con lo de Paulo?

MARIO

¡Gol! ¡Golazo! ¡Ahora sí te tengo donde quería! Mira la repetición. Línea de tres con Moldovan a la derecha, Illie a la izquierda y Hagi al medio. Imposible no ganar los rebotes.

YO

¡Maldita sea! Tengo que aprender a jugar, ya me jodiste; ahora solo voy a pensar en esto. No sé por qué todo lo que hago lo tengo que hacer perfecto o si no, ni lo intento. ¡Odio perder!

MARIO

¡Vaya! ¿Aún quieres que te responda si exageras con lo de Paulo?



## SAER

DICE JUAN JOSÉ SAER, REFIRIÉNDOSE A LAS VIEJAS parisinas: «Aunque en apariencia son inofensivas, a veces pueden ser irritantes, y tal vez la conciencia de su propia fragilidad, que de un modo paradójico las induce a creerse invulnerables, les da cierto desparpajo a sus opciones, lo que puede convertirlas en la voz cantante de su época, de modo que en cierto sentido sus observaciones severas en la puerta de una panadería, sus análisis sociológicos en los salones de té, sus comentarios mecánicos hechos a solas en voz alta ante las imágenes del televisor, revelan más los trasfondos del presente que los discursos de los así llamados políticos, especialistas en ciencias humanas y periodistas. La conversación diaria de una anciana con su canario, mientras le limpia la jaula, es tal vez el único debate serio en los tiempos modernos, no los que tienen lugar en las cámaras, en los tribunales o en la Sorbona: habiendo ganado, después de haberlo perdido todo, el privilegio de no tener nada que perder, una sinceridad sin premeditación preside su estilo oratorio, que a veces ni siquiera se expresa con palabras, sino más bien con silencios y ademanes significativos, con sacudimientos de cabeza para nada explícitos, y con miradas en las que se confunden ardor y desapego».

## EL NUEVO ORDEN

A PARTIR DE ESE DÍA, EN NAPHTA NADIE MÁS fue ejecutado. El rey Akaf fue el primero en vivir hasta la vejez y pudo hacerse sabio. Lo sucedió Far-li-mas, ya anciano, y el pueblo fue feliz y próspero. Su fama como Narrador había invadido el mar oriental y el Occidente. Pero la fama engendró la envidia. Y cuando Far-li-mas murió, los países vecinos violaron los pactos y declararon la guerra a Naphta. Pueblos salvajes cayeron sobre el país rico pero pacífico, se descolgaron de las ramas como simios irritados contra los pea-

tones. Naphta fue destruida y el palacio incendiado. La plaza fue derrocada. No quedó vestigio del lugar donde Far-li-mas había contado la primera historia ni de aquel donde había narrado la última. De aquella época de esplendor no quedó nada, salvo los relatos de Far-li-mas que no podían ser arrancados de la memoria del pueblo, de los padres, que los contaban a los hijos para que estos volvieran a contarlos. Naphta fue tragada por For, una patria extranjera, y ahora no es nada; no es ni un pedazo de tierra ni de cielo. No es nada sino un mito, una ruina mental, el recuerdo de una leyenda que algunos hombres de For aún cuentan, sin saber cómo llegó hasta ellos esa historia, quizá fueron sus madres o sus padres o sus nanas. Pero cuando alguien pregunta en For por las ruinas de Naphta o de Kash o de Napata, siempre se levanta el dedo hacia una casa del vecindario y se dice: «Ahí hay un viejo que sabe la historia».

La historia es la verdadera ruina perpetua: todo viejo orden es derrocado por uno nuevo, que a su vez es derrocado. Pero las ruinas son testimonios de la vida, no un simple *souvenir*, no una astilla que el náufrago arranca del barco para ostentarla frente a los vecinos y mostrarla a sus nietos cuando ya no tenga nada más que mostrar. Las ruinas son testimonios perpetuos de que ahí existió algo como el fuego de Sali. Es devolver vida a la vida. Las ruinas son una narración. La historia de Naphta y Far-li-mas es el testimonio de que las historias alejan a la muerte, pero no la eliminan. Solo pueden suspender el tiempo del sacrificio. Se implanta el nuevo orden, el de la imaginación, sobre el otro orden, el de la condena a muerte. Narrar es suplantar, es crear márgenes en la vida, es hacer paréntesis ahí donde hay un texto oficial. Es habitar las notas de pie de página. No es una evasión sino una suplantación que no dura para siempre, que no se impone de forma absoluta, porque de hacerlo, se volvería un orden y sería destruido. Ese es el gran mensaje de Far-li-mas: que lo firme huye y solo lo fugitivo permanece y dura.

## EL REINO DE LA PALABRA

DICE ROBERTO CALASSO: «CON FAR-LI-MAS se entra en otro reino; el reino de la palabra, después del de la sangre. Es un reino que no mata según el rito, sino que evoca a la muerte a través de un desorden que sobreviene rápido, indomable. Las palabras de Far-li-mas sustituyen al sacrificio; como el sacrificio, tienen el poder de hacerse obedecer, pero no pueden establecer los tiempos del ciclo. Ahora el tiempo solo es la oscilación pendular entre un fluir vacío, desprovisto de apoyos, y la suspensión de la droga en la palabra. Las palabras de Far-li-mas viven con fuerza propia, pero no pueden reflejar la posición de los astros».

También afirma: «Las historias de Far-li-mas tienen el efecto del *soma*, actúan como la miel del sacrificio, su fruto. Al difundir la miel del sacrificio, Far-li-mas derrota al sacrificio cruento. Pero esa miel se agota en él; abandonado el ciclo de los astros, ya no existe la certidumbre del *soma*. Ahora es un don errático. Después de la muerte de Far-li-mas, Naphta encontrará la ruina, y sólo quedarán sus historias para alimentar el cuerpo árido, ávido, de la historia. No se habla para nada de un sucesor de Far-li-mas. Entraríamos en la literatura».

## ALMUERZO

ESTAMOS SENTADOS, ALMORZANDO CON MARIO, con Frances que se ha sentado junto a nosotros, con la pelirroja que se parece a mi ex enamorada. Frances tiene los ojos grandes y húmedos, como una gacela. Sus manos son de ave. Esto podría parecer un relleno, uno de esos capítulos que los novelistas endilgan a sus lectores para obligarlos a pasar el tiempo, para acumular páginas y dar sensación de realidad. Podría serlo, pero no lo es. Siempre he comparado a las mujeres con animales; a los hombres no me es tan fácil identificarlos. Los hombres todos son simios, tarde o temprano

tienen gestos de simios. Las mujeres, en cambio, se transfiguran. Qué animal extraño es, por ejemplo, Frances, la Niña Símbolo; sus ojos, sus manos. Qué animal fabuloso la Valenciana, que despliega sus alas imaginarias como una mezcla de mamífero y ave. La pelirroja es un ratoncito. Deja las huellas de sus dientes en el pan, en el queso. Come y ríe. Mira seductoramente a un paraguayo y ríe. Una casquivana de buen corazón.

## NOTICIAS DEL CEJ

DESPUÉS DEL ALMUERZO NOS HEMOS ENTERADO de varias cosas. Parece que la conferencia de Poliéster fue miserable. Ninguna novedad. Habló de niños pobres, dijo que sentía en carne viva el pecado original por no ser indio, por pertenecer a la clase de privilegiados del país. Los argentinos quisieron lincharlo citando a Sartre, para corregir una cita de Poliéster, y a Nietzsche y a Habermas y a Hegel. Nos hemos enterado, también, de que a Mario le han puesto un apodo. Como aquí todo el mundo se llama en los corredores por el país al que representa (se encuentran y gritan «¡¿Cómo te va, Chile?!» y el otro le contesta «¡Con frío, nomás, Panamá!»), es usual que a Mario, como a mí y a los demás, nos llamen *Perú*. Pero en Mario ese nombre ha sufrido una metamorfosis. Ahora lo llaman *Bobby Perú*, como aquel personaje siniestro de la película de Lynch, *Corazón salvaje*. La broma ha sido de la pelirroja venezolana. Mientras caminamos hacia el cuarto, comentando las incidencias del último partido de *Winning Eleven 4*, donde me ganó por cinco goles, por lo menos dos personas lo han llamado así. Luego, ha venido la misma pelirroja a contarnos todo, con algo de culpa pero sobre todo con mucha risa. Mario se ha irritado, lo sé, pero no ha dicho nada. Se me ocurre pensar que la pelirroja está enamorada de Mario. O quizá Frances. Y este segundo pensamiento hace que me dé un vuelco el corazón. Me preocupo por eso, ¿por qué temer

que a Frances le gustase Mario? La última cosa de la que nos hemos enterado es que Nunquam se ha vuelto la estrella del encuentro. Con esa mirada despectiva, esa elegancia natural, esa nariz perfectamente respingada como la de un patricio, ha terminado por imponer su presencia y ahora hasta los argentinos le temen. Dicen que lo vieron tomando un café con Poliéster. Poliéster tenía la cabeza hundida, como pidiendo perdón, mientras Nunquam lo señalaba con un cigarrillo encendido, que rara vez se llevaba a los labios.

### PRIMER FIN DE SEMANA

SE HA DECIDIDO HACER LA PRIMERA SALIDA del CEJ este fin de semana, como cierre del tema *Literatura y ecología*: un paseo por un bosque de piedras llamado el Torcal de Antequera. Además, se nos ha pedido que escribamos nuestras ideas acerca del tema. Una suerte de tarea que ha mandado a todos a las máquinas. Yo no la necesito, tengo una iBook, pero sí necesitaré papel y una impresora. Mario me ha contado que todo el papel que había en el CEJ, resmas de resmas, ha sido devorado en menos de un par de días. Un despilfarrero de dimensiones mayores. Él se ha ido a las máquinas, a ver si escribe un par de líneas, seguro cómicas porque así es él; me he divertido muchísimo con el texto que me ha entregado sobre este encuentro, en realidad un conjunto de notas. No me había percatado de muchas personas, de tantas situaciones divertidas y personajes caricaturescos, hasta el punto que parece que fuera otro congreso. Yo no sé qué hacer, quiero escribir algo brillante, me tomo demasiado en serio. Mario no lo hace y lo envidio. ¿Qué dirían Aut o Tunc o Nunquam si supieran lo del Gimnasio mental? ¿Un escritor que anda con una pastilla de memoria para el PlayStation? ¿Qué diría Poliéster? No sé qué escribir y divago. ¿Qué tiene que ver un escritor con una planta?



## HERNÁNDEZ

PUES HAY UN ESCRITOR QUE SÍ SABE qué tiene que ver un escritor con una planta. El narrador uruguayo Felisberto Hernández es uno de los más grandes escritores latinoamericanos en cuanto a libertad de imaginación y abandono del realismo y, desde luego, por eso mismo, un perpetuo desconocido. En un prólogo llamado «Explicación falsa de mis cuentos», publicado en la revista *La lincorne* (1955) y recogido en sus *Obras completas*, retrata de manera impecable el proceso por el que sin lugar a dudas pasamos todos los escritores, aunque luego se inventen explicaciones «verdaderas» donde aquello que llaman *inspiración* es una mala palabra y la conciencia lo domina todo. Felisberto Hernández, en cambio, se entrega a su obra y trata de no estorbarla. Es un espectador del crecimiento y desarrollo de esta, a la que llama *planta*, y la mira hacerse con sorpresa y agradecimiento. La obra literaria es una imposición, aunque la vanidad literaria nos haga creer que nosotros la hemos elegido.

### LA PLANTA

DICE HERNÁNDEZ: «OBLIGADO O TRAICIONADO por mí mismo a decir cómo hago mis cuentos, recurriré a explicaciones exteriores a ellos [...]. Mis cuentos no tienen estructuras lógicas. A pesar de la vigilancia constante y rigurosa de la conciencia, ésta también me es desconocida. En un momento dado pienso que en un rincón de mí nacerá una planta. La empiezo a acechar creyendo que en ese rincón se ha producido algo raro, pero que podría tener porvenir artístico. Sería feliz si esta idea no fracasara del todo. Sin embargo, debo esperar un tiempo ignorado; no sé cómo hacer germinar la planta, ni cómo favorecer, ni cuidar su crecimiento; sólo presiento o deseo que tenga hojas de poesía; o algo que se transforme en poesía si la miran ciertos ojos. Debo cuidar que no ocupe mucho

espacio, que no pretenda ser bella o intensa, sino que sea la planta que ella misma esté destinada a ser, y ayudarla a que lo sea. Al mismo tiempo ella crecerá de acuerdo a un contemplador al que no hará mucho caso si él quiere sugerirle demasiadas intenciones o grandezas. Si es una planta dueña de sí misma tendrá una poesía natural, desconocida por ella misma. Ella debe ser como una persona que vivirá no sabe cuánto, con necesidades propias, con un orgullo discreto, un poco torpe y que parezca improvisado. Ella misma no conocerá sus leyes, aunque profundamente las tenga y la conciencia no las alcance. No sabrá el grado y la manera en que la conciencia intervendrá, pero en última instancia impondrá su voluntad. Y enseñará a la conciencia a ser desinteresada».

#### INÚTIL MENTE DESPIERTA

DICE HENRY MILLER: «LA MENTE DESPIERTA, usted sabe, es la menos servible en las artes. En el proceso de escribir uno lucha por sacar lo que es desconocido para uno mismo. Registrar tan sólo aquello de lo que uno está consciente no significa nada, realmente, no lo lleva a ninguna parte».

#### LA CASA DE CARTÓN

AL ABANDONAR LA PLAZA PRINCIPAL de Barranco —oscurecida por las ramas de los árboles que la rodean y de la enorme catedral que la mira desde el frente— uno se interna por un curioso bulevar, un corredor de piedra que actualmente está lleno de adolescentes y discotecas, bares, *pubs* y, sin percatarse, cruza la casa de cartón. Y es que la casa de cartón existe aún, convertida en un local para bailar, y es un milagro que no hayan retirado la placa de bronce que anuncia que ahí vivió Rafael de la Fuente Benavides, Martín Adán. Entre todas las cosas que no es el Perú, el Perú no es un

país que guarde fetichismo por los objetos de sus escritores. El turista literario se sorprenderá de que no existan tours por casas de escritores y que si de casualidad se topa con una es porque su guía conoce, por autodidacta o curioso, su ubicación. No existe una versión oficial sobre esas casas, a diferencia de lo que ocurre en el resto de países de América o en Europa. Sin embargo, las casas están ahí y es un placer, justamente, descubrirlas y escudriñarlas. Ciertamente, algunas de ellas, en los últimos años, han sido remodeladas y puestas a disposición del público. Pero lo que uno vive en ellas es una experiencia dolorosa, como enfrentarse a solas con una anciana que pretende reconstruir con maquillaje el rostro de juventud que muestra una fotografía borrosa. No existe ningún especialista en reconstruir casas y épocas, por lo que esas casas «rescatadas» tienen una existencia precaria, donde se mezclan objetos de distintas épocas, paredes destruidas y rejas en las ventanas para que no se introduzcan los delincuentes. También paneles de madera pintados de verde petróleo que avisan de actividades, lo que les da a esas casas un aspecto canallesco de oficina pública o ministerio. Tampoco es agradable el destino de las casas que no han sido requeridas para la historia. Terminan convertidas en lo que el azar decida. La casa de cartón, por ejemplo, fue un restaurante especializado en platos preparados con pescado, un *pub*, una discoteca exclusiva, otra vez un *pub*. Alguna vez entré a la casa de cartón, seducido por la idea de encontrar algún vestigio de la época en que la había habitado el adolescente Martín Adán. Incluso el piso había sido removido y cambiado por unas losetas sin personalidad, resbalosas y sucias de pisadas. Las puertas estaban perdidas, los umbrales eran unos tristes agujeros donde la gente se detenía a conversar. No sé por qué en mis visitas a las casas de escritores siempre me han seducido las puertas y las ventanas. Puedo quedarme delante de una de ellas durante horas, incluso despreciando los enseres, los bustos y los doseles de las camas. Me gusta traspasar las puertas por donde transcurría la vida cotidiana de los escri-

tores que admiro. Como si al atravesarlas algo de su espíritu quedase en mí; como si al hacerlo, yo resultara alimentado, transformado, sumado a una nueva dimensión. Pero en la casa de cartón eso era imposible. Uno no podía descubrir si aquel agujero en la puerta era un umbral creado para no estorbar el paso de los mozos y de los bailarines. Un nuevo orden se había instalado y el anterior había quedado abolido. Pensé que el baño sería un lugar intocable y fui hacia ahí. Pero lo habían removido: la puerta era un escándalo de plástico y estaba iluminado por una claridad de fluorescente que contrastaba dramáticamente con la oscuridad del *pub*. Sin embargo, al terminar de ocuparme, busqué la palanca para dejar que pasara el agua y descubrí que era un baño de tanque, con cadena herrumbrosa. Habían olvidado quitar el tanque, que sin duda era de principios de siglo. Inesperadamente, a través de esas cañerías roncadas pero aún eficientes, me encontraba con el espíritu que había venido a buscar.

## MARTÍN ADÁN

RAFAEL DE LA FUENTE BENAVIDES, MARTÍN ADÁN, PRETENDIÓ unir en su seudónimo los dos orígenes del mundo: el del Génesis, que privilegia a Adán, y el de Darwin, que privilegia al simio, representado por el mono Martín. Aparentemente, la broma cósmica no tenía sentido salvo por la egolatría de un adolescente. Sin embargo, cobraría un inusitado significado después, muchos años después, cuando la teoría literaria de la posmodernidad le arrebatara a su novela *La casa de cartón* el título de «novela experimental» o «novela de vanguardia» para convertirla en la primera novela posmoderna del Perú y una de las primeras de América Latina. Debo reconocer que el chiche de la posmodernidad es un tema más adecuado para Tunc y toda su cultura posmoderna y su estética *pop-comic-new wave*, pero no para este comentarista demasiado concentrado en sí mismo como para oír el rumor de otros mares



navegables. Sin embargo, es cierto que *La casa de cartón* me parece una novela absolutamente moderna, antes que nueva, una novela capaz de librarse de las recomendaciones y del deber ser de la narrativa naturalista, implantada en el siglo XIX y que, en el Perú, daría sus mejores frutos después de publicada esta *nouvelle*.

Toda novela es una reconstrucción, una representación, así como toda ciudad literaria es un estado mental. Las novelas naturalistas pretenden recrear un orden temporal en el que predomina la línea recta. Hay una apariencia de vida, una simulación que imita la sensación de Occidente de que la vida es un progreso interminable, siempre hacia delante. Pero, por ejemplo, para quienes piensan que la vida es cíclica, la novela naturalista resulta un caos, una representación de otro tipo, tal vez igualmente convincente pero de ningún modo «naturalista». *La casa de cartón* es una reconstrucción de fragmentos, una novela elaborada a base de murmullos y telas de araña. La imagen que se presenta en su lectura, el mapa mental que nos hacemos al recorrerla, tiene la sofisticación de un guante bordado. Uno puede ver los puntos de la trama (el narrador no busca la invisibilidad flaubertiana) y también las volutas, los adornos, incluso la pedrería incrustada y que se siente impuesta, pero cuyo efecto total es abrumador. *La casa de cartón* avanza, se desenvuelve, siguiendo la lógica de los fragmentos y el curso de las sensaciones. El narrador retrocede, se detiene, afila cuchillos que no lanzará, presenta personajes que desaparecerán entre la bruma limeña. Los habitantes han quedado convertidos en objetos de la naturaleza. Por eso es sorprendente cómo brotan, de esa misma naturaleza inestable y conmovedora, dos personajes que adquieren una vida propia, también cargada de murmullos, Catita y Ramón. Solo la mirada tierna que se posa sobre ellos los devuelve a la vida. Y es un *devolver* y no un *nacer* porque al principio de la novela todo es simulación, todo está internado en la cabeza y el estómago del narrador a quien baña la llovizna del invierno («lelo



y frágil», lo llama) mientras avanza hacia su colegio. Alguna vez leí que Zeus se había devorado a la Tierra, a todos sus objetos y sus hombres, para vomitarla después convertida en parte suya, en excrecencia suya, como un lunar monstruoso, como una cresta. La imagen me acompaña en la lectura de las primeras páginas de *La casa de cartón*; también ahí hay un devolver lo que se ha devorado, el mundo de alrededor, una vez que se lo ha digerido. No es gratuito —más allá del hecho anecdótico de que Martín Adán tenía la edad de su narrador— que quien nos cuente la historia sea un adolescente. Son ellos, junto con los viajeros y los turistas, los más voraces fagocitadores del mundo y de la realidad circundante.

No cabe duda de que aunque toda novela es una reconstrucción, la novela contemporánea adquiere su personalidad al conseguir enfatizar la habilidad para reconstruir. Ya no se trata de que el personaje se cuestione a sí mismo sino de que el relato cuestione su identidad y su capacidad para imitar un orden. Es cierto que desde el *Quijote* ha existido la autorreferencia en las novelas. Pero esa autorreferencia, que en libros como el *Quijote* pretendía afirmar la existencia de una verdad absoluta y diferenciarla claramente de los terrenos de la imaginación en que la novela se desenvolvía (el mismo efecto que se lograba en los cuentos de nanas, con aquel lugar allende los mares o la indeterminación del *Había una vez*), en la novela moderna busca minar el terreno de la realidad y la verdad, delatando su situación precaria y de fragmento, su mundo hecho de percepciones privadas y finalmente intransferibles. El resultado de una estrategia como la que usa Martín Adán en *La casa de cartón*, donde las sensaciones se mezclan con el relato, los comentarios con el epígrafe, y aparece sin motivo aparente un peculiar poema de vanguardia llamado *Poema Underwood*, es la desconfianza no de la novela sino sobre la vida que nos toca vivir. Es decir, nos confronta con nuestra individualidad, con nuestro mundo oclusivo, con nuestras ideas que son solo nuestras, con nuestra pequeña felicidad.

«Quiero ser feliz de una manera pequeña», dice Martín Adán en su novela. Es el testimonio abrumador del individuo que desiste de la grandiosidad épica, de los sueños quijotescos o de las tribulaciones stendhalianas y que adquiere su sentido en lo íntimo y privado, en la duda y lo relativo. Es una novela de ciudad, sin duda, cuyo título alude a la fragilidad del mundo real, además de lo pasajero de la condición adolescente, pero también al clima incierto de Barranco. Por ese entonces, cuando el adolescente Rafael de la Fuente Benavides, de quince años, vivía en su pequeña casa del bulevar y rayaba cuadernos con caligrafía de mosca escribiendo, como tarea para su clase de gramática, *La casa de cartón*; en esa época, digo, Barranco era un balneario. Un tranvía lo cruzaba, un inestable monorriel ayudaba a los habitantes a bajar por el desfiladero hasta el mar, los árboles crecían de manera desmesurada regados por la brisa marina. El cielo limeño no es gris sino desvaído. No tiene la consistencia del plomo que tienen otros cielos auténticamente grises sino más bien la del blanco de acuarela, un blanco sobre blanco, un lienzo pintado por Rothko. El adolescente Rafael que escribía en su cuarto, mirando el paso de los bañistas y de los extranjeros, enamorado de las niñas flacas y de la literatura extranjera, era un animal barranquino, un ser anfibio adecuado a ese clima de manera simbiótica, sin pretenderlo, por mimesis inconsciente.

No se ha dicho antes, pero habría que considerarlo para entender la novela, que aquel Barranco de Martín Adán tenía su minotauro. Habitaba en el vientre del balneario el espíritu del único genio auténtico que ha sido originado por el clima de la ciudad: José María Eguren, suerte de termómetro capaz de reconocer y sentir las variaciones climáticas, los oleajes interiores y los desvíos de las corrientes de aire. Barranco, al fin y al cabo, es un laberinto de Minos creado para que él, el minotauro Eguren, lo habitase aun antes de nacer. Eguren es un personaje sombrío y, sin embargo, luminoso. Un poeta indiscutiblemente personal, cuya obra se vuelve

cada vez más hermética, hasta tal punto que uno percibe el hilo de Ariadna flotando en el vacío. La poesía de Eguren es el puerto sumergido. La ciudad se ha hecho a su imagen y semejanza y él ha caminado al ritmo de ella. Pocas ciudades existen que tengan ese ritmo oscilante —quizá solo, pienso ahora, la Trieste de Umberto Saba o la Lisboa de Fernando Pessoa— por el cual las avenidas parecen construidas por letras, largos pasadizos de sintaxis y esquinas que terminan en puntos y comas.

Esa ciudad egureniana alimentó, sin él saberlo, los sueños literarios de Martín Adán. También está la leyenda de su hermano muerto en la adolescencia, aquel de quien decían que tenía una memoria prodigiosa que lo hacía capaz de repetir, parado sobre una piedra y en un latín perfecto, el sermón de la mañana, al que cambiaba algunas oraciones para hacer reír a su hermano. Aquellos que tienen un hermano mayor muerto viven una doble vida, cargan el peso de lo que el hermano debía hacer, actúan por contraste. Martín Adán fue incapaz de enterrar a su hermano, como lo atestiguan la presencia de Ramón (el personaje amigo del narrador en *La casa de cartón*, también muerto de joven) y el poema largo *Aloysius Acker*, testimonio de esa duplicidad, de esa fatigante doble existencia. La convivencia con un fantasma doméstico es difícil, más aún para un joven sensible como Martín Adán. Es mil veces preferible convivir con un espectro terrible, un ángel vengador, un demonio al que se debe combatir. Los profetas de la Biblia preferían siempre derrotar tentaciones antes que estar atentos a la voz de Dios. La voz de Dios es terrible, es dolorosa, porque nos ama. Está Job, condenado porque el designio divino, como la vida misma, es arbitrario pero irrecusable; está Abraham, obligado al sacrificio de su hijo para alabanza de Dios. También Dios debió sacrificar a su propio hijo; sin duda, tampoco él habría querido oír su propio llamado. La lucha contra el Ángel, en cambio, es más sencilla, porque hay un enemigo. Los profetas salen fortalecidos al vencer la tentación, y la lucha tiene fin; es una lucha con plazo fijo. La aten-

ción a Dios, en cambio, es infinita y llega el momento en que se pierde el concepto de tiempo, que para Dios es estático y omnipresente. Martín Adán sabía eso, e incapaz de vencer el recuerdo amable de su hermano, se impuso la lucha contra un ángel del mal. Su Azrael fue la bebida. Para intentar vencerlo, terminó internado, por propia voluntad, durante largos años de su vida, en el primer sanatorio de enfermos mentales del país, llamado Larco Herrera. También el sanatorio queda cerca del mar. En la Lima de principios de siglo era difícil librarse del mar. Los conquistadores españoles lo hicieron y los ricos de la actualidad también saben hacerlo. Mirar al mar todo el tiempo solo puede significar locura. Las caracolas, el ruedo de las olas, la redondez incandescente del Sol, todo alrededor del mar es un receptáculo circular que devora nuestros pensamientos, que nos quita nuestros sueños y nos impone los suyos. Barranco le hacía daño a Martín Adán y el sanatorio de Magdalena, también ubicado frente a un barranco, seguía haciéndole daño. En un poema-carta que le escribe a una periodista argentina, Martín Adán le dice: *Si quieres saber de mi vida/vete a mirar el mar*. La frase entraña en su contundencia no solo la rotundidad de una certeza o la evasión de una pregunta sino algo de desafío y algo de tristeza. Es una experiencia desoladora. El mar sabe de su vida no porque el poeta se la ha entregado, sino porque el mar se la arrebató en su adolescencia y sigue haciéndolo en su vejez.

También se habla de homosexualidad cuando se menciona a Martín Adán. Es un chisme viejo, un rumor limeño, una anécdota zumbona que pretende subrayar el carácter extravagante del autor, que termina rebajado del gran poeta que fue a un viejo lastimero que mira las nalgas de los estudiantes que abandonan las universidades del centro de Lima. Siempre hay alguien que lo conoció y lo vio mirando a algún muchacho. O aquel que lo oyó decir algo de calibre homosexual o mandar un beso volado a un joven en el bar que frecuentaba, llamado *El Cordano*, en cuyas servilletas escribió algunos versos y que aún se puede visitar. Tam-



bién están aquellos que esgrimen el poema, evidentemente homosexual, que Allen Ginsberg le dedicó en su visita al Perú. Sin embargo, un acucioso investigador que está a punto de convertirse en el más grande conocedor de la obra de Martín Adán está en condiciones de afirmar, después de haber leído los testimonios escritos de las de las sesiones de terapia que Martín Adán tenía con el psiquiatra Honorio Delgado, que el tema de la homosexualidad no estaba presente en ellas. ¿Podía ocultarse algo así en una terapia? Que él lo negase puede ser (aunque eso no explicaría por qué tantas personas refieren tener tantas anécdotas sobre el tema), pero no que el psiquiatra no reconociera los signos y los consignara. Lo más verosímil es que su homosexualidad fuese un *bluff*, como tantos otros, como afirmar que era civilista y conservador, como decir, delante de un poeta joven que interrogó al octogenario poeta célebre sobre la nueva poesía peruana, que el único poeta joven del Perú era él mismo, Martín Adán. Un *bluff*, como los de Valdelomar, pues también Martín Adán había aprendido a exponer su cuerpo en defensa de su obra. Se trata de no tomarse en serio a sí mismo para tomar en serio a la literatura. Aquellos escritores que no aceptan entrevistas porque no quieren participar en el *show business* literario, aquellos que siempre están serios y piensan que la literatura es un asunto personal, aquellos que, como Nunquam, sienten que la trascendencia es solo un camelo y por eso menosprecian el valor de sus obras, aquellos escritores jamás entenderían los *bluff* de Valdelomar, los de Martín Adán, aquellas frases desconcertantes capaces de imponer, sobre la soberbia de *creerse* un genio, la vanidad de *saberse* uno.

## CREPÚSCULOS

DICE MARTÍN ADÁN: «LIMA TIENE HERMOSOS crepúsculos... por ejemplo, yo».



## LIBRERÍA DE VIEJO

EL DÍA SÁBADO VIAJAMOS A MÁLAGA Y DEJAMOS para el domingo el viaje al Torcal de Antequera. Nos hicieron subir a dos buses y nos ofrecieron un almuerzo de pastas en la zona turística. Además, en la noche escucharíamos a Carmen Martín Gaité leer algunos cuentos en un local llamado *Generación del '27*. Lo mejor era que tendríamos unas horas libres, para poder pasear y conocer la ciudad. La mayoría de escritores abarrotaron El Corte Inglés. Otros visitaron la casa natal de Pablo Picasso. Algunos simplemente se quedaron caminando por las calles estrechas, tomando fotos en plazas o lugares que llamaban su curiosidad. Mario y yo nos unimos a un grupo donde estaban Aut y Tunc (Nunquam se fue a visitar a un conocido; conocía a alguien en todos los lugares a los que llegaba), Frances y la pelirroja que se parecía a una ex enamorada mía, un paraguayo pelucón que le hacía la corte a la pelirroja, un silencioso mexicano de Jalisco que se pasó todo el tiempo del congreso —a pesar del frío—, en camiseta, un par de poetas chilenos y una pareja de esposos colombianos, ambos periodistas. Caminamos sin rumbo por un buen rato, de vez en cuando alguna fotografía, hasta que a alguien se le ocurrió entrar a una librería de viejo.

Las librerías de viejo, aquellos rebusques cargados de libros apolillados, ajetreados, llenos de lecturas e incluso subrayados, son un tópico literario. Centenas de escritores han salido de ellas, de ese polvo, de comprar e intercambiar libros docenas de veces leídos. A veces se consiguen hallazgos impresionantes en esos locales, primeras ediciones, incunables, ejemplares autografiados. Sí, definitivamente es un tópico literario. Pero yo detesto las librerías de viejo; detesto toda esa parafernalia de rebuscadores profesionales, ese orgullo del libro encontrado en el interior de una botella. Sin duda me gustan los libros, pero detesto su posesión. Al igual que el amor, el gusto por los libros ha cambiado el concepto de afecto por el de posesión y exclusividad. Hay un encanto inusual

en lo fugaz, en sentir que los libros pasan de mano en mano, en el ejemplar destinado a perderse definitivamente.

Aut era un sibarita. Estaba transfigurado. Caminaba por los estantes, oteaba el interior de las cajas, soplabla el polvo de los lomos, miraba el cosido de los folios. Luego, con un gesto despectivo, devolvía el libro al estante sin dejarse convencer. Era un buscador exquisito, un erudito, un vanidoso especialista. Decía saber el valor de las obras, pero también el precio. Cada vez que encontraba algo que creía una joya, iba donde Tunc y comentaba el hallazgo en voz suficientemente alta como para que todos lo oyéramos. Cuando alguno de los muchachos que nos acompañaban encontraba un libro y lo celebraba, Aut miraba de soslayo y lo desdeñaba con un movimiento horrendo de los labios que transformaba su rostro en el de un batracio. Tunc trataba de seguirlo en sus comentarios, pero se le notaba distraído. Miraba de reojo a Frances, que se había arrodillado y leía un libro pequeño, de tapas coloradas, como una niña leyendo su catecismo al pie de la cama.

Al final, pese a que los precios no eran precisamente cómodos, todos salimos con una bolsa de plástico con nuestros libros. Aut compró un libro breve, astroso, de un viejo poeta de la vanguardia hispanoamericana. Tunc llevaba cuatro o cinco libros en inglés, uno de ellos de semiótica, que pretendía traducir. Yo conseguí unas ediciones medianamente limpias de *Del asesinato como una de las bellas artes*, de Thomas de Quincey, y de *Meditaciones en torno a un palo de escoba*, de Jonathan Swift. Frances llevaba uno de José María Panero y otro de Pere Gimferrer, contradictoria muchacha. La pelirroja, la edición de Cátedra de *Rayuela*, que contenía un mapa. Uno de los poetas chilenos compró una buena colección de novelas contemporáneas españolas, entre las que destacaba *Las máscaras del héroe*, de Juan Manuel de Prada. El otro, un poemario de Bukowski y se robó la célebre entrevista de ese autor donde declara que lo que más le gusta es rascarse los sobacos por cierto, a mí no me cabe duda de que Charles Bukowski es el peor escritor que

ha dado la literatura norteamericana). Los esposos colombianos compraron unos ensayos sobre la sexualidad de Sor Juana Inés de la Cruz, Sylvia Plath y Virginia Woolf, además de otros textos sobre literatura de género, cátedra que ambos dictaban en una universidad del sur de Estados Unidos y, cada cierto tiempo, en una de Puerto Rico y otra de México. El mexicano de la camiseta me pidió plata prestada para comprarse la poesía completa de Francisco de Quevedo, que se puso a leer de inmediato con el gesto fruncido y tanta avidez que pensé que sería incapaz de cobrarle el préstamo.

Pero, definitivamente, quien compró libros realmente insólitos fue Mario. Los eligió sin que ninguno de nosotros se hubiera dado cuenta. Incluso parecían elegidos al azar, de una mesa de remate, entre centenares de libros absurdos. Uno era un manual para la crianza de cerdos; el otro, un libro de conducta de los presos comunes en las prisiones inglesas del siglo XIX. También compró unas postales *kitsch*, unas láminas lustrosas y de colores pastel diseñadas para colegiales de los años sesenta que no me quiso enseñar en ese momento pero prometió hacerlo apenas llegásemos al CEJ. No se mostró muy contento cuando abrí su bolsa y leí los títulos, y menos cuando dije una broma sobre ellos, que no celebró. Aut le echaba una mirada de auténtico desprecio, pero la pelirroja lo observaba con admiración. Mario volvió a introducir sus libros en la bolsa sin comentarios.

—¿Estás loco? —le pregunté —, ¿realmente lees eso?

—Hay que leer de todo.

—No puedo creer que leas eso. Debe ser una broma, un *bluff*.

—Nada de bromas. La literatura está hecha de retazos, hay que recoger todos esos retazos para crear la obra. ¿Acaso no lo sabes? Yo escribo en fichas, no sé si sabes, y esas fichas están llenas de ideas, frases, conceptos, cosas aparentemente sin sentido.

—¿Y después qué haces con eso?

—Nada. Quizá la obra, no sé. Lo único que sé es que esa es la única razón para viajar. Recoger todo lo que veo, pedazos de papel, cartas que se resbalan de pantalones, chismes de viejas, periódicos viejos, boletos de trenes, manuales de uso. Todo puede ser útil o todo puede ser basura.

## MAGRIS

DICE CLAUDIO MAGRIS: «El germanista, que viaja de forma intermitente, cuando y como puede, a lo largo de todo el río que mantiene unido su mundo, se lleva consigo su bagaje de citas y manías; si el poeta se confía al barco ebrio, su suplente intenta seguir el consejo de Jean Paul, que sugería recoger y anotar por las calles imágenes, antiguos prefacios, billetes de teatro, charlas en la estación, poemas y batallas, epitafios, metafísicas, recortes de periódicos, anuncios de las fondas y parroquias. *Souvenirs, impressions, pensées, et paysages pendant un voyage en Orient*, dice el título de Lamartine... Entre un viaje y otro, al volver a casa, se intenta extender las hinchadas carpetas de apuntes sobre la plana superficie del papel, trasladar plicas, cuadernos, folletos y catálogos a hojas escritas a máquina. La Literatura como mudanza; como en todas las mudanzas, algo se pierde y algo reaparece en los estantes olvidados».

## DIOSES PROTECTORES

DE REGRESO A LA HABITACIÓN EN *PÁLIDO FUEGO*, Mario saca una de las postales lustrosas que compró en la librería de viejo. Se trata de un dibujo donde se ve a un padre con saco, corbata y bigotes recortados, una madre rubia de moño y sastre, y en el medio un pequeño pelirrojo y pecoso que mira con ojos enormes y húmedos de felicidad. Mario coloca la fotografía en la pared, sobre la cabecera de su cama. Yo lo miro sorprendido, sin atinar a nada.



—Esto es como un dios protector, para resguardar nuestra casa de Barbarella. ¿No la has oído todas las noches? Es insoportable, imposible dormir. Y, ojo, que esto se pondrá peor. Ya verás que dentro de unos días la consigna será: «Yo no me voy de Morillo sin tirar».

## OTRA FIESTITA

CAMINO POR LOS PASADIZOS DE *MEMORIAS DE ADRIANO* en busca de una Coca-Cola con que acompañar el cigarro. Sin duda, el sitio de juegos de esa cuadra se ha convertido en el punto de reunión. Ya hay muchos, beben como cosacos y se observa mucho humo. El equipo de música suena a todo volumen, aunque los DJ no se ponen de acuerdo. Un panameño vestido de blanco insiste en poner salsa y un uruguayo alto y con peinado que termina en una cola de rata pone una música que no se explica sin ácidos en la lengua. Por curiosidad, me introduzco en la fiesta. Veo a Tunc conversando con Frances, mientras Aut mira con ansiedad a la pelirroja. Prefiero no acercarme al grupo, aunque la Niña Símbolo me hace una seña. Uno de los esposos colombianos me cuenta que las fiestas se han dividido en dos: las que se hacen en ese sitio y las que se hacen en el Kiko. La gente va de un lado a otro y se la pasan así, cambiando de lugar y ebrios todas las noches. No me sorprende que cada vez sea menos la gente que asiste a las conferencias de Poliéster, quien, por cierto, aparece de pronto en la fiestita, junto con uno de los organizadores.

He tomado una lata de Coca-Cola y me he sentado rodeado de dos centroamericanos y del paraguayo. Parecemos los perdedores de la fiesta. Yo espero que el Lexotán empiece a hacer efecto para irme a mi cama. Desde que me había encontrado con la Valenciana frente al rinoceronte, no podía dormir sin dos pastillas de Lexotán. Quizá por eso no escuchaba a Barbarella. Los venezolanos aprovechan la ausencia de los argentinos para apoderarse del *show*. In-



cluso el DJ uruguayo ha abandonado la lucha y se ha ido al Kiko. De pronto, la música se calla, aparece una negra portorriqueña de dos metros y con unas tetas gigantes —que, sin embargo, no tienen la consistencia de las de Barbarella— y la cabeza llena de trenzas, y se pone a recitar un poema del que solo recuerdo, por el movimiento pendular que imprimió a su busto mientras lo recitaba, un verso en el que decía que su abuela alimentaba a los nietos con el producto primitivo de sus tetas opíparas. La gente aplaude cuando termina de recitar (se ha dejado caer y golpea el piso con la palma de la mano) y una música tribal empieza a sonar, mientras algunos se animan a bailar. El paraguayo me cuenta que ocurre todas las noches, es una coreografía preparada. Ahora, ella y la poeta erótica de Costa Rica bailan, con movimientos pretendidamente eróticos, un baile que solo puede ser africano.

Junto al organizador y a Poliéster se ha sentado una mujer gorda pero elegante, con un pañuelo en la cabeza y sastre gris, que fuma habanos. Estoy seguro de que ella solo puede ser Carmen Balcells y me pongo nervioso. Tengo que conseguir una cita para mostrarle *Los alces premeditados*. No sé si acercarme justo en ese momento, cuando el Lexotán está empezando a hacer efecto y se me traba la lengua. Va a pensar que soy un estúpido o un borracho. Por la forma en que Poliéster la trata, por cómo corre a buscarle un trago o a encender su habano, sé que no puede ser otra que la Balcells. ¡Maldición! Tengo que acercarme antes de que alguien más la reconozca. ¿Dónde se habrán metido los españoles? Aquí solo hay centroamericanos y venezolanos, y todos están demasiado embobados con esa música horrenda llena de percusión que me agita más, me agota, me hace sentir que debo correr hacia ella y entregarle mi alma. Estoy en una selva, en medio de *El corazón de las tinieblas*, o soy el personaje aquel del *Gran Dios Brown* que escucha los tambores y piensa que son los latidos de su corazón. Es ahora o nunca. Ahora o nunca.

Cuando me levanto, se me acerca un argentino. Bueno, argentino es un decir, porque es de Córdoba y nadie le hace caso. Viste siempre con saco gris y camisa rosada, es ligeramente rechoncho, sus manos sudan y su nariz parece una ciruela. Intento quitármelo de encima con un manotazo, pero él cree que espanto una mosca porque se queda mirando alrededor para ver si aún insisto. Me toma del brazo y yo me rebelo, diciéndole con media lengua que tengo que irme, cuidando de no decirle que pretendo llegar donde Carmen Balcells y su habano y su pañuelo y su sastre y su Poliéster que saca la lengua como perro pekinés. El cordobés me dice, con un acento suave inversamente proporcional a la fuerza con que se aferra a mi codo, que acaban de contarle que yo soy un fanático de la poesía de Alejandra Pizarnik. Dice que tenemos que hablar, que él es amigo personal de Olga Orozco, quien le ha contado muchas cosas de Alejandra. Me mira desde el fondo de sus ojillos azules, entornándolos.

—Pero, ¿quién mierda te ha dicho eso?

—Aquel joven de allá —dijo, y señaló a Tunc—. Tenemos que hablar de todas maneras. De-to-das-ma-ne-ras.

—Es absurdo, pero si yo odio a Alejandra Pizarnik.

—No digas más, sé lo que sientes, yo también la odio. ¡La odio tanto... ! La odio porque ella me enseñó a mirar una rosa hasta pulverizarme los ojos.

Mientras el cordobés me arrastraba a un asiento vi tres cosas. Vi que Carmen Balcells se iba del lugar, acompañada por el organizador, con paso decidido y gesto cansado. Vi que Tunc se burlaba de mí; miserable, seguro lo había planeado todo para evitar que yo conociera a mi futura agente literaria. Es un mezquino, un envidioso, un malaleche, un canalla. La Liga en pro de la Moral y el Buen Gusto y contra la Vanidad de los Escritores iba a cerrarme todas las puertas; eso era un hecho. Solo para eso habían viajado

hasta aquí, miles de kilómetros de vuelo solo para impedir que yo conociera a la Balcells. Y, finalmente, vi a Poliéster que besuqueaba el cuello de la poeta erótica de Costa Rica. Estaban sentados los dos en un sofá. Ella lo tenía atenazado por el estómago y mostraba los dientes, además de unas piernas astradas por la celulitis. Él pugnaba por abrirle el sostén y comerse su oreja. El pantalón de su traje de profesor de colegio fiscal le quedaba chico y se le veían las medias. Unas medias de lana, blancas, como para hacer educación física. También se le veía parte de la canilla dura, seca y sin pelos, como la pata de un gallo.

### ¿VIENES?

VI TODO ESO SIMULTÁNEAMENTE, como un carrusel. Vi cada cosa una y otra vez, pero lo que no vi fue a la Valenciana. Ella había entrado acompañada de una corte de españoles, con su traje negro y su *montgomery* en el brazo. Se me acercó por detrás, me tomó de la nuca y llegando hasta una de mis orejas dijo: «¿Vienes esta noche a ver al rinoceronte?».

### SENSATEZ Y SENTIMIENTOS

LAS MUJERES TOMAN SIEMPRE LA FORMA del sueño que las contiene, dice el maestro Juan José Arreola en una de sus frases más memorables. También aconseja a los eternos insatisfechos en el amor conseguirse a las «damas de pensamientos», aquellas que saben acomodarse al Ideal aunque sea inverosímil encontrarlas paseándose por la realidad.

Cuando era alumno de Letras, mis compañeros y yo discutíamos sobre nuestros amores literarios. La mayoría se inclinaba por la Maga de *Rayuela*, por la Alejandra de *Sobre héroes y tumbas* o por la Justine de *El cuarteto de Alejandría*. Es decir, por cualquier protago-

nista que se mostrase depresiva, solitaria, incomprendida, misteriosa, distinta, rara. Fantasmas bienvenidos en todos sus aspectos. Y aunque alguna vez cedí ante esos espectros —mi antigua fascinación por Alejandra Pizarnik, hoy convertida en odio; mi persistente adoración por las nínfulas—, en el fondo más indecible y oculto de mi ser yo prefería a las lúcidas y realistas Lizzy de *Orgullo y prejuicio*, Ana Karenina de la novela de Tolstoi, Clea de *El cuarteto de Alejandría* o Micól de *El jardín de los Finzi-Contini*.

Lo cierto es que a mí esas mujeres dolientes, becquerianas, infables o malditas, que se desvanecen cuando uno va a tocarlas, no me inspiran ningún sueño porque estoy muy convencido de mi propio sueño privado: una mujer para toda la vida. Un amor que esté siempre conmigo, un amor que no inflame mis médulas ni incendie mi cerebro sino que esté siempre a mi lado con inteligencia, con sabiduría cotidiana. No el fuego sino el ardor.

Puede acusarse a este tipo de sueño de aspiración burguesa, aunque considero que es injusta tal calificación si se tiene en cuenta que ese sueño contiene en esencia lo más antiburgués que existe: la heroicidad. Solo una mujer heroica puede llegar a convertirse en aquello que, en la más hermosa de las frases de *Lo que el viento se llevó*, Leslie Howard llamó «el único sueño que tuve, que no murió al enfrentar la realidad».

Ser desgraciado, aun en sus formas más barrocas y sofisticadas, es relativamente sencillo. Pero para ser feliz se necesita un milagro. ¿Cómo puede lograrse el milagro? Quizá la respuesta esté en la sensatez. La sensatez, en un hombre, puede ser un defecto, la triste comprobación de su falta de arrojo. Pero en una mujer siempre es una iluminación, el hallazgo de un alma capaz de relumbrar a través de lo míseramente humano. El desvarío, la pasión, la gatita coqueta o la furia pueden ser interesantes y hasta agradables para quienes creen que la vida es una ola que se remonta o un barco que se precipita. Pero en un mundo como este, donde es difícil hallar lugar donde poner los ojos que no sea vestigio de la muerte,



solo una sensibilidad que se sostiene en la sensatez y la persistencia es capaz de activar el milagro. Esa es la única verdad, la única certeza a la que he llegado en mi vida. Una verdad algo desfasada para algunos, machista para otros, conservadora para la mayoría. Pero una certeza que me ayuda a tener fe aunque, a diferencia de hace algunos años, ahora ya no soy el apóstol que duda del milagro sino el que no sabe si lo merece.

### MIHAILKOV O EL ARDOR

HACE UN TIEMPO, EL CINEASTA RUSO NIKITA MIHAILKOV subió con su hija pequeña a un escenario de Los Ángeles para recibir el Oscar por la mejor película extranjera de ese año, *Sol ardiente*. Al agradecer el reconocimiento dijo que todo lo que había filmado en su vida era un intento de explicar que él sí sabía lo que era el amor. Comprobé entonces que me encontraba, al fin, frente a un genio contemporáneo. Y genio no solo en el sentido estético ni intelectual sino en el sentido más hermoso, más necesario: el sentido humano. Mihailkov creía en el hombre, en su pasión y en su necesidad, y su obra era una comprobación de que esta pasión y esta necesidad son lo que le da sentido al ser humano. El cine actual tiende a vender como genios a algunas baratijas de cristal y también a otros a quienes, aunque talentosos, el título les queda enorme. Cuando vemos la correcta ejecución de sus obras, su valor técnico, su buena factura dramática, pensamos que ha nacido o se ha comprobado una nueva genialidad. Y luego, el vacío. El cine, tan propicio para crear ídolos, parecía incapaz de producir genios de alto nivel como otras artes. Sin embargo, al fin me encontré entonces frente a una persona que era capaz de entender a su generación y de representarla, de resumirla y de acercarse a través de ese resumen a la naturaleza misma del hombre. Y de hacerlo mediante el cine, su arte, de una forma impecable.



Fue mi amigo Joel Calero, cineasta peruano, el primero en hacerme percibir la materia de ese genio. Yo había visto *Ojos negros* con admiración pero totalmente ignorante del iceberg que se formaba bajo el mar y levantaba tal punta de hielo. Joel Calero me habló de una escena de *Pieza inconclusa para piano mecánico* en la que un hombre estéril, inútil, incapaz de superar con los hechos lo que su brillante carrera prometía, decide luego de un exabrupto en el que intenta ensuciar todo lo que tiene (una carrera de maestrillo de escuela, una esposa tonta, una posición social tibia) arrojarle al suicidio en un lago profundo. Antes del amanecer, perseguido por su esposa, el hombre se arroja desde una cumbre y cae en un charco miserable, sin profundidad, sin volumen. Y mientras su esposa cruza el charco para levantarlo y se lo lleva rendido, aparece un Sol esplendoroso, al que ellos dan la espalda. Una primera lectura nos hizo, a Calero y a mí, ver en esa escena el talento y el ingenio de quien sabe contrastar el Sol ardiente de la vida con la apagada lumbre de un fracasado. Una nueva lectura, varios años después, nos hizo entender la exacta dimensión del genio. Aquel suicida frustrado, sacado del charco por su primitiva mujer, y aquel prometerse ambos retirándose abrazados insistir en su amor de nada, su amorcito, también es un Sol ardiente.

Porque esa persona, esa vida frustrada para la inteligencia, esa pieza inconclusa, no lo está para la vida misma, para el amor, para las personas que la aman y la amarán siempre. Y no se trata del amor arrebatador, del amor que obliga a los hombres a hacer largas traslaciones como el personaje principal de *Ojos negros*, sino del amor cotidiano, el de todos los días, el que solo adquiere sentido al final de la vida porque quienes viven el amor arrebatador siempre han estado juntos y todo no ha sido para ellos sino solo una explosión de placer. Mihailkov alcanza un gran lirismo en la importancia que asigna a los detalles, en su manera de convertir algunos encuadres en pinturas impresionistas, en el poder de percibir en la minucia de los gestos cotidianos la verdadera expresión. Pero su

obra también es épica, pues nos devuelve a los hombres nuestro verdadero rostro, nuestro éxito, nuestro ardor, nuestra posibilidad de alcanzar la heroicidad amando.

## FONDO

SIN EMBARGO, ¿POR QUÉ QUEREMOS ir siempre hasta el fondo? ¿Por qué necesitamos que el amor sea un rayo que nos parta en medio de la acera? ¿Por qué no nos permitimos elegir? ¿Por qué enamorarnos debe ser una espada que divide el mundo en dos, entre la felicidad absoluta y las miserias del mundo?

## ESA NOCHE

FUI A LA FOSA DEL RINOCERONTE. Faltaba poco para que amaneciera; me había quedado dormido en uno de los sofás del sitio aquel. Cuando desperté, aún estaba oscuro; alrededor de mí había mucha gente durmiendo, otra besándose e incluso —creo yo por el escándalo que había detrás de mi sofá— tirando. Salí de la sala y empecé a caminar hacia la jaula. Mientras me acercaba, sentía otra vez la respiración agitada, el pataleo con que el animal escarbaba la tierra. Me senté al borde de la fosa, dándole la cara al rinoceronte, que levantó su cuerno hacia mí y exhaló una bocanada de aire. Su aliento era pastoso, irrespirable. Sentí una mano fría que se posaba sobre la mía y la apretaba. Una respiración que se alzaba, ronca, cuando la mía descansaba. Y de pronto, amaneció.





## *El cenicero*

LE DI A GRAZIELA LA OPORTUNIDAD de ser ella la mártir y yo el canalla que se fuga con una mujer menor, casi una niña. Dejé Venecia para perseguir a Pola a Trieste.

Pola tenía veintidós años. Era la *prima donna* de una compañía de danza contemporánea. Cuando la conocí llevaba un buzo deportivo y estaba de pie en medio de una parva de niñas con tutús rosados que movían sus piernitas regordetas enfundadas en medias blancas. Ningún talento, salvo el de Pola para la paciencia. Terminó la clase, las niñas corrieron hacia el baño o hacia sus padres. Yo me quedé mirando desde un vidrio opaco el maravilloso rostro de Pola. Esa tarde veneciana, como otras, no había tenido nada mejor que hacer; pasé por ahí, curioseé por la ventana y la vi con cierta mala conciencia de parecer, casi a los cincuenta años, un viejo verde. Me imaginé que ella era una falsa flaca, una de esas mujeres que son radicalmente distintas desnudas que vestidas. Me entretuve fantaseando con sus formas posibles, ensayando combinaciones, calibrando pesos, cúspides y perfectas hondonadas.

—Ya has mirado bastante —me sorprendió, abriendo de golpe la puerta—. Ahora invítame un café.

Para aquel nuestro primer café, Pola eligió un lugar frecuentado por los de su compañía, a pocos metros de la escuela de danza. Una experiencia desagradable. Ella conocía a todos los parroquianos, a cada rato se ponía de pie y corría a saludar a uno que otro muchacho sudoroso, quien me echaba, mientras sonreía abrazando a Pola por la cintura con gesto afeminado, largas miradas interrogantes donde no faltaba nada, ni el odio.

Pola me contó su vida. No en aquel café sino en otro, en alguno de la Giudecca. Me dijo que odiaba Venecia y que iba a unirse a un grupo de danza cuyo primer destino era Trieste. Así me dijo, Trieste, casi con tristeza pero repitiendo el nombre de la ciudad y de su hotel lo suficiente como para que yo lo anotara en mi memoria. Aún no nos habíamos besado, sí acaso le había acariciado la mano contándole mi inventada y larga tragedia matrimonial. Pero ya había creado un lazo incuestionable, metiéndome en su vida como una cuña.

—¿Qué hacías ese día ahí, observándome con esa mirada de perro? —preguntaba ella de vez en cuando, recordando cómo nos habíamos conocido.

—Nada. Mirándote con ambición de perro.

Graziela no dijo nada. Se quedó mirando un punto cualquiera en medio de la casa. Los brazos cruzados, de pie, dando la espalda a la puerta para no verme salir escurriéndome con las maletas.

Trieste era, para mí, una ciudad completamente literaria, casi un espectro surgido de mi imaginación o, más bien, de la sombra que proyectaban los poemas de Umberto Saba. La recordaba con alguna nostalgia, pues Graziela y yo habíamos estado ahí como última estación antes de Venecia, donde viviríamos durante años y perderíamos, poco a poco, todo lo que habíamos tenido alguna vez.



El hotel de Pola quedaba en Via Milano. Yo me conseguí uno en Fabio Severo. La compañía a la que se había unido Pola iba a presentar su coreografía en un pequeño teatro alternativo de San Giusto. Cuando llegué a Trieste me sorprendió ver la publicidad que le hacían al espectáculo. Una infinidad de carteles enormes, coloridos. Me alegré por ella, pero no por mí. El éxito me espantaba.

—Qué estúpido eres —atacó Pola sin dejarme explicar—. ¿Acaso no sabes leer o qué? No es para nosotros esa publicidad farisea sino para la ópera que se va a presentar en las ruinas del teatro romano. *Fedora*.

—Es que leí San Giusto —confesé avergonzado— y me dejé llevar por la impresión.

—Eres un estúpido, pero también un tierno. Me seguiste hasta aquí. Pero ¿qué haces en ese hotel de Fabio Severo? ¿Por qué no te hospedas en nuestro hotel? Te haré pasar por uno de la compañía y podremos compartir una habitación.

Su hotel estaba lleno de pulgas. Las cortinas miserables golpeaban contra uno de los extremos de la cama. Pequeñas patas de cucarachas, delicadamente esparcidas, formaban para el detective acucioso un rojizo camino diagonal hacia el baño. Se perdía en la bañera de lata. El olor a creso en las alfombras era insoportable.

—¿Por qué mejor no te vienes tú a mi hotel de Fabio Severo? —la invité.

—Es una vieja tradición entre actores. No debo dejar a los compañeros solos.

Descansaba en mi cuarto de hotel, dispuesto a darme una ducha y salir corriendo a ver el ensayo de Pola, cuando desde la ventana la vi bajar de un taxi. Llevaba el pelo atado en una cola de caballo, zapatillas sin medias, una minifalda en volandas, una maleta horrenda. Entró en mi habitación y dio un salto hacia la cama.

—Me quedo —dijo y sonrió.

—¿Y eso?

—Una nueva tradición.

El ensayo fue tedioso. El teatrín parecía una prolongación de los cuartos del hotel de Via Milano. El olor a creso, el camino de las cucarachas. Pola estaba brillante, deliciosa. Sus piernas largas, adolescentes, parecían devorarse toda la luz de los reflectores. Pero nada justificaba observar una y otra vez los mismos movimientos, oír los mismos gritos histéricos del coreógrafo, escuchar esa música de carillón repetida hasta el infinito por los altoparlantes. Le hice un gesto a Pola con el brazo levantado para indicarle que iba a dar una vuelta. Ella no me hizo caso. Era una de esas personas que se concentran en su trabajo, que todo se lo toman demasiado en serio. Estaba bien. Salí a caminar. La guía Michelin había marcado con dos estrellitas («Vale la pena desviarse») un mosaico del siglo XII en la Basílica. Fui hacia ahí. En ir y volver no demoraría media hora.

Unas máquinas enormes pero extrañamente silenciosas ubicaban sillas por todo el perímetro del antiguo Circo Romano. En un improvisado estrado, con estructuras de acero, unos tipos colocaban las luces gigantescas para *Fedora*. Otros discutían en relación con un equipo de sonido. Sobre la estructura, algunos personajes disfrazados eran lo que más llamaba la atención. Ensayaban sus parlamentos, levantaban la voz, bajaban el tono, se interrumpían y volvían a alzar la voz llenos de gestos dramáticos. La máquina para colocar sillas seguía su labor sin perturbarse por nada.

—No lo puedo creer —oí una voz detrás de mí.

—¿Qué no puedes creer? —contesté, mientras me daba media vuelta.

—Tú.

Milovana estaba frente a mí. Una vieja amiga de Lima, a quien había dejado de ver hacía casi veinte años. Me llamó por mi nombre, varias veces, antes de estrecharme en un abrazo fuerte. Nos separamos luego, para calibrarnos. Ambos hicimos una rápida ecuación que debía sumar el tiempo que no nos habíamos visto y restarle las marcas de la vejez. El saldo, pensé en ese momento, llevado por la amistad y la sorpresa, era a favor de Milovana. «Estás muy bien», le dije, y me contestó que yo también estaba bien, pero en ese momento me quité los anteojos y me pasé la mano por la cara en un gesto de cansancio, y Milovana añadió: «Dentro de lo que puede esperarse».

Fingí protestar ante su insolencia, pero ella estaba muerta de risa y no me quedó sino reír también. Entonces, pasada la sorpresa, por primera vez la *observé*. Vista desde esa orilla, había envejecido. Aún mantenía aquella cierta belleza ornitológica, con movimientos de pájaro, rápidos y nerviosos, pero se había convertido en una señora con peinado de peluquería, gesto plácido o abotagado, y un traje demasiado clase media, demasiado turista, que no llegaba a ocultar un cuerpo que había desbordado sus límites.

—Un milagro —dije.

—Una coincidencia nomás, no exageres.

—¿Y qué haces aquí?

—Marcello. Va a cantar en *Fedora*.

—¿Cantar?

—¡Vaya! —rió Milovana—. No puedo creer que estés tan desvinculado. Marcello es barítono en Milán. Un prodigio, todo Lima habla de él. ¿Acaso no te enteras de nada?

—De nada. Me lo imaginaba un niño. No sé, no tenía idea.

Entonces, luego de un silencio incómodo, Milovana me sorprendió con un gesto de sensatez poco habitual en la mujer encabalgadamente tosca que yo había dejado de ver hacía tanto tiempo.

—No te avergüences, hombre —dijo—, no tenías por qué saberlo. La novedad de esa sensatez, de esa cortesía, hizo que Milovana envejeciera para mí decenas de años más aún. La envejeció irremediablemente.

—¿Y Pepe? —pregunté, de pronto, recordando a su esposo.

—Nada. ¿Y Graziela?

—Nada —dije también.

—Todo el mundo habla de *Fedora* —dijo Pola. Qué mala suerte para nosotros. Eso nos va a anular; nadie se enterará de nada. Todo el mundo habla de eso. Hasta los mismos bailarines hablan de *Fedora*, imagínate. ¡Qué infierno!

Habíamos vuelto a nuestro cuarto de hotel. Ella caminaba, nerviosa, con un cigarrillo encendido. Echaba las cenizas por la ventana, se quedaba un rato mirando cualquier cosa y luego seguía caminando de un lado a otro. Yo la miraba andar y desandar tendido sobre la cama. Le había contado lo de mi encuentro con Milovana y esperaba preguntas, pero al parecer ella no había prestado mucha atención.

—Lo único que les importa es si lloverá o no. De toldos y resguardos y no sé qué más. Tienen miedo de que si llueve se cancele *Fedora*. ¿Puedes creerlo? Los mismos técnicos de la compañía estuvieron hablando una hora de cómo harían ellos para salvar la iluminación de *Fedora* en caso de lluvia. Hablaban encima de nosotros, colgados en el estrado. Mientras tanto, nosotros ensayábamos abajo interrumpidos por sus cuchicheos. Yo fui la única que no aguanté más y les grité: «¡¿Pueden dejar de murmurar?! ¡Estoy tratando de concentrarme!». Dios mío, me miraron con una cara, no te imaginas, ¡una cara! Seguro ya me deben de haber hecho fama de engréida. Pero era *nuestro* ensayo. ¿Entiendes?

Su pregunta la alcanzó justo en el medio del cuarto. Se detuvo, me miró, apagó su cigarrillo y, de pronto, sin decir más, se llevó ambas manos hacia la espalda en silencio. Demoré unos segundos en descubrir qué estaba haciendo. Estaba desabrochando su sos-

tén. Iba a desnudarse por primera vez para mí ahí, en medio de la habitación, sin preámbulos ni nada, sacándose el sostén por debajo del pulóver y luego el pulóver por encima de la cabeza, sin gracia, con las piernas un poco separadas y los brazos en alto, quizá enredándose la ropa con el desorden de su pelo de valquiria.

—Pola dije.

—¿Cómo dices?

—Pola... Pola... no.

Ya estaba con el torso desnudo, pero aún no se había quitado el buzo ni las zapatillas de práctica. Dejó caer el pulóver a un lado de su pierna, cubriendo el sostén que había dejado desfallecer antes con fatal desprendimiento.

—¿Sucede algo?

Sus pechos eran enormes, con pezones sonrosados y perfectos. Su cintura, delgada y lisa, e iba estrechándose hacia las caderas. Demasiado perfecta, demasiado sueño; pero bajo esa luz mortecina, esa alfombra desinfectada, esos brazos en jarra sobre su cintura, un desperdicio.

—Dime una cosa —pedí poniéndome de pie frente a ella y llevándole hacia atrás el cabello—. Si yo tuviera diez o, digamos, quince años menos, ¿te enamorarías de mí?

—¿De qué me estás hablando? ¿Estás loco o qué? Venir a preguntarme eso ahora...

Repentinamente, le tapé la boca con la mano. Ella abrió los ojos asustada.

—No me digas nada —le pedí—. Mejor no me digas nada. No quiero escucharte.

Pola luchó para librarse de la mano. Al fin libre, me gritó que estaba demente y que ella no iba a soportar esos jueguitos. Iba a contestarle yo algo, pero fue ahora ella quien llevó su mano hasta mi boca.

—No me digas nada —repitió.

Y, gracias a Dios, sonrió.



Tuve razón desde la primera vez que la vi; Pola era una falsa flaca. En eso nunca fallaba. El tamaño de sus caderas y sus pechos, el peso de su cuerpo, el tacto que demoraba en las rodillas, en los muslos, en el vientre; a la mañana siguiente, sirvió el desayuno, me ganó el baño, insistió en que levantara el volumen del televisor para que no la oyera ocuparse, tendió la cama, preparó mi ducha, se vistió y se fue un minuto antes de que su presencia servicial me pareciera asfixiante. Cuando cerró la puerta, supe que dentro de un exacto minuto empezaría a extrañarla como un demente.

Estuve toda la mañana leyendo y después del almuerzo fui a buscar a Pola al ensayo. Cuando entré en el teatrín, Pola estaba discutiendo con el director y el coreógrafo. Iracunda, señalaba duramente con el dedo, miraba con los ojos desorbitados. Se alejó del grupo y fue a tomar agua. Le di el alcance. Estaba ofuscada, me pidió que mejor la recogiera después, en un par de horas, y que no me quedara en el teatrín para ver el ensayo porque si algo no necesitaba eran más distracciones. Me dio un beso pequeño en la boca, con los labios cerrados, que me excitó cándidamente. Salí a caminar sin más remedio. Se me ocurrió que podía encontrarme con Milovana si pasaba por el ensayo de *Fedora*. La vi sentada en una banca de madera pintada de rojo. Vestía de verde pistache. Una combinación desagradable su traje y la banca. La llamé y no me respondió. Le toqué el hombro y pareció despertar de un sueño.

—Te aburres, ¿verdad? —le dije—. Vive uno en Moquegua, Huancayo, Tacna, no sé, las ciudades más absurdas y enanas del universo y no se aburre, pero llega de vacaciones a la hermosa Trieste y todo le parece aburrido y polvoriento.

Milovana me echó una mirada larga, se aferró a mi brazo y me dijo:

—A veces no sé lo que me pasa. Pero nunca me aburro.

Pola regresó al hotel de peor humor que el día anterior. Lo único que hacía era despotricar contra el «mercantilismo cultural» de *Fedora*.

—No va a ir nadie a lo nuestro —dijo seria, sombríamente.

Esa madrugada, me despertó un arañazo que Pola me hizo entre sueños. Estaba sudando, tenía una pesadilla. «Soñé que el teatro ardía», dijo. «Soñé que todo ardía, que todo se quemaba: las cortinas, los sillones, el vestuario, todo».

—¿El teatrín? —pregunté aún dormido.

—No. *Fedora*.

Había quedado el día anterior en almorzar con Milovana. Fui a buscarla a uno de los hoteles más hermosos y caros de Trieste, a pocas cuadras del mío, en el mismo Fabio Severo. Decidimos ir a un restaurante que Marcello le había recomendado, frente al Mediterráneo y junto al célebre Acuario. Pedimos pescado. Hablábamos de todo, con la complicidad tácita de evitar los silencios vergonzosos. Me preguntó sobre la muerte de Paulo. No había compasión en su mirada cuando le conté todo, y se lo agradecí. Marcello era el orgullo de Milovana, su centro, el eje alrededor del cual rotaba su vida. Los recuerdos de Lima se habían vuelto amables y domesticados tanto para ella como para mí. Hablábamos del pasado sin nostalgia.

—Yo pensé que habías vuelto con el profesor Delgado.

—Un absurdo. ¿Qué te hizo pensar eso?

—Bueno, hace un par de años me encontré con Tomás en Venecia —le conté.

—¿En serio? —preguntó intrigada—. Yo solo sé de él por las revistas.

—Se ha vuelto un escritor respetable, quién lo iba a decir.

—Un puto.

—¿Cómo?

—Que de escritor famoso y respetable, nada. Un puto que aprovechó sus conexiones políticas. No puedo creer que te gusten sus libros efectistas.

—Bueno, es cierto que es medio folclórico, pero no es malo.

—¡Vaya! Con la vejez te has vuelto concesivo —se burló Milovana—. Tú sabes bien que solo es un payaso que les vende *souvenirs* del Perú a los gringos, les escribe lo que quieren leer. Es malísimo. Al menos en el taller escribía estupideces pero eran *sus* estupideces, ¿verdad? Ahora es solo parte de una guía turística para gringos. Un puto.

Aunque nunca lo quise reconocer, para no parecer mezquino o envidioso, opinaba lo mismo de Tomás. Pero eso no era importante; preferí callarme. Mientras, no pude evitar sorprenderme al sentir que, de pronto, había vuelto aparecer la Milovana agresiva e hiriente de la juventud en Lima. Aunque ahora se le veía más principista que entonces. Ya no era solo esa mujer que jugaba al cinismo para llamar la atención, para inmiscuirse en la vida de los demás y no pasar desapercibida. Ahora parecía dolida y llena de batallas personales.

—Ya sé lo que estás pensando —dijo—. Pero no, no lo digo por envidia ni por mezquindad. Tú me conoces. Ya no escribo hace años; la literatura me interesa un puto comino. No sé por qué todos ustedes hablan tanto de eso, por qué todos se mueren de ganas de ser escritores. Lo mismo Esteban y Urdanivia.

—Yo no. Ya no. Hace años que tampoco escribo, para el beneplácito de ustedes, los *centenos*. ¿Recuerdas? «Serás un buen profesor de literatura pero jamás un escritor». Profecía cumplida. ¿Quién la dijo? ¿Tú? ¿El profesor Delgado? ¿Esteban? ¿Tomás?

—Sigues siendo un disforzado, no has cambiado nada. Tú eres el único que podías tomar en serio las estupideces del Centeno.

—¿No eran en serio?

—Desde luego que no. Ahí se cumplía la política del «Entre tu arte y mi arte, prefiero mearte».

Milovana se echó a reír. También yo reí.

—¿Sabes qué cosa? —me dijo—. Encontrarme contigo me ha hecho muchísimo bien. Me has hecho sentir otra vez joven.

Nos habíamos levantado y caminábamos hacia el bar a tomar una copa. Milovana me abrazó fuerte, pasando sus brazos por mi espalda, apretando mis omóplatos, mi cintura, como si me tanteara, como si tratara de descubrir en medio de mi obesidad reciente al viejo amigo delgado como un gato. Luego, levantando su cabeza hacia la mía, me dio un beso en los labios. Tomé aquel beso como una muestra de ternura, de amistad, una entrega nostálgica, hasta que de pronto sentí que su boca se deslizaba por mi cuello y sus manos desordenaban mi pelo, mientras respiraba agitadamente. La separé con un poco de temor. Milovana tenía un brillo intenso en sus ojos.

—El pescado estaba medio pasado —dije volteando el rostro—; la verdad es que me ha caído mal.

—Tú siempre con lo mismo. Realmente nunca cambiarás. Por una vez, deja de pensar en tu estómago y en ti mismo. Aunque ahora es más difícil que no pienses en la barriga —dijo, acariciando mi vientre enorme pero dejando las manos unos segundos más que los suficientes para calificarlo de broma.

Tres horas después, salimos del bar abrazados y completamente ebrios. Nos reíamos por cualquier cosa, y con cualquier cosa nos tropezábamos. Milovana me dijo sonriendo que nunca habría podido pensar que estaríamos así después de tanto tiempo y tan lejos de Lima. Eso la hizo reír más aún. «Al fin te tengo borracho y a mi merced», dijo. Por algún extraño motivo, aquello me hizo tanta gracia que no pude dejar de reír y tuve que apoyarme en una pared. Milovana se pegó a mí, me abrazó y escondió su cabeza en mi pecho riéndose también. Quise tomar un taxi, pero ella propuso irnos caminando al hotel. Era una locura, pero acepté. La noche era perfecta, las calles estaban tranquilas, sin tráfico, sin gente.

Me sentía feliz y en paz como en años no me había sentido. Caminamos un rato en silencio, sin borrar la sonrisa de los labios. Por primera vez, me dieron ganas de hablar con alguien sobre Pola, pero sin culpa, feliz, ufanarme de la conquista o quizá solo decir lo bien que me hacía sentir que aún pudiera estimular a una muchacha. Tomé de la mano a Milovana y le conté todo lo de Pola, lo de Graziela, y que no me arrepentía de nada. Incluso hablé de sexo. Estaba irreprimible. Milovana me escuchó en silencio, haciendo apenas breves murmullos como para advertirme que aún me estaba oyendo, y cuando terminé de contarle todo me hizo repetir el nombre de la chica.

—Pola —le dije, saboreando cada sílaba—. Si supieras qué muchacha más deliciosa...

Milovana siguió andando sin soltar palabra ni opinión, adelantándose unos pasos. Luego, en una esquina, detuvo un taxi. Subió al asiento trasero y le dio la dirección al taxista. No me pidió que subiera. Me quedé de pie, confundido, con un repentino dolor de cabeza. Bajó la ventanilla y me llamó.

—¿Sabes? —me preguntó. Pensé que habría una reacción después de lo que le había contado: una frase contundente, la frase que explicara todo. Me acerque ansioso a oír aquella verdad.

—Tenías razón —dijo—. El pescado estaba malo.

Pola me recriminó que llegara ebrio. Le conté agolpada y desordenadamente lo de Milovana, el almuerzo frente al mar, el Acuario, los años transcurridos, el Centeno, el reencuentro. Pareció enterarse por primera vez de su existencia.

—Milovana —dijo—, ¡qué nombrecito más absurdo! Me sentí feliz ante su primer ataque de celos.

—¿Y de dónde dices que la conoces? —me preguntó, obligándome a contarle todo de nuevo, quizá tratando de pescar alguna contradicción.

—De Lima, de un taller de narrativa en Lima, hace siglos.



—¿Un taller de narrativa? Entonces, ¿escribías? No puedo creer que tú hayas escrito alguna vez. Tienes un aspecto tan burocrático.

Yo me acababa de meter al baño y de echarme agua a la cara. Aquellas palabras de Pola, soltadas como al azar, ardieron en mi más profundo centro. Salí estrujando la toalla con las manos y con la cara levantada y desafiante, mirándola de frente, en un gesto combativo.

—Aún escribo —le dije—. Soy escritor.

—Por favor, escritor, no exageres —me contestó sin darme la cara.

Eché una mirada a la mesa, cogí un cenicero, que fue lo que más al alcance de mi mano estaba, y lo levanté hacia sus ojos.

—Si tú quieres, mañana mismo tendrás un cuento. Se llamará *El cenicero*. Y en aquel mismo instante aquel objeto cogido al azar experimentó una transformación mágica. Ciertas situaciones indefinidas, aventuras que aún no habían hallado forma concreta, estaban ya empezando a cristalizarse en torno a él. Pola me dio la espalda y se puso a mirar por la ventana, jugando con la cortina de tul. Yo, con el cenicero aún en la mano, me senté sobre la cama y le pedí que cerrara esa cortina y viniera a mi costado. Lo hizo, rendida, sin reclamar ni decir nada.

El piso donde quedaba la habitación de Milovana era de un lujo impresionante. Una síntesis precisa y sofisticada de lo antiguo y lo moderno. Demoré un poco en llegar hasta su cuarto porque estaba al final de un pasillo enorme, casi cinematográfico, con empleados vestidos de negro que salían de las habitaciones arrastrando carritos con bandejas de plata. Toqué la puerta y Milovana me anunció que estaba abierta, me pidió que pasara y le echara llave por dentro. Entré al recibidor y cerré la puerta. Avancé unos pasos y terminé en una terraza. Salí a mirar la avenida Fabio Severo desde ahí. Sobre una mesita de mimbre descansaba el servicio del almuerzo que aún no había sido retirado. «Me dolía la cabeza. No tuve ánimos para salir», gritó Milovana desde su cuarto. «¿Por

qué no vienes aquí? Hasta ir a la terraza me da vértigo después de lo de anoche». Entré al cuarto. Milovana estaba desnuda, con una bata de seda abierta, entregada bajo una luz encendida y crepuscular. Me miraba fijamente. Dejó que la bata resbalase por su cuerpo. Avanzó hacia mí con una paciencia que pretendía ser erótica. Yo, por más que hubiera deseado estar atravesado por el deseo o al menos por la ternura, no podía sino observarla con la maligna objetividad de un entomólogo. Los senos, el estómago, el vientre, la línea de las caderas, el cuello, los pies, las manos, el vello púbico... todo había sido entregado al tiempo y a su oficio de ruinas. Cuando estuvo cerca de mí le dije que no podía hacerlo. Di media vuelta, girando sobre mis pies pero sin salir del cuarto, en un gesto teatral incomprensible y hasta ofensivo, y le dije que esperaría a que se vistiera. Sentí que ella se alejaba. A los pocos segundos, di otra media vuelta y miré al interior de la habitación. Milovana aún no se había vestido y caminaba desnuda por el cuarto, sin fijarse en mí, como si estuviera sola. Se agachó, levantó las sábanas y buscó algo debajo de la cama. Luego, se levantó y fue hacia la cómoda. Tomó asiento y rebuscó entre los cajones. Encontró un lápiz de labios. Lo tomó, cruzó las piernas y empezó a pintarse sin prisa, desnuda solo para ella y para su imagen en el espejo. En aquel momento descubrí que quizá sus piernas aún parecían hermosas, pero yo ya estaba demasiado lejos de todo aquello. Dejé el cuarto sin despedirme, caminando sin ruido por la alfombra mu-llida, con la sensación de que estaba huyendo. Pero no me atreví a salir y me quedé de pie, con la mano aferrada a la perilla de la puerta. Un segundo después volví al cuarto para explicarle, para dejar todo en claro. Milovana seguía ahí, sin moverse de su silla frente al espejo de la cómoda, mirando ahora un arete de cristal con detenimiento, escondiéndolo entre sus dedos y haciéndolo aparecer como en un íntimo y solitario acto de magia. Además, había terminado de pintarse la boca y tenía un cigarrillo encendi-do descansando sobre el cenicero.

Mientras regresaba a pie por Fabio Severo hacia mi hotel, trataba de justificarme pero era imposible. Una imagen intermitente, insistiendo en mi cerebro, me decía que todo estaba mal y que yo era un miserable: Milovana, en la soledad de su cuarto con las paredes pintadas de azul celeste, caminando descalza y desnuda por la habitación, como por una playa apresada en una botella, mirando fijamente y con nostalgia el horizonte de los rincones.

Un día antes del estreno de su obra, Pola estaba aún más nerviosa e intratable. Casi no hablábamos y hacíamos el amor mecánicamente, como para calmar sus nervios. *Fedora*, que a su vez acababa de ser estrenada, había concertado una nube de periodistas y turistas cultos que convirtieron por unos días a Trieste en una ciudad entregada a la rapiña. Por lo tanto, decidí no salir de mi cuarto y dedicarme a leer y escribir. Y también a tratar de convencer a Pola de que el éxito de *Fedora* le convenía a su espectáculo, que algunos turistas podían quedarse con ganas de oferta cultural y terminarían introduciéndose en el teatrín. Pero Pola no quería saber nada de nada, salvo quejarse de los pésimos resultados de los ensayos y del inminente fracaso de su obra. Por cierto, *El cenicero*, mi cuento, le había fascinado; ahora, yo estaba escribiéndole otro que me pidió, donde ella debía ser la protagonista. Me afanaba en hacer un retrato amable y divertido de ella para obligarla a sonreír. La noche en que terminé el cuento, mientras esperaba a que llegase para dárselo, decidí llamar al hotel y preguntar por Milovana por temor a que se fuera de Trieste sin darme la posibilidad de despedirme. En la recepción, un poco sorprendidos y después de unos breves minutos de discusión en voz baja con algún superior, me dijeron que había ocurrido una desgracia y que ella ya no estaba hospedada ahí. Al parecer, Milovana había sufrido un accidente: se había quedado dormida con el cigarrillo encendido dentro del cuarto. Se habían incendiado las cortinas y la habitación se llenó de humo. Un pequeño escándalo. Ella se había

salvado de milagro. Me aconsejaron ir a la delegación de policía para averiguar más sobre ella. Salí corriendo hacia ahí y el jefe de la delegación, por toda ayuda, me escribió en un papel el nombre de la clínica donde estaba internada. Les pedí a los policías instrucciones para llegar, pues el lugar quedaba casi a las afueras de Trieste. Empezaron a dárme las pero se detuvieron de pronto, hartos de mi torpeza para entender las indicaciones en el mapa.

—Mejor haga lo siguiente. El hijo de la señora vendrá dentro de un par de horas aquí para firmar algunos papeles. Hable con él y dígame que lo lleve a la clínica o se perderá —dijeron, mostrándome las espaldas y dando por finalizada la información.

Marcello era aún más guapo y alto que su padre. Tenía la misma intensidad verde en los ojos, pero a diferencia del descuido de Pepe, él vestía como un *dandy*. Firmó los papeles de pie, rechazando la silla que le habían ofrecido, erguido y sin prisa, como si estuviera realmente concentrado en los trámites. Pero era evidente que lo hacía por amabilidad a la policía, que en realidad él estaba fuera de todo eso. Cuando le dijeron que alguien lo estaba esperando y me señalaron, Marcello se acercó a mí con curiosidad y me extendió la mano, estrechándola con fuerza y diciéndome su nombre. Oía a lavanda. Le di mi nombre, le dije quién era y le pregunté por Milovana. Marcello me miró con cierta ternura, reconociéndome, y me dijo que su madre estaba bien, dentro de lo posible. Había algo rapaz, algo de águila, en esa mirada tan larga y profunda.

—Entiendo que tienes problemas para orientarte —dijo mientras dejábamos la comisaría—. Si quieres, puedes ir conmigo; ahora mismo voy para allá.

—Me encantaría, gracias. Supongo que querrás quedarte toda la noche con ella, así que desde ya te digo que no te preocupes. Puedo volver solo; una vez allá, me ubico.

—¿Toda la noche? —sonrió—. Imposible, tengo que cantar. Además, me imagino que no me gustaría pasar toda la noche en



una clínica psiquiátrica. Ni como experiencia ni como nada. No es necesario.

—¿Clínica psiquiátrica? ¿Y qué hace ahí tu madre?

Se detuvo y me echó una mirada interrogante. Luego, sin dejar de mirarme, me puso una mano compasiva sobre el hombro. «Por lo visto, te dieron la versión del hotel», dijo. «Pensé que había sido la policía quien te había llamado, lo siento». Entonces, disculpándose por el golpe que iba a darme, me contó lo que realmente había sucedido. Milovana había rociado whisky por toda la habitación y luego prendido fuego a las cortinas. «Lo que sí es cierto», afirmó, dejando al fin de mirarme, «es que se salvó de milagro».

Pola no quiso irse de Trieste conmigo. Sus funciones de danza eran un éxito y la temporada se alargaría varios días más. (*Fedora*, tal como lo había anticipado, indirectamente les había dado un gran empujón. Ahora se había terminado la puesta de la ópera, pero los turistas seguían dando vueltas por la ciudad.) Tampoco me confirmó si iba a darme el alcance en Roma, donde yo había decidido descansar mientras pensaba en cómo encauzar mi vida futura. Lo único que hizo por mí fue pedirle a un amigo suyo, que se iba a Roma en auto, que me llevara con él. La verdad es que secretamente sentí alivio de saber que todo había terminado con Pola. Mientras iba en el auto del amigo (un plomo insoportable y con mal aliento que no dejaba de preguntarme cosas del Perú), pensaba en la forma de evadirlo. Pasamos por la carretera donde estaba la clínica psiquiátrica donde Marcello había dejado a Milovana por unas semanas más, mientras arreglaba su traslado a una clínica de Milán. Recordé que no había ido a visitarla después de la impresión que me llevé al conocer la verdad de los acontecimientos, y decidí usar aquello como excusa. Le pedí al amigo de Pola que me dejara en la carretera, le expliqué que de pronto había decidido ir a visitar a una amiga internada en el sanatorio. El amigo, incrédulo, detuvo el auto y me vio alejarme arrastrando mi



maleta. Había que caminar varias cuadras, internándose por un camino polvoriento, antes de llegar al lugar. Mientras caminaba, aún no tenía muy en claro qué haría, si iba a entrar o no. Seguro lo decidiré en ese mismo momento, pensé; por lo pronto, debo seguir caminando. Al fin me di con la fachada de la clínica. Estaba rodeada de una larga cerca gris erizada de clavos.

—Una cerca infranqueable —pensé.



## UN SITIO AL FONDO

DESDE TEMPRANO, CON ROSTRO DE POCOS AMIGOS y mala noche, todos estábamos metidos en uno de los dos buses. Llegué tarde porque había ido a bañarme al cuarto apenas llegó la mañana y no pude evitar quedarme dormido sobre la cama. Mario me había guardado un sitio al fondo, pero me miraba con recelo. Me preguntó por qué no había ido a dormir la noche anterior y le conté lo de la fiesta. Lo hice reír con la canilla de Poliéster, quien, por cierto, estaba sentado unos asientos más adelante, al lado de la poeta erótica. También le conté lo de Carmen Balcells, pero no me creyó. Él trataba de convencerme de que ella jamás vendría a este encuentro, me decía que no fuera iluso. Luego, me mostró que había arrancado uno de mis cuentos del fólder. Dijo que iba a leerlo en el camino y que después, en el Gimnasio mental, me lo comentaría. Había averiguado que volveríamos por la tarde y que el Gimnasio abría los domingos. No estaría mal jugarlos unos partidos, sobre todo ahora que yo había hecho evidentes progresos. Se puso a leer el cuento que se titulaba *El cenicero*, pero como no puedo soportar que lean mis textos frente a mí, me cambié de sitio. Ahora estaba más cerca de Poliéster, sentado junto a una sevillana que empezó a contarme sobre el sitio al que nos dirigíamos, el Torcal de Antequera, un bosque de piedras o algo así. De pronto, miró mis zapatos y se echó a reír. Nadie me había avisado que la visita era sport y yo llevaba zapatos de cuero y no zapatillas.

El Torcal era barro, mucho barro, sobre todo en esa época del año; mis zapatos quedarían miserablemente destrozados, advirtió. Volteé para ver a Mario, quien también llevaba zapatos y un saco de gabardina, y me consolé. Mientras avanzábamos por pastos y granjas, escuchaba a Poliéster decir en voz alta que los pastos de su pueblo eran mejores. Luego, le pedía a un catalán que estaba detrás de él que le explicara cosas.

—¿Y eso qué es? —preguntaba.

—¿Eso? Pues, una vaca.

—¿Vaca? Por favor, vacas las de mi pueblo.

Y así sucesivamente con un árbol, un ternero, un pastizal, un rancho, una campesina y el Sol.

## EL TORCAL DE ANTEQUERA

ANTES DE ENTRAR AL BOSQUE DE PIEDRAS, nos detuvimos en una pequeña oficina donde se nos explicó algo de la formación primitiva del Torcal. Había *slides* y fotografías, además de una reproducción a escala hecha con cerámica con la que me di cuenta de la gravedad del asunto. Íbamos a avanzar por un camino serpentino y durísimo, y todos estábamos en pésimas condiciones. La cosa terminaría mal; eso era seguro. Luego, al igual que el día anterior en Málaga, empezaron a regalarnos bolsas de libros y folletos. En estos se explicaba la ruta, la historia, la paz que se respiraba en el Torcal de Antequera. Antes de entrar a la ruta, pasé por una expendedora de latas y me armé de una Coca-Cola. Bajamos a una explanada que se dividía en dos. El guía explicó que una era la ruta sencilla, marcada por flechas azules, que era la que seguiríamos y no nos demoraría ni una hora. La otra, la ruta roja, era más compleja y demoraba como mínimo tres horas. Había que tener cuidado de no confundirse. Dicho eso, empezó a avanzar a paso firme.

Todos lo seguimos unos metros, en fila india. Pero luego, como una serpiente que cambia de piel y va arrojando sus pedazos, la fila empezó a desarmarse. Al final, éramos un reguero de escritores jóvenes arrojados a su suerte sobre piedras, pasto y lodo.

Me vi caminando detrás de alguien que no reconocía, quizá uno de los españoles a los que no identificaba. Luego, me pareció ver a Frances a lo lejos, pero no era ella sino un mocoso que quizá pertenecía a otro grupo. Mario se había extraviado, quizá porque estaba sin resaca y había podido seguir el ritmo perverso del guía. Me tendí a descansar sobre una piedra. Alrededor todo eran rocas, enormes rocas talladas por la naturaleza, por la erosión y el frío. Algunas parecían tener forma de rostros, otras de catedrales. La bóveda del cielo estaba hincada por agudos fillos. A rastras, la hierba crecía alrededor y a veces trepaba hasta las rodillas del enorme bosque metido en una cuenca hundida, como la palma de la mano de un Polifemo domesticado pero que, en cualquier momento, al vernos tan extraviados, hacía un puño y nos mandaba a todos al demonio.

Estaba perdido. Ya no veía a nadie del grupo y las flechas azules indicaban cómo seguir hacia delante pero no cómo retroceder. Me hallaba en la mitad del camino, en una senda oscura, sentado sobre una roca. Mi única esperanza era que pasase un carrito, uno de esos carritos de golf, recogiendo a los heridos. De pronto, como un espejismo, vi a pocos metros de donde estaba una columna de personas que me parecían conocidas. Era parte del CEJ. Estaban ahí un par de argentinos, la negra de Puerto Rico, tres uruguayos, cuatro catalanes, el paraguayo, un venezolano retaco y de lentes enormes, entre otros. No tenía más remedio que seguirlos. Me puse detrás de ellos, que felizmente avanzaban lentos y oscilantes, y empecé a avanzar sintiendo que me resbalaría en cualquier momento. Y lo hice, dos o tres veces, e incluso tuve náuseas, pero calculaba el tiempo y ya iba a pasar una hora. La salida no podía estar demasiado lejos.

Dos horas después, debimos reconocer que estábamos perdidos. Las flechas azules se combinaban con las rojas. Dábamos vueltas en círculos y nos estrellábamos contra nosotros mismos. La negra de Puerto Rico tenía lágrimas en los ojos y el venezolano de lentes estaba realmente asustado. También yo tenía ganas de llorar. Le pregunté a uno de los uruguayos quién era el guía y me miró con expresión torpe, con los ojos tan extraviados como nosotros en medio del Torcal. La negra me miró y pensando que quizá era el único medianamente lúcido, me dijo que el día anterior esos uruguayos habían estado metiéndose ácidos, que al parecer abundaban en la cuadra de *El Club Dumas*, y que nadie guiaba a nadie. «¡Eso es imposible!», dije. «Tiene que haber algún guía, voy delante de la fila». Saqué fuerzas de flaqueza y me adelanté a todos. Luego de un trecho largo sin nadie más, se veía un par de figuras casi bíblicas que avanzaban a tientes entre las rocas enormes. Ellos eran los guías. Corrí hacia ahí y me encontré con la poeta erótica, con los labios arrugados y sin gracia, y con Poliéster, aterido de frío, haciendo temblar como una bandera su traje gris, su chalinita.

—Yo no sé por qué me siguen —dijo gimiendo—. No tengo la menor idea de dónde estamos.

—Te siguen por qué tú dijiste que eras un experto —corrigió la de Costa Rica—. Dijiste que esto no era nada comparado con los caminos de tu país.

—¿Y por qué me hacen caso? Nadie debe hacerle caso a un viejo.

—Tú no estás viejo, mi amor, solo estás arrugadito.

—Oh, maldita sea, ya cállate —renegó Poliéster y luego, mirándome fijamente, agregó—: Tú pareces un muchacho sensato. Vamos, ayúdanos, sácanos de aquí.

—Voy a ver qué se puede hacer.

—Tú dijiste que ibas a hacer el camino largo, *daddy*. Por eso nos hemos perdido.



—Nos hemos perdido porque todos son unos borrachos. Y tú la peor de todas, con esa maldita marihuana con que has dejado apestando todo mi traje.

—La marihuana me erotiza.

¡Maldición! Era un hecho, por seguir al idiota de Poliéster estábamos perdidos en ese bosque. Y ya empezaba a oscurecer. Y la sevillana me había advertido que a veces llovía repentinamente. Sin duda llovería. Mis zapatos estaban hechos una porquería y mi traje apestaba a lodo. Les dije a los enamorados, que seguían peleándose, que se quedaran ahí y yo iría por los demás. Era mejor estar reunidos y no continuar esa línea punteada y perdida en que nos habíamos convertido. Al menos, todos juntos podíamos pensar mejor. O, en todo caso, podíamos decidir a quién nos comíamos primero si teníamos hambre. La de Puerto Rico, por ejemplo, parecía tener bastante para una cena. Quizá era vegetariana, como todas las que usan trencitas, y eso implicaba cero toxinas. A los uruguayos, en cambio, no habría sido buena idea prepararlos con la cantidad de químicos que se metían todas las noches en *El Club Dumas*.

Cuando llegué hasta el grupo, vi que ya estaba reunido. Empezábamos a congelarnos y no habría sido mala idea hacer una fogata. Pregunté si alguien había leído *El señor de las moscas*. Ninguno lo había hecho, pero alguien dijo haber visto la película. Les dije que estábamos perdidos y que arriba nos esperaba Poliéster. No sé cuál de las noticias fue, pero una de ambas o su combinación hizo llorar como un niño al venezolano de lentes. Uno de los uruguayos me preguntó si había visto alguna serpiente. Alguna *snake*, dijo más bien. El otro empezó a hacer ruidos con la boca y los tres se pusieron a bailar como Jim Morrison en la película de Oliver Stone. Uno de ellos incluso se quitó la camisa. Listo, pensé, nuestro primer muerto.

¡VIVEN!

«PONTE ESA CAMISA, MUCHACHO, ¿acaso estás loco?» La voz atronadora de un tipo nos hizo voltear la cara de inmediato. Era el guía, que había ido a buscarnos alarmado por nuestra demora. Nos dijo que la salida estaba a solo cuatrocientos metros de ahí, que fuéramos avanzando en línea recta hasta llegar a una roca en forma de asterisco. Dudé un minuto, pero finalmente decidí advertirle que Poliéster estaba sobre una roca. No podía ser tan perverso como para dejarlo ahí. El guía, con una extraña sonrisa, me dijo que no me preocupara por él, que todo estaba bajo control.

## BAJO CONTROL

EN EL BUS LOS DEMÁS YA ESTABAN SENTADOS y mientras nosotros entrábamos y buscábamos sitio, la gente se dividía en dos. Algunos nos aplaudían, felicitándonos por haber sobrevivido al Torcal de Antequera, y otros nos miraban con odio, porque por nuestra culpa eran las cinco de la tarde y no habíamos almorzado aún. En el primer bus donde me metí había un sitio, pero un españolito bajo, andaluz, con cara de buena gente, a quien se le veía mucho desde el día anterior con la pelirroja, me dijo que en el otro bus me habían guardado asiento. Supuse que se refería a Mario y recordé que estaba leyendo mi cuento. Con nuestra demora, quizá había terminado de hacerlo. Bajé corriendo hacia el otro bus, seguido por una rechifla de los demás que acusaban a mi indecisión de demorar más el almuerzo. No me importaba la rechifla. *El cenicero* era uno de los cuentos que más me gustaban y estaba convencido de que Mario debía de estar impactado. Halagos, eso era lo que necesitaba, muchos halagos para levantar mi ánimo alicaído.

Pero cuando subí al bus descubrí que no era Mario el que me había guardado sitio. Quien lo había hecho era la Valenciana.

## DECIDIDA

«NO ME GUSTAN LOS HOMBRES QUE ME MIRAN con lástima por sí mismos», dijo la Valenciana. «Sin embargo, tú tienes algo raro, un no sé qué, algo que queda balbuceando». La Valenciana conversaba conmigo con rudeza, enfatizaba las sílabas, miraba distraídamente por la ventana. No me explicó por qué, pero me hizo entender que había decidido aceptar que la cortejara. No podían vernos en público durante el día, pero podía entrar a su cuarto después del almuerzo y estaríamos juntos hasta que el rinoceronte la llamase en la madrugada. Porque ella estaba convencida de que el rinoceronte le hablaba. De cierto modo, dijo, había sido de él la idea de que los dos estuviéramos juntos. Pero había requisitos.

—Primero —dijo—, no quiero un compañero que me esté contando todo el tiempo sus sueños. No hay nada más aburrido que alguien que te cuenta los sueños.

—Eso lo puedo hacer, sin duda. Con el Lexotán no sueño.

—En segundo lugar, no quiero un hombre galante. Nada de piropos. Los desatentos, los que solo tienen ojos para sí mismos, son más atractivos para una verdadera mujer.

—Seré absolutamente desatento.

—Y en tercer lugar —concluyó sin dejarse interrumpir—, de testigo a las personas que todo el tiempo me hablan de la felicidad.

—Ni siquiera seré feliz —juré.

—Ah, y algo más, aunque no sea parte de los tres puntos principales. ¿Podrías dejar de andar con ese impresentable de tu amigo Bobby Perú? Es tan, no sé cómo decirlo, tan raro, tan siniestro...

## ADIÓS, POLIÉSTER

ME FUE IMPOSIBLE ACEPTAR EL ÚLTIMO PEDIDO. Le expliqué lo de los cuartos juntos, le menté diciéndole que era una coartada perfecta

que me vieran con él (así nadie sospecharía de lo nuestro) y finalmente la convencí de que Mario no era tan raro como lo pintaban los demás. Ella no quiso hablar más del tema, encendió un cigarrillo y lo dejó manchado de *rouge*. Empezó a hablarme del rinoceronte, de cuánto lo amaba, de cómo sufría al verlo en la fosa. Yo le pregunté por qué no parecía cansada ni sucia y por qué sus botas negras no estaban manchadas de lodo. «¿Estás loco? ¿Crees que iba a meterme en esa olla de piedras y barro?» Así, me enteré de que muchos escritores jóvenes, al mando de Nunquam, se habían quedado en la caseta, jugando dardos en un café que había en el mismo Torcal y que se burlaban de los que habían bajado a caminar. También me dijo que cuando supo que yo estaba entre los extraviados estuvo a punto de desistir de invitarme a ser su novio. «Si no fuera por el rinoceronte», dijo.

También me contó lo que había ocurrido con Poliéster. Un adiós singular. Parece que el guía fue a buscarnos y lo encontró a él, junto con la poeta erótica, tirando en medio de una roca. En realidad, no estaban tirando: ella se la estaba corriendo. El perverso guía contó que jamás había visto un pene más pequeño y arrugado, una brevísima cabeza de tortuga vieja. La Valenciana se rió muchísimo. Parece que Poliéster y la de Costa Rica se fueron en un taxi rumbo al CEJ; lo más probable era que no volviéramos a ver a ninguno de los dos. Además, ya dos periodistas españoles, uno de Madrid y otro de Cádiz, se peleaban por ver quién contaba la historia en la revista de chismes literarios más conocida de España. Lo que no sabía ninguno de los dos, comentó la Valenciana, era que ese compatriota mío tan guapo, Nunquam, acababa de vender la información mientras los muy idiotas se rompían las narices. Parece que Nunquam conocía a alguien en la revista, para variar. Así es él. Pobre Poliéster, aunque es un imbécil, finalmente, al igual que yo, solo es una frágil víctima de la miserable Liga en pro de la Moral y el Buen Gusto y contra la Vanidad de los Escritores.

## TUNC

EN EL ALMUERZO LE CONTÉ A MARIO lo de Poliéster. Me dijo que ya sabía todo eso, incluso lo del triunfo de Nunquam, pero que lo que no me había contado la Valenciana era que Tunc había desaparecido. Acababa de enterarse.

—A pesar de que Aut y Nunquam le dijeron que se quedara con ellos en la recepción, él quiso bajar a hacer la ruta. Lo vi al principio caminar tranquilo junto al guía y a Frances, conversando, pero de pronto ya no pude verlo. La verdad es que no le presté mucha atención. Cuando ustedes se extraviaron, lo contaron entre los perdidos. Después subimos a los buses y todo fue una confusión, nadie supo contar cuántos fuimos y cuántos llegamos. Pero a la hora del almuerzo, Aut avisó a los organizadores que faltaba Tunc. Ahora han llamado al Torcal, que está cerrado, y a la policía. Están medio desesperados. Parece que no es la primera vez que se pierde alguien en ese bosque.

—No puedo creer lo que me cuentas. Es una locura, no puede haberse perdido.

—¿Por qué no? A cualquiera le podría haber pasado. Tú mismo estuviste a punto de desaparecer. Tunc no me parece menos idiota que Poliéster. Además, unos días antes lo vi leyendo *El diccionario del diablo*. O mejor dicho, *The Devil Dictionary*, porque el muy imbécil, que Dios lo tenga en su gloria, solo leía en el idioma original salvo cuando el libro estaba originalmente en castellano, pues en tal caso esperaba la versión inglesa o francesa.

## BIERCE

AMBROSE BIERCE ES QUIZÁ EL ESCRITOR más extravagante que ha dado Estados Unidos. Nació el 24 de junio de 1842 en Ohio, en medio de una familia de granjeros calvinistas. Desde pequeño vi-



vió fascinado por el ejército y las guerras —destacó tempranamente como un *boy-scout* experto en el diseño de mapas— y en su juventud alcanzó a estudiar en la Escuela Militar de Kentucky. Participó en la Guerra Civil norteamericana con el rango de teniente, bajo las órdenes del general Hazen, y, una vez terminada la guerra, viajó a San Francisco, donde conoció al magnate de la prensa norteamericana William Randolph Hearst. Con la ayuda de Hearst, consiguió mantener durante veinte años una columna de opinión en el diario *The Examiner*. Esas opiniones, perversas y crueles, le valieron el apodo de *Bitter Bierce*. Su sentido de la sátira no tenía límites, su negro humor enfadaba a la sociedad de su tiempo, pero alcanzó con todo eso una fama desmedida. Entonces, decidió dedicarse a la prosa de ficción. Publicó una serie de cuentos de horror (como el célebre *Aceite de perro*) y un conjunto de cuentos sobre la guerra, *Cuentos de soldados y civiles*. Pero sin duda su obra más célebre, aquella en la que todo su peculiar sentido del humor alcanza una auténtica resonancia, es *El diccionario del diablo*.

A los 71 años, Bierce era uno de los escritores más conocidos y respetados, al mismo tiempo que temidos, de Estados Unidos. Entonces, tomó una decisión extraña, imprevista incluso para un autor tan poco previsible como él. Cual Orestes —de quien se dice que anciano y librado de sus perseguidoras decidió recorrer las zonas donde había sido aguijoneado por las Coéforas, con una suerte de nostalgia del dolor y melancolía de la muerte—, Bierce se dedicó a recorrer los escenarios de la Guerra Civil en la que había participado. Sintiendo que ese recorrido, hasta cierto punto macabro, en busca de los fantasmas que lo asolaban, era insuficiente para apaciguar su espíritu, un día decidió cruzar la frontera mexicana. Se sabe, hasta cierto punto, cuál fue su ruta. Pasó una noche en Laredo, luego unos días en Chihuahua, donde —según algunas versiones— entró en contacto con las tropas del General Villa, y desapareció para siempre en la misma nada y con el mismo absurdo con que desaparecen algunos de sus protagonistas de ficción. Nadie supo más de él.

## DEFINICIONES

*EL DICCIONARIO DEL DIABLO* trae una serie de definiciones perversas o simplemente cómicas que son de algún modo la columna vertebral del arte literario de Ambrose Bierce. Si uno no ha leído esas definiciones, difícilmente podrá enfrentarse a los protagonistas de sus cuentos, y no podrá interpretar a ciencia cierta todo el contenido oscuro que yace en el pozo donde existe cada uno de ellos. Hay tres definiciones de Bierce que, particularmente, celebro y recuerdo siempre. Tres definiciones, además, que vienen a cuento pensando en la Valenciana, en Tunc y, sobre todo y siempre, en mí.

*Mujer (Ella):* Animal que generalmente vive en la proximidad de los hombres; tiene cierta rudimentaria aptitud para ser domesticado. Esta especie es la más extendida de todas las bestias de presa, ya que infesta todas las partes del globo [...]. La mujer es ligera y grácil de movimientos, en especial la variedad norteamericana (*Felis Pugnans*). Es omnívora y se le puede enseñar a no hablar.

*Varón (Yo):* Miembro del sexo desconsiderado o sexo prescindible. Desde el punto de vista femenino, el género tiene dos variantes: los que dan bastante y los que dan poco.

*Idiota (Tunc, Aut, Nunquam):* Miembro de una grande y poderosa tribu, cuya influencia en los asuntos humanos ha sido desde siempre dominante y controladora. La actividad del idiota no se restringe a un área en especial del pensamiento o de la acción; más bien es omnipresente y regula todo el conjunto de actividades. Tiene la última palabra en todo y su decisión es inapelable. Establece las modas en cuanto a opiniones y gustos, dictamina los límites del habla y prescribe la conducta.

## SILENCIO

DESPUÉS DE LA TRAVESÍA DEL TORCAL de Antequera, la mayoría de escritores jóvenes decidió descansar. No hubo Kiko esa noche y tampoco se abrió la fiestita en *Memorias de Adriano*. La noticia de la desaparición de Tunc había corrido como reguero de pólvora y ya nadie hablaba sino de eso. La semana que empezaba, cuyo tema era la relación entre la literatura y la sociedad, nos iba a encontrar agotados. Desde hacía una semana no dormía en tanto silencio. Ni siquiera requerí ayuda del Lexotán. Y quizá el dios tutelar de Mario funcionó porque tampoco Barbarella hizo ruido esa noche. Hay silencios que angustian y noches oscuras que dan miedo. Debía de estar muy silencioso y oscuro el Torcal de Antequera. Si aún estaba vivo, Tunc estaría espantado. Quizá sea porque soy un idiota sentimental, pero ciertamente lo extrañaré. Sin embargo, ni siquiera esa absurda nostalgia del enemigo podía haber impedido que durmiese en esa noche absolutamente hermosa.



## *Un famoso ratón*

TODA LA SABIDURÍA DE ESTEBAN SE RESUMÍA en una imagen: la luz de los postes de las aceras que se encienden cuando afuera aún hay claridad. Luego, poco a poco, o de súbito, oscurece. He ahí toda la profundidad de los objetos, todo el misticismo de la tecnología. La naturaleza, principio de todas las causas, terminaba dependiendo de los objetos materiales más pueriles, expuestos y sin magia.

Desde la ventana de su cuarto en el segundo piso, con un libro en la mano, tendido a lo largo de la cama, sin leer, Esteban miraba con paciencia su ventana con la cortina abierta, esperando que se encendiera la luz del poste frente a su casa. Un zumbido y listo, el foganazo breve pero contundente. Alguien le había explicado alguna vez el sistema: un sensor mecánico captaba el descenso de la claridad y encendía el foco automáticamente. Una explicación convincente, pero que nada explicaba. Lo cierto es que aquel faro se encendía cuando era inútil, una torpeza aparente, un desperdicio, pero luego la naturaleza, como obligada a darle la razón, se adecuaba a él y se iba ensombreciendo.

De la misma forma, el amor de Esteban por Ana se encendía cuando él iba hasta la computadora y la encendía. La demora del

disco duro, su sordo rumor; las imágenes que iban apareciendo desde un pozo profundo en el vórtice del monitor; la luz azulina que caía sobre su rostro; las preguntas de rigor: el *password*, la ruidosa conexión del teléfono; Netscape actualizándose... todo aquello lo disponía para, una vez conectado y listo, contactarse con Ana a través del *chat* y empezar, ahora sí, a sentir que la amaba demasiado y siempre. Ana solía molestarse cuando Esteban le confesaba todo eso. No era bonito, desde luego, ni galante decirle que la amaba frente a una pantalla, conmovido por el tacto de las teclas, por las letras Arial que iban encendiéndose una tras otra hasta formar una palabra, una frase, una oración, una idea, un sentimiento.

—Has tenido que irte hasta el otro extremo del mundo para que me enamore de verdad de ti, para que te sienta a mi lado —escribía Esteban.

—No es agradable que me lo digas —replicaba Ana.

—Te amo —escribía Esteban.

—Más fácil nos hubiera resultado comprarnos una portátil cada uno y comunicarnos a través de ellas uno al lado del otro en la cama —bromeaba Ana, sin decidirse por la tristeza.

—Cualquier cosa habría sido más fácil que divorciarnos —decía Esteban, decididamente triste.

Mientras tanto, a mí se me había metido un ratón por la oreja, bloqueando durante semanas mi canal auditivo; pero ahora moraba en mi cerebro. Lo imaginaba cascando la masa encefálica como si fuera de galleta, una plasta compacta de canutos. A veces pensaba que no era un ratón real sino un ratón fantasma, no por eso menos espantoso. Sentado frente a mi computadora, lo sentía roer, molesto quizá por la luz de la pantalla proyectándose sobre mi cara. A veces imaginaba que iba a salir por algún orificio, cada cual más repugnante. ¿Y si salía por la nariz? ¿Y si lo sentía en la garganta, haciéndome cosquillas antes de deslizarse por mi lengua



como por un tobogán? ¿Y si salía por mi oído hecho una veloz bola de cerumen y pelo? También podía salir por el ojo del culo. Una vez soñé que salía por una muela, aprovechándose de una caries.

El-Caballo> No lo podrías creer.

El-Caballo> Es una cosa de locos.

Bufalino> De ti puedo creer cualquier cosa.

El-Caballo> ¿Vendrás a Lima o no?

Bufalino> Roma está bien.

Bufalino> También hay una posibilidad en Boloña.

El-Caballo> ¿Boloña? ¡Ajiji!

Bufalino> Huevón... ¿Te acuerdas de la chica de la carátula

El-Caballo> ¿Qué carátula?

Bufalino> de mi primera novela

Bufalino> Ahora es profesora en Boloña

El-Caballo> ¡Ah! Linda.

Bufalino> y quizá puede conseguirme algo.

El-Caballo> Pero, ¿vendrás o no?

Bufalino> ¿A Lima?

Lima. Es decir, Urdanivia, Esteban, Milovana, Jaime, el profesor Delgado, Mercedes, Fernando, Tomás, Sandro, Connie. Los nombres de mis amigos limeños se iban sucediendo unos a otros, como un mantra, como una onda expansiva, como una serie de olas que suben y bajan a lo largo de un plano. Y también estaba Ana.

El-Caballo> Ana está en Londres pero quiere visitar Roma.

Bufalino> Si quieres la recibiré.

El-Caballo> No esperaba menos de ti.

El-Caballo> No sabes lo bien que le hará.

Bufalino> ¿A qué viene? ¿Turismo?

El-Caballo> Ha estado nerviosa últimamente.

El-Caballo> No, turismo no necesariamente...  
Bufalino> Ya, ha estado nerviosa,  
Bufalino> ¿no?  
El-Caballo> Estoy pensando una cosa que después te digo.  
Una sorpresa...  
El-Caballo> Pero me tienes que ayudar.  
Bufalino> ¿Sorpresa?  
El-Caballo> Si me ayudas, sale bien.  
Bufalino> Ya, te ayudo... Oye,  
Bufalino> ¿aún sientes algo por Ana?  
El-Caballo> La necesito...  
El-Caballo> Es una relación de necesidad mutua  
El-Caballo> aunque no podamos convivir más.  
Bufalino> Sí, entiendo.  
El-Caballo> Una cosa extraña, inexplicable,  
El-Caballo> ¿entiendes?  
Bufalino> Una cosa enfermiza.  
El-Caballo> Siempre has dicho que soy un enfermo,  
El-Caballo> un amoral.  
Bufalino> Un badulaque, eso es lo que eres.  
Bufalino> Te gusta decir cosas ingeniosas para sorprender.  
El-Caballo> No seas huevón.  
Bufalino> ¿Te has molestado?  
Bufalino> Uy, ya te me estás poniendo viejo.  
El-Caballo> No jodas.  
Bufalino> Te molestaste.  
El-Caballo> Eres un idiota, no estoy jugando.  
El-Caballo> Te estoy hablando en serio.  
Bufalino> Ji, ji, ji.  
El-Caballo> ¡Ríete como hombre!  
Bufalino> Je, je, je.

Ana llegó a mi pequeño piso en Via Campo Marcio un lunes por la noche. No la había visto en años, desde cuando aún nadie pensaba que Esteban y ella se separarían. Ella parecía entonces tan frágil, tan dependiente de Esteban. Desde Lima me llegaban chismes diciéndome que ella lo había dejado a él, que Esteban se

había vuelto un chiquillo, millonarísimo, que se compraba carros y ropa estridente, mientras ella se había ido a vivir con un hombre muy mayor, un anciano, a Londres; que él se había vuelto a casar, con su empleada. Cuando Ana llegó a Roma parecía confundida, cansada del viaje, con muchas ganas de volver a Londres. Desde luego, era mentira todo lo que la maledicencia limeña contaba de ella y de Esteban. Ana estaba sola, ya no parecía tan frágil como en Lima pero aún podía decirse que era de una pequeña naturaleza. Conversamos sobre los viejos tiempos con medias palabras, la modosita cortesía limeña, aunque no era una buena época para ninguno de los dos y lo más probable era que ambos prefiriéramos irnos a dormir sin gastar palabras ni historias sin importancia, que podríamos necesitar luego, cuando no tuviéramos nada de qué conversar. Me despedí de ella ofreciéndole llevarla a visitar museos, ruinas, lo que quisiera. Una vez en mi dormitorio, pensé que en realidad no había sido una buena idea aceptar a Ana en mi casa. Nunca fuimos amigos, jamás tuvimos mucho en común ni intercambiamos más de cuatro palabras, e incluso me pareció recordar, a altas horas de la noche, que durante una época de nuestra juventud yo no le caía bien, aunque me fue imposible recordar la causa del odio, si acaso hubo alguna, si acaso fue odio.

Al día siguiente, me di con la sorpresa de que Ana había madrugado (más bien, yo me había quedado dormido) y ya había salido hacia el barrio turístico. En la cocina, los trastos usados y lavados por ella me parecían una dolorosa intromisión. Salí de la cocina como de una casa tomada, expulsado de ella con el rabo entre las piernas, y estuve deambulando por la sala, tratando de capturar nuevas huellas, hasta que, rendido, me senté frente a la computadora dispuesto a comunicarme con Esteban y mentirle. Mi única salvación era inventar un viaje impostergable a Boloña, tratar de ocuparme por unas semanas, dejarle la casa a ella y regresar cuando se hubiera aburrido al fin de Roma, si eso era posible. Una vez frente a la pantalla, otra vez el ruido del vulgar pero ave-

zado *mus musculus*, el sonido del aserrín, mi cabeza convertida en un cascabel, la migraña. Revisé mis *e-mails* y encontré uno de Esteban que me dejó sin armas. Él había dispuesto todo desde Lima. No eran sugerencias sino órdenes, un plan detallado, casi un mapa de lo que debían ser nuestros movimientos en los siguientes quince días. Decidí no contestar nada, no tomar ninguna decisión mientras no hablara con Ana. Unas horas más tarde la oí llegar, correr hacia la sala, buscarme con la mirada, encontrarme tendido sobre el sofá, preguntarme por la hora, pedirme prestada mi computadora, encenderla. Más serena, entonces, mientras esperaba conectarse con un *chatroom*, me contó que se le había pasado el tiempo en tonterías o que no había calculado bien el cambio horario, no sé, se contradecía, pero que tenía que encontrarse con Esteban en el *chatroom* a esa hora, como siempre, para decirle que todo estaba perfecto y que no se preocupara. Al fin, el nombre de El-Caballo apareció en la pantalla al lado del suyo, Ana21. Ana sonrió, serena de pronto, con una risa infantil, mirándome de soslayo, compartiendo conmigo su alegría. No me había movido del sofá y la observaba sentada frente a mi portátil. Escribía con lentitud, mirando el teclado. Sin percatarse de que estaba de visita en mi sala y que yo estaba frente a ella, fue sacándose sin mirar el zapato derecho, mostrando una planta de pie pálida con un lunar en el medio que anunciaba viajes interminables. Concentrada en el *chat*, bajó lentamente un brazo y hurgó en el otro zapato. Su mano iba de un lado a otro, sin sacar la vista de la pantalla pero haciendo un mohín de disgusto porque no encontraba lo que buscaba. Yo estaba maravillado. El arco de su pie era perfecto. De pronto, sacó una semilla espinosa que arrojó sobre un cenicero sin detenerse a inspeccionarla. Reconocí en esa semilla el fruto rebelde de una planta rastrojera que rodeaba un parque a espaldas del edificio. Cerca de ahí había una heladería y una tienda de sombreros. Ana había estado haciendo tiempo. Cuando al fin me levanté y me atreví a acercarme por la espalda para pedirle que después me dejara escribirle un

par de cosas a Esteban (murmurando, como si temiera interrumpir un concierto, como si Esteban me pudiera escuchar, como si estuviera ahí mismo, en la sala, con nosotros), ella señaló con cierto pudor la semilla erizada de espinas y me dijo:

—Me estuvo molestando toda la tarde; un infierno.

Esteban había dispuesto todo. Una villa a dos horas de Roma, en la campiña, ofrecida por un socio de su empresa. Ahí podría descansar Ana, quien, me confesó él, estaba con los nervios destrozados y su viaje a Roma, si no se sometía al turismo frenético, podría convertirse en un ahorro de cuatro años de terapia. Yo estaba desempleado, pero aún así Esteban decidió recompensarme por el tiempo que «dejaba de trabajar». Unas vacaciones pagadas; el dinero me esperaba en el banco a mi regreso. Tomamos el tren que nos llevaba a la villa y fuimos ensartando monosílabos entre chisme y chisme, entre recuerdos superados, olvidados y súbitamente resucitados para salvarnos el reencuentro. Ana parecía aún menos conversadora que yo y miraba con ojos más huraños que los míos a los vendedores de naranjas y vino casero, e incluso a los demás pasajeros del tren. De pronto, en medio de largos silencios, sin mediar razón alguna, emergió una Ana distinta. Conversadora, interesada, rememorativa, incontinente. Descubrí con emoción que esta nueva Ana tenía la facultad de hablar en colores. Mientras recordaba a Esteban, sus sílabas se pintaban de un celeste cerúleo o de un verde pálido. Luego, mientras recordaba Lima, el color descendía unas escalas, hacia el turquesa tenue o el gris esfumado. Sus sílabas fueron llenando de color el día, hasta llegar a una cúspide en que todas parecían amarillas y naranjas. Luego de ese júbilo, se atenuaron hacia un rosa acogedor y luego hacia un marrón mustio que precedió al bostezo y al sueño. La dejé dormir con la excusa de que quería mirar en silencio el paisaje insulso por aquella ventanilla cubierta de polvo. Pareció agradecérmelo. Al despertar, cerca ya de la estación donde debíamos bajar, vi que a Ana se



le habían formado unas ojeras eclesiásticas que aún eran solo unas líneas delgadas alrededor de los párpados pero pronto serían, sin lugar a dudas, dos enormes oscuridades.

Estuve aporreando la puerta de la casa durante varios minutos, quizá más de media hora, sin ningún éxito. Esteban nos había asegurado que estaría esperándonos un muchacho, encargado de cuidar la villa durante el invierno y parte del servicio doméstico durante el verano. Pero al parecer el muchacho no había sido advertido de nuestra llegada. Golpeé un par de veces más la puerta antes de voltear y mirar a Ana, que parecía desfallecer sobre sus maletas. Levanté los hombros, solté alguna maldición ahuecada, para mí mismo, y moví la perilla de la puerta en un gesto con intenciones dramáticas más que prácticas. Sin embargo, la puerta cedió con un chirrido, para que nada faltase en esa película demasiado conocida, en esa ficción de pésimo estilo.

Apenas entramos a la sala, encendiendo un par de luces, pudimos ver a un muchacho que sacudía su cabeza como un caballo. Tenía el rostro saturado y los ojos rojos e indefensos de quien despierta de golpe de un sueño profundo. Le dije un par de palabras en italiano que él no pareció comprender, enredado aún en las hilachas de su sueño incómodo sobre el sillón, con la cabeza colgando y el cuerpo encogido. Ana sonrió y bromeó sobre mi «pésimo» italiano. Yo repetí lo que le había dicho, nada más difícil que nuestros nombres y la pregunta por el suyo, y el muchacho al fin reaccionó. Se llamaba Gesualdo y no dio explicaciones ni pidió disculpas por haberse quedado dormido. Se limitó a coger las maletas y subir las escaleras hacia los cuartos que ocuparíamos. Al parecer, Gesualdo estaba muy bien informado de todo, pues nos condujo a cuartos prudentemente distanciados, en ambos extremos de un pasadizo largo y estrecho.

Después de dejar las maletas y de reconocer el modesto mobiliario, bajé en busca de algo para cenar pues era muy tarde. Encontré una despensa llena y noté que Ana había preparado algo ligero

para los dos. Cenamos en silencio (me sorprendí de pronto al notar que estaba extrañando sus sílabas coloreadas) y luego fuimos a la sala para aprovechar un enorme ventanal que ofrecía la vista bucólica de la campiña romana. Tomamos té como dos viejos amigos, ya con un poco más de confianza, pero no me pasó desapercibida su respiración agitada. Le pregunté si se sentía bien y me dijo que se sentía un poco fiebrada —más bien dijo un adorable «Me he enfriado» de vieja limeña— pero no hizo ningún ademán de moverse para descansar en su cuarto. Busqué con la mirada un lugar donde conectar un cable de teléfono y al encontrarlo pensé que sería una buena idea comunicarnos con Esteban. Ana pareció estar de acuerdo, fui a mi habitación y bajé la portátil. Cuando regresé, algo había cambiado en la estancia. Gesualdo, sentado en una rústica silla de madera, tenía sobre las piernas un pedazo de franela amarilla donde dejaba caer las cáscaras de un par de decenas de nueces que quebraba con las uñas negras y astilladas. También los dedos de sus pies, descubiertos por unas sandalias, tenían esa media luna de carca repetida en cada uña. Como las manos y los pies eran enormes, la figura era repugnante. Tan repugnante como las nueces que iba introduciendo en un frasco, una vez liberadas de su cáscara, que me recordaban el alimento cerebral de mi roedor. Ana parecía no haberse percatado de la presencia de Gesualdo. Su amable indiferencia con el muchacho me abofeteó la cara. Definitivamente, frente a ella me estaba volviendo un viejo intolerante. Me senté frente a la computadora, la encendí y le mandé un *e-mail* a Esteban diciéndole que estaba conectado. A los pocos minutos me contestó, feliz, diciendo que estaba esperándome en el *chatroom* desde hacía media hora. Me metí en el *chatroom* y, en efecto, ahí estaba su ridículo *nick*. Me emocioné como siempre por el encuentro; por más que hiciera lo mismo durante años, seguía emocionándome con la tecnología como un neófito. Cuando le dije a Ana que ya estaba en contacto con él, ella me respondió haciendo un gesto indescifrable con la mano. Le pedí que me ex-

plicara el gesto y me dijo, sin ánimos, que yo hablara con él un rato y que luego iría ella, pues en ese momento le estaba reventando la cabeza. Como desde la llegada del roedor aprendí que con la cabeza no se juega, la dejé en paz y empecé a escribirle a Esteban contándole que estábamos bien, que Ana estaba ocupada pero ya vendría; y ante la desesperación de Esteban de saber todo, todo, todo, empecé a enumerarle los detalles del viaje y la llegada.

El-Caballo> Yo creo que es un poco retrasado. Algo así me insinuó mi amigo, creo.

Bufalino> Estaba dormido cuando llegamos.

Bufalino> Ahora está delante de mí, rompiendo nueces con las uñas mugrientas el hijoputa.

El-Caballo> No seas paranoico...

Bufalino> Sería la pesadilla o el delirio de un frenólogo el chucha.

Bufalino> Tiene el cráneo como un tubo... Je, je, je, je.

El-Caballo> ¿No será la monta de mi amigo? Creo que es medio maricón.

Bufalino> No soy paranoico...

El-Caballo> Digo si no será rosquete...

Bufalino> ¿Maricón? ¡Je! Ahora entiendo algunos objetos del decorado... Se parece a tu casa... Je, je, je.

Bufalino> ¡¡¡¡¡Mierda!!!!!! Otra vez ese zumbido que me jode la cabeza.

El-Caballo> ¿Ana está contigo? ¿Está por ahí?

Bufalino> Está al frente, mirando por una ventana enorme; dice que ya viene a escribirte.

Bufalino> Y Gesualdo sigue rompiendo nueces con sus garras llenas de caca.

El-Caballo> ¿El zumbido? ¡¡¡No jodas con lo del ratón ese!!!

Bufalino> Ahora pienso que no es un ratón sino un hámster.

Bufalino> Se ha construido una rueda y se mete ahí a joder.

Bufalino> Él hace funcionar mi cerebro. Il miglior fabbro.

El-Caballo> Je, je, je, je...

Bufalino> Y yo que rajo de él y lo quiero matar.

El-Caballo> ¿No es hermosa?  
Bufalino> ¿Quién no es hermosa?  
El-Caballo> Tengo un chiste sobre ratones.  
Bufalino> Cuéntalo.  
El-Caballo> Ana es hermosa.  
Bufalino> Cuenta el chiste.  
El-Caballo> Un ratoncito ve a un murciélago  
El-Caballo> y se va corriendo asustado donde su mamá  
El-Caballo> y le dice: «¡Mamá, mamá ¡He visto a un ángel!»  
Bufalino> Ya lo sabía. Es bueno.  
El-Caballo> Je, je, je, je... Es bueno, ¿no?  
Bufalino> Ya me lo sabía.  
El-Caballo> Tiene moraleja: todo depende del cristal con que se mire.  
El-Caballo> ¿Qué hace Ana ahora?  
Bufalino> Está tirando con Gesualdo.  
El-Caballo> Dile que venga.  
Bufalino> Sigue mirando por la ventana.  
El-Caballo> No seas pendejo.  
El-Caballo> Hablo en serio, la extraño, dile que venga.  
Bufalino> Ana mira por la ventana, digo.  
El-Caballo> Y el idiota ese sigue partiendo nueces... Cuidado te parta a ti.  
Bufalino> Con las uñas negras, asquerosas.  
El-Caballo> ¿Sabes cómo describe Joyce a un murciélago?  
Bufalino> No.  
Bufalino> No me acuerdo.  
Bufalino> ¿Cómo?  
Bufalino> ¿Estás ahí?  
El-Caballo> Como un señor de manos pequeñas y una capa negra gigante.  
Bufalino> Bueno.  
El-Caballo> ¿No es adorable?  
Bufalino> Soy Ana.  
El-Caballo> Tierno, ¿no?  
Bufalino> Soy Ana... ¿Quién es tierno?  
El-Caballo> ¿Ana? ¿En serio?  
Bufalino> Sí, tierno.

El-Caballo> ¡Ana!

Bufalino> Ahora soy yo.

El-Caballo> ¿Quién escribe? ¡¡¡Déjense de pendejadas, me voy a volver loco!!!

Bufalino> Ahora soy yo...

Bufalino> Soy Ana.

El-Caballo> ¡Puta madre!

Bufalino> ¿No sería lo máximo que las personas fuéramos como en el *chat*?

Bufalino> Nadie sabe nada de nadie. No podemos distinguir sexos ni caras.

Bufalino> Todo para la imaginación, y haríamos el amor y no sabrías si soy Ana

Bufalino> o yo.

El-Caballo> ¡Ah! Eres tú; cabro, como siempre. Ya estás viejo para mariconadas. ¿Y Ana?

Bufalino> Soy Ana.

El-Caballo> Ana, Ana, Ana.

Bufalino> Ana dice que te quiere.

El-Caballo> Otra vez eres tú.

Bufalino> Ana dice que es Ana, y que te quiere.

El-Caballo> Déjate de cojudeces. Ana jamás escribiría de sí misma en tercera persona.

El-Caballo> Dile a Ana que se ponga de una vez, huevas, es urgente.

Esteban, casi podía palparlo, volvía a sentirse bien al saber quién era quién, al sentir que las cosas volvían al orden. Ana, ajena al juego de máscaras, seguía mirando hipnotizada el jardín por donde de vez en cuando destellaban los cocuyos. La luz de la Luna caía sobre su cuello, iluminándolo con un resplandor intenso. Gesualdo, sucio, usaba ahora los dientes para romper las nueces más duras. Asqueroso. Miró a Ana con ojos babosos, sin dejar de morder la cáscara de nuez, y se arregló el paquete de su pene inflado que le abultaba el pantalón. Siguió con la mirada a Ana, deslizándola del cuello a la clavícula apenas descubierta y también



tocada por la Luna. Era casi tangible el puente tendido desde sus ojos babosos, alargándose por encima de mi hombro a la altura de mi oreja, para terminar en la luz de la Luna proyectada en el cuello de Ana. Gesualdo rompió la última nuez con sus dientes y escupió las cáscaras sobre la palma de su mano, antes de depositarla en la franela. Ana se puso de pie, se sentó al lado de la máquina, esperó a que yo le diera la entrada y empezó a escribirse con Esteban. Gesualdo, ahora, miraba su espalda de arriba abajo. Entonces, de pronto, como distraída, sin dejar de escribir, Ana volteó hacia mí y preguntó: «¿Qué se siente perder a un hijo?».

Imposible describir, hablar, pensar, observar, comprender la luz de la Luna introduciéndose por la ventana. Cualquier imagen, cualquier frase, ha sido secuestrada por la literatura, cuando no el cine, la música, la pintura. En esos momentos, tenía en mente por lo menos dos fragmentos: uno de Tolstoi, otro de Proust. Buen tema para una tesis de literatura comparada, supongo, pero pésimo para decir con certeza lo que sentía en ese rapto de inspiración, bajo la Luna que llenaba la ventana. Ana se había ido a acostar luego de escribirse durante media hora con Esteban. Ella misma apagó la computadora, sin pena ni gloria, olvidando que le había pedido que me avisara cuándo quería descansar pues deseaba despedirme. Yo también estaba en mi cuarto, recostado, yaciente sobre la cama y desnudo. Una dolorosa erección que no quería ceder me obligaba a ir al baño con urgencia, pero este estaba ocupado por Ana. Esa erección era una vieja conocida; me sucedía siempre que dormía por primera vez en cama ajena. Pero la presencia de Ana en el baño la hacía palpitante, desafortunada, onerosa. Además, la luz de la Luna había logrado vencer a la cortina y se introducía por una abertura al cuarto, iluminando, como un potente reflector de teatro, la punta misma del pene erecto, eludiendo en su trayecto decidido el resto del cuerpo. La punta del pene. A lo mejor, tenía suerte y esa noche se fugaba por ahí el jodido ratón de Montecristo.

Al día siguiente, caballos. Había para escoger piscina, una cancha de frontón, un billar en el sótano, naipes o ajedrez, televisión italiana, una visita al invernadero bordado de flores rojas, naranjas, amarillas, blancas. Pero escogimos los caballos. Ana había aprendido a montar en Londres y yo había leído una docena de veces *Madame Bovary*, y además creía en los milagros. Como si fueran mulas, aquellos caballos domados y burgueses, independientemente de nuestros deseos, seguían su propia ruta, trazada de antemano por algún dueño. En ningún momento consideraron salirse de ella, ni siquiera por la forma tan elegante con que Ana agitaba su fusta. Para nosotros, que no conocíamos aquella ruta, todo era novedad, todo nos sorprendía; disfrutábamos, además, de la certeza de que incluso el camino más pedregoso, los árboles de aparición más abrupta o el riachuelo más abismal eran solo riesgos calculados, como los de un juego de montaña rusa, para asustar a los principiantes pero sin posibilidad de tragedia, pues si fueran en realidad peligrosos, los caballos no irían por ahí tan ciegamente. Ana y yo nos dejábamos conducir por ellos, tratando de pensar que éramos nosotros quienes los dirigíamos, observando el paisaje, hincando de vez en cuando los pies en su abultado vientre o halando la brida, para cumplir con nuestra parte en el simulacro. Los caballos relinchaban cada cierto tiempo, movían su cabeza o retrocedían pareciendo dudar, para cumplir a su vez con su parte del trato. No sé si Ana era consciente, como yo, de que esos caballos nos guiaban a su antojo. Creo que no lo era. En algún momento en que los animales decidieron detenerse para otear la dirección del viento, emparejándose al borde de un pequeño acantilado que descendía hacia la villa, Ana propuso una carrera. Lo dijo con una mirada tan intensa, unos ojos tan bulliciosos y cogiendo la brida con tanta seguridad que no pude evitar estremecerme por su candidez. Una carrera quería, como si hubiéramos podido imponerles algo a los caballos. Acepté el juego entre sonrisas, y hasta mejoré la proposición con una apuesta simpática, lavar los platos o preparar limo-

nada, por ejemplo. Ana y yo arreamos a los caballos con un par de palmadas en el cuello, preparándonos para un descenso vertiginoso y con el pelo al viento, volteando hacia atrás para medir la distancia del contrincante como en las películas. Los caballos, indiferentes, empezaron a caminar a su ritmo, pausadamente, con la cabeza gacha, mirando el pasto y resoplando sin gracia. Parecía una escena ridícula de dibujos animados; nosotros animando a los caballos y ellos testarudos. Nos echamos a reír a carcajadas. Al final, los animales nos depositaron a los pies de Gesualdo, que nos esperaba en la caballeriza. Mientras descendía de mi caballo pude ver la mirada huraña, celosa de Gesualdo, envidiando mi día con Ana. Ella, algo pálida, se había quedado sobre su caballo, quizá esperando un gesto cortés de mi parte para ayudarla a bajar. Le tendí la mano, buscando en mi cerebro, entre los muebles del roedor, alguna frase ingeniosa camuflada de piropo para ofrecérsela. Ella bajó aferrada a mi mano. Una vez en el suelo se soltó, se agachó agarrándose el estómago y doblando ligeramente las rodillas, y vomitó un líquido espeso, entre verde y malva, sobre mis zapatos.

Cargué a Ana por las escaleras y la acosté en su cama, la arropé con una frazada caliente, mandé a Gesualdo a preparar unas compresas de agua tibia. Ana estaba con escalofríos y se cogía alternadamente la cabeza y el estómago. Sus ojos estaban apagados y apenas si podía hablar por temor a nuevas arcadas. De vez en cuando abría sus ojos más que de costumbre y me pedía disculpas por haberme ensuciado los zapatos. «Deja que yo los limpie, no vayas a encargárselo a nadie más», me decía, con voz apenas audible, tiernamente preocupada por algo tan doméstico en medio de una enfermedad desconocida. Bajé a conseguir por teléfono a algún médico mientras Gesualdo subía con las compresas. Mientras oía sonar el timbre del otro lado del hilo, pensé que no me conectaría esa noche para hablar por *chat* con Esteban. Después buscaría una excusa cualquiera, que no hubo luz, que se malogró la

máquina, cualquier tontería pues no quería preocuparlo hasta que el doctor no me dijera qué sucedía con Ana. A lo mejor, pensé, es solo una intoxicación. El doctor prometió que llegaría en media hora hasta la villa. Subí contando los escalones hasta el cuarto de Ana. Ella dormía con la mitad del cuerpo descubierto y con la respiración agitada, mientras el estúpido de Gesualdo, sentado al borde de la cama, la observaba como un perro, con las compresas de agua escurriéndose entre sus manos gigantescas. Cogí las compresas, que estaban inservibles, y se las arrojé a la cara. Le dije que fuera a la cocina y trajera unas nuevas. Se fue retrocediendo de espaldas, sin dejar de mirarme con odio y sin dejar de mirar tampoco la espalda de Ana que ascendía y descendía, se inflaba y desinflaba con esfuerzo, palpitando bajo la blusa que no me había atrevido a sacarle. La cubrí sin demora y me quedé sentado en el mismo lugar que Gesualdo, pero mirando hacia el pasadizo, esperando al doctor.

El doctor no supo decir qué tenía Ana hasta que no se hicieran ciertos análisis, pero no descartaba una severa fiebre intestinal. Ana se había logrado componer un poco, se había colocado su camisón para dormir y miraba al doctor con los ojos enrojecidos y los labios brillantes, por los que de vez en cuando repasaba su pequeña lengua sonrosada para humedecerlos. Gesualdo, incapaz de separarse de Ana, se había quedado de pie en la puerta y aprovechaba cualquier distracción mía para introducirse en la habitación y quedarse mirándola sin decir nada. Acompañé al doctor hasta la salida y luego de que me despedí de él me entretuve pensando en qué le diría finalmente a Esteban. Escribí un *e-mail* informándole de la enfermedad de su ex esposa, pero tratando de no preocuparlo, anticipándome a sus reacciones, diciéndole que no era necesario que viajase hasta aquí. Cuando subí, Gesualdo no había abandonado su posición y Ana dormía tranquilamente.

Ana parecía aliviarse hacia el mediodía pero por la noche y en la mañana la fiebre bordeaba peligrosamente los cuarenta grados.



Me pidió que no le dijera nada a Esteban. Hacía un esfuerzo por escribirle mensajes y chatear con él como si no ocurriera nada, echada en la cama y temblando con escalofríos pero escribiendo en la portátil como si estuviera en la sala y le contase su día sin aflicción. Por lo demás, a esas alturas de la enfermedad me era imposible dominar a Gesualdo. El muy cretino se me había rebelado y solo desaparecía del cuarto de Ana cuando ella estaba despierta y comía. Pero apenas ella se quedaba dormida, se plantaba al pie de la cama y no obedecía mis pedidos ni mis órdenes. Tenía siempre los puños cerrados y cierto aire díscolo que preferí no desafiar; por otra parte, nunca se acercaba a Ana sino que solo se dedicaba a mirarla con indomable persistencia.

Una semana después, sin mejoras en el estado de Ana y siguiendo el consejo del doctor, quien había recomendado que ella fuera trasladada a un hospital, decidí comunicarle a Esteban la auténtica gravedad de su ex esposa. Esteban se puso como loco, dijo que no podía viajar sino hasta en un par de días pero que tan pronto pudiese estaría en la villa. Me rogó que lo mantuviera informado. Esa noche, después de pasear por el campo lleno de cocuyos que Ana había mirado con tanto sosiego nuestro primer anochecer aquí, decidí llevarla a un hospital sin más demora. Subí a su habitación y encontré que Gesualdo seguía erguido, pero ahora más cerca, con una mirada de amor infinito y casi animal. Los movimientos de Ana entre las sábanas me hicieron descubrir que hervía en fiebre. Gesualdo la observaba tranquilamente hasta que, de pronto, estiró un brazo y alcanzó a tocar una pierna desnuda que se había escapado entre las sábanas. Al contacto, Ana pareció calmarse milagrosamente. Abrió los labios y dijo algo que no pude oír. Gesualdo se acercó más a ella, sin soltarle la pierna, y se agachó para oler su brazo también desnudo y escapado de las sábanas. Se quedó ahí, olfateando aquel brazo blanquísimo, mientras Ana daba una nueva vuelta sobre la cama. Gesualdo subió la mano por debajo del camisón, entre los muslos, y apretó una nalga de



Ana. Ella no pareció inmutarse. Me imaginé un desenlace infeliz y fui hasta mi cuarto a buscar algo con qué atacar a la bestia. Encontré la fusta de Ana que me había llevado desde el día de los caballos. La cogí con fuerza, envalentonado, la hice zumbar un par de veces en el aire para comprobar su ferocidad, y fui decidido hasta el cuarto de Ana. Ahora, Gesualdo estaba más cerca de ella y ya se atrevía a besar el brazo, sin sacar la mano de debajo del camisón y quizá animándose a nuevas osadías. Por un momento, antes de entrar, tuve la visión de aquel cuadro en penumbras como el retrato de dos seres alados observándose. Uno, Ana, con las alas desplegadas pero de una consistencia débil, de papel de seda. Las de Gesualdo, en cambio, recubiertas por la corteza cucaracha y lustrosa de sus élitros.

Entré al fin a la habitación y llamé a Gesualdo para obligarlo a voltear y cruzarle la cara de un fustazo. Pero otra voz también lo llamó. Ana, con los ojos cerrados y los labios trémulos, murmuró su nombre un par de veces con paciencia, casi dulcemente, saboreando las sílabas de un color verde esmeralda. El muchacho acudió primero al llamado de Ana, pero luego volteó hacia mí. Lleno de ira, alcancé a darle con la fusta en un hombro y luego en el pecho. Gesualdo retrocedió como un animal herido, mientras la cara sosegada de Ana había dado paso a una expresión turbia y adolorida, como si ella también hubiera recibido los latigazos. Me acerqué a ella, dejé a Gesualdo lamiendo sus heridas a un lado de la habitación y vi con detenimiento el rostro encarnado de Ana y sus ojos en extravío. Puse la mano sobre su frente; estaba hirviendo como jamás había sentido, ni aun en las peores épocas de mi pobre Paulo. En ese momento, como un milagro, sonó el timbre de la puerta anunciando la llegada del médico. Bajé corriendo y lo recibí aún con la fusta en la mano, que no supe explicarle. «¿Saldrá a cabalgar?», preguntó mirando mi mano armada. «Sí», contesté. El hombre me echó una mirada de reproche: ¡dejar sola a una mujer enferma...! Subimos al cuarto. Gesualdo había desapareci-

do. El médico inspeccionó a Ana, le tomó la temperatura, observó sus manos y sus ojos. Ana seguía arrasada por temblores y escalofríos. «Esta mujer está muy afiebrada», dijo. «Ya no es una mujer joven; debemos llevarla a un hospital». La mención de la edad de Ana me dejó un sabor amargo, como si me despertara en medio de un mal sueño. Tenía razón, Ana no era ya una muchacha, aunque la admiración de Gesualdo y la soledad de la villa la habían rejuvenecido ante mis ojos. El doctor bajó las escaleras para disponer su traslado. En ese momento, entró Gesualdo con los ojos inyectados en sangre. Lleno de temor salí de la habitación de Ana y entré en la mía. Gesualdo la había destrozado, arrojando mis cosas, destruyendo mis papeles, dejando los muebles en astillas. Decidí no tomar ninguna medida contra el muchacho y ayudar al doctor. Cuando fui a ver si todo estaba bien, pasé por el cuarto de Ana. Gesualdo estaba arrodillado y mesaba con ambas zarpas el cabello de Ana, hundiendo su rostro en él como si llorase. No sé si fue él o la agitación de la fiebre lo que había hecho que Ana tuviera el camisón abierto con los pechos desnudos y al descubierto. No pude evitar quedarme mirándolos con curiosidad. Sus dos tetas me parecieron más desiguales de tamaño que lo normal: de muchacha la de la izquierda, semejante a aquellos dulces moqueguanos de mi infancia llamados *tetas de monja*; casi obesa la otra, y con un pezón oscuro como un escudo romano con la punta oxidada. El doctor me llamó de un grito. Bajé las escaleras a largos trancos. Él mismo iba a buscar una ambulancia, no podía confiar en nadie en ese pueblo. A pesar de la turbación de haber visto el busto desnudo de Ana, la seriedad del doctor me hizo al fin entender que ella se estaba jugando la vida y empecé a hacer las cosas bien. Cuando el médico salió, llamé a Esteban por teléfono y no pude encontrarlo, pero su secretaria se encargaría de hacerlo y también de informarme de todo lo que debía saber sobre la cobertura internacional de su seguro. Estaba convencido de que Esteban se comunicaría de inmediato conmigo y me sentí mejor, como aliviado. Cerré las

puertas, me serví un escocés, subí nuevamente las escaleras dispuesto a pedirle a Gesualdo que bajara a esperar al doctor mientras yo guardaba lo más que podía en la maleta de Ana.

El busto de Ana aún seguía descubierto pero su expresión se había endurecido. Se había vuelto rígida. Ahora incluso Gesualdo estaba espantado, como olfateando la muerte. Corrí hacia ella y levanté sus párpados. Al parecer, había entrado en coma. Agonizaba. No sabía qué hacer; solo atiné a decirle a Gesualdo que corriera a buscar al doctor. El muchacho obedeció de inmediato. Sus pasos enormes llenaron la casa hasta que desaparecieron con un portazo. Aquel portazo hizo nacer un silencio de grieta en la villa. Ana no reaccionaba; se estaba muriendo definitivamente. Y Esteban que llamaría en cualquier momento. Me senté en la cama, tocando suavemente su cuerpo, y decidí cambiarle de camisón antes de ir al hospital. El que llevaba puesto se me antojó sucio de tantas caricias de Gesualdo. Supuse que Ana, tan prolija y detallosa con la ropa, hubiera querido ir limpia al hospital, que si pudiera me lo agradecería. Con esas ideas en mi mente vencí mi pudor. La desnudé y antes de colocarle el camisón nuevo me detuve para observar su cuerpo. No era, desde luego, un cuerpo joven. El doctor estaba en lo cierto. Traté de sacar una cuenta mental de su edad pero me sentí infame. Su piel se veía blanca, llena de lunares, un caprichoso camino de estrellas que Esteban había recorrido y quizá incluso nombrado. Me estremeció imaginarlo con ella, acordarme de Esteban ante el cuerpo de Ana desnudo y a punto de extinguirse. Solo quedaba la trusa, que no pensé sacarle. Pero de pronto, me encontré forcejeando con sus largas piernas y liberándola de ella. El vello púbico le dio a Ana una nueva naturaleza. Más allá de la edad, de la agonía, era el cuerpo que había sido de Esteban. En un raptó digno de Gesualdo estuve tentado de agacharme para oler su vello. Pero me contuve. El cuerpo desnudo de Ana se alternaba, inseparable, indisolublemente, con el de Esteban. Esteban y Ana, Ana y Esteban, y yo ahí, observando,

mudo testigo, casi un animal, al igual que Gesualdo. Me imaginé a Esteban haciendo el amor con ella. Una erección súbita me hizo deseársela. Estaba solo, ella iba a morir pero su temperatura aún era humana, ¿qué podía importar? Incluso en el caso de que todo se descubriese, se culparía a Gesualdo. «Estoy solo», volví a pensar. Una traición. Una deliciosa traición. Aquella época adolescente en Lima, cuando éramos parte del Centeno, lo había dicho Esteban, era una sucesión interminable de largas y cortas traiciones. «Estoy solo, nadie sabrá nada, no hay modo de saberlo», me dije, pero no era cierto. También estaba Esteban, observando todo, metido en medio de la habitación como una cuña. A un lado de la cama, la portátil, y Esteban aferrado a ella, o más bien viviendo gracias a ella, como si esa máquina fuera un respirador artificial, un aparato enorme y dramático que solventaba su existencia. Quizá pronto Ana estaría conectada a su vez a un respirador. La idea me devolvió otra vez a la realidad de la agonía, el cuerpo de Ana se volvió de nuevo blanco y macilento, entregado a la muerte. La vestí con cierto pudor, con lástima por mí mismo. La idea de la traición me había dejado una cierta amargura y una gris piedad de mí. Al fin Ana estaba vestida y yerta sobre la cama. Gesualdo y el doctor no venían. Esteban no llamaba. Así era la vida, nada más complicado que la luz de una vela a merced del viento.

Miro hacia cualquier lado, evadiendo a Ana, esperando la llegada de alguien para que me saque de ese mutismo, para que me consuele, para que aligere mi pensamiento. La puerta abierta deja ver el pasadizo por donde hace unos minutos ha desaparecido, aterrado, Gesualdo, y por donde espero ver llegar al doctor con una camilla. Me quedo viendo, sin pensar en nada, ajeno a la agonía a mi lado, aquel breve corredor estrecho que puede representar la salvación de Ana; pero desde aquí solo se ve como un túnel polvoriento en medio del vacío. De pronto, me parece ver un ovillo que cruza el pasadizo corriendo y altera la línea del horizonte. Me acerco pero ya no hay rastro de él. Podría haber jurado que era







De pronto se hizo un silencio prolongado. Un silencio de computadora, un silencio visual, tenso, lleno de los mensajes de otras personas que lo hacían más profundo. Esperaba que Esteban dijese algo. Habla, Caballo. Al fin, aparecieron su nombre y el mensaje; se encendieron las letras sobre la pantalla azul del cosmos doméstico.

El-Caballo> ¿Qué diría Urdanivia?





## GIMNASIO MENTAL

MARIO

Parece que has aprendido a marcar; eso es lo más difícil.

YO

Definitivamente, me acomodo más con Checoslovaquia. Es más ordenado. Y Smicer me parece un genio. ¡Mira esa jugada!

MARIO

Eres un lechero; eso es lo que eres. Debería intentar con Alemania o Francia. O Argentina. O Italia, que para mí tiene la mejor defensa del *Winning Eleven 4*.

YO

Más bien, no sé por qué no juego bien con Holanda. Sé que es lo mejor, pero no me acostumbro.

MARIO

¡Uy! Si esa bola pasaba, ya te quería ver bailando. Es que usar a Bergkamp es difícil, y más todavía para ti, que no rematas al arco; todo los ves centro y cabeza. Juega con Alemania y pon una línea de tres arriba, con el nueve, Bierhoff, al centro. Ya verás qué partidos te juegas. ¿Y eso qué es?

YO

Es que a veces aprieto muchas veces el cuadrado y se queda marcado y pateo horrendo. Oye, ¿qué me dices de la pérdida de Tunc? ¿Sabes algo más?

MARIO

Nada de nada. Qué sucio. Ahora por tramposo vas a ver este gol de tiro libre.

YO

¡Uf! Pasó rozando... ¿Cómo haces?

MARIO

Ya te enseñé mil veces; qué te pasa. Eres un lechero, puta madre; no hay sin suerte. Además, juegas al pelotazo, solo te defiendes.

YO

Nada que ver, lo que pasa es que estás picón.

MARIO

Tan picón que no te voy a decir qué pienso de tus cuentos.

YO

¿Terminaste el libro?

MARIO

Calma, calma... Terminé dos. *El cenicero* y el de tu amigo Esteban. Oye, ese taller Centeno, ¿realmente existe o qué?

YO

Es una historia larga. Nada que ver esa jugada. ¡Está nervioso Rumania, señores...!

MARIO

Juegas al pelotazo, maricón. Entonces no me vas a decir si existe o no el taller. Me da igual.

YO

Sí te explico, pero después; ahora me da flojera.

MARIO

La verdad es que tu libro me deja una sensación medio rara. No sé si me gusta, para serte franco. Pero tampoco me deja de atraer. Hay algo en él medio raro.

YO

¿Cómo raro? ¿Raro como Bobby Perú?

MARIO

No te hagas el chistoso. ¡Ja! Gol, por payaso. Mira esta jugada. Un *master*.

YO

Ahora me vas a pasar mil veces tu huevada. Contigo no me puedo distraer ni un minuto.

MARIO

Qué tal patada de Illie. Tu arquero ahorita estará recogiendo sus dedos por toda el área.

YO

Bueno, al menos dime si te gustaron o no mis cuentos.

MARIO

Lo malo es que el autor ese, el escritor fracasado, eres obviamente tú. Y las cosas que dices, no puedo dejar de pensar en ti. Y me parece medio jactancioso.

YO

¿Jactancioso? No lo creo. En todo caso, tiene sentido; lee hasta el final el libro y vas a ver.

MARIO

¿Te has picado?



YO  
Nada que ver.

MARIO  
Sí, te has picado.

YO  
¡Putá, que no! ¡No jodas!

MARIO  
Te has picado, picón.

YO  
Ya, carajo, que no me he picado. Cada uno lee como quiere; no soy monedita de oro para gustarle... ¡Chucha tu madre, me metiste otro goll!

MARIO  
¡Otro golazo más bien! Ahí está, para que ahora sí te piques.

## LA SEMANA DE SPINOZA

CUANDO REGRESAMOS DEL GIMNASIO MENTAL nos contaron que la nueva semana del encuentro había estado estupenda. El escritor que nos visitaba era un holandés, judío, al que le habían puesto de apodo Spinoza por su nariz afilada, su barba rala y su mirada siempre de soslayo. Mientras caminaba hacia el comedor escuché a una poeta boliviana decir que Spinoza era guapísimo. Al parecer, mientras los escritores iban llegando, Spinoza los esperaba sentado frente a la mesa, con los lentes levantados y un lápiz en la boca, como si fuera un profesor que está a punto de tomarles examen. Aquella actitud bajó de inmediato los humos de los argentinos, que después de la mala experiencia con Poliéster venían dispuestos a de-

nunciar que este encuentro era un fraude. Spinoza leyó un texto en un inglés británico, dicen, en el que se hablaba de la literatura *light* y de los peligros de la globalización. Al igual que su compatriota, Cees Nooteboom, Spinoza decía adorar España porque era una tierra ruda, campesina, y no un país de *boutique* como el resto de Europa. La emoción que causó su ponencia, seria, matizada con ejemplos, inteligente, hizo que más de uno dijera, a la hora del almuerzo, que el encuentro recién se iniciaba ese día.

Yo había leído varios libros de Spinoza y, la verdad, me parecían malísimos. Había en ellos una pretendida universalidad, como si creyese aún en valores absolutos. Tenía, obviamente, muy interiorizada la idea de la novela total. En sus obras, los personajes eran seres del primer mundo que viajaban, tarde o temprano, a la India o a Marruecos o a la China para encontrar testimonios de lo real maravilloso. En una de sus obras, por ejemplo, un suizo termina convertido en un mago chino que lee los signos dejados por el arroz que sus paisanos arrojan a las palomas. En otra de sus novelas, un *yuppie* se enamora de una argelina y, a través del sexo, descubre que puede desdoblarse y hacer viajes astrales. Así, consigue saber que lo que realmente quería no era ser el gerente asociado más joven en la historia de su compañía sino un viajero impenitente en medio de la selva bengalí.

Era evidente que en todas sus novelas había una crítica muy dura contra la sociedad moderna europea, contra la tecnología y el futuro de una Europa unificada a través de las computadoras. La búsqueda de lo esencial era lo único capaz de salvar al mundo de la conspiración moderna. Spinoza actuaba como un santón, como un gurú de la nueva civilización, que anunciaba la rebeldía contra Internet —a la que acusaba de anárquica—, contra el espíritu de engranaje, y que proponía una fuerte resistencia contra el hombre masa y la deshumanización. Spinoza era, pues, un moralista. Y aunque yo no compartía sus temores éticos con respecto a Internet y a la tecnología, no podía dejar de compartir sus argumentos estéti-

cos contra el siglo XXI, un siglo deprimente para un anticuario como lo era Spinoza, como lo soy yo.

## MELANCOLÍA DEL SIGLO

ÁLVARO CUNQUEIRO EXPLICA, IMPECABLEMENTE, en qué consiste el verdadero embrujo de las sirenas. Ellas están atentas al paso del marino que regresa al hogar, cargado de nostalgias y saudade, y le susurran al oído canciones que alimentan aún más el apetito del retorno, exaltando su melancolía, el deseo de sentarse al amor del fuego en su propia casa y, al parecer, una vez conmovidas sus presas, les ofrecen atajos, pasadizos, corredores y callejuelas para que los viajeros lleguen cuanto antes a su hogar.

Son estos viajeros, los más interesados en regresar a casa, quienes más fácilmente caen ante el embrujo de las sirenas. Mejor que la cera en los oídos, para evitarlas se debe contar con ganas de experimentar y de tener aventuras. Aquellos que no cuentan con ese espíritu están condenados a escuchar a las sirenas, a dejarse llevar por los vericuetos a los que ellas los conducen y, estafados, a terminar perdidos, conducidos a una tierra ajena, atrapados en las garras de fantasía de las sirenas, el cabello largo, el olor a mar, la cola de pez, las alas de papel que ya no conducen a ninguna parte y, lo más terrible según Kafka, a su silencio.

No han pasado aún dos meses desde que empezó el 2000 y ya me dejó seducir por el canto de ciertas sirenas cronológicas. Me pesa haber abandonado el siglo XX. Y ninguna ecuación me vencerá de que no lo he abandonado aún, de que el próximo año recién se irá. Bah, igual se fue el siglo e incluso escribir una fecha con el nuevo año me resulta incómodo y grosero (fecha antiestética: un pato seguido por tres huevos, diría Martín Adán) y me hace saber que ya no pertenezco al milenio de Dante, de Shakespeare, de Cervantes, de Joyce, de Proust, de Bufalino, de Borges, sino al de No Sé Quién y de Jamás Lo Sabré.

Me resulta insoportable, un exceso, la idea de cambiar de año, de decenio, de siglo y de milenio en una sola noche; demasiado para mí, enfermo de melancolía, para quien la belleza está y siempre estará asociada a las ruinas, a los anticuarios, a los arcaísmos, a las decadencias, a las preocupaciones pasadas de moda.

Asustado, claustrofóbico, he cambiado mi habitual nostalgia de viajero por una testaruda tristeza que añora regresar a su hogar, a su fuego encendido, al ardor, a su Ítaca interior, su siglo XX. Débil, susceptible, malhumorado, encerrado con el resto de la humanidad en el barco del futuro, estoy a merced de las sirenas. Y, la verdad, no me parece demasiado malo; casi prefiero esa muerte a la de avanzar a la deriva por un siglo que no me pertenece, que no me gusta ni entusiasmo. Lo que sí temo, sin embargo, es que en medio de la algarabía de los demás, que festejaron y festejan aún el abanico de posibilidades y el progreso (otra palabra antiestética) que se abre en el 2000, no las oiga cantarme. ¿Cómo podré escuchar a las sirenas? O, peor aun, ¿cómo saber, si las escucho, que cantan para mí?

## EL ZORRO Y EL ERIZO

CADA VEZ QUE ALGUIEN MENCIONA el tema de la «novela total» o cualquier gran ambición detrás de la cual se ocultan grandes autores, recuerdo una frase que compara la sabiduría de un zorro con la de un erizo, versificada por Arquíloco, que conocí de niño, olvidé luego y ahora he vuelto a encontrar contada por Jorge Semprún en *La montaña blanca*. Dice Arquíloco: «El zorro sabe muchas cosas pequeñas, el erizo solo sabe una, pero es una cosa grande».

Existe, en el mundo del arte, un juicio valorativo que considera que la ambición, el proyecto complejo, tiene más valor que el virtuosismo. Componer una ópera, por ejemplo, supone más audacia e inteligencia que crear una balada para piano. Pero, además, la complejidad —y, por tanto, el talento— crece cuando una obra

empieza a tener variaciones y a introducir nuevos instrumentos que la convierten en un tejido en el que hay que hilar fino para entrelazar todos los cabos. No solo la música dodecafónica o los trípticos en pintura sino también la literatura. En la antigüedad se consideraba *obra menor* a aquella que hablaba de lo íntimo, del amor, mientras que *mayor* era la que hablaba de la guerra (desde luego, la diferencia entre *menor* y *mayor* no tenía entonces, necesariamente, el peso valorativo que tiene en la actualidad). Un autor *mayor*, para ser considerado tal, debía demostrar su capacidad para cabalgar entre todos los géneros (lírico, épico, dramático) y, aun mejor, si podía integrarlos en una especie de diálogo ininterrumpido que enriqueciera el significado en cada giro.

En América Latina, antes del llamado *boom* de los sesenta, aparecieron una serie de autores que, sin aspavientos, sin cobertura en los diarios, sin grandes ventas y casi sin lectores, hicieron madurar la literatura latinoamericana. Hasta tal punto que, desde la perspectiva literaria y no comercial, el auténtico *boom* ocurrió años antes de Vargas Llosa, García Márquez, Fuentes. Me refiero a autores como Onetti, Borges, Rulfo, Arreola, Carpentier, Lezama Lima, Mujica Láinez, Sábato, Ribeyro. En todos ellos la ambición, así como la procesión, iba por dentro. Nunca sintieron la necesidad de programar proyectos ni de lanzar teorías ni *boutades*. Su gran vanidad, su soberbia, su orgullo, su ambición, no se desenvolvía en el primer plano de un diario o de una entrevista televisiva, sino en el de su actitud frente a la página en blanco. Ahí sí que construyeron mundos complejos y ambiciosísimos.

Luego vino el éxito comercial de los autores del *boom* (a quienes, por cierto, no se les puede mezquinar auténtico valor literario) y con él las cámaras y la luz sobre sus cabezas. Entonces llegó el tiempo de los compromisos y de las ambiciones dichas en voz alta y asumidas como proyectos comunales antes que personales. La novela total se instaura como reina y señora, como modelo, como regla que mide la calidad de un autor. El que saltaba más



alto ganaba la fama per se y, más allá de su calidad literaria, la sola ambición justificaba la hazaña. Además de la novela total, otro de los valores que mostraban la superioridad de un autor sobre el resto era el intento de comprender y describir la complejidad de la realidad latinoamericana. Poner los pies sobre la cultura occidental y también sobre el mundo indígena. Rescatar con una mano lo cartesiano que puede haber en el discurso de América Latina y con la otra, la oralidad, el coloquio popular, la periferia de Occidente. En pocas palabras, se buscaba representar el mestizaje y sus vueltas y ambigüedades.

Ahora, en estos años en que la caída de las ideologías cuestiona todo, parece ser que los proyectos totalizantes se han dejado de lado y la ambición literaria es considerada, si no un pecado, por lo menos un asunto de *nerds*. Todo parece indicar que la verdadera literatura está en manos de quienes son capaces de contar aventuras o de escribir obras *light* que no indigesten a sus lectores. Y así se arman dos frentes: aquellos que creen que la ambición de totalidad, aunque fuera de moda, sigue siendo el camino para alcanzar alguna verdad literaria y quienes piensan que las verdades literarias, como todas las demás, se disuelven en el aire y por tanto, *carpe diem*, vive el día sin problemas y sin tribulaciones.

Unos y otros olvidan que la verdad literaria radica en una especie de *aleph* artístico, una sabiduría concentrada en el hecho artístico desde el momento en que un hombre del Paleolítico Superior dibujó unos bisontes en Altamira. La verdadera autenticidad del literato, su verdadero triunfo y su coherencia, no radica en el camino que escoja sino en adónde pretende llegar por ese camino. No importa si se es Thomas Mann escribiendo *La montaña mágica* o si se es Kafka escribiendo *La metamorfosis*. En la balanza literaria las obras no se pesan por cantidad sino por intensidad. A través del discurso intimista, Proust desnuda toda su época; a través de una obsesión sin variantes, casi de virtuoso, Kafka consigue hacer la obra narrativa más importante del siglo XX. La misma verdad artís-

tica se encuentra tanto en Bach como en Chopin, aunque ambos hayan tomado sendas distintas. Y es que hay autores que son como los zorros —llenos de complejidades, que tratan de aferrar varios hilos en el atado— y otros que tienen esa sabiduría profunda y virtuosa del erizo, que solo sabe una cosa, pero grande.

## ENCUENTRO PARALELO

POR LA TARDE, ALGUNOS MUCHACHOS DEL ENCUENTRO habían decidido hacer una lectura paralela. Parece ser que en las lecturas de las tardes, en las que no me atreví a participar después de la carta intimidatoria de Et, las cosas no funcionaban y cada vez asistían menos personas. A los venezolanos se les ocurrió, por tanto, organizar lecturas paralelas sin la intervención de los organizadores. El paraguayo sugirió que se hicieran en el cementerio de Morillo, que algunos habían descubierto a unos kilómetros de ahí mientras paseaban en bicicleta. Pero luego se optó por hacerlas en los salones, intercalándolos para despistar a la organización. Supe que harían una lectura en la cuadra de *Rayuela* y fui a curiosear. Mario estaba sumido en la mariontopía y no quería acompañarme. Al parecer, no se había podido comunicar con su familia y empezaba a sentirse atrapado en la cárcel que él mismo había denunciado. Por lo general, todos empezábamos a sentirnos dentro de una cárcel. Como Mario había anunciado, el clima se había enrarecido y todos nos mirábamos con menos tolerancia. El rinoceronte ya no solo escarbaba la arena por las madrugadas sino que ese rumor se oía también durante el día. Cada dos horas se sentía salir de la fosa un breve estruendo, un quejido animal, parecido al de un felino. Luego, podía verse correr desde cualquier sitio del CEJ a la Valenciana, quien ya había renunciado a acompañarnos a cualquier actividad lejos del local. Mi relación con ella no estaba funcionando. No había podido perdonarme que nuestra primera noche me quedase tan dormido que no fuese a verla en la madrugada. Al día siguien-

te, me estuvo buscando durante la ponencia de Spinoza, pero como yo estaba en el Gimnasio mental junto a Mario, le fue imposible encontrarme. Ahora, la invité a escuchar la lectura paralela, incluso la animé a leer alguno de sus poemas, pero me rechazó sin explicaciones.

Mientras esperábamos que llegara más gente para que empezara la lectura, algunos muchachos empezaron a imitar a Poliéster y a Spinoza, así como a los organizadores. Por algún motivo, al paraguayó se le ocurrió imitar a Spinoza dándole un toque afeminado. Como yo no conocía a Spinoza en persona, no sabía decir si ese matiz era una caricatura o una invención, pero me divertía mucho. Pero de pronto, el paraguayó se puso verde y tomó asiento, desplomándose sobre un sofá. Junto con uno de los organizadores había entrado Spinoza, quien se veía muy molesto. Sin embargo, el holandés se lo tomó a la broma. Tomó asiento y dijo que le habían contado que en ese lugar se leía la mejor literatura del encuentro. Todos nos reímos un poco intimidados, bastante estúpidos más bien y empezamos a preguntarle cosas sobre sus libros, sobre sus diferencias con Cees Nooteboom —a quien odiaba, según los chismes—, sobre si era cierto que estaba propuesto ese año para el Premio Nobel por una organización feminista. A todo contestó Spinoza con una sonrisa afable, una máscara elástica que parecía bastante convincente.

Al poco rato, empezó la lectura. Se privilegiaba a la poesía. Algunos argentinos, aburridos de que en la otra lectura no los oyera nadie, se habían inscrito en las paralelas. Uno de ellos leyó un cuento espantoso, que fue aplaudido a rabiar por un par de centroamericanos. Una chilena leyó un poema erótico y la boliviana —que a todas luces se había convertido en una *groupie* de Spinoza— improvisó un cuento para niños. Frances se había sentado a mi lado y me sonreía cada vez que alguien terminaba de leer. Era una sonrisa cómplice, incluso tierna, en la que veía una chispa de inteligencia pero también de tristeza. La Niña Símbolo había perdido

el brillo de los primeros días, se veía más cansada que el resto, como si realmente fuera el símbolo del encuentro y en ella quedarán marcados nuestros errores, nuestras mezquindades y envidias, nuestros lamentables prejuicios.

Frances estaba triste, pero a mi lado se sentía acompañada. Después de una hora de estar juntos, pude sentir su pequeña mano de ave introducirse en el bolsillo de mi saco. Volteé sorprendido y ella sacó su mano de golpe, intimidada por mi reacción. Tomé su mano y la puse otra vez en el bolsillo. Además, me animé a arrimar mi hombro al suyo y pasé el resto de la velada oliendo su olor a colonia para niños, observando apoyado en su hombro —disfrutando cómo el olor de la colonia se quedaba impregnado en la clavícula derecha que la blusa dejaba descubierta— la escena de los escritores jóvenes tratando de apabullar al resto.

## LA PUERTA

CON TAN BUEN ÁNIMO Y EXCELENTE COMPAÑÍA, me animé a leer un pequeño texto. Decidí que el comienzo de *Encuentro con Tomás* estaría bien. Si les gustaba, lo leería hasta el final. Empecé a leerlo y sentí que la gente se interesaba. Seguí leyéndolo y no se oía respirar, todos estaban pendientes. Decidí llegar hasta el final. Mi lectura, por cierto, se aceleró porque estaba nervioso. Pero estaba convencido de que les gustaba. ¡Dios mío, les fascinaba lo que escuchaban! Cuando terminé de leer, levanté la cara y observé unos cuantos rostros indiferentes, que aplaudían sin ánimo o roncaban con sonido acolchado. Solo Frances parecía orgullosa. En la puerta, con una sonrisa de desdén, se dibujaba la figura de Nunquam.

## NUNQUAM

DESPUÉS DE LA LECTURA PARALELA, algunos escritores invitaron a Spinoza a tomar una cervezas en el Kiko. Él aceptó de inmediato



y el grupo se fue pese a que aún no eran las siete de la noche. Frances iba con ellos y me pidió que la acompañase. Pero la verdad era que estaba preocupado por la mariontopía, así que me disculpé. «Pero prométeme que mañana me acompañarás a tomar desayuno en el tv Club», me pidió. Le pregunté qué era eso y me explicó que un café a unas cuadras del Kiko al que ella solía ir con la pelirroja. Parece que las trataban bien porque, como venezolanas, hablaban con el acento de las telenovelas. Me contó también que ese sitio se llamaba así porque había sido el primer café que tuvo televisor. La verdad era que la información me sedujo y acepté la propuesta. De ahí, me iría un rato a jugar PlayStation para practicar en la Master Liga. Esa era la única forma de vencer a Mario y a sus rumanos.

Cuando me separé de Frances, se me acercó Nunquam. Estaba sorprendido, pues desde el día de la llegada a Morillo no habíamos conversado. Sin embargo, la conversación con la Niña Símbolo me tenía de buen humor y no lo rehuí pasándome a la otra acera como solía hacer. Nunquam me pidió un cigarrillo y se lo di. Sacó un Zippo de su bolsillo izquierdo y encendió el cigarro. Bajo ese leve resplandor, su rostro tenía un aire dramático, a lo James Dean. Nunquam era un hombre hermoso y lo sabía, se aprovechaba de eso. Había nacido en el Año del Mono; eso le daba una gracia especial, un encanto tan tramposo y seductor que era difícil enojarse con él. Nunquam empezó a interrogarme por Mario. Me preguntó si sabía que lo llamaban *Bobby Perú*. Se rió mucho con el apodo. Se rió como se ríe Nunquam, con la boca cerrada, con un sonido de piedras arrastradas por la corriente. Dijo que era un buen apodo y luego me preguntó cómo me apodaban a mí.

—¿Por qué? —me defendí—. ¿Vas a burlarte de nosotros en tu revista?

—Qué susceptible. Tranquilo, muchacho, que no es nada personal; solo quería hacer conversación.



—Está bien, conversemos entonces.

—¿Sabes si Mario está escribiendo algo?

—¿Por qué no se lo preguntas a él?

—Contigo es imposible conversar, ya veo.

—Entonces mejor conversa con Aut, ya que Tunc se perdió.

—Solo te preguntaba porque me gusta cómo escribe Mario; tiene sentido del humor, es muy personal.

—¿Nunca se te ha ocurrido pensar que es desagradable hablarle a otro escritor de un contemporáneo? ¿Qué quieres que piense si me dices que te gusta lo que escribe Mario? O, mejor dicho, ¿cómo quieres que no piense que al decir eso me estás diciendo: «Tú, en cambio, eres pésimo, escribes sin sentido del humor y no eres nada personal, tan solo un imitador del diablo?».

—¡Joder! Esa sí que está buena —celebró Nunquam—. Me has hecho reír, muchacho. Tienes razón, nunca hay que subestimar la vanidad ajena. Una buena lección.

—Ahora es mejor que me vaya; ya dije lo que tenía que decir.

—La verdad, te sienta muy mal ese tono agresivo. Toma las cosas con calma, hombre.

—Gracias por el consejo. Y disculpa que me vaya, la verdad es que no me siento muy bien.

—Sí, estás verde. Bueno, nos vemos luego. Ah, a propósito, Tunc no se ha perdido. Está en Madrid; contactó con un agente literario y parece que publicará en Anagrama.

Me cambió por completo la cara cuando me dijo eso. Sin duda, Nunquam sabía el efecto que esa noticia tendría en mí. Estaba disfrutándolo el muy maldito.

—¿Con Carmen Balcells? —balbuceé—. Entonces es cierto que iba a venir. Seguro era esa señora del habano, y Tunc me mandó al cordobés *gay* para sacarme de en medio y luego fue detrás de ella con su manuscrito. No puede ser, caí en la trampa, cómo fui tan idiota.

—Oye, tranquilo hombre. Mira, no sé qué hablas de Carmen Balcells, pero ella ya fue; ella es para los Vargas Llosa o los García Márquez, vacas sagradas pero todas antiguas. Esa mujer está desfasada. Ahora hay otros agentes. Tunc consiguió uno al que apodan *El Sheik*, creo que por sus padres árabes o quizá por sus mostachos. Un tipo cómico. Estuvo aquí y contactó con Tunc. Ahora se lo ha llevado a Madrid y listo, el hombre está encaminado. Qué envidia, ¿no?

—No sabía que Tunc escribía.

—Escribe como los dioses —dijo el muy cretino, y luego soltó la risa—. Sin alusiones personales, claro.





## *Los alces premeditados*

NO HABÍA CASO, NO PODÍA ESCRIBIR NADA; en medio del escritorio la hoja en blanco me miraba con ironía, una sonrisa sardónica dibujada por la línea que había trazado debajo de la única palabra escrita que oficiaba de título. Sin embargo, yo sabía que apagada la luz del escritorio, la mirada blanca de la hoja se tornaríá rencorosa.

Había regresado al fin de mi viaje a Europa, mi larga aventura europea concluida sin pena ni gloria. La relación con Graziela estaba terminada definitivamente. Quizá por primera vez ella había empezado a odiarme con ese odio apacible, sin culpas, con que se odia a los que ya nada significan en la vida de uno. Un odio cargado de buena educación, de abrazos cuando se nos cruzan por la calle, ausente de rostros volteados, de insultos a media voz. Me invitó, por ejemplo, a su matrimonio. Se volvía a casar —un austriaco, creo, que había conocido en Venecia—. Me invitaba al matrimonio y era obvio que no le molestaba que fuese, que en realidad lo estaba esperando; quería verme. Luego del matrimonio se iría a vivir con su esposo —un abogado sé— a Berlín. Es decir, Graziela se casaba con un turista, otra vez. Hubiera ido de buen grado, hubiera

brindado y bailado con ella por su felicidad futura, si no fuera porque esa semana, por coincidencia, decidí volver, sin excusas y de inmediato, al Perú.

Lima me recibió con los brazos abiertos. Nadie dejó de sonreír al verme calvo y un poco gordo, como si las fotos que había enviado hubieran estado trucadas. Sabían de mí por ellas, pero no querían evitarse la diversión de hacerme notar lo viejo que estaba, lo cansado que me veía, la dieta que me faltaba. Me preguntaban la razón de mi regreso y yo les decía que volvía para escribir de nuevo. Caso curioso el mío, único en la literatura peruana, el de un escritor que regresa del exilio para poder escribir. Algunos amigos, mis hermanos y mis padres también, me miraban con sorpresa. Se habían olvidado de que yo era escritor, que había viajado a Europa para escribir y publicar en grandes editoriales y pertenecer a la cola del *boom*, que —según decían ellos mismos cuando yo era joven y estaba de moda— reaparecía en el mundo editorial español. Ahora, después de varios, muchos años, con un hijo muerto y una esposa que gozaba de una segunda luna de miel lejos de mí, regresaba al país de origen para ser lo que nunca debí dejar de ser. Y a todos les sorprendía, como si creyeran que había viajado a Europa solo para casarme con una italiana, tener un hijo italiano, vivir en la Venecia que mencionaba en mis cuentos antes de conocer la Venecia real, y que todo eso, mujer, hijo y Venecia, se fueran literalmente al charco de agua empozada y maloliente que carcomía las aceras del Lido.

A todos les sorprendía que yo dijese que volvía para escribir, menos a los *centenos*. De Milovana yo traía las novedades; nadie sabía que estaba encerrada en un lugar de reposo, aunque según parecía, todos estaban enterados de los triunfos de Marcello. De Tomás todos sabían más o menos lo mismo, seguía triunfando pero aquello no le importaba a nadie, y él, previsiblemente, pensaba que era la envidia de los demás y se consolaba subrayando aquella frase de que nadie es profeta en su tierra. Esteban aseguraba que



había vuelto con Ana y quizá era cierto, aunque cada vez se le veía con una muchacha diferente y menor en un auto cada vez más compacto y extravagante. El hecho era que viajaba mucho y Ana vivía en Europa. Urdanivia, pacientemente, abandonaba sin prisa su disfraz de profesor para colocarse uno de escritor. Le costaba, por cierto. Connie, desaparecida, inventando mil proyectos según su hermana, muerta en una cárcel por terrorista según Urdanivia, monja de claustro en Cerro de Pasco según Esteban, feminista irreconocible según Urdanivia que solía contradecirse según su variable sentido del humor desde que su hija Verónica se había hecho mayor y tenía enamorado. ¿Los demás? Jaime, muerto. Fernando, loco. El profesor Delgado, nada. ¿Y la señora Mercedes?

Se había enterado Esteban, que no sé cómo se entera siempre de esas cosas. Es como si leyese el diario buscando solo noticias de los *centenos*. Quizá empezase por las páginas de defunción. Luego, buscaría en culturales o en policiales. Al final llegaría a las gacetillas, a los anuncios de presentaciones de libros o cosas por el estilo. También, por cumplir pero sin mayores expectativas, leería las páginas sociales. Así llegó a enterarse de muchas cosas. De la señora Mercedes, por ejemplo, de quien no sabíamos nada y de pronto Esteban nos salió con la noticia de que iba a presentarse en una obra teatral. Insistió en que Urdanivia y yo fuéramos con él; ambos confirmamos que de ninguna manera. Él anunció que iría igual, ya después comentaría. Su lógica era contundente. ¿Qué edad tenía la señora Mercedes cuando estábamos en el taller? ¿Cuántos años habían pasado desde entonces? Sumábamos las cifras y, en conclusión, el espectáculo era imperdible, un prodigio casi circense. Le habían dicho, además, que todos los actores tenían casi la misma edad.

Finalmente, yo no tenía nada que hacer y decidí ir al teatro. No me esperaba mucha gente pero tampoco nadie. Me deprimieron la ventanilla vacía y las espaldas de una pareja cincuentona que se introducía sin prisa, quizá los hijos de una anciana actriz novata.

Ubicado en el teatro, cuarta fila de seis, noté que Esteban no había llegado o no vendría. Previsible. Era como caer en una trampa advertida. Luego, lo llamaría por teléfono y él daría alguna excusa poco convincente, más bien enojado por tener que dar explicaciones o haciéndose el misterioso. Ya había sucedido antes. Podía levantarme y salir del teatro antes de que empezara la función. Pero yo jamás haría algo así. Quizá eso también lo había previsto Esteban. Cuando se apagaron las luces, me hundí sin remedio en la butaca de tapiz rasposo. Con la oscuridad, el teatro olía a creso. No tenía ganas de ver a la señora Mercedes actuar; ni siquiera tenía ganas, simplemente, de verla. Estaba nuevamente atrapado. ¿Qué podía salir peor?

No había telón; ni siquiera ese parpadeo. De frente, una luz cenital cayó sobre el escenario. La señora Mercedes, irreconocible, rejuvenecida a su lamentable manera, hablaba como niña y tenía un enorme moño en la cabeza. Detrás de ella, un anciano encorvado y con pantuflas le recordaba que tenía que hacer las tareas. ¡Era su padre! Ella lloraba ante los gritos. Imaginé halitosis. Él se sacaba la correa y se la tomaba contra la cama. Un látigo, luego otro. El teatro estaba en silencio, el sonido de la correa lo llenaba por completo. El padre no tenía cuándo acabar con los golpes, mientras la señora Mercedes se cubría la cara y miraba al público con gestos dramáticos, de cine mudo. De pronto, alguien desde atrás se puso de pie y gritó «¡Ya está bien! ¡Ya es suficiente!». El anciano se detuvo, enrolló su correa que temblaba como una víbora y se fue hacia su vestuario contando los pasos. La señora Mercedes echó una mirada luminosa hacia la oscuridad de donde había venido la voz. No dijo nada, pero uno podía llenar el renglón que faltaba en el libreto con aquel célebre: «Siempre he confiado en la bondad de los extraños». Era un lugar común pero inevitable: el gesto, la expresión, la vejez alunada.

Esa fue la dinámica de toda la obra. Los ancianos que en vano se esforzaban por hacer creíbles sus disfraces y sus parlamentos.

Pocos minutos les duraba la actuación, pues tarde o temprano, sin lugar a dudas, se desbocaban como el viejo de la correa y empezaban a actuar por su cuenta, desmedidos, desenfrenados, hasta que la voz en la oscuridad volvía a elevarse y a detener el ridículo y el exceso. Entonces todo volvía a la normalidad. Por otra parte, el espectador solía llenar los blancos en los parlamentos con los suyos propios. Se hacía inútil el diálogo en escena porque las situaciones eran completamente previsibles. Uno imaginaba el «Gracias» o el «Ella era mi único sueño» que los actores jamás pronunciarían, aunque sus gestos o sus silencios acompañaban —mejor dicho, incitaban— la frase. Luego de una hora, el curso de la historia se hizo circular y absurdo. Las escenas se repetían, el mismo viejo salía a golpear otra vez a la hija, la señora Mercedes volvía a llorar espantada por la maldad de su padre. Bastaba verla salir para saber qué ocurriría y aunque a veces sucedían ligeras variantes, tarde o temprano uno se podía anticipar a la escena.

Empecé a imaginar que todo era adrede, una estructura armada a través del lugar común, de lo previsible y premeditado. El director debía de ser un genio, servirse de estos ancianos para crear una obra como aquella que ofendía todos los cánones de estética, de arte, de originalidad. Era una obra repulsiva, pero por eso mismo era imposible permanecer indiferente. Incluso los desmanes y las salidas del libreto encajaban en esta estructura. Y también, desde luego, los gritos que imponían el orden y recomponían —con la brusquedad de una sacudida a un caleidoscopio— la imagen, siempre con los mismos elementos, pero siempre absolutamente distinta. Y como un caleidoscopio también, era el espectador quien completaba los blancos y le daba el sentido final que, sin duda, coincidiría en todos porque gracias a los hilos que administraba el director, a pesar de todo, era una obra cerrada, absolutamente cerrada. Una obra oclusiva.

Cuando el espectáculo terminó, no pude levantarme de mi asiento. Estaba agotadísimo, sudaba como jamás había sudado y el re-

cuerto de lo visto me excitaba como nunca lo hacían las obras de teatro, a las que por cierto no solía asistir porque siempre, en algún momento, la impostura del actor termina por romper la ilusión de realidad y la ficción se torna trivial fantasía. Pero esta vez aquello no ocurrió; por primera vez sentía algo cercano a lo que en la universidad llamaban *catarsis* con la pretensión de explicar la tragedia griega. Me puse de pie, miré a mi alrededor buscando alguna respuesta inteligente con quien compartir el hallazgo de un auténtico genio. Nadie contestaba a mis miradas. Las personas que me habían acompañado a ver la obra obviamente eran parientes de los ancianos, algunos tan ancianos como ellos, que mordisqueaban los últimos trozos de sus galletas y bebían de un sorbo los conchos de sus gaseosas que imaginaba asquerosamente tibios. Para ellos nada había ocurrido y los errores y las repeticiones eran propios de una función de *amateurs* que, además, pertenecían a la tercera edad. Los aplausos apagados, las sonrisas apenas esbozadas, los movimientos lentos con que abandonaban las butacas: era obvio que aquel público no había entendido nada. Busqué al menos al director, pero tampoco lo encontré. El sitio del fondo, desde donde venía la voz, estaba vacío.

Debí irme en ese momento, pero no lo hice. Con la excusa de saludar a la señora Mercedes, de darle tamaña sorpresa como hubiera dicho Urdanivia, entré a los camerinos. Nunca vi pobreza semejante. Ahí había más de un centenar de escobas rotas, con la paja regada por el suelo y el mango de madera cubierto de mugre. También dormían alargados, tendidos en el suelo, trapos grises y sucios que parecían colocados ahí por un peculiar escenógrafo para dar la sensación de soledad o más bien de tedio. Me introduje por aquellos pasillos extraviándome a cada paso. A pesar de la pequeñez del teatro, tras bastidores había infinidad de puertitas, como para alimentar más aún la sensación de absurdo. Al principio tocaba en algunas pero nadie me contestaba; por lo tanto, decidí introducirme en los cuartos sin pedir permiso. Me metí a un par de



habitaciones que estaban vacías y apestaban. Cuando me metí en otra, casualmente el cuarto de las escobas, encontré a una pareja que se susurraba a oscuras; estaban abrazados. Iba a cerrar la puerta, aprovechando que no me habían visto, pero reconocí la voz de la señora Mercedes. Estaba de espaldas a mí y rodeaba el cuello de un anciano alto del que solo se podían ver las cerdas de su pelo cortado al ras, tocadas por una luz llena de polvo. El anciano intentaba besar en los labios a la señora Mercedes y ella no se dejaba, pero reía. De pronto, una mano bajó por la espalda de la señora y pellizó una nalga. La apreté y emití un ruido nasal, algo que sonaba «Ñoc, ñoc». Cerré la puerta de inmediato.

Aunque avergonzado, decidí quedarme quieto en medio del pasillo, a la espera de que alguien me señalase al director y de que la señora Mercedes no saliese de su escondite. Pregunté a un par de empleados por el director, pero no supieron contestarme. Salí hacia el escenario, donde solo quedaba un enorme espejo por ser desafortunado, y tampoco había señas del director. Volví tras bastidores, arrastrando los pies, y me di frente a frente con la señora Mercedes. Me reconoció de inmediato y, aunque dudó unos segundos, luego se lanzó sobre mí y me dio un abrazo fuertísimo. «Tantos años, ¡qué guapo!», dijo de prisa, sin respirar, apiñando palabras como solía hacerlo en el Centeno. Me preguntó qué había sido de mi vida, si me había casado, tenido hijos, si había visto la obra y qué me había parecido. Todo en una misma oración.

—Vi la obra —dije—, me gustó mucho, quisiera conocer al director.

—Wilmer debe de estar por aquí. Es un tipo muy especial. Ya lo vas a conocer. ¿Y has visto a alguno de los muchachos?

—Veo a Esteban y a Urdanivia, a veces.

—¿Supiste lo de Jaime? ¿Y Tomás? ¡Quién lo iba a decir, caray, con ese diente tan feo que tenía de platina! ¿Recuerdas?

—A Tomás lo vi en Europa.



—¡Europa! —elevó la mirada al techo, seguía actuando—. Necesito Europa, tengo que ir a Europa. Quizá con los muchachos de la actuación vayamos. Ahora me dedico a la actuación.

—Lo hace muy bien —mentí.

—Es que Wilmer saca lo mejor de mí, de cada uno de nosotros. Yo sé que a mi edad, bueno, uno nunca sabe... Wilmer me dice que no hable de mi edad. Y tiene razón, ¿sabes? Te mentí —dijo lanzándome una mirada feroz—. No te veo guapo, te veo viejo y gordo, mucho más viejo que yo.

Como la miré sorprendido por aquel arrebató de sinceridad, me agarró de la mano y dijo:

—¡Mentira! Es una broma, no pongas esa cara. ¿O no es una broma? ¿Ves? Eso es lo malo de andar con actrices, uno nunca sabe cuándo mienten y cuándo dicen la verdad.

No tenía palabras, estaba sobrepasado definitivamente por la señora Mercedes. Me sentí palidecer, preví que tartamudearía alguna disculpa para escapar, pero en ese momento la señora extendió su brazo y empujó suavemente al viejo jorobado e inútil aquel que había hecho de su padre.

—Wilmer —dijo—, este amigo te quiere felicitar.

Wilmer se me acercó, miró mis manos y preguntó:

—¿Cómo? ¿No traes champaña? —y de inmediato abrazó a la señora Mercedes y empezaron a reírse de mí.

—¿Usted es el director de la obra? —pregunté sin ocultar mi incredulidad.

—Sí —dijo él—. ¿Crees que un viejo no podría dirigir a estas vaquillonas?

—Ya te he dicho que no me gusta que nos llames así —hizo un puchero la señora Mercedes.

—Ajá, mi vaca más grande se quiere ir del lazo —dijo, al tiempo que daba una palmada en las nalgas de la señora, que por lo visto estaban bastante exitosas ese día.

—No soy tu vaca.

—Ya sé, eres mi palomita.

Se acercó hasta ella y se besaron apasionadamente. Me quedé mirándolos, atónito. Lo único en que podía pensar en ese momento es que aquel Wilmer no era, definitivamente, el tipo del cuarto de escobas. La señora Mercedes se repuso del beso, se acomodó la ropa, y me miró dando explicaciones.

—No pienses mal, chico, mi esposo murió hace varios años y hace un par que me casé con Wilmer. Te hubiera invitado a la boda, pero no sabía tu dirección ni la de Milovana. A propósito, ¿verdad que está loca? En un manicomio, me dijeron.

—Sí, está loca —dije sin prestar atención—. Pero, entonces, Wilmer, ¿no era el tipo del fondo el director?

—¿Ese? De ninguna manera. Ese tipo era un imbécil. No sé quién lo dejó pasar. Más de una vez quise salir del escenario y agarrarlo a golpes.

—Creo que es el hijo de Estercita —aclaró la señora.

—¡Qué Estercita ni qué nada! Igual le doy de palos por metete. Nadie puede meterse a interrumpir una obra de arte. ¡Nadie!

—Wilmer, estás muy excitado; es mejor que me esperes en el auto.

—Sí, palomita, es mejor, es mejor.

Wilmer se fue sin despedirse de mí, a menos que levantar la mano de espaldas y llevársela al pelo para rascarse la nuca sea una despedida.

—También es hora de que me vaya —dije confundido.

—Sí, es mejor que te vayas. Lamento que hayas visto todo esto.

—No, si el espectáculo me gustó; en serio, me gustó muchísimo más de lo que imagina.

—No me refiero a la obra; digo a esto, a todo.

—Ahora no la entiendo —quise jalarle la lengua; quizá podía darme una explicación sobre la obra.

—Lo del chico de las escobas. Me di cuenta de que me estabas viendo. No sé qué me pasa; de un tiempo a esta parte hago locuras. Ellos dicen que gallina vieja... ¡Ah! No quiero hablar de vejeces. Viejos los robles y todavía dan sombra.

—¿Ellos? Hay más de uno.

—Muchos más, todos.

—¿Todos?

—Todos —dijo, algo ruborizada, extremadamente feliz—. Toda la compañía. Bueno, casi todos. No sé qué les ha dado. Ahora entiendo los chismes de Hollywood, debe de ser el teatro lo que los pone así.

—Está bien —dije.

—Dime algo, por favor, dime que estoy mal; llévame por el buen camino. No sé por qué sufro de esta enfermedad, porque es una enfermedad. Quiero a todos... ¿Qué es eso? ¿Tú sabes qué me está pasando? ¿Qué le hago a Wilmer, dime? ¿Por qué soy una traidora?

La señora Mercedes parecía estar sufriendo de verdad. Me miraba buscando una respuesta.

—En el Centeno la traición es una tradición —le dije.

—¿Cómo? —me preguntó, desconcertada.

—Que en el Centeno la traición es una tradición.

—¿Y eso qué significa?

—Nada, simplemente que usted está sufriendo de alces premeditados.

—¿Alces premeditados?

—Eso le pasa por no prestar atención a las clases del profesor Delgado. Los alces premeditados son esos momentos en los que algo parece absurdo. ¿Acaso hay algo más ilógico que un alce premeditado? Pero de pronto todo da vueltas y adquiere sentido. Es el absurdo guiado por la lógica. ¿No entiende?

—No entiendo nada, salvo que ahora has vuelto a ser el mismo mocoso sabiondo y pesado de hace años. Ya pareces otra vez flaco.

—Los alces premeditados, recuerde: Esteban y Ana enamorándose a escondidas; recuerde: esos cuentos que parecían absurdos pero bastaba contar cada tres palabras y resaltarla para encontrar un mensaje de amor. Todos nuestros cuentos, la suma de nuestras traiciones que parecían casuales pero estaban premeditadas, la razón por la que no puedo escribir, la razón por la que nunca podré escribir jamás.

—¿Todavía quieres escribir? —contestó la señora Mercedes.

Salí corriendo, huyendo, del teatro. No podía sino repetir la letanía absurda, aquella llena de sentido, de los alces premeditados. Quizá diciéndola varias veces perdería el efecto y yo volvería a escribir. Pero era inútil, lo sabía, jamás superaría la traba. Ahora, solo me quedaba esperar que algún joven narrador del futuro leyese mis obras, me considerase un autor de culto, me estudiase, me admirase, me hiciera volver a la vida. Por lo pronto, nada. Nada, salvo los alces premeditados. Nada, salvo la cara de Esteban mirándome con ojos enormes.

—No puedo creerlo —le dije—. ¿Viniste a ver la obra? No te vi, y eso que te busqué.

—No, no vine hoy día, vine ayer —me dijo Esteban, emocionado—. Por eso te dije que vinieras. ¿No es extrañísima? ¿Entendiste algo? Creo que podríamos hablar horas de horas. Podría ser una obra de culto. Podríamos hacer una página web sobre ella, sus significados escondidos, su arte de criptografía.

—¿Es nuevo tu auto?

—¿Cómo? Ah, sí, lo que sea. Bueno, pues, dime, ¿es o no la cosa más maravillosa que has visto en tu vida?

—¿El auto? Es precioso.

—No, idiota, la obra, la obra...

—La obra, bueno, la verdad es que casi no la vi.

—Me estás mintiendo, yo sé que sabes, vamos, di qué piensas mientras vamos a comer algo; yo te invito —rodeó su auto y abrió la puerta, luego levantó su cabeza por encima del techo y, como si fuera una cabeza cercenada pero aún con vida, me dijo con énfasis—: Ya pues, para decirlo a la manera del profesor Delgado en el Centeno, ¿cuáles son tus primeras impresiones?

—Ñoc, ñoc.





## LA FOSA

IBA A NECESITAR VARIOS LEXOTÁN esa noche. Tenía pánico de que se me terminaran; sin ellos no iba a poder terminar el encuentro, eso era un hecho. La máquina expendedora de Coca-Cola no quería darme mi lata y tampoco entregaba el vuelto. Justamente en ese momento, el día más grave de mi vida. La maldad de los objetos, la mariontopía. Me volvieron las náuseas. Por qué será que mi organismo reacciona así cuando estoy demasiado triste o demasiado feliz. Caminé con náuseas, sintiendo que no iba a llegar. Pasaba por el jardín de *Rayuela* para cortar camino. Aprovecharía para vomitar ahí, no me creía capaz de aguantar hasta el cuarto. Pero las luces de unos cuartos estaban encendidas y eso me hizo retroceder. Quizá podía vomitar en la fosa del rinoceronte. El olor es tan nauseabundo que nadie se daría cuenta; además, la comida que le colocan tiene la misma consistencia que un vómito. Caminé hasta ahí y de golpe me encontré con una escena miserable. La Valenciana, como una colegiala coqueta, le sonreía a Nunquam mientras se ensortijaba el pelo. Nunquam le acariciaba una de sus deliciosas piernas con una mano y con la otra le acariciaba las mejillas. Había que reconocer que se veían bien los hijos de puta. Entonces, Nunquam agachó la cabeza, le dio un tope con la nariz y luego un mordisco en los labios. Pese a la oscuridad, noté que ella enrojecía. Después, sin más juegos, se dieron un beso largo, mientras abajo aullaba el rinoceronte y más allá, detrás de unos arbustos, yo vaciaba mi estómago acompañando el vómito con unas arcadas tan

grotescas que silenciaban incluso la dolorosa voz que salía del interior de la fosa.

## TAL PARA CUAL

LA BELLEZA DE NUNQUAM, COMO LA DE LA VALENCIANA, era inalcanzable, y ahí radicaba su éxito. Era un amor para admirar, un amor que unificaba dos opuestos: ella, el esplendor de la belleza; él, su represor. Pero ahí también, pobre, radicaba su fracaso. Alcanzar su amor era provocar una colisión de planetas que haría colapsar el Universo. Y eso es algo que no le gusta a nadie. Mi belleza, en cambio, era gris, desvelada, una historia de muchachas brigadieres en colegios fiscales. Un amor para escribir en los diarios, el amor al vecino, al primo ligeramente mayor. No me quejo, porque ellos y su belleza brillaban en un sistema planetario, pero yo tenía una patria. A mí me adulaban creyéndome alcanzable, como alaba a un presidente alguien que pretende ser ministro. A él ninguna lo adulaba, a su belleza se saludaba con el pasmo. Mis historias de amor con las fanáticas implicaban transar y aprender, ceder y exigir. Las suyas, pura distancia. Al final, se desmontaba el teatro del sistema planetario armado sobre una caja de cartón y todos los planetas volvían a ser pelotas de tecnopor y las estrellas de escarcha y el Sol un foco de veinticinco vatios, cubierto por un celofán. Mis amores, en cambio, no se desmontaban jamás. Se extinguían, si acaso, como la luz de una vela en una habitación vacía que acoge, como espectros, las sombras de los muebles reflejados en las paredes por esa luz desvaída y temblorosa, hasta que se apaga con el sople del último que se va.

## AJEDREZ

EN LITERATURA, COMO EN EL AJEDREZ, muchas veces para ganar hay que saber sacrificar a la dama.

## UN MÉTODO RENACENTISTA

HACE UNOS AÑOS, CUANDO LE PEDÍ AL POETA peruano José Watanabe una opinión sobre mi primer libro de cuentos, me respondió con su antipática sabiduría de maestro; es decir, no con argumentos sino a través de una anécdota: me contó que una vez Picasso estaba dibujando febrilmente cabezas de caballo pero que todas terminaban arrojadas por él al tacho de basura. Una alumna suya, ingenua y desesperada, para tratar de ayudar a su maestro y terminar con su sufrimiento cogió una de las cartulinas del basurero, la llevó hasta él y le dijo: «Pero Pablo, mira, esta ya está bonita». Picasso la miró largamente y luego le respondió: «Cuídate de lo bonito».

Hoy, mirando a Nunquam y a la Valenciana besarse, recuerdo a destiempo los consejos de Watanabe y me detengo a observar mi obra, devuelto a mí mismo por esa unión perfecta, por esa expulsión del paraíso. Aplico para eso aquel método renacentista que consiste en colocar un espejo frente a la obra para verla desde otra perspectiva. Y descubro con temor que muchas veces mi búsqueda de la belleza se ha extraviado por los caminos de «lo bonito».

Absurdamente, la palabra *estético* se ha convertido en sinónimo de lo bien escrito, mientras que lo mal escrito parece su antónimo. Se acusa de *esteticistas* a aquellos que pretenden escribir correctamente. Quienes piensan así se olvidan de que la obra de arte es estética o no es arte. Que un cuento despabilado de Raymond Carver es tan estético como las frases musicales de Rubén Darío. Y que los escritores que hacen solo bulla, a lo Bukowski, son solo cacógrafos disfrazados de escritores, parecidos a aquellos automovilistas necios que confunden el ruido de chatarra de sus tubos de escape con un motor poderoso.

Toda obra de arte aspira a la belleza y esta nace del esplendor de la forma. No importa si esta forma es en apariencia fea o bonita. Porque lo bonito y lo feo se mueve en el terreno de la materia.

Una frase puede ser materialmente bonita, como un carro o un mantel. Una metáfora puede ser bonita, como un collar o un botón. Pero eso no tiene sentido en el arte. Lo bonito es una caricia, una pompa de jabón; la belleza corrompe. Lo bonito es un paliativo; la belleza implica dolor. Nadie que se acerque a la belleza será igual a como era antes; la belleza es un abismo transformador. Lo bonito, en cambio, dura lo que un ramo de rosas en los brazos de una muchacha.

Obviamente, una obra de arte bella puede estar hecha de cosas bonitas o feas. Pero no se trata de eso. Se trata más bien de cuidarse de lo bonito, pero también de lo feo. La lección aprendida es que hacer literatura no es escribir una página sin repetir palabras o cuidarse de las cacofonías. Es decir, que el arte no se construye con las cosas (bonitas o feas) que apreciamos sino con aquellas que se han hecho dolorosamente nuestras.

## LECCIÓN

AHORA BIEN, LA PREGUNTA ES: ¿puede aprenderse una lección? ¿Puede aprenderse algo mientras en el interior alguien nos estruja, como un papel, el corazón? Y, en todo caso, ¿es el suicidio esa lección?

## SUICIDIO

IRIS MURDOCH DIJO: «POSIBLEMENTE, más gente se mataría a sí misma y a los otros por ver su vanidad lastimada antes que por envidia, celos o deseo de venganza».

## FIEBRE

CUANDO LLEGUÉ A LA HABITACIÓN me tomé dos Lexotán y me dispuse a dormir. Mario ya estaba dormido. Eran las dos de la mañana en su reloj fosforescente. A un lado de la cama estaba uno de

mis cuentos, el que le daba el título al libro, subrayado con crayolas azules y rojas. Incluso se había quedado dormido aferrando una de las crayolas. Me acerqué hasta él y le sacudí la mano para quitársela. Estaba caliente. Mario ardía en fiebre. Lo levanté, le dije que teníamos que llevarlo a un hospital de inmediato. Mario se levantó con dificultad, aún no podía abrir los ojos, me preguntó, algo molesto, qué sucedía. Al lado, Barbarella estaba tirando como una demente; los chirridos de la cama eran una música del infierno. Y de eso se trataba, del infierno. La enfermedad de Mario se había tragado el cuarto, lo había calentado con brasas y carbón. Todo ardía, la cama ardía, el vaso de agua que le había llevado a Mario ardía, la pastilla que intentaba darle ardía.

—¿Qué pasa? —dijo él, agarrándome los brazos.

—Ardes, todo arde; estás ardiendo en fiebre —le contesté.

—¿Qué fiebre? Yo no siento nada.

—Te vas a morir de fiebre, ardes; tócate, tengo que salvarte.

— Calma, hombre, calma —me tocó la frente—. Pero, maldita sea, carajo, el que está ardiendo en fiebre eres tú.

—¿Yo? —dicen que dije, antes de caer desmayado.

## AMORES OFICIALES

CUANDO DESPERTÉ, MARIO Y FRANCES RODEABAN mi cama. La pelirroja y el pequeño andaluz, quienes ya se habían hecho novios oficiales, estaban tendidos en la cama de Mario y ojeaban mi libro de cuentos.

—¿Desde qué hora están aquí?

—Como no fuiste al tv Club esta mañana, vine a buscarte.

—Cierto, Frances, habíamos quedado; lo siento.

—No te preocupes; Mario nos contó lo de la fiebre. En realidad, no necesitaba contarlo; estás colorado como un camarón.



—No sé qué tengo, todo me da vueltas, debe de ser algo que he comido. Demasiado pescado hace daño. ¿Se han dado cuenta de cuánto pescado comemos en este encuentro? Nunca uno de esos conejos que está ahí tirados por el camino. ¿Y paella? ¿No se supone que deberíamos comer paella?

—Parece que está delirando —dijo Frances, preocupada.

—Él es así —contestó Mario—. Bueno, ya que estás en buena compañía, mejor te dejo para desayunar.

—También nosotros nos vamos —dijo la pelirroja, besando la nuca de su andaluz.

—¿Y ustedes dos? —pregunté—. ¿Algo así como la primera pareja del CEJ?

—¿La primera? —dijo el andaluz—. Se ve que no has estado en ninguna de las conferencias. Ya hay varias, y para matrimonio. ¡Si no digo yo que esta es una agencia matrimonial más que un centro para escritores!

—No hay tantas —interrumpió la pelirroja—. Está la brasileña con Manuel; está un periodista con una chica de Ecuador; ah, y también está ese colochó medio raro, que dice que vive en Francia y se viste con Versace, viene y se levanta a la chica que trabaja de intérprete. Bueno, y está la chica de Canarias con Braulio, el uruguayo medio loco.

—Y también el escritor con la chica esa de Costa Rica —dijo el andaluz—. Qué tal escenita.

—¿Y han visto cómo mira la boliviana a Spinoza? Para mí que anoche se lo levantó —concluyó la pelirroja.

—Es guapa la chica esa —dijo el andaluz—; se llama Eva, creo, con sus ojos verdes intensos y su cara de niña que no fue.

—Oigan, y están además los tipos que se van al pueblo a buscar campesinas —dijo Mario francamente divertido con el tema—. Y los *gays*, de quienes no sabemos mucho porque se ocultan detrás del comedor.

—Eres un jodido, estamos hablando de parejas oficiales, ¿no? Está por ejemplo el Patricio, tan lindo, con la cara de pescado.

—¡No hablen de pescado! —dije—. ¡Qué náuseas!

—Y no olvidemos —agregó Mario— que está Barbarella con toda la selección argentina de fulbito.

—¿Quién es Barbarella? —le preguntó la pelirroja a Mario.

—La loba herida, aquí, al lado.

—Ah, qué buenas... —dijo el andaluz, haciendo un gesto de tetas enormes con las manos.

—¡Qué mirón había resultado Bobby Perú! —dijo la pelirroja.

—Maldición, odio que me llamen así. Además, no te la agarres conmigo; agárratela con este, que bien que tiene calibradas las tetas de Barbarella.

—Oye, pero si es algo evidente.

—Bueno, mejor dejemos al enfermo con Frances.

—Está la Valenciana con Nunquam —dije.

—¿Qué cosa?

—La Valenciana y Nunquam. Los vi ayer.

—Ahora entiendo la fiebre —comentó Mario.

—A ver, a ver; cuenten eso —pidió el andaluz.

—Sí —dijo de pronto Frances, que se había quedado silenciosa y visiblemente incómoda con la conversación sobre amores oficiales—. Todos queremos saber la verdadera causa de la fiebre de este muchacho.

—Mejor vámonos ya —se puso de pie la pelirroja—. Dejemos a Frances sola con el enfermito.

—Sí, me muero de hambre —aceptó el andaluz.

—Bueno —dijo Frances, mirando a Mario—, ¿me van a explicar o no?

—No hay nada que explicar; Mario está loco —me defendí.

—Es la mariontopía —dijo él, usando por primera vez un término que detestaba tanto como el de Bobby Perú.

## LOS GATOS

FRANCES ME OBSERVABA CON LOS OJOS ENROJECIDOS y astutos, mirando de soslayo como si quisiera hablar con un fantasma. Se había puesto el gorro de Tontín con que la vi la primera vez. Tenía un polo corto, blanco, que dejaba al descubierto unos brazos demasiado delgados y un par de pezones ligeramente levantados. No eran los de Barbarella; eran más bien mínimos, pero había tensión en ellos. Se acercó para abrigarme y rozó uno de sus pezones con mi brazo. La sensación que me dejó duró varios minutos. Caliente, sonrosado, dulce, olor a polen, sonido de campanilla. Estornudé para no morderla. Ella caminó por el cuarto buscando corrientes de aire. Una muy grave entró por la ventana. La cortina se inflamó como una vela en el océano, golpeó las orillas de la cama, la proa, la popa, una ola que se estrella contra las rocas. Frances fue a cerrarla. La Niña Símbolo. Tenía la cintura demasiado gruesa; tal vez era una futura gorda. Habría que verle los tobillos; Mario siempre dijo que, en las mujeres, la grasa que vendrá se acumula en los tobillos. Sus pantalones eran verde militar y ocultaban las nalgas. La chompa estaba tendida sobre la cama de Mario; parecía una isla flotante, el pellejo de una fiera, la colorida sombra de un espectro o el mismo espectro dormitando.

—¡Ahí está! ¡De nuevo, no puede ser una visión!

—¿De qué hablas, niña?

—Alguien me persigue; desde ayer siento que alguien me persigue.

—Delirios de cárcel. Dile a Mario que te preste su libro. Te divertirás.

—Yo sé que me persiguen; yo lo sé.

—Esto es un submarino; estamos todos locos, todos nos perseguimos entre nosotros. Es la vanidad.

—¿Acaso no lo escuchas? Son pasos; está tras la ventana.

Miré por la ventana. La niña tenía razón, eran pasos. Un par de gatos que habían saltado sobre la reja. Perseguían un roedor o quizá una paloma herida. Era un espectáculo sangriento. Los gatos, enormes y pesados, como conejos muertos.

—Son los gatos —dije.

—Los gatos —repitió ella, mirando por la ventana el desorden de las hojas; el lecho de los gatos.

—No te gustó la conversación hoy día.

—No, no me gusta el chisme. Y menos la intriga.

—Ni chisme ni intriga. Recuento, mujer.

—No me gusta igual.

—Se notó. Es que eres una niña, no sabes de esas cosas. Deberías dormir con Mario y conmigo. ¿Ves esa postal? La familia *kaitsch*. Nos cuida de Barbarella y de sus amigos, de los jadeos, de los temblores de catre. «No me voy de Morillo sin tirar», esa es la consigna. Ríos de semen corren por esas tuberías, Frances; no deberías ni lavarte la cara. No tomes pastillas por las noches. Tú no sabes de eso.

—¿Y qué sabes tú de mí?

—Tú eres niña, la Niña Símbolo de este encuentro.

—No sabes nada de mí, cómo te atreves a querer saber de mí.

—Les temes a los gatos. Te llamas Frances.

—¿Soy Frances? Podría haberte mentido.

—Eso dicen todos; tus papeles, tus libros.

—Una mentira general no es menos mentira.

—¿Mientes?

Pero se fue sin decir nada, sin contestar preguntas. Solo en el cuarto, al fin me puse de pie. Fui a mirar por la ventana. Los gatos me miraban a mí, Dios sabe desde cuánto tiempo antes. Tenían los ojos amarillos como los de las lechuzas. Qué perversos son los rostros de los gatos. Hasta los de los gatos que queremos, los nues-

tros, resultan extraños y crueles. ¿O será que veo crueldad por todas partes?

## CARTAS DE AMOR Y DE FUEGO

FRANZ KAFKA CONOCIÓ A MILENA JERENSKÁ como traductora checa de sus primeros fragmentos en prosa en 1920. Aunque las primeras veces que se vieron las cosas no pasaron de un gusto más bien epidérmico, en las cartas cada uno se descubre ante el otro, el amor crece en intensidad y se convierte en un fuego nunca antes descrito con tanto detalle.

Milena era descendiente de una de las familias más antiguas de Checoslovaquia. Con cierto porte aristocrático, de gran dama, y a la vez con afinidades intelectuales y literarias, le era difícil soportar la promiscuidad erótica e intelectual de los cafés literarios de Viena en los años de la posguerra, los años veinte, cuando conoció a Kafka. La enfermedad pulmonar de este lo obligaba a alejarse de la bohemia y en ese sentido era especial, distinto y atractivo para Milena. Incluso las primeras cartas se las envía desde el sanatorio de Merano, donde pasaba una temporada de cura. Milena, por aquel entonces, arrastraba un matrimonio que iba disolviéndose poco a poco. La aparición de Kafka debió haber tenido, para ese compromiso, las propiedades de un ácido que lo disolviera de inmediato sin dejar ningún vestigio; pero no fue así, pese al amor. Por su parte, también Kafka tenía un compromiso (estaba próximo a casarse) que ya no lo entusiasmaba y que no era sino un reflejo de su larga agonía y de su poca fortuna sentimental.

Milena había perdido su belleza y su herencia en Praga. Cuando conoció a Kafka, era una mujer hipocondriaca, con cierta manía masoquista, que gustaba de decir que sufría mucho; un alma que se solazaba siendo especialmente generosa y llena de afecto y cariño hacia los demás y yendo en desmedro propio. Además, se había convertido en una mujer muy pobre. El mismo Kafka, a su



vez lamentoso y masoquista, solía recriminar a Milena su obsesión por sufrir. «Tú no has sido elegida para sufrir», le decía una y otra vez cuando Milena le aseguraba que estaba también enferma de los pulmones, como él, y escupía sangre. «Tú no estás capacitada para hacer sufrir a nadie», insistía cuando ella tenía algún sentimiento culposo frente a su marido, para concluir: «Lo único que sucede es que vives todo con demasiada profundidad».

La pasión epistolar de Kafka hacia Milena empieza con un sueño. Antes de este, el discurso, aunque intenso y emotivo, lleno de «coqueterías» de parte de ambos —ella le decía que corría para leer sus cartas a pesar de su enfermedad, él alababa su nombre y se preocupaba mucho por su salud— no lograba superar el tuteo ni el «Querida señorita Milena». El sueño cambió todo, fue como un catalizador que desnudó los sentimientos de ambos. En él, Kafka volvía a Viena y se encontraba con Milena, quien lo trataba mal, de manera distante, como un espectro. Incluso le reprochaba el no ser tan guapo como ella había imaginado. Por su parte, él la veía más delgada y oscura, casi masculina, de una naturaleza que Kafka definía como cruel. Ella lo acompañaba, al fin, a la estación de ferrocarriles. Al día siguiente era domingo y Kafka le proponía volverse a encontrar. Milena, insólitamente repugnada y ofendida por la propuesta, replicaba que le era imposible sacrificar su día de descanso por él. Finalmente, aceptó regalarle no más de cuarenta minutos de su compañía en ese domingo. Pero ni siquiera le decía qué cuarenta minutos, en medio de qué horas, y cuando él le rogaba que lo especificase, ella dudaba y reflexionaba sin poder determinarlo con precisión. «¿Tendré entonces que esperarte todo el día?», preguntó él en el sueño. «Sí», contestó ella. En sueños, Kafka entendió que la respuesta de la Milena soñada significaba que no asistiría a la cita, pero al menos le concedía la gracia de esperarla. Entonces él, ofendido, gritaba «¡No te esperaré!» en medio de la estación, aunque ella ya se había perdido entre la gente con total indiferencia.

A partir de ese sueño, la relación se desató y Kafka empezó a mandarle cartas que Milena debía de leer con traje de amianto para no ser consumida por el fuego. Y Milena le contestaba epístolas llenas de ternura; según Kafka, antes que leerlas, uno debía desplegarlas, hundir su cabeza en ellas y perder la razón. Ciertamente, Milena se mostraba dudosa de empezar en serio con Franz y de dejar a su marido. Era en realidad una mujer frágil e indecisa. Franz nada podía hacer contra eso, salvo decirle hasta el cansancio que la amaba. Pero ese amor no evitaba que él sufriese por la indeterminación de Milena, quien, a veces, gustaba de contarle cosas para atormentarlo con los celos tanto como con sus enfermedades imaginarias.

Una carta breve es un buen ejemplo de la carga emotiva de esta correspondencia: «En el fondo siempre escribimos lo mismo. Te pregunto si estás enferma, luego tú me lo preguntas, digo que quiero morirme y luego tú me lo dices, quiero llorar como un niño ante ti, y entonces tú quieres llorar como una niña. Y una y diez y mil veces y siempre quiero estar a tu lado, y tú dices lo mismo. Suficiente, suficiente...»

Cada vez se van separando más por no poderse encontrar. Era, como lo dice Franz en una carta, como jugar a las escondidas con fantasmas. Poco a poco las cartas se llenan de reproches y malentendidos. Las últimas cartas, según le confiesa, son un tormento. La correspondencia va aletargándose, volviéndose cada vez más dura, más triste, más cargada de rencor. Un último sueño de Kafka marca el final, como antes otro había marcado el principio. En aquel sueño, ella y él se penetran uno al otro incesantemente y al mismo tiempo arden y apagan el fuego. Aquella imagen no puede ser más explícita. Pero Franz intenta serlo aún más. En una de sus últimas cartas le escribe: «Pareces no comprender, Milena, que estamos uno al lado del otro contemplando ese ser en el suelo que soy yo mismo; pero entonces yo, como espectador, en realidad no existo».

Es evidente que el Franz Kafka que escribió alguna vez, al principio de la relación, «No entiendo cómo puede existir una ciudad entera, todo un mundo, cuando tú solo necesitas un cuartito para vivir» ya no existe, se ha desilusionado, se aparta con la velocidad de un planeta fuera de órbita de la vida de Milena. No es inverosímil pensar que en ese momento, ante la inminencia de la separación, Milena decidió entregarse por entero al narrador, aunque fue demasiado tarde. Kafka, para explicarse a sí mismo y explicarle a Milena por qué nunca vivirán juntos, por qué lo suyo estaba condenado al fracaso, escribe en su diario una de las frases más lúcidas que se han escrito sobre un amor que termina: «No puedes amarme, por más que lo quieras; desdichadamente, amas el amor que sientes hacia mí, pero el amor que sientes hacia mí no te ama».

Kafka nunca llegó a conocer los horrores de la Segunda Guerra Mundial; Milena sí. En la primavera de 1939, Milena —con clarividencia— entregó a William Hass las cartas que le había enviado Franz Kafka. A las pocas semanas, los nazis invadieron Checoslovaquia y Milena fue internada en el campo de concentración de Ravensbrück. Moriría años después, en 1944, muy enferma, pese a que, con una fuerza de voluntad impresionante, debía resistir los dolores para no ser llevada en «el convoy de los enfermos» (lo que en terminología nazi significaba la cámara de gas, una muerte inmediata).

Aun así, pese a su deseo de vivir, Milena no pudo sobrevivir al repaso que los nazis, viéndose derrotados al fin de la guerra, hicieron sobre los cautivos de sus campos de concentración. Un final indigno para una mujer que supo encender una pasión tan intensa en uno de los hombres más notables del siglo y a quien debemos una de las correspondencias de amor más hermosas de la humanidad. La memoria de esta mujer frágil, de pequeña contextura, pero valiente ante la adversidad, quedará para siempre ligada a la del escritor que alguna vez, con tristeza y poesía, le dijo: «Escribir

cartas significa desnudarse ante los fantasmas, que lo esperan ávidamente. Los besos por escrito no llegan a su destino, se los beben por el camino los fantasmas».

### *STRIPTEASE PARA FANTASMAS*

¿POR QUÉ NO PUEDO AMAR A FRANCÉS? ¿Por qué no amar a una niña, sus labios rosados, sus manos con las uñas sucias? ¿Por qué no adorar su gorro enorme, sus orejas, sus ojos de Caperucita? ¿Por qué en el amor exijo todo? ¿Por qué amar solo a mujeres enormes? ¿Por qué entregarme solo a la belleza, las piernas largas, el pelo en la cara, los labios gruesos? ¿Por qué sufrir por aquella que vive de noche al pie del rinoceronte?

### COMODIDAD

HE DECIDIDO APROVECHAR ESTE OBLIGADO TIEMPO en la cama para escribir y leer. Dicen que Balzac escribía vestido en traje para dormir, una larga bata cuyos bordes arrastraba por el suelo. Y Proust, en la enfermedad, también escribía probablemente en pijama, cobijado y con la chimenea encendida. Solo puedo imaginarme a escritores vestidos con pijama. Quizá las fotografías de sus carátulas deberían mostrarlos así, antes que enfundados en esos durísimos trajes y esas incómodas corbatas que nada dicen de la comodidad que necesita un narrador.

Para poder escribir siempre he necesitado estar cómodo. Y tener algo de dinero en el bolsillo, plata para una buena computadora, para poder comprarme el libro que me guste en mis paseos por las librerías, para poder tomarme el día libre cuando me plazca. A pesar de que algunos críticos como Aut piensan que solo la incomodidad es un camino literario y se apresuran en descalificar por «burgués» a todo aquel que ose ser escritor comiendo tres veces al



día, la verdad es que todos los escritores, incluso aquellos que tra- man sus obras en estado absoluto de indigencia, necesitan ocio y comodidad. Sí, ya vec a Joseph Roth, perseguido por las bombas, buscando un lugar donde estirar sus piernas para poder escribir en paz. No es otra cosa que eso, el ponerse cómodo, el motivo que hace a algunos escritores optar por un retiro. William Faulkner, por ejemplo, se había construido un granero elevado al que subía con su botella de *bourbon*. Dicen que no bajaba hasta que la botella estaba terminada y, con ella, su día de creación. Esa botella era la medida. Algunos encienden velas, otros colocan un reloj, otros escuchan determinada cantidad de veces un disco. Apartarse del mundo es estar cómodo. Katherine Anne Porter lo ha dicho de manera estupenda: «Creo que sólo he dedicado el diez por ciento de mis energías a escribir. El otro noventa por ciento lo dediqué a mantenerme a flote. Y creo que eso es un error. Hasta Santa Teresa dijo: *Puedo rezar mejor cuando estoy cómoda*».

Hay que saber mantenerse a flote. De eso sabía Lampedusa, quien escribía sentado en una mesa de café, sorbiendo un helado siciliano de chocolate o quizá dos. Malcolm Lowry y Dylan Thomas preferían el whisky al helado de chocolate, pero el efecto es el mismo. A aquellos escritores que aseguran tener un horario estricto me los imagino sentados en su silla, dormitando un buen rato, dando vueltas como perros en su cuneta hasta ponerse cómodos. Recién entonces pueden ponerse a escribir, quizá media hora es suficiente. Pero para esa media hora luminosa, siete horas de acomodo.

Dice Henry Miller: «De algún modo he llegado a pensar que en lo que menos piensa un escritor o un artista es en sentirse cómodo mientras trabaja. Tal vez la incomodidad ayuda o estimula un poco. Las personas que pueden darse el lujo de trabajar en mejores condiciones a menudo eligen trabajar en condiciones deplorables». Curioso pensamiento para alguien que se compró una casa en Big Sur, en pleno retiro campestre, antes de que esa zona fuese lo que



es actualmente. Alguien que jamás trabajó, que vivió de los préstamos de sus amigos, incluida Anaïs Nin, quien le prestó más de una vez su máquina de escribir. En todo caso, antes que la obra de Miller —algo despeinada para mi gusto, quizá le hubiera convenido estar un poco más cómodo y dedicarse a pulir mejor su prosa— prefiero la de su colega y amigo Lawrence Durrell, quien incluso en la pobreza solía pasar largas jornadas comiendo uvas y dándose baños en el Mediterráneo.

Es curioso el asunto del dinero y la comodidad. Thomas Bernhard opinaba que el gobierno debería darle un millón de dólares al año a un escritor joven. Con eso, tendría su vida encaminada en lo monetario y no se dedicaría más que a escribir. En algunos casos, probablemente los más, eso sería un desastre, acabaría con la carrera de la joven promesa. Pero en otros escritores, con la vida resuelta, la obra tomaría un impulso inusitado. Es una buena idea, creo. Un millón de dólares anuales para un escritor joven que muestre futuro. En cada década, acabaría con nueve escritores pero seguramente, por una cuestión de probabilidades, uno terminaría siendo un verdadero talento. Y un talento así, por década, es más que suficiente para una literatura nacional. Lo del dinero es un problema para la comodidad. Para un escritor es mejor no tenerlo en absoluto —y no ambicionarlo, desde luego— o tenerlo en abundancia. Juan Goytisolo decía que él no escribía para ganar dinero sino que ganaba dinero para poder escribir. Excelente fórmula. No importa si ese dinero se gana con lo que uno escribe, con una renta familiar o trabajando de lo que sea. Esta última posibilidad, además, trae un beneficio adicional. No sé por qué tantos escritores jóvenes odian trabajar en otras cosas y solo desean dedicarse a escribir. Eso es ser un insatisfecho del diablo, no una persona que busca estar cómodo. Trabajar en otra cosa es estupendo para un escritor, sobre todo si eso le deja dinero para poder dedicarse a escribir. Así pensaba T. S. Eliot: «Estoy bastante seguro de que si hubiese empezado disponiendo de recursos independientes,

si no hubiese tenido que pensar en ganarme la vida y hubiese podido dedicar mi tiempo a la poesía, eso habría tenido una influencia negativa en mí [...]. Creo que para mí ha sido útil ejercer otras actividades como trabajar en un banco e incluso hacer labor editorial. Y creo también que la dificultad de no disponer de tanto tiempo como quisiera me ha dado una mayor presión de concentración. Quiero decir que me ha impedido escribir demasiado».

## **BERNHARD**

DICE THOMAS BERNHARD: «Siempre, cuando se escribe, se necesita un medio para poder escribir. Tanto si es la soledad, un árbol o un montón de basura o una persona, se tiene fijación en algo. En definitiva, casi siempre en uno mismo. Todo lo demás son bobadas. Al fin y al cabo, también un perro busca un árbol o una pared para hacer pis. Querer escribir es algo así como querer hacer aguas. Se busca algo parecido y la mayoría de las veces se mea uno encima, porque es lo que tiene más próximo».

## **ECOS DE FUERA**

VARIOS DÍAS EN LA CAMA, VARIAS VISITAS que vienen, pasan, se sientan en la cama de Mario, me cuentan cosas del encuentro. Frances viene siempre, la Valenciana nunca. Aut también se ha aparecido, Nunquam jamás. Me cuentan que ha habido un concurso sobre quién es el más guapo del encuentro y ha ganado Nunquam. Los argentinos han tomado eso como una broma, los venezolanos están ofendidos y exigen el recuento de los votos. Nunquam ni siquiera ha sonreído. También han escogido a la más guapa del encuentro y no ha ganado la Valenciana. Ganó una mujer de piernas bellísimas, traje sastre y ojos zarcos, que trabaja de intérprete detrás de una cabina. Mario se hunde cada vez más en la marion-

tropía. A veces no sale del cuarto, pero a veces se va temprano en la bicicleta y no vuelve sino hasta la madrugada, ebrio. Parece que se ha hecho habitual en el Kiko. No me cuenta qué hace, con quién habla. Se ha vuelto súbitamente huraño. Barbarella sigue haciendo el amor, mi insomnio la pone al descubierto. El rinoceronte se ha callado. Me dicen que Nunquam se ha ido a vivir al cuarto de la Valenciana. Parece que Aut está deprimido por el éxito de Tunc en Madrid, quien ha firmado contrato con el Sheik. Para colmo de males, ha sido estafado por el Pepe, un escritor cubano que vive en Granada y que le ha vendido una primera edición de *Paradiso* firmada por el autor. Le dijo que necesitaba el dinero para quedarse en España; también le contó que no sabía el valor exacto de los dólares. Le vendió la joya por miserables veinte dólares. Pobre Aut, el libraco maltrecho no vale ni cinco pesos; la firma es obviamente falsa, a la edición le faltan páginas. Aut ha buscado al Pepe pero él se ha fugado después de vender diez libros iguales. Ni siquiera estaba invitado al encuentro, se ríe Mario. «Ya sabía yo que alguien se había colado», dice y sigue riendo. Ya no va al Gimnasio mental.

La pelirroja que se parece a mi ex enamorada me ha contado que Spinoza es un éxito. A Frances no le gusta tanto, pero ella se considera una niña genio y nada la emociona. Es escéptica. El escepticismo es antierótico. En general, la gente está encantada con Spinoza, salvo los argentinos, que se han dividido en dos bandos: aquellos que, hartos del nivel del encuentro, se han ido a jugar fútbol y los que se dedican a atacar gravemente a Spinoza, a quien acusan de ser un ingenuo o un estafador. Spinoza ha hablado de Latinoamérica, dice que él quisiera ir a ayudar a los pueblos rebeldes, que es parte del compromiso del escritor. Eso no les ha gustado nada a los argentinos, le dicen que lo humano no es la «humanidad» a la que se refiere Spinoza. Que los humanos asesinan, que los humanos insultan, que los humanos violan, que los humanos se acanallan. Spinoza ha recibido esos insultos con los lentes levantados, mostrando sus ojos punzantes, finos como agujas, como

también parecen agujas sus dedos en la barbilla. No dijo nada. Me la perdí. El andaluz dice que nadie debió perderse esa escena. Su novia, la pelirroja, opina lo mismo. Frances se burla de los dos, parece deprimida. Mario duerme más que yo. La fiebre se ha instalado en mí; me atenaza, los organizadores quieren llevarme a un hospital. Me he dado dos días más antes de dejar el cuarto, ya sea para volver a caminar por el CEJ o para meterme en una cama de hospital. Se han ido el andaluz, la pelirroja, Frances. Mario da vueltas en la cama, tiembla. También él escucha al rinoceronte.

## FACTORES COADYUVANTES

MARIO HA SALIDO EN LA BICICLETA. A mi lado había un libro que compré en El Corte Inglés, uno de Martín Amis, que estaba muy de moda por ese entonces. Pero no pude leer nada; el libro me aburría un poco. Miré a mis costados, buscando algunas páginas del libro de Mario. Solo encontré su manual para la crianza de cerdos. Él había marcado una página y garabateado una frase al borde de la hoja: *Para ser considerado como una explicación de conductas desbordantes en situaciones límite —Vincular a Morillo.*

### **Factores coadyuvantes de la difusión de enfermedades entre los cerdos**

Existe una serie de circunstancias que favorecen la difusión de las enfermedades en una población animal; unas relacionadas con los propios animales y otras con los medios para su explotación.

En cuanto a las primeras y considerando su importancia, podemos señalar:

Susceptibilidad de los animales. Está comprobado que existe una cierta predisposición por parte de la especie porcina al padecimiento de ciertas enfermedades debido a los siguientes hechos:

- Estrechez de las vías respiratorias altas, que dificulta normalmente la ventilación pulmonar.
- Presentación muy precoz de un cuadro de «fatiga», con apertura ostensible de la boca y aumento notable del número de respiraciones, ante cualquier actividad del músculo cardíaco superior a la normal. El tamaño del corazón en el cerdo no guarda relación con la masa corporal; es pequeño en comparación con ella.
- Reducida tasa de proteínas en la sangre en el momento de nacer, en comparación con otras especies ganaderas y, por tanto, contenido bajo de inmunoglobina y menor resistencia a las infecciones.
- Concentración animal elevada, en la que existen estrechas relaciones entre animales de diferente sexo y edad.
- Cría intensiva y alta densidad de circulación de animales, lo que origina la aparición de una flora microbiana nueva, relativamente específica de cada explotación y que se conoce con el nombre de «microbismo de las cochiqueras». Ello da lugar a que surjan infecciones secundarias e infecciones asociadas que pueden llegar a ser graves.

Es evidente que todo este conjunto de circunstancias alteran el normal funcionamiento de una explotación, lo que obligan al ganadero a actuar sobre cada una de ellas de forma aislada según se las detecta. Ello implica más animales enfermos por contagio, gastos de medicación y mantenimiento, etcétera.

De todo lo anterior se deduce una «regla de oro»: es necesario dar con un sistema capaz de resolver por sí mismo todos estos problemas y que reúna las siguientes ventajas:

1. Sistema único, que impida la diversificación de esfuerzos.
2. Sistema profiláctico, capaz de prevenir las enfermedades, de eliminar las bacterias y de mantener niveles constantes de higiene en las instalaciones.



3. Por sus características fisicoquímicas, el ozono es el elemento natural idóneo para conseguir estos resultados. Y tiene dos ventajas adicionales:

- Eliminación del «estrés» del ganado por el carácter negativo del átomo de oxígeno liberado.
- El ozono enriquece la tasa de oxígeno en el interior de la nave, elimina su escasez, destruye las emanaciones de amoníaco, metano, etcétera, producidas por las deyecciones de los animales, y consigue, por tanto, que el crecimiento de estos sea más parejo. Proporciona, además, un mejor ambiente de trabajo para el personal.

#### DIATRIBA CONTRA EL TALENTO

DURANTE MIS AÑOS COMO PROFESOR y los anteriores como alumno, he sido testigo de innumerables talentosos que de vez en cuando incluso dejaban asomar ciertos fogonazos de genialidad. Llegar a ese nivel de lucidez y de inteligencia parecía el único fin de esos muchachos que se jugaban la vida por pronunciar una frase imborrable, por una idea insuperable que explicase lo que nadie había podido explicar, que morían por el halago de sus contemporáneos, ya fueran sus profesores o sus condiscípulos, confundiendo su omnívora vanidad con lo que consideraban una especie de exótico orgullo.

Y no solo en literatura, donde los *rimbaud* abundan de una manera abusiva, sino en todos los planos. Nadie sabía más de rock que ellos, ninguno entendía mejor el libro incomprensible, todos pasaban los cursos sin necesidad de estudiar porque ¿para qué estudiar si los profesores no eran sino espectros frente a su inteligencia luminosa y no les llegaban ni a los tobillos? La iluminación, por cierto, no advenía para ellos en la biblioteca, en la soledad de sus dormitorios o en las aulas sino en las cafeterías, donde los

*rimbaud* iban creciendo y metamorfoseaban su precocidad adolescente en una especie de fatalidad, de vida desgraciada, de mirada a lo Malcolm Lowry ebrio o a lo Kafka ignorado, un irresistible *je ne sais quoi* que les permitía seguir esperando, aún treintones y abotagados, ser esas sinfonías inconclusas que de vez en cuando son los auténticos genios.

Pero no se crea que en ellos no existe el talento, digo ahora. El talento existe, está ahí, qué duda cabe. Pero está en su forma menos amable, más inmundada, más obtusa, demasiado injusta. Es un talento tan abusivo y dictador que no ha dado espacio a los ingredientes esenciales para que deje de ser solo gorgorito o resolana: el esfuerzo y el rigor. Al verlos así, inútiles, estallados en su átomo mísero, como diría el poeta chileno Gonzalo Rojas, uno casi tiende a compadecerlos. Si Dios hubiese sido más bondadoso, pienso, y en vez de darles solo el genio de Balzac les hubiese dado también una astilla de su disciplina, qué distinto sería. Si se hubiese apiadado de ellos y en vez de regalarles el ingenio verbal o la manía por la estéril perfección y erudición les hubiese dado también una pizca del rigor con que Van Gogh domaba sus relámpagos de locura o la minuciosidad con que Mozart ejecutaba sus travesuras y superaba su precocidad; si se hubiese apiadado de ellos, digo, cuántos de esos talentosos habrían terminado haciendo la obra para la que su capacidad los había preparado. Pero no es así. Ellos seguirán asistiendo a reuniones sociales como Proust pero sin compartir sus laboriosas jornadas de las tardes, seguirán participando en la bohemia de Hemingway sin cumplir el horario que él cumplía, seguirán truncando su vida sentimental a cambio de la literatura como Flaubert pero sin sufrir esas largas noches de laboratorio verbal que él se imponía.

Quizá no sea cosa de Dios sino de ellos mismos, que prefieren ser luciérnagas que necesitan la oscuridad de los demás para brillar y no ese fuego ardiente que amenaza con arrasar el edificio, la calle, la ciudad, el país; en fin, el tiempo de sus coetáneos. Y es que el talento, cuando se encuentra en ese estado primitivo y desamparado, primero castra y luego mata.

## DURRELL

DICE LAWRENCE DURRELL: «NOS HACEMOS de un gran ego corpulento que nos impide trabajar diciéndonos que somos tan listos que tenemos miedo de poner nuestras ideas en el papel, de tan maravillosas que son».

## EL ÉXITO

DICE WILLIAM FAULKNER: «LO ÚNICO que puede alterar al buen escritor es la muerte. Los que son buenos no se preocupan por tener éxito o por hacerse ricos. El éxito es femenino e igual que una mujer: si uno se humilla, le pasa por encima. De modo, pues, que la mejor manera de tratarla es mostrándole el puño. Entonces tal vez la que se humille sea ella».

## LOAYZA

LIMA ES UNA CIUDAD CREPUSCULAR. Sus escritores son crepusculares, como lo anticipó Martín Adán. Las tardes de Lima, desde la colonia, son insuperables, insustituibles. Tardes en que uno podía conversar tumbado en una hamaca, en que las mujeres se quedaban de pie en sus balcones para observar el despliegue de personas ocultas tras celosías, mantos y abanicos. Lima es una ciudad de niños prodigio, los escritores nacen pequeños y solo así se les permite deslumbrar, solo entonces se les aplaude. Después, cuando se hacen mayores, los limeños consideran que apabullar a los demás es de mal gusto. Lima es una ciudad de secretos, una ciudad de murmullos de vieja, una ciudad discreta. En Lima está prohibido hablar en voz alta. Incluso se considera un insulto no hablar en diminutivos: nadie pide un café, se pide *un cafecito*. Nadie quiere un poco de algo, siempre es *un poquito*.

Lima es una ciudad trémula, una ciudad de indecisiones. Los limeños son indecisos, como su clima, como su naturaleza anfibia. Viven inmersos en un clima acuático, en una humedad que no tiene la decencia de convertirse en mar. El cielo de Lima es de una palidez asombrosa, que los limeños llaman *gris* para no aceptar que le falta color, que es un cielo de limbo. Lima es un limbo. Las tardes de Lima, por eso, son el mejor momento del día. Aún no es de noche, pero tampoco de día. El tiempo, la ciudad, se han quedado detenidos en su indecisión y las horas se alargan. Una poeta decía que las tardes de Lima son una buena hora para tomar un café o arrojarse bajo las ruedas de un carro.

Al ser una ciudad crepuscular, Lima es una ciudad de ancianos. La juventud espanta, sobre todo en su jolgorio. Los jóvenes limeños gustan de vestirse como adultos, gustan de sentirse mayores, no ancianos sino crepusculares. Es una ciudad de viejos y sahumeros. La juventud es una enfermedad que debe curarse con los años.

Pocos escritores peruanos han entendido las claves de Lima como Luis Loayza. Quizá porque él mismo, como persona, es el resumen del ser y del clima limeño. Luis Loayza tiene una obra breve, brevísima, que es inversamente proporcional a su talento. Su obra completa, incluidos sus estupendos ensayos, no alcanzan las doscientas páginas. De sus libros, sin duda la colección de cuentos *Otras tardes* es imprescindible. El título llama la atención. Habla de una tarde, la tarde original —la tarde de Lima, se entiende— pero luego habla de *otras tardes*. ¿Cuáles son esas tardes? Los habitantes de Lima, desde luego. Cada uno de ellos, en la manera de afrontar al amor, la vida, es una tarde en sí mismo, un particular clima indeciso, frágil y tembloroso como la garúa. Los personajes de estos cuentos son personas que han amado intensamente —con todo lo engañosa que puede ser esa palabra, *intensamente*, para calificar el carácter de un limeño— pero han dejado pasar su amor. La renuncia constituye el tema central de los relatos, pero no es una renuncia dolorosa sino heroica. Es como si renunciar significase

ser, de alguna manera, digno. Es la heroicidad del que pierde por escepticismo, la elegancia del que fracasa porque no considera discreto ni correcto triunfar. En Lima, el triunfo, así como hablar en voz alta, es, antes que nada, una fatal ausencia de buen gusto.

El más brillante de estos cuentos, escritos por cierto con una prosa elegante y un poco pasada de moda —como toda auténtica elegancia debe ser—, es el que se titula *La segunda juventud*. En él encontramos a dos personajes, parientes lejanos y ex amantes adolescentes, que se reencuentran en una Lima que ha perdido los árboles y los huertos. Ambos son personas adultas, pero el narrador piensa que la mujer, Graciela, jamás fue más hermosa que entonces. Ella acaba de pasar por un divorcio. Alberto, el ex esposo, queda en ridículo porque busca una segunda juventud solventada por el bronceado, el tenis, la novia menor. El protagonista y Graciela llegan a la conclusión de que para ellos no habrá segunda juventud. Pero esa conclusión no es triste; es más bien señal de un alma más fina, un escepticismo que, como una temperatura tibia, aclimata su espíritu y lo hace acogedor. En un momento del relato, en un raptó de lucidez, el narrador califica su amor por Graciela: «Mi amor fue limeño, mortecino y desesperado como la garúa». Al final del relato, saca un libro del estante del fallecido padre de Graciela, su protector cuando él era estudiante de diplomacia (¿qué otro oficio podía tener este personaje?) y, sin leer el título, se lo lleva a casa, un viejo recuerdo de años mejores. Cuando lo abre, descubre que el autor es un viajero francés que estuvo en el Perú a mediados del XIX y que encontraba que los limeños son muy malas personas «dice que por culpa del clima».

## FRAGMENTOS

LO QUE MÁS LLAMA LA ATENCIÓN DE LUIS LOAYZA es su alejamiento del bullicio y del éxito por propia iniciativa. Vive retirado del mundo literario, rara vez concede entrevistas y las pocas cosas que



entrega a la imprenta nos muestran no solo a un artista poco generoso con sus lectores, un auténtico avaro literario (curiosamente, su primer libro de relatos breves se titulaba *El avaro*) sino a una persona que dentro de los oficios literarios sería el equivalente a un orfebre. En efecto, el suyo es un arte de orfebrería. Sus obras no siempre son artefactos cerrados en sí mismos, perfectos y funcionales, sino que muchas veces son piezas arrancadas a la nada por Dios sabe qué motivos. Sin embargo, en todas sus obras uno puede admirar, ahí donde un rayo de luz ilumina, el trabajo fino, el engaste inaudito, el giro del maestro. Eso es lo único que busca ofrecernos, al parecer, Loayza: giros, vueltas, engastes, frases, un párrafo inolvidable, fragmentos.

Su libro de cuentos *Otras tardes*, por ejemplo, concluye con una serie de fragmentos que uno no sabe bien si son páginas arrancadas de un libro de memorias, textos que se integrarán a obras mayores o qué exactamente. Solo sabemos que están ahí y resplandecen, con esa belleza exquisita y dolorosa de lo inacabado.

## SINFONÍAS INCONCLUSAS

YO AMO LOS FRAGMENTOS. AQUELLAS VIDAS y obras como sinfonías inconclusas en las que podemos intuir una grandeza alcanzada por no ceder a lo inmediato y preferir limar las asperezas de sus pequeñas perfecciones, acariciar los contornos de sus fragmentos, observar sin prisa el diminuto *aleph* que han creado, porque eso las hace crecer interiormente. Hay una hermosa vida que persiste en esas obras inacabadas, mucho más hermosa que cualquier obra concluida y firme que, como las piedras de Roma en el poema de Quevedo, terminarán por huir mientras lo fugitivo permanece. Para algunos necios, como Spinoza o Nunquam, las obras literarias deben ser como organismos, cuerpos vivos e independientes de las demás de su género y de las otras creaciones del mismo autor. Quieren obras totales, absorbentes, impositivas, donde no hay lu-

gar para la desconfianza ni la duda, verdades absolutas que pretenden explicar el funcionamiento del absurdo, buscar la alegoría que resuma el universo, tratar de encontrar valores universales en las historias de pueblo, en la vidas privadas de los personajes. ¡Vaya ambición más torpe! Yo prefiero demorarme en encontrar un color microscópico para añadirlo al tono de los ojos de mi protagonista. Un gesto, eso es lo que importa. La obra de un escritor debe estar compuesta por múltiples fragmentos, por pedazos de ser humano, que solos no sirven para existir pero que juntos hacen una vida espléndida. No hay lugar en el sistema para seres monstruosos, para brazos y piernas que se pretenden seres humanos completos. Hay escritores para los cuales toda la obra es solo un ensayo para la Obra. Al diablo con ellos. Si esa obra existe, es tan solo una cantidad de fragmentos que se unen a veces, bajo ciertas reglas, bajo las leyes que les impone el autor y a las que el lector no necesariamente se somete. Alcanzar un todo que no sea algo concreto sino una suma de las partes. Disfrutar de la felicidad de habitar una célula, un quiebre, un pedazo de tela atrapado en una puerta, una mueca inventada, un gesto sin significado pero bellísimo. He ahí la verdadera maestría del escritor, he ahí su único triunfo sobre la realidad, la muerte, la totalidad. No se trata de crear un mundo para imponerlo sobre el ya existente. Eso es monstruoso. De lo que se trata es de introducir en el mundo un fragmento capaz de subvertir por completo el orden, así como una mínima célula su-  
mada al cuerpo podría subvertir la naturaleza humana.

## BENJAMIN

DICE WALTER BENJAMIN: «PARA LOS GRANDES hombres, las obras concluidas tienen menos peso que aquellos fragmentos en los cuales trabajan a lo largo de toda su vida. Pues la conclusión solo colma de una incomparable alegría al más débil y disperso, que se siente así devuelto nuevamente a su vida. Para el genio, cualquier

cesura, no menos que los duros reveses de fortuna o el dulce sueño, se integran en la asidua laboriosidad de su taller, cuyo círculo mágico él delimita en el fragmento».

## MANIQUÍES

NADIE MEJOR QUE EL NARRADOR POLACO BRUNO SCHULZ, a través de aquel personaje, el padre del narrador de los cuentos que conforman el libro *Las tiendas de color canela*, para explicar el sustento moral que subyace al arte de crear fragmentos. El padre la llama a aquella explicación «Tratado de los maniqués o el segundo libro del Génesis», y dice:

«Hemos vivido demasiado tiempo bajo el terror de la perfección inalcanzable del Demiurgo —decía mi padre—, demasiado tiempo la perfección de su obra paralizó nuestra propia creación. No queremos competir con Él. No ambicionamos igualarnos a Él. Queremos ser creadores en nuestra esfera inferior, deseamos la creación para nosotros, ansiamos el goce creativo, en una palabra, deseamos la Demiurgias.

No nos importan —decía— los seres de aliento prolongado, los de plazos largos. Nuestras creaciones no serán protagonistas de romances en innumerables fascículos. Sus papeles serán breves, lapidarios, sus caracteres no tendrán proyección de futuro. Nos comprometeremos a menudo a darles vida por un solo instante, para que realicen un solo gesto, pronuncien una sola palabra. Confesémoslo públicamente: no vamos a hacer hincapié ni en la durabilidad ni en la solidez de la realización: nuestras creaciones serán casi provisorias, hechas para un solo uso. Por ejemplo, a los hombres les daremos un perfil de la cara, una mano, una pierna, solamente lo que su rol precisara. Por detrás podrán estar hechos de tela o pintados con cal. Nuestra ambición se resumirá en un ambicioso lema: para cada gesto un actor, para cada palabra, para cada acto, un hombre. Ése es nuestro deseo y así será el mundo

creado a nuestra imagen y semejanza. Demiurgos amaban las materias perfectas y complicadas, nosotros damos prioridad a la pacotilla. Simplemente nos cautiva, nos encanta lo barato, lo chapucero, lo defectuoso. ¿Entendéis —preguntaba mi padre— el sentido profundo de esta debilidad, esa pasión desatada por el papelillo de colores, el *papier-mâché*, el serrín, la estopa? Tal es —sonreía dolorosamente— nuestro amor por la materia esencial, por su esponjosidad y porosidad, por su única consistencia mítica. Demiurgos, ese gran maestro y artista, la hace invisible, la obliga a desaparecer bajo el juego de la vida. Nosotros, al contrario, amamos su chirriar, su resistencia, su deformidad misteriosa. Tras cada uno de sus gestos, su movimiento, nos encanta percibir su pesado esfuerzo, su inercia, su dulce torpeza de oso.

En una palabra —concluía mi padre— queremos crear el segundo hombre a semejanza del maniquí».

## PROFETA

¿ACASO QUEDA ALGUNA DUDA? Bruno Schulz es el gran profeta, el único Cristo, el demiurgo de nuestra rigurosa disciplina de la vanidad.

## DESPERTAR

ME HE LEVANTADO AL FIN, LA FIEBRE ha cedido. «Hay algo de lo que tenemos que hablar», me ha dicho Frances, de pasada, feliz de verme caminar por los corredores de *Rayuela* o quizá de *Memorias de Adriano*, ya no lo recuerdo. Ha creído que voy a escuchar a Spinoza. Me ha dicho que me guardará sitio. Yo salgo en una de las bicicletas a buscar a Mario. Los conejos degollados huelen peor esta mañana o la fiebre me ha dejado una excesiva sensibilidad. Las calles están más frías y los habitantes de Morillo me miran con

rencor. Quizá no se me ha ido la fiebre, quizá soy un fantasma. Pero si fuese así, ¿por qué me saludó Frances? ¿Por qué me guardaría sitio? Ella ni siquiera puede oír al rinoceronte.

Al fin llego al Gimnasio mental. Arrojada en la puerta, la bicicleta de Mario. Entro.

## GIMNASIO MENTAL

YO

Estás ebrio.

MARIO

Aun así te puedo ganar.

YO

No entiendo por qué estás ebrio. ¿Por qué tomas?

MARIO

Tú has estado metido en el cuarto; no sabes nada.

YO

Estás jugando pésimo, casi no me marcas.

MARIO

Igual te voy a ganar. ¡Oh! No, mejor no juego más, estoy fatal. Me duele demasiado la cabeza.

YO

No juguemos más.

MARIO

Juega tú, practica la Master Liga. Vamos, usa mi tarjeta de memoria si quieres; así juegas con un gran equipo.



YO

Gracias, pero prefiero armar yo mi equipo.

MARIO

Hoy voy a leer otro de tus cuentos. Mejor dicho, lo voy a terminar de leer. El de Jaime.

YO

¿Algún consejo?

MARIO

¿Sobre los cuentos?

YO

Sobre la Master Liga.

MARIO

Cómprate primero a Mboma. Ponlo adelante, como centro en una línea de tres. El mejor del *Winning*.





## *La tumba de Jaime*

ESTEBAN SIEMPRE ES ASÍ. NOS LLAMA por teléfono diciéndonos que se ha comprado un nuevo auto, que pasa a recogernos dentro de una hora, que si estamos dispuestos a la aventura. A la hora y cuarto, indefectiblemente, está tocando el timbre de mi departamento. Urdanivia ya espera en el auto, siempre en el asiento de atrás desde que un coreano amigo suyo murió en el lugar del copiloto al golpearse la cabeza contra el parabrisas en un choque tremendo el año pasado. «Así mueren los coreanos», le dije, en broma no celebrada por Urdanivia, quien no tiene correa ante la muerte.

Esta vez es un Saab azul metálico, de sólidas reminiscencias literarias. Primer auto que envidio a Esteban. Tiene los asientos de cuero, con olor a tabaco inglés, y el tablero de control de madera veteadada y lustrosa. Esteban nos hace oír la música del motor. Este ruge, se deja escuchar, suena bien, limpio, prístino; casi podría decirse que lleva las fosas nasales despejadas.

Partimos dispuestos a la aventura. Al menos eso dice Esteban. Aunque sabemos muy bien que todo está previsto y pensado de antemano hasta el último detalle. Esa vieja costumbre suya de

querer controlar todo, de sentirse por encima de los demás, una hiperconciencia que vigila desde la torre. La aventura, en todo caso, es solo de Urdanivia y mía: descubrir adónde nos lleva Esteban. Tenemos el estéreo a volumen moderado, escuchando un compacto insoportable de Urdanivia. Salimos de la ciudad y tomamos la carretera al sur. Podría ser una excursión campestre. Aunque también un viaje a la playa. En el desvío a Pachacámac descubriremos el plan, pienso, y me dejo estar, observando la línea sensitiva y curva del horizonte. De pronto, Urdanivia da un salto y grita. Esteban acaba de atropellar a un perro gris. No, se defiende Esteban sin detenerse; ya estaba muerto, yo solo pasé por encima de él. Urdanivia, quien desde hace unos años (desde que sus hijas son adolescentes y van a fiestas y regresan tarde) está más susceptible, insiste en que fue crimen. Esteban ofrece detenerse y retroceder. La imagen de un perro con el vientre abierto, los ojos estrellados y el hocico echando espuma y sangre se me representa de inmediato y me revuelve el estómago. Le exijo a Esteban seguir, que no le haga caso a Urdanivia. Urdanivia refunfuña pero no parece dispuesto a hacer nada más. Pronto, todos estamos callados. Pero un kilómetro más tarde, Urdanivia grita desde atrás:

—¡Dinos de una vez, carajo, adónde puta nos estás llevando!

Esteban baja la velocidad, se pega a un costado del camino y detiene el auto. Abre la puerta y baja. Urdanivia también lo hace. Ambos azotan sus respectivas puertas. Empiezan a discutir en voz alta. Yo subo el volumen de la radio. No quiero oírlos ni verles las caras; que se maten entre ellos. Apenas distingo dos torsos recortados en el cuadrado de la ventana, que a veces se estrechan y otras se alejan. De vez en cuando un brazo de cualquiera de ellos o de ambos se cruza por el campo visual, se mueve con violencia. Miro hacia adelante tratando de no pensar en lo que sucede allá afuera, temeroso o aburrido de tener que salir e intervenir entre

los dos y contribuir con balbuceos de pretendida reconciliación a completar la escena, que ya sin mi participación es de un mal gusto y una tristeza impresentables.

De pronto, Esteban abrió la puerta y, dejándose caer, se sentó al volante. Mientras se ponía el cinturón de seguridad entró Urdanivia y tomó asiento tranquilamente.

—Vamos a comer pachamanca en Pachacámac. Yo sé de un sitio —me informó Urdanivia soltando una sonrisa golosa, mirándome por el espejo retrovisor mientras Esteban también sonreía.

Conocía bien las sonrisas de ambos. Los conocía desde hacía veinte años, desde nuestra adolescencia literaria, cuando esas risas empezaron a formarse. La de Urdanivia era clara, sin segundas intenciones, de una felicidad franciscana. La de Esteban, en cambio, era astuta y siempre anunciaba sorpresas y disparates. Dejamos la carretera y nos internamos en la pista sin asfalto de Pachacámac. Cruzamos sin detenernos por las ruinas y algunos restaurantes demasiado turísticos para una aventura. De pronto, Esteban se introdujo por un camino especialmente polvoriento. El Saab parecía sufrir y su dueño también, súbitamente arrepentido por el atajo y muy preocupado por el sacrificio de su auto nuevo. Urdanivia nos contaba los planes de un nuevo viaje al Oriente, esta vez sin Carmen y sin las hijas, tratando de convencernos de que nos embarcáramos con él. No era una aventura romántica; se trataba de ganar plata embaucando a chinos. El peruano es así. El paisaje había cambiado; ahora veíamos cañas alzadas y verdes a ambos lados de la pista y alguno que otro solitario perro que olisqueaba el camino con la cabeza baja. Esteban no parecía preocupado por nada, salvo por el sonido del Saab al hundir el pie en el acelerador. Urdanivia ya no hablaba de sus proyectos. La música del estéreo se había vuelto dolorosamente monótona. Un pájaro extraño se levantó de entre



el paraje, lanzando un graznido. Casi de inmediato, el paisaje dio un nuevo giro y se convirtió en una zona desértica, donde algunas pequeñas urnas de cemento, coronadas por cruces de palo, anunciaban muertos arrojados al abandono. Aquello fue demasiado para Urdanivia. Le gritó a Esteban que no se hiciera el payaso, que volviéramos a la carretera. Esteban sonrió de nuevo —su risa ahora parecía siniestra— y nos señaló una pared de quincha, embarrada y vetusta, detrás de la cual se alzaba una cruz enorme y astillada.

—Jaime está enterrado en ese cementerio —nos dijo.

Giré la cabeza hacia atrás y me quedé mirando a Urdanivia.

—¿Estás seguro? —preguntó Urdanivia.

—Completamente. Me costó mucho averiguarlo. Es más, pensándolo mejor, me deben cien dólares cada uno.

—¿Y? —pregunté.

—¿Y qué? —dijo Esteban.

—Y qué vamos hacer... Está enterrado ahí, bueno, está bien, pero ¿y qué?

—Eres un tonto —dijo Esteban—. Desde luego que solo queda una cosa por hacer, ¿no?

—Vamos rápido, de una vez —dijo Urdanivia sin romanticismo—. Me muero de hambre.

Urdanivia y Esteban bajaron del auto y se dirigieron hacia una puerta lateral de la albarrada. Yo bajé también y los seguí, varios pasos detrás, aún no convencido del todo, como siempre que salía con ambos. El Saab, estacionado frente a aquel cementerio miserable, se veía desamparado, fuera de lugar, extraviado como yo mismo. Urdanivia y Esteban se habían cansado de llamar a alguien para que abriese la puerta y la empujaron. Era de hierro y estaba herrumbrosa. Pero no hubo ningún sonido tétrico, se abrió con

docilidad y pudimos entrar. El cementerio era enorme; mucho, mucho más vasto que lo previsible. Y estaba en un desorden flagrante; las cruces parecían crecer como mala hierba, donde menos se las esperaba.

—Tiene que ser un cementerio clandestino —aseguró Esteban con la seriedad de quien descubre la pólvora. Pero no dejó de ser preocupante que ni Urdanivia ni yo nos burláramos. Caminábamos a tientas, levantando las piernas, tratando de pasar por encima, sin pisar lo que suponíamos debía ser la extensión de cada tumba. Era como avanzar por un campo minado. Poco a poco nos convencimos de la inutilidad de nuestro pudor. Empezamos a caminar con más libertad de movimiento, pero aún incapaces de encontrar algún orden para no desvariar en el laberinto.

—Ya es suficiente —dije—. Es mejor que volvamos; pueden robarse el carro.

—No podemos irnos sin encontrar la tumba —dijo Esteban.

—¿Por qué no? —repliqué.

—No sé si se han dado cuenta, par de inútiles —terció Urdanivia—, pero ni siquiera hemos leído las inscripciones. Bien podríamos haber pasado por encima de la tumba.

Urdanivia y Esteban empezaron a leer las inscripciones. Algunas les causaban risa, otras cierta lástima. Pero las más eran discretas, incluso apuradas. Previsiblemente, Esteban anunció que algunas de ellas podían convertirse en tema excelente para un cuento. Empezó a discutir con Urdanivia sobre las posibilidades del argumento. De forma previsible, también, me desentendí de ellos. Recordé a Jaime. Los tres lo habíamos conocido en el taller literario. Yo tenía diecisiete años y creo que Jaime un par más. A Esteban se le ocurrió el absurdo nombre de Centeno para ese taller, y la idea de que cada uno de los miembros nos llamáramos, también, *centenos*.

De todos los *centenos*, Jaime era el que menos simpatía me despertaba. Al principio era fácil no percatarse de su existencia; sus textos

no llegaban ni al nivel de ejercicios de estilo y sus comentarios sobre los cuentos de los demás eran prescindibles, dichos, para colmo, con una voz insufrible. Esa voz —la recuerdo bien— siempre parecía no más que un murmullo que salía de su vientre y que él, sorprendido de oír aparecer, se quedaba mirando con la cabeza gacha, la barbilla hundida y la mirada pendiente de su ombligo. Y por si fuera poco, su irritante costumbre de excusarse o pedir indulgencia para sus cuentos, anunciando antes de leerlos que no los había terminado, lo convertían para mí en el personaje más oscuro del taller. Un día, sin embargo, milagrosamente, esos ejercicios desafiados se convirtieron en cuentos con un mundo lleno de sutilezas. Algo había hecho que Jaime lograra sacar de su interior un conocimiento, un aprendizaje, el tesoro oculto en el puerto sumergido que a esa edad todos pretendíamos rescatar. Nunca perdió su voz enmarañada, por cierto, ni tampoco esa sonrisa ladeada y cierta mirada de soslayo que anunciaba a veces una ironía bastante fanfarrona y otras una violencia contenida y hasta sórdida que solo sacaba a relucir cuando se embriagaba. Pero en sus relatos había *algo*, y eso era más de lo que podía decirse de la mayoría de nosotros.

Urdanivia, Esteban y yo insistimos en la escritura. Urdanivia demoraba un poco en convertirse en un escritor respetable, pero tenía una disciplina envidiable. Esteban rehuyó su responsabilidad para con la literatura hasta que, después de ganar un premio miserable y mediopelín cuya única virtud fue la de servirle como disparador, empezó a volverse un escritor prolífico y con una fama de culto que iba creciendo asombrosamente. Yo, en cambio, fui mimado por la fortuna desde el principio. Mis relatos eran «dignos», si se me permite darles alguna calificación que, en las actuales circunstancias, no suene a burla. Eran pequeñas piezas de relojería, obras cerradas y autosuficientes, escritas con un talento adiestrado para la poesía y lo sentimental. Durante años me fui convirtiendo en un autor comodín, alguien a quien no era difícil alabar porque no resultaba problemático ni tomaba una postura ni corría ningún

riesgo. Al principio intenté rebelarme contra la opinión que los demás tenían de mí mismo. Luego, la acepté, primero como una condena y finalmente con resignación, con cierto sosiego parecido a la tristeza. Mis dos novelas me convirtieron en un escritor entrañable que a nadie despertaba una sola pasión, salvo a mis editores, convencidos de que vendrían innumerables traducciones como resultado de un éxito sin precedentes. Me volví uno de aquellos escritores latinoamericanos famosos y menores de treinta años que consiguen antologías, becas y gollorías; viajé a Europa y viví algunos años pendiente del teléfono por saber si llamaba Beatriz Moura o el conde Siruela. Una mujer bellísima llamada Graziela vino a rescatar mi vida de ese fondo gris; pero esa es otra historia. La de Jaime se había quedado atrás, en los años del Centeno. A veces sabía de él, sobre todo por ciertas correrías nocturnas de Esteban y Urdanivia, pero nada sobre su literatura, que nos entusiasmaba tanto a todos. Era fácil prever que no había vuelto a escribir o que si lo hacía era uno de esos genios talentosos cuya dignidad o miseria le impedían publicar, pues consideraban que aquello era la más intransigente autocrítica al talento que suponían tener.

Luego de un tiempo, volví a Lima cargando el peso de la derrota, pero liberado del de la fama. Volví a la amistad del Centeno. Así supe que Jaime había muerto de una forma confusa —el primer amigo mío que moría con intervención de la policía—, un improbable accidente. Cada vez que nos reuníamos, más a menudo después de los cuarenta años cumplidos, comentábamos el caso de Jaime y lo poco que sabíamos de él en los últimos años. Nos preguntábamos si había seguido escribiendo. La pregunta quedaba flotando en el aire, inútil, especulativa. Jaime era un fantasma que cada vez aparecía menos en las vidas de los demás. Era un ser inexistente que solo se presentaba convocado por los recuerdos. Nadie supo más de él desde la adolescencia. Salvo yo.

Jamás me atreví a contar en esas reuniones lo que sabía. Antes de mi viaje a Europa, cuando gozaba de mi fama cabalgante, trabajaba como editor cultural de una revista. Un día, mi secretaria me



avisó que me buscaba un señor extraño, quizá un poco sucio. Le dije que no lo dejara pasar, desde luego. Al parecer, la persona aquella insistió en que me dieran su nombre. Quizá la secretaria no entendió el murmullo o el mismo tipo tuvo la iniciativa de sacar una hoja arrugada y garrapatear con lápiz (me imagino un lápiz mal tajado, regordete y pequeño, con mordiscos en un extremo) su nombre y apellido. Como fuera, la secretaria —con cara de pedir a gritos un traje de amianto— me llevó el papelito, cogido como con pinzas por los dedos índice y pulgar. Recordar esa escena me hace reír: su rostro disforzado, la mueca cómplice que me hizo al salir. Después de todo era buena secretaria, una muchacha joven y arribista, gran futuro y buenas piernas, una cosa relacionada con la otra, por cierto. Y el hombre que estaba afuera era Jaime.

Lo hice pasar. Se me acercó con una leve cojera, según pude notar. Parecía un alcohólico mal vestido, con los ojos refregados y llenos de ira sin dirección ni destinatario. Un arte por el arte.

—Jaime —me levanté del sillón—. ¡Cuánto tiempo!

—Muchísimo tiempo, sí—dijo y se sentó después de ofrecerme una malagua como extensión del brazo.

—Los *centenos* estarán emocionados de verte. Deja que los llame para que se vuelvan locos —levanté el auricular del teléfono—. Voy a llamar a Esteban; ese organiza todo al toque.

—No, no lo hagas.

Jaime levantó su mano de dedos grandes y uñas mordisqueadas por la ansiedad o el aburrimiento. La puso sobre la mía y me obligó a bajar el auricular. Me dio un poco de miedo, debo reconocerlo. «Este quiere que le consiga un trabajo», pensé. «¿Ahora cómo carajo me salgo de esta?».

—Está bien, compadre, como quieras —dije—. Pero ¿por qué estás tan misterioso? Se suponía que el misterioso era Tomás.

—No es misterio. Solo que no tengo ganas de ver a nadie. Estoy muy ocupado.



—Te comprendo. Yo también paro todo el tiempo de un lado para otro; tú sabes, el periódico, la literatura... y eso que no estoy casado. ¿Tú te casaste?

—No, no.

—Parece que viajo a Europa, una beca.

—Ya.

Jaime empezó a sentirse impaciente. Como si el que estuviera de visita fuera yo. En ese momento bajé la guardia. Empezamos a hablar de tonterías, pero lo único que quería era que me dijera de una vez qué demonios hacía en mi oficina, que me pidiera trabajo o plata prestada y se largara.

—Mira —dijo al fin—, vamos al grano. Evidentemente, he venido porque necesito que me prestes plata.

—Pero, por supuesto, hombre; para eso estamos los *centenos*. Nomás dime cuánto —contesté llevándome la mano al bolsillo, en busca de la cartera, sintiendo el alivio de que al fin se definiera la situación.

—Un millón de dólares. O algo así.

Levanté la mirada solo para estrellarla contra la sonrisa congelada y burlona de Jaime. No sabía qué decir, no entendía qué estaba pasando. De pronto, Jaime extendió el brazo y me alcanzó un manuscrito.

—La verdad es que quiero que lo leas y me digas qué piensas. No si te gusta o no, claro, eso lo podemos discutir después, sino si se puede publicar o no.

—¿Una novela? Qué tal noticia, al fin te decidiste.

No podía mirarlo a la cara, por la vergüenza y el odio de que me hubiera dejado en ridículo con lo del préstamo, así que me puse a hojear su manuscrito con fingido interés.

—¿Puedes hacerlo?

—Estoy atorado de trabajo, con lo de la beca y eso, pero por tratarse de ti, lo que sea.

—Claro, somos *centenos*, ¿no? —había un desprecio durísimo en su voz, en su forma de decir *centenos*, pero no quise contestarle.

Se puso de pie y me sugirió, o más bien advirtió, que la siguiente semana pasaría por ahí para que le contara qué había pasado con la lectura. Le dije que lo recibiría encantado.

—¿Y la reunión centenesca? No nos vas a dejar plantados, compadre —le dije antes de que me diera la espalda.

—Háganla sin mí. En una semana vengo, entonces.

«Borracho de mierda», pensé mientras me daba la espalda y cerraba la puerta. Metí la novela en un sobre manila, escribí el nombre de Jaime en el dorso, llamé a mi secretaria y le pedí que me comunicara con mi editor de inmediato. Cuando al fin el editor se puso al teléfono, le anuncié que tenía un manuscrito que quería que leyese. No es mío, aclaré, sino de un amigo.

—No será un seudónimo, ¿no? —preguntó él, tratando de hacer una broma.

—No, no, nada de eso. Te lo envío hoy mismo —dije.

—Oye, oye, pero ¿vale la pena? —preguntó preocupado.

—Es la mejor novela que he leído en los últimos cinco años —respondí y colgué.

Esteban, de pronto, se preocupó seriamente por su auto. Urdanivia tenía hambre y yo también. Decidimos entre los tres darnos por vencidos; un fiasco. Se habían burlado de Esteban o Esteban se había burlado de nosotros. Arrastramos los pies entre las tumbas; nuestras huellas serpentinadas, huellas de ocio y melancolía, entrecruzándose una sobre otra, eran la metáfora rigurosa de nuestra derrota. Nuestros zapatos llenos de polvo, que debimos limpiarnos al entrar al Saab, otra metáfora.

Una vez dentro del carro, el tema de los cuyes y el almuerzo se volvió central. Urdanivia y Esteban discutían sobre las excelencias en la cocina; cada cual aseguraba haber comido el plato más exótico y saber dónde preparaban mejor el cebiche. El casete de Urdanivia parecía menos horrendo o se había vuelto gentil, pues llenaba los vacíos que creaban nuestros silencios. Demorábamos en hablar de Jaime; eso era obvio.

A veces, cataclismos enormes, grandes guerras, muertes inesperadas, súbitas felicidades no cambian nuestra alma más que una muda de ropa. Y a veces, una insignificancia cualquiera nos precipita al abismo de nosotros mismos. ¿Qué había cambiado? Simplemente, no encontrábamos la tumba de Jaime. Era improbable, por lo demás, que estuviera en ese cementerio mezquino en tumbas y muertos. Y así estuviera, ¿qué? Rezar un par de avemarías, un padrenuestro... ¿Más? No, no más. Esteban tenía un rictus estéril, una risa muerta en los labios, y Urdanivia desafinaba con los chistes. Y yo, que trataba de tararear una canción que nunca había escuchado y que ni siquiera me gustaba; yo, a quien solo le faltaba ponerse a dibujar en el polvo acumulado de la ventanilla. Por el espejo retrovisor podía ver los ojos interrogantes de Urdanivia. Se había sacado los lentes y se veía más viejo. ¿Era posible que hubiera envejecido mientras pensaba lo mismo que yo? ¿También él había leído la novela de Jaime? Y es que, aunque me hice el firme propósito de no leerla, no pude evitar pedirle a mi secretaria que sacara una copia mientras llegaba el editor; y mientras mi editor se llevaba el original y me invitaba un almuerzo, alguien en mi oficina compaginaba la copia que me llevé esa noche a casa y no pude dejar de leer durante varias noches.

Jaime lo había conseguido. Logró hacer un mundo absolutamente personal, seres de apariencia común y silvestre pero que escondían una personalidad desviada, única, absolutamente verosímil dentro de un mundo improbable. La novela de Jaime, sus personajes insólitos, parecían el lado B de todo lo que yo había leído y escrito hasta ese entonces. Envidiaba, sobre todo, el hecho de que cada personaje hubiera podido arrebatárle un poco de materia y de espíritu al autor. Todos eran Jaime. Ciertamente, la ortografía y la redacción eran miserables. Además, el muy bestia había escrito con una máquina mecánica que se comía algunas letras, que por lo demás eran todas de la estatura de una mosca aplastada sobre un descolorido papel periódico, innoble y áspero vehículo

que Jaime había tomado para que condujera su maravillosa obra a la posteridad.

A mi editor, sin embargo, la obra le pareció fatal. A partir de su pésima ortografía, dedujo que el autor era igualmente pésimo. Vanamente, sin demasiada convicción, traté de hacerle entender la novedad que esa novela traía. El editor aprovechó para hacerme un piropro, decirme que mi modestia y mi generosidad hacían de mí un escritor destinado al auténtico éxito y empezó a tratar de hacerme firmar un contrato para la edición de bolsillo de todas mis obras anteriores. Sobre Jaime, lo único que dijo es que si yo lo avalaba y si el autor dejaba que su obra se sometiera al riguroso escrutinio de un corrector de estilo, la publicaba en una serie menor dentro de la editorial. Pero, eso sí, debía prometerle un prólogo y, ja, ja, una firmita en los contratos que me extendería en las siguientes semanas por los cuales le cedería, casi en exclusividad y por cinco años, mi obra futura.

Ni firmé los contratos ni aseguré el prólogo. Volví a mi casa dispuesto a releer la novela de Jaime. ¿Sería posible que mi lectura celebratoria hubiera estado teñida de cierto temor a no ser el mejor? Después de todo, era probable que en esa especie de paranoia que acompaña a los autores de moda, siempre acosados por el vuelo de uno mejor que nos destrone, yo terminase sobrevalorando una obra que no lo merecía. Leí algunos pasajes y me parecieron memorables, pero otros absolutamente pueriles. Sí, me decía, incapaz de ocultar la alegría, mi editor tenía razón y Jaime no era el genio escondido que yo había querido ver al principio. Tenía talento, sin duda, pero sus borracheras, su aspecto de perdedor, su vida oscura, confabulaban contra él. Después de todo, los escritores malditos que llegaron a hacer obras de éxito lo hicieron *a pesar de* y no *gracias a* su «malditismo». Eso lo sabía todo el mundo. El Perú estaba lleno de casos así. Jaime tenía futuro pero necesitaba ponerse orden, no sé, aprender primero gramática y después escribir; no todo el tiempo alguien iba a estar corrigiendo sus cosas...



Con aquella dolorosa victoria, esa cobarde celebración de la nada, cerré las copias del libro de Jaime y las puse en un cajón donde guardo las cosas inútiles: manuscritos garabateados, primeros poemas, plumas sin carga y pasadas de moda, libretas con hojas en blanco donde alguna vez, antes de que me comprase mi primera portátil, pensé escribir obras realmente estupendas.

Le dije a mi editor que no tenía tiempo de escribir aquel prólogo. Y que no había encontrado a Jaime, que no sabía su dirección ni su teléfono. «Si lo ubicas, que se contacte conmigo», me pidió. Decidí, por su tono, que no estaba convencido. Eso me ayudó a sobrellevar la decisión de no hablar más con Jaime. Supe que llamó un par de veces a la oficina y tal vez hasta se presentó allí alguna otra, pero yo había dado instrucciones para que le dijese que no lo podía atender. Eso era todo lo que tenía para ofrecerle a un viejo amigo, a un *centeno*, a un escritor espléndido: «No puede atenderlo por el momento». Me consolaba pensando que él llevaría el libro a otra editorial. Pero, profundamente, sabía que jamás lo haría. Por alguna oscura razón, Jaime había dejado en mis manos la decisión de salir del anonimato. Pero no podía atenderlo por el momento.

Después de buscar y preguntar por el local que recomendaba Urdanivia, nos detuvimos frente a una cabaña de aspecto idéntico a las demás. No había clientes y servía una mujer joven, una india robusta, embarazada. Alrededor de él, un niño, quizá de cuatro años, jugaba alborotando a su madre, derrumbando algunas sillas en una suerte de circuito de carreras que se había inventado en la soledad del restaurante. Mientras la mujer tomaba el pedido y se introducía en busca de una gaseosa para mí y vino casero para Urdanivia y Esteban, no dejábamos de hablar de Jaime, de lo que hubiera sido de su vida, del misterio de su muerte, intercalando esa conversación lateral —que evadía el profundo centro de lo que realmente había significado Jaime para nosotros— con bro-



mas sobre las piernas de quien nos atendía, un prodigio según Urdanivia, y sobre su edad, no mayor de dieciocho años definitivamente, otro prodigio según Esteban. Ella se agachaba para calmar al niño que seguía corriendo como loco, y era triste verla casi arrastrar su vientre detrás del mocoso diablo. Tenía razón Urdanivia y esas piernas podían haber sido consideradas bellas, pese a la aspereza y a algunos raspones que relumbraban; tenía razón Esteban, y el rostro de la mujer era notablemente infantil, con aquella expresión que tenía al corregir a su hijo, morderse el labio inferior, que desdecía su voz chillona cuando el niño estaba fuera del alcance y corría hacia la carretera o se trepaba en el Saab, para escándalo de Esteban. En algún momento, sin percibirlo, el tema de Jaime pasó de largo entre nosotros, que nos instalamos cómodamente en el de la mujer. La mirábamos los tres, concentradísimos, pendientes de cada movimiento y comentando cada nueva belleza que encontrábamos en ese tesoro oculto, ese espejismo del desierto en que nos había abandonado la tumba no hallada de Jaime. Su hijo se había robado media docena de corchos y los hacía volar como aviones, aterrizar sobre las mesas vacías, chillando para imitar el rugido del motor, como si no supiese, como si nadie le hubiera enseñado, que el motor se imita con un suave ronquido, como el de un gato. Una mujer sola, embarazada, incapaz de enseñarle a un niño a jugar, y Jaime muerto, enterrado en un cementerio clandestino, con una obra inédita que alguna vez había tenido entre mis manos. Esa era mi órbita, por ahí me desplazaba; también una órbita invisible podía ser una cárcel, eso era seguro. Demoraban en traer la comida, la pachamanca no era fácil de preparar pero ellos ya la debían tener lista, quizá la calentaban en un microondas y adiós folclor.

¿Y ahora? Nada, que el niño empezaba a toser. Se había atragantado el muy bestia con un corcho. La madre le daba palmadas en la espalda. Esteban se paró del asiento, dispuesto a ayudarla. Urdanivia miraba con temor, como siempre que sucedía algo

que no estaba entre sus planes y que implicaba algo de violencia, incluso una mínima como las palmadas de la mujer. El niño se estaba poniendo morado, aunque quizá era solo mi impresión. ¿Por qué demoraba tanto la comida? ¿por qué no podíamos simplemente largarnos de ahí? El niño ya había expulsado el corcho. Tenía los ojos humedecidos por las lágrimas, más por el esfuerzo en liberar su tracto que por el temor o el arrepentimiento por la travesura.

—Pobre mujer —dijo Urdanivia.

—¿Te casarías con ella? —le pregunté.

—¿Qué cosa dices?

—Nada, te gustan sus piernas, sientes lástima por ella, ¿por qué no te casarías con ella?

—Este ya está con hambre —dijo riendo Urdanivia.

—Solo contéstame la pregunta —insistí—. ¿Por qué no te casarías con ella? Suponiendo que no estuvieras casado con Carmen, claro. ¿Por el hijo?

—Oye, Esteban, dile que no hable huevadas.

—Yo tengo una teoría —dijo Esteban—. ¿Quién nos trajo hasta aquí? Urdanivia. Eso quiere decir que él ya conocía este lugar, obviamente. Pero este sitio no es sorprendente y aunque aún no hemos comido, me temo que la comida no será espléndida.

—Yo no estoy jugando a los detectives —le dije—. Mi pregunta es en serio.

—Par de cojudos —se reía Urdanivia, más relajado con la intervención de Esteban.

—No, no es broma. Es un hecho. El hijo que espera esa tipa es de Urdanivia. Y el otro, el gordito ese que está ensuciando todo mi carro el muy chucha, ese también es de Urdanivia. Míralos nomás, sobre todo los cachetes; son idénticos.

—Yo no estoy hablando de eso —dije—. Yo estoy hablando de casarse con ella. ¿Acaso no entiendes?

—Putá, Urdanivia, dile a tu mujer que traiga la comida de una vez; me muero de hambre.

—¿Y tú crees que yo no tengo hambre?

—Yo estoy hablando de Jaime, ¿entienden? De su tumba.

—El Urdanivita está destrozando mi carro, carajo.

—¿Jaime? —lanzó una carcajada Urdanivia—. ¿Qué tiene que ver Jaime?

De pronto, Esteban, de un salto, se puso de pie. Urdanivia paró de reírse. Era como si ambos hubieran entendido todo. Pero la mirada de ambos me traspasaba, se dirigía hacia una escena que abolía mi espalda. La mujer, de rodillas, cogía su vientre. No gritaba, pero su respiración agitada era suficiente para saber que sufría. Urdanivia dijo algo así como que se había roto la fuente. Esteban corrió hacia ella, apartando del camino al niño que entraba lentamente, mirando a su madre como si no la reconociera. Urdanivia también se había puesto de pie y se desplazaba hacia la escena. Del fondo de la cabaña salió un muchacho, quizá el que calentaba la pachamanca, oliendo a carbón y con un gesto de terror.

—Su madre trabaja por allá —dijo, señalando hacia el sur.

La mujer le pidió que la fuera a buscar para ir a la posta, que ya había llegado el momento. El muchacho salió disparado. Esteban le preguntó a la mujer si la posta quedaba muy lejos. Ella dijo que no, unas cuadras más allá nomás.

—Al toque, vamos a llevarla en el carro —dijo Esteban, ayudándola a caminar hacia la puerta.

Urdanivia la llevó del otro brazo, pero luego pensó que era mejor ayudarla de otro modo. Le preguntó si tenía algún maletín preparado o algo así, para buscarlo.

—Mi madre tiene —dijo la mujer y esta vez sí lanzó un alarido.

—Tú cárgala, yo voy corriendo a encender el carro —gritó Esteban dejándole la posta a Urdanivia.

Entonces me di cuenta de que yo aún no me había levantado de la mesa y miraba todo como un espectador silencioso. Urdanivia también se dio cuenta y me echó una mirada recriminatoria. Iba a decir algo, pero se quedó callado al ver que me levantaba.

—Yo, ¿qué hago? —pregunté. Quien me contestó fue la mujer.

—El Raúl —dijo, con una mueca que le torcía la boca—, que no esté agarrando nada. El Raúl que se quede quieto. Que no agarre los corchos, que no se esté tirando en el piso.

Volteé para ver al niño. Tenía un rostro duro pese a su edad, unos ojos enormes con los que miraba, asombrado, todo el movimiento. No preguntaba adónde llevaban a su madre, tampoco iba tras ella. Esteban ya había encendido el motor y ayudaba a Úrdanivia a introducir a la mujer. Una vez acomodada ella atrás, los dos ocuparon los asientos del piloto y del copiloto. El Saab arrancó de prisa, levantando mucho polvo, dejando una huella. Yo me había quedado solo con el niño, con el Raúl, que desde la puerta admiraba al carro partir a toda velocidad. Tomé asiento en mi mesa. Raúl volteó hacia mí e imitó el sonido del Saab. Una pésima imitación. Por un segundo cruzó por mi mente enseñarle algo sobre las onomatopeyas. Empezaríamos por una fácil, la de un ladrido o un maullido, quizá, y luego la del avión, imprescindible. Cogí un corcho y lo hice volar sobre su cabeza. Raúl se quedó mirando, impresionado, cómo un adulto jugaba con el corcho. El avión quedó de pronto así, suspendido en el aire, encima de la cabeza de Raúl. Iba a hacer una imitación del motor pero la verdad es que no se me antojó. Lo dejé así nomás, bajé el corcho y se lo di a Raúl. Lo cogió con la mano derecha e hizo, de inmediato, el ademán de llevárselo a la boca. Una vieja rutina, quizá, una de esas tonterías que hacen los niños para llamar la atención.

—Haz lo que quieras —le dije, y salí del restaurante hacia la carretera; la posta aquella no debía quedar demasiado lejos y tenía muchas ganas de quedarme un rato durmiendo en el Saab hasta que volviéramos a Lima.







## FRANCES

ERA INCREÍBLE LO RÁPIDO QUE HABÍA PASADO la semana. Ya era viernes. El ambiente era oscuro, el frío se había instalado, el CEJ parecía un territorio que apenas sobrevivía a una explosión nuclear. Había pasado demasiado tiempo dentro de mi cuarto, eso era un hecho, y durante esos días el submarino se había hundido más, se había rarificado el aire, se hacía irrespirable. La gente caminaba mirando con ojos curiosamente inertes. Parecían odiarse en silencio. Me preguntaba cuándo empezarían los gritos.

Frances me sacó del comedor. También ella sentía la carga del ambiente. Me llevó al TV Club. Una vieja sin muelas atendía feliz. Decía que el acento de Frances le recordaba a las telenovelas. El mundo de la anciana giraba en torno de la televisión. No por gusto ella había sido la primera de Morillo en tener un aparato. Esa era su gran hazaña, todo en el local lo recordaba. El primer televisor de Morillo, un vejestorio oxidado y de visión opaca, aún funcionaba y ocupaba un lugar de excepción entre el mobiliario. Tenía un trono.

—¿Tú sabes lo que le ha sucedido a Mario?

—No sé —dijo Frances—; quizá tenga que ver con lo de Granada.

—¿Qué Granada?

—Mientras estabas enfermo nos fuimos a Granada. ¿Viste eso?

—¿Qué?

—Eso, una sombra.

—No vi nada. ¿Qué pasó en Granada?

—Me persiguen. Un hombre con gabardina, con sombrero, una caricatura de detective que lleva un diario debajo del brazo.

—¿Quién más lo ha visto?

—Nadie lo ha visto.

—¿Tú has visto al rinoceronte?

—¿De qué tonterías estás hablando? Te lo digo en serio; me acosan.

—No te persigue nadie. Anda, cuéntame lo de Granada.

—Entramos en El Corte Inglés de Granada. Mario dijo que podía robarse unos libros. Lo esperamos afuera un rato. Demoraba mucho y entramos a ver qué le había sucedido. Nos hizo una seña pidiéndonos que lo dejáramos solo. Lo habían atrapado.

—Y entonces...

—Entonces empezó a beber; no sé más. No sé qué le dijeron en El Corte Inglés; supongo que lo amenazaron con echarlo o algo así. Pero está insoportable. ¿Tú has leído algo de lo que escribe? ¿Qué tal es?

—El mejor de todos.

## FIN DE SPINOZA

POR LA TARDE ASISTÍ A LA ÚLTIMA CONFERENCIA de Spinoza. Los argentinos la habían boicoteado y ahora todos se habían ido a jugar fútbol. A mi lado, un par de españoles anotaban a toda prisa lo que decía Spinoza. No eran escritores jóvenes sino periodistas. Todos los días podíamos ir a recoger unas fotocopias con los artículos que hablaban de nosotros. Curiosamente —o no tanto, en realidad— todos los diarios eran de circulación provinciana. Incluso los grandes diarios, con grandes nombres, comentaban nuestras incidencias pero para sus ediciones de pueblo. Aquello no ayudaba a superar la sensación de claustrofobia. Pero para algunos

era suficiente esa fotografía de provincia. Buscaban todo el tiempo hablar con los periodistas. Uno de ellos, decían, estaba de novio con una brasileña de ojos grandes y penosos, como de búho. Escribían rápido, sin pensar mucho, lo que decía Spinoza. La reacción de la gente que había asistido era de espasmo. Todos estaban maravillados con la demagogia de Spinoza. Las modernas catilinas. Spinoza terminó su ponencia con una invitación a la alegría, a la defensa de las causas justas, a la firma de convenios con la amistad y el amor. Escribir por el hombre y para el hombre. Estaba feliz: esa noche se largaba del CEJ y nos dejaba hundiéndonos cada vez más en las arenas movedizas de Morillo. La gente lo aplaudió de pie. Yo extrañé a los argentinos, hubiera sido buena una silbatina. Aut también estaba ahí, también aplaudía con una felicidad clandestina, se aprovechaba de que Nunquam estaba ausente, ocupado con su novia, la Valenciana. Spinoza había convencido a Aut. Se decía que también él había comprado uno de esos ejemplares fraudulentos de *Paradiso*. Pero Spinoza lo había hecho para apoyar a un perseguido político. Aut, al parecer, no entendía de esas sutilezas. Lo admiraba y pensaba que ambos tenían algo en común. Suficiente para invitarle un trago. Lo vi acercarse a Spinoza, conversar con él un par de palabras, sacar lentamente una grabadora de bolsillo. Con la misma mano, pero con mucha prisa, guardó la grabadora. Spinoza le había dicho que no daba entrevistas personales, que en todo caso asistiese a una conferencia de prensa que daría en Málaga al día siguiente para presentar su libro. Era un hecho que había terminado su contrato; ya no tenía por qué mostrarse amable. Mientras retrocedía, Aut se chocó conmigo. Me miró de arriba abajo, acompañado de Frances. Cogió con su garra la solapa de un saco oscuro, finísimo, que me había comprado exclusivamente para el viaje. «¿Desde cuándo te vistes así?», me dijo. No contesté nada. Tampoco él parecía interesado en la respuesta. «Posero», le oí decir entre dientes, alejándose. El muy cretino había recuperado la confianza en sí mismo.

## ACEITUNAS

DE LA MANO DE FRANCES Y CAMINO AL KIKO, me encuentro con Mario sentado en una plaza, sobre una banca de piedra, solitario en una noche más que fea. En medio de la plaza hay una virgen de arcilla, tan delgada que parece que va a quebrarse en cualquier momento. Iluminada por un reflector enorme, proyecta sobre Mario, sobre mí, una sombra triste. Me quedo un rato con él, hablamos de nada, se niega a decirme qué piensa del último cuento que ha leído; dice que lo hará en el Gimnasio mental.

—Sé lo de Granada —le digo, preocupado por él—. No es para tanto, no va a pasar nada.

—¿Has visto sobre qué está parada la virgen?

—¿Una bola?

—No, una aceituna. Es la Virgen de la Aceituna.

—No sabía que la aceituna tenía su virgen.

—Cuando los hombres de Augusto acosaban a Virgilio para que terminase pronto la *Eneida* —dijo Mario sin mirarme a los ojos—, él les contestaba que lo único que realmente quería hacer era ir a Mantua a recoger aceitunas.

## EL KIKO

AQUELLA NOCHE EL KIKO ESTABA REPLETO. Kiko era un tipo gordo, bigotón, hablador. Se robaba las aceitunas de los martinis y tomaba solo cerveza. Corría la leyenda de que jamás invitaba un trago, ni a su madre. Tenía un ánfora a un lado de la barra, una alcancía con la bandera de Cuba, y pedía a la gente que colaborase con la educación cubana. También estaba la foto del Che Guevara, que algunas escritoras jóvenes besaban cuando estaban ebrias. El Kiko era un *pub* feo, sin personalidad y demasiado grande para Morillo, pensado sin duda para el CEJ. Estaba lleno de humo, la gente grita-

ba; en los sofás se desplegaban los escritores jóvenes y sus conquistas. Una canción que se repetía una y otra vez decía algo así como *Y no me importa nada*, cantada por la voz susurrante, triste, cabaretera, de una española. La gente aprovechaba esa canción para bailar abrazada. Las parejas se hacían y deshacían; quien ayer abrazaba a una persona era visto después con otra. Nunquam también estaba, con la Valenciana. Nunquam la había reducido a ser una chica linda, una compañía. Se la notaba apagada, sin brillo, una caricatura de sí misma. Eso es lo que hace Nunquam con la literatura de los demás: la reduce, la mediocriza, la apabulla, la domestica. Y una vez que está indefensa, la menosprecia. La Valenciana había caído en las manos de un triturador, de un canalla demasiado elegante. Ahí se iba mi poesía.

Frances me ha sacado a bailar aquello de *Y no me importa nada*. Pero a mí sí me importa. Ver a la Valenciana en ese estado me ha hecho sentir miserable. He cometido la torpeza de tomar un Lexotán en la barra y todos me han pedido uno: México, Paraguay, Bolivia, Ecuador, Chile uno y Chile dos. Ahora son eso, solo eso. Frances me ha librado de ellos y ahora bailamos. Me ha dicho que, previsiblemente, la canción aquella se ha convertido en el himno del encuentro. *Y no me importa nada*, dicen mientras almuerzan, mientras escuchan las ponencias, mientras leen los libros de los demás. De pronto, los labios de Frances se han acercado a los míos. Sus brazos están en mi cuello y me acercan a su boca. Nos besamos.

—No, Frances, no.

—¿Por qué no?

—Porque tú eres la Niña Símbolo; tú no te puedes corromper. Eres muy pequeña, ¿acaso no lo entiendes? Eres algo así como la reserva moral de este encuentro. Tú y Mario.

—¡Qué estúpido puedes llegar a ser!

—Tú solo mantente pura y todo estará bien.

—¿Qué derecho tienes a juzgarme así? ¿Qué sabes tú de mí?



—Sé que no te llamas Frances Farmer.

—No sabes nada de nada. No tienes ojos, no tienes idea de lo que pasa conmigo... Es decir ¿cómo te atreves?

Se separó de mí, corrió hacia la puerta dejando atrás a los escritores jóvenes, a las parejas de baile, a Kiko que le decía «Aún no es demasiado tarde, reina». Nos dejó atrás a mí, al rinoceronte, a los gatos siniestros e incluso al espectro de la gabardina.

## CALLE LIMA

ME FUI TRAS FRANCES, NO PORQUE YO QUERÍA sino por las miradas de los demás, incluyendo a la pelirroja y su andaluz. Caminé perdido un buen rato porque mi falta de orientación es fatal. Buscaba el TV Club o el Gimnasio mental, algún sitio que reconociera. Me imaginé que la plaza en la que estaba recostado Mario era el centro de Morillo y traté de llegar hasta ahí para luego ir al CEJ. Encontrar a la Niña Símbolo en esas condiciones era imposible.

De pronto, me encontré con Frances y Mario que conversaban sentados en el cordón de la acera. Ambos abrazaban sus piernas y tenían las cabezas muy juntas. Parecía que Frances lloraba, pero en realidad reía. Triste destino el de las mujeres cuya risa parece un llanto; he amado mujeres así. Me acerqué a ellos. Pensé que Frances huiría o haría una escena, pero no sucedió nada de eso. Solo levantó el rostro dándome la bienvenida y luego lo volvió a poner en su sitio, mirando el suelo surcado por lombrices de luz y polvo. Mario se hizo a un lado y me senté junto a él. De pronto, me percaté del nombre de la calle en que estábamos, que estaba escrito en un cartel de metal: *calle Lima*.

—Calle Lima. ¡Es fantástico! —dije.

—También hay calle Caracas, Buenos Aires, Madrid...

—Me imagino, Frances, pero Lima... ¡Es estupendo!

—Deberíamos robárnoslo —dijo Mario—. El peruano tú ya sabes cómo es...

—Es una excelente idea; me lo robo.

Me puse de pie, miré unos segundos el terreno, me acerqué a la placa y empecé a forcejear. La verdad es que no tenía idea de lo que estaba haciendo, pero seguía forzando una esquina del cartel hasta doblarlo. En ello se me iba la vida. Frances empezó a reírse, esta vez sí con una risa franca. Mario se reía también, pero no me ayudaba como yo creí que lo haría. Tomaba una cerveza. Frances se levantó y trató de ayudarme, con tan mala técnica que se rasgó un dedo. Le tomé la mano para ver la sangre y dio un brinco. «Es solo un rasguño», le dije, pero no era solo eso. En el dorso de su mano tenía un ojo ciego, un círculo de ceniza. Frances escondió su mano detrás de la espalda y no pude ver más.

—Vámonos —dijo Mario poniéndose de pie—; es inútil robarte esa cosa horrenda. Ya me imagino tratando de pasarla en la maleta; todas las alarmas del aeropuerto sonarían. Ahí hay más metal que en un tanque.

## NOCTURNO

ESA NOCHE MARIO LA PASÓ NUEVAMENTE en vela, dando vueltas en la cama. Tampoco yo podía dormir. Además, teníamos que levantarnos temprano porque al día siguiente saldríamos de excursión. Iríamos a Ronda y yo me moría de curiosidad por ver la plaza de toros. Mario no estaba muy animado. Miraba con desconcierto; incluso bajo la oscuridad podía percibir su mirada escudriñadora, atemorizada, contra los objetos. Intenté hablar con él, pero era imposible. Sus ojos permanecían abiertos pero no sus labios. Decidí salir a caminar. Cogí un lapicero y papel, quizá me inspiraría. Además, escribir tonterías es un buen remedio cuando el Lexotán

falla. Me distrae. A veces, cuando estoy demasiado ansioso, lleno hojas completas con mi nombre. O una frase. La mecanografía como un arte de evasión. Buena idea para un ensayo. Quizá podría empezarlo a escribir esa noche.

Adrede quise evitar la fosa del rinoceronte. Me di una vuelta entera, pero no pude hacerlo. Era omnipresente. A un lado de la fosa, de pie y con las manos en los bolsillos del abrigo, se encontraba Ella. Miraba la profundidad de la fosa del rinoceronte. Su respiración imitaba el ronquido del animal. Parecía temblar de frío. Una ráfaga de viento le agitó el cabello. ¡Oh, amada!

Corrí a esconderme de ella cuando me sentí descubierto. Desde mi guarida pude ver a la Valenciana recibir, por la espalda, el abrazo de Nunquam que volvía del Kiko. Atrás de él llegaba Aut, quien se hacía el desentendido. La Valenciana le lanzaba un beso volado (¡un beso volado!) al rinoceronte y se iba del brazo de Nunquam. Podía seguirlos con la mirada, verlos entrar en su cuadra, cerrar la puerta, bajar las cortinas, apagar las luces.

Me senté en la biblioteca, que estaba todo el día con las luces encendidas y vacía esa madrugada, y me puse a inventar una carta para la Valenciana. Como no se me ocurrió nada, decidí imitar aquella carta del diario de Pavese. Escribí de memoria:

«Queridísima. A pesar de estas semanas de horror, a pesar de esta destrucción estúpida e inconsciente de toda la energía que le quedaba a un pobre hombre al que solo ha sabido atormentar; a pesar de la disipación de todos los bienes que todavía habríamos podido disfrutar juntos en el futuro; a pesar de todo el mal que me ha hecho, la compadezco en su tristeza e inutilidad, amo, no solo a ese cuerpo, sino también a sus ojos graves, a todas sus frívolas y afanosas ocupaciones, a todo su espléndido pasado de pobre mujer enamorada de la vida. Pobre criatura: sea éste mi saludo y mi plegaria».

Cerré la carta, caminé hacia la fosa y la arrojé. El rinoceronte levantó el rostro apenas se sintió tocado por el papel. Empezó a masticar.

## VUELTA AL CUARTO

VUELVO A MI HABITACIÓN. Mario aún no duerme. Me dice que luego del viaje a Ronda, es urgente ir a jugar al Gimnasio mental. Demasiada energía reprimida. Además, ahora que he aprendido a jugar, le interesa más ganarme. Se queda dormido hablando de eso.

## RONDA

LA PLAZA DE TOROS DE RONDA es una belleza. No es demasiado grande, al menos no como yo la había imaginado, pero es bellísima. Nunquam está en medio de la arena, mira las gradas con una mezcla de indiferencia y pasión, girando como un torero con la montera en la mano. La familia de Nunquam es aficionada a los toros y seguro él también, pero es incapaz de aceptarlo. Aut, a su lado, está disminuido. Cada vez se reduce unos centímetros; eso es seguro. A Mario sí le gustan los toros; incluso ha escrito sobre eso, con seudónimo, en un periódico local. La mala noche se le ha ido por completo. Abre los ojos, se quiere devorar la plaza, está visiblemente emocionado. Avanza hacia el centro del coso. Lo hace como si contara los pasos. Se ha desvanecido la mariontopía. Nunquam lo espera como si fuese un astado. Ambos se miden, se observan. Aut se ha retirado. La escena, a medida que Mario avanza, pasa de ser épica a dramática y viceversa. De pronto, cuando ambos están a centímetros, entra la vorágine de escritores jóvenes que se habían quedado en el museo, mirando los capotes y los trajes de luces con islas de sangre seca de toreros famosos. Han entrado los escritores jóvenes corriendo, gritando, haciendo cuernitos con los dedos. Un panameño se ha sacado la casaca y empieza a hacer verónicas. Una brasileña, jorobada, lo persigue y se ríe. Todos empiezan a hacer lo mismo; los toros y los toreros se cruzan, se intercambian, dan estoques, aligeran la muleta, giran el

capote, descabellan, se gritan *ole*, piden rabo, oreja. Uno de ellos, finalmente, al azar, es levantado en hombros. Se cae como un borracho de feria. Nunquam ha tenido que dejarle su sitio a aquella manada de fieras improvisadas. Mario ha retrocedido lastimosamente. Alguien dice que es hora de almorzar y todos abandonan la plaza de inmediato. Las huellas de sus zapatos, como en una escena apocalíptica, se desvanecen mientras el día se vuelve tarde y la tarde se hace tristísima.

## VINO

EL ALMUERZO FUE EN UN RESTAURANTE TAURINO que, al parecer —según me dijo Mario—, era un clásico. Vimos cómo una chiquilla española, despeinada y medio regordeta, se robaba un plato como *souvenir*. Aunque, en realidad, mientras subíamos al bus de regreso al CEJ descubrimos que el *souvenir* no era para ella sino para Nunquam. La gordita estaba enamorada y sus amigas la habían animado a hacer el regalito. La mujer tenía unos vellos largos, como de can, en los brazos. Nunquam recibió el regalo y guiñó un ojo. La chiquilla rió con risa de cerdo y volvió a su sitio. También Mario se había robado algo: un vino carísimo. Estaba escondido debajo de su saco. Lo descorchó en el bus y empezó a beberlo del pico. Me invitó un poco y yo acepté, aunque no acostumbro beber y pese al Lexotán que me había tomado después del almuerzo. Estábamos sentados en la última fila del bus, que estaba casi vacío. Afuera no podía verse nada. La noche había caído como un hacha, cortaba la luz; todo era penumbra. Apenas podíamos distinguir, mientras compartíamos el vino, las guías de la carretera. En el bus sonaba estridente una música andaluza, una gitanería, y se comentaba que al día siguiente iríamos a visitar Fuentevaqueros y la casa de García Lorca. Mi alma de anticuario se sobresaltó. Había leído que incluso se conservaba su cuna con el dosel original.



—Todo el día has estado evitando a Frances —dijo Mario.

—¿Yo? Nada que ver.

—Es obvio, no tienes por qué negarlo.

—Lo que pasa es que me aburre con eso de que un hombre la persigue y no sé qué.

—Es cierto —corrigió seriamente—. Yo lo he visto.

—Me cuesta creerlo. Es la paranoia del encierro. También yo veo fantasmas.

—Ella está enamorada de ti.

—¿Enamorada? ¿Qué puede saber de amor? Es una sabelotodo, pero solo tiene quince años. Además, ya le dije yo que ella es la Niña Símbolo, que tiene que mantenerse pura o todos nos vamos a la mierda.

—¿Puedes dejar de hablar cojudeces?

—¿Siempre eres así cuando tomas?

—Y tú, ¿siempre eres así cuando alguien te ama?

—Es tan pequeña.

—No es pequeña; tú no sabes nada.

—¿Y tú qué tanto sabes?

—Sé todo desde el primer día. A veces me gustaría protegerla de todo, de toda esta mierda, de todos, incluso de ti.

—No tienes por qué protegerla de mí, no va a pasar nada, no me gustan las lolitas.

—Frances no es una lolita. Esto no tiene nada que ver con literatura.

—Hablas con una tristeza —dije mirándolo a los ojos—. Hablas como si la amaras. ¿La amas?

—¿Amor? ¿Quién mierda ama a quién en este manicomio?

—¿La amas?

—El amor es el infinito al alcance de los perros.

—¡Dios mío, la amas, realmente la amas!

La botella de vino estalló entre las manos de ambos. El vino tinto, la sangre.

## SANGRE

«NO LA AMO COMO TÚ CREES. La amo para salvarla». Así me dijo Mario mientras el vino goteaba sobre nuestras manos, ensuciándonos los pantalones. Me puse de pie y sacudí los vidrios. Mario también se paró y se sacudió el pantalón, pero se quedó con una astilla larga, afilada. La miraba sin recelo, con ansiedad. «No lo vas a hacer», le dije. «No lo haré», afirmó. Entonces, mientras el bus rompía la densidad de la noche, Mario empezó a contarme la historia de Frances.

## LA HISTORIA DE FRANCES

«SALIÓ DE SU CASA PERSEGUIDA por un hombre mayor. Se enamoró de un mocoso de su edad, un escritor joven, uno de esos de cuero y muchas drogas, un hijo de papá. Se fueron a vivir a una isla, alquilaron una cabaña, el niño surfeaba y ella se aburría. Tenía catorce años y sus padres no la buscaban. Leía todo lo que se le ponía enfrente, pero sobre todo se informaba. Escribió un cuento que ganó algo y el niño bien, que estaba ebrio y envidioso, la abofeteó en la ceremonia. Ella escapó del muchacho; luego lo encontró de nuevo, pero esa es otra historia. Alguien la ayudó en Caracas; trabajaba de mesera en algún bar miserable. Se enteró de la convocatoria al encuentro y listo, mandó el cuento con que había ganado el concurso, el único que ha escrito en su vida y la invitaron pese a su edad. El cuento aquel, ¿lo has leído? Es estupendo. Vino al CEJ y desde el primer día salió con tipos. Un argentino con cara de Monzón, un par de españoles, de Barcelona y de Bilbao; le quitó el brasileño a la pelirroja. Nada que Barbarella no hubiera hecho. Luego apareciste tú y listo, se enamoró. Y tú te comportas como un cretino con ella, juegas con ella. ¿Por qué lo haces? ¿Por qué demonios te portas así con ella? ¿Acaso lo sabes? ¿Lo sabes, hombre? Dí, ¿sabes qué es?»

—Ñoc, ñoc —contesté.

Mario me observó, asombrado. Luego, bajó la mirada, rendido.

—No lo sabes —dijo—, no tienes la menor idea de cómo se llama tu enfermedad, de por qué carajo actúas así.

—Por vanidad —dije y después callé.

## PAVESE

DICE CESARE PAVESE: «EL AMOR tiene la virtud de desnudar, no a dos amantes uno frente de otro, sino a cada uno de los dos frente a sí mismo».

## EL AMOR DE UN ESCRITOR (LA MÁSCARA DE VERA)

EN EL DESFILE QUE REPRESENTA LA LITERATURA del siglo XX, Vladimir Nabokov tiene un lugar de excepción. Frente a los rostros serios, ceñudos, y los «malditos», llenos de odio y alcohol, Vladimir Nabokov viene a ser un arlequín solitario y, además, un vanidoso y un cascarrabias. Sus novelas están llenas de juegos e ironías pero también de una inteligencia prodigiosa que linda con —y suele sobrepasar sin mayores dificultades— los límites de lo genial. Hijo de una familia de aristócratas rusos de San Petersburgo, en 1917 debió abandonar su país y una fortuna personal (herencia de un tío suyo) de aproximadamente un millón de dólares por la revolución rusa. Vivió su exilio europeo entre Londres, Berlín y París como el escritor más celebrado entre los emigrados, incluso más que el Nobel Iván Bunin. A decir verdad, Vladimir Nabokov como personaje literario nunca fue demasiado atractivo. Era un hombre sin grandes apetitos. Un aristócrata en el exilio, sin títulos y sin fortuna; un alumno regular y desapercibido en Cambridge, un ruso de

éxito literario pero solo entre la comunidad rusa en Europa. Su única pasión, su verdadera obsesión, era algo tan poco adrenalínico como la lepidopterología. Y, por lo demás, tampoco fue un amante exquisito, un don Juan lleno de amoríos. Desde los veinticuatro años estuvo enamorado de Vera, su esposa, la mujer de toda su vida, con un amor infranqueable.

Vladimir Nabokov conoció a Vera, una rusa blanca y emigrada al igual que él, el 8 de mayo de 1923, después de haber sufrido dos pérdidas graves en su vida: la de su padre, asesinado en Europa por razones políticas, y la de Svetlana Siewert, una muchacha con la que intentó casarse pero cuyo padre se interpuso entre ambos porque Nabokov no tenía trabajo estable. Aquel 8 de mayo, Vladimir Nabokov asistió a una fiesta de disfraces en Berlín, pronto partiría a una expedición al sur de Francia donde trabajaría de campesino y aprovecharía sus ratos de ocio para cazar mariposas. En aquella fiesta quedó fascinado por una muchacha que ocultaba su rostro bajo una máscara con perfil de lobo. Le buscó conversación. Nabokov era conocido por aquel entonces como V. Sirin, un poeta de cierta fama entre los emigrados. La muchacha reconoció al poeta, que no llevaba disfraz, y le hizo saber que había leído sus poemas y que le parecían «encantadores», aunque señalaba que aún estaba en proceso y su talento no se desplegaba por entero. Además, le dijo que había asistido más de una vez a algunas de las lecturas públicas que V. Sirin daba para los rusos blancos. Halagado, Nabokov quiso que la muchacha mostrara su rostro, pero ella se negó. Decidió, así, mantener el suspenso durante largo rato, manteniendo al poeta junto a ella no por su atractivo físico, sino por el poder y la fuerza de su conversación. El ansia de mirar el rostro de quien tan bien conocía su poesía y, además, se mostraba en la conversación tan aguda y sagaz como el lobo que representaba su máscara, hizo que Vladimir cometiera un acto poco honorable. En un momento de la noche, sin respetar el deseo de la muchacha de no identificarse, Vladimir la siguió cuando ella salió al balcón

para tomar aire. Protegida por las sombras nocturnas, Vera se sacó la máscara. De pronto, un toque en su hombro desnudo la hizo voltear. De este modo, Vladimir vio por primera vez el rostro pálido y los enormes ojos de Vera Evséievna Slónim.

Este primer encuentro fue suficiente para que el joven poeta escribiera, mientras estaba en el sur de Francia (en Domaine-Beaulieu), un poema llamado *El encuentro*. No era raro que Sirin convirtiera todas las cosas que le ocurrían por entonces en poemas. Sin embargo, *El encuentro* es especial por dos detalles: el epígrafe del poeta ruso Alexander Blok: *encadenado por esta extraña proximidad...* y unos versos que decían: *Y bajo los castaños, a lo largo del canal/ pasabas tú, atrayéndome de soslayo/ ¿Qué distinguió en ti mi corazón,/ cómo me conmoviste así?* Vladimir Nabokov, ciertamente, era un joven lleno de romanticismo y muy enamorado. Pero en este poema transmite una especie de profecía, una certeza profunda y aún no vislumbrada claramente, de que Vera será algo más que un amor pasajero. El poema concluye con una verdad sincera y una duda sembrada: *Mi corazón ha de seguir viajando/ Pero si has de ser mi destino...*

Durante el tiempo que estuvo de viaje, Nabokov se dio con la sorpresa de que en la misma revista donde él publicaba sus poemas, Vera firmaba traducciones de refranes y cuentos populares de un autor búlgaro. Allí, el escritor publicó su poema *El encuentro*, lleno de indirectas y guiños a la colaboradora. Desde entonces empezaron a cartearse. Hasta que un día, el 29 de julio, se publicó en el mismo número de la revista un poema de amor de Sirin y una traducción de Vera de un cuento de Poe llamado *El silencio*. Ambos textos, declaraciones de amor cada uno a su manera, estuvieron firmados por las siglas V. S., que identificaban por igual a Vladimir Sirin como a Vera Slónim. Los jóvenes literatos se prometieron amor públicamente, en verso y prosa, a través de la revista. La magia que surgió desde el momento en que Vera se ocultó bajo su máscara de lobo siguió presente en el desarrollo de esta fantástica



correspondencia. Cuando Vladimir volvió a Berlín, fue a buscar a Vera sin necesidad de explicar nada.

Vera era una muchacha inteligente, con una memoria prodigiosa; podía aprender poemas enteros en quince minutos. Su carácter pesimista y su voluntad firme e insobornable la hacían una mujer complicada. Se decía que llevaba una pistola en Berlín para atacar a quienes la insultaban por judía. Para ella el honor era algo que debía defenderse antes que todo. Nunca se supo de alguna queja suya cuando Vladimir, siguiendo las costumbres de la aristocracia rusa, propuso batirse en duelo con los periodistas y críticos literarios canallas que lo insultaban sin razón. De no haber sido ese el carácter de Nabokov, ella se habría decepcionado. Además, vivía fascinada por la impresionante soberbia y arrogancia de su esposo, su arrolladora confianza en sí mismo. Él nunca dudaba en declarar que era un genio o en decir que la mayoría de escritores célebres (Thomas Mann, Joseph Conrad, Hemingway, entre otros) no eran sino una banda de ignorantes, vacíos y llenos de trucos. Vera quería un ganador, un individualista, un hombre que solo viviera para quienes amaba y que despreciara el siglo XX con fina e intransigente ironía.

Para las feministas contemporáneas quizá el caso de Vera sea poco digno de mención. Ella se dedicó por completo a su esposo. Se dice que tipeaba sus obras —él nunca aprendió a hacerlo—, corregía su estilo, traducía sus escritos, soportaba su mal humor y sus innumerables caprichos, era su administradora, su ayudante de cátedra en Cornell, su asesora jurídica, su bibliógrafa, su secretaria, su agente y hasta su chofer porque Vladimir odiaba manejar. Además, le tenía una admiración absoluta, sin condiciones, y no se permitía dudar de su genio. Alguna vez, estando en la miseria, se le encargó a Vladimir la redacción de una gramática. El trabajo, bien pagado, era absurdo e insultaba la inteligencia de su esposo. Por eso ella decidió hacerlo, mientras Vladimir se dedicaba a escribir en serio. No fue, por cierto, la primera vez que trabajó a fin de que

él tuviera tiempo para escribir. Y cuando murió el novelista, no aceptó ninguno de los tributos que, como viuda, se le ofrecían. Nunca consideró que su labor era importante para la obra de su esposo. «Cuanto más fuera me deje usted, más se acercará a la verdad», le dijo, tajante, a un biógrafo de Nabokov. Su entrega fue tan absoluta como discreta. Siempre estuvo orgullosa de que su esposo no la hubiera elegido como modelo y hubiera tenido «el buen gusto» de no meterla en sus libros.

Sin embargo, ella está ahí. En aquel «tú» que aparece mencionado al final de las memorias de Nabokov o en su novela *¡Mira los arlequines!* En aquella imagen de Ada, a los noventa años, apuntalando los comentarios de su hermano y amante Van Veen. Y, sobre todo, en el tierno, intenso y contundente pórtico de *todos* los libros de Vladimir Nabokov que siempre tienen la lacónica dedicatoria *A Vera*.

Ella le ofreció a Nabokov una joya impagable: su vida. Él quizá no pudo darle lo mismo a cambio pero sí le ofreció lo más bello que tenía: toda su obra.

## EL CIGARRO

FUI A BUSCAR A FRANCES A RAYUELA, su cuadra. La encontré sola, leyendo y subrayando un libro de Alejandro Rossi, *Manual del distraído*.

—¿Qué sucedió ahí? —le pregunté a Frances.

—¿Ahí dónde?

—Ahí, en la mano.

—Ah, ahí... el cigarro.

—¿Te apagaste un cigarro en la mano?

—Estaba triste.

—¿Por mí? ¿Te apagaste un cigarro por mí? Oh, pequeña, mi pequeña, mi pequeño amorcito.

—*Mi pequeña*, vaya frase de telenovela. Me llamas *pequeña* y aun así tiemblo como si dijese algo grave, algo realmente trascendente. Me llamas *amorcito* y me desnudas, como si me descubrieran por primera vez. En vano los libros que leí, en vano la literatura. Escribes libros y, sin embargo, tan solo se te ocurre llamarme *pequeña*, y me gusta. Pero, ¿por qué me llamas *pequeña*? ¿Acaso me amas?

—No sé si te amo, solo sé que eres tan pequeña.

—¿Por qué seremos tan pobres con las palabras? ¿Por qué seremos tan indefensos que jamás sabemos qué decir cuando se deben decir las cosas? ¿Por qué solo hemos aprendido a callar?

## TODOS SOMOS MADAME BOVARY

HACIA EL FIN DE *MADAME BOVARY*, la genial novela de Gustave Flaubert, Rodolphe se ha cansado ya del juego romántico de seducción que, para su placer egoísta, ha iniciado con Emma. Las palabras y reclamos sentimentales de esta han empezado a aburrirle y aquel ardor que antes lo había encendido ahora le parece solo una serie de frases banales oídas en mil bocas distintas, que nada tienen detrás: pura palabrería sensiblera para almas pueriles. Una vez percibido esto, el narrador sale en defensa de su protagonista. Recordemos que es un narrador omnisciente que, según se acostumbraba en el XIX, solía intervenir, interrumpiendo el flujo de la narración, para opinar sobre la trama o acerca de sus personajes (por cierto, nunca con tanta pertinencia y belleza como en las novelas de Flaubert). Pues bien, cito el fragmento:

«[Rodolphe] pensaba que no había que hacer caso de frases exageradas que no ocultaban sino afectos mediocres; como si la plenitud del alma no se derramase a veces en las frases más vacías, ya que nadie puede expresar jamás la medida exacta de sus anhelos, de sus concepciones, o sus angustias; porque la palabra humana es como un caldero cascado que golpeamos para hacer bailar a los osos, cuando lo que queremos es conmover a las estrellas».

Es una defensa de la pobre Emma, evidentemente, y de las pocas posibilidades que tenía para ser poeta con sus palabras, para decir algo sorprendente o bello; esta incapacidad era, injustamente, calificada de mediocridad por el descorazonado de Rodolphe. No, Emma podía no ser una poeta pero sí era una mujer frágil, con intensos sentimientos, que amaba sinceramente a ese miserable que la juzgaba, con mezquindad, por sus frases y no por sus emociones. Pero lo mejor de la cita es que, de soslayo, casi sin querer, el narrador defiende a otra criatura igual de débil e indefensa que Emma: el mismo autor. Porque aunque Flaubert era un gigante, de estatura y de trascendencia, frente a la literatura se sentía igual de indefenso que su Emma, igual de indefenso que todos los que alguna vez hemos osado escribir algo, poniendo toda nuestra vida y talento en aquello que no es sino una lotería, un juego en el filo del abismo, una apuesta en palabras que no sabemos si lograrán conmovier a la estrellas, finalmente, o si solo servirán para hacer que bailen los osos.

El narrador se compadece de Emma, luego de Flaubert y después de nosotros mismos. Una piedad compartida que, ascendiendo en sentido inverso, hace que los lectores nos compadezcamos de Flaubert y luego de su Emma. Una genialidad, desde luego, que nos hace identificarnos con Emma y odiar a Rodolphe. Y es que Madame Bovary, en efecto, era Flaubert, pero también todos nosotros. Al fin y al cabo, todos somos Madame Bovary.

## EL MANIFIESTO MORILLO

DESPUÉS DEL VIAJE A GRANADA y de la visita a la Alhambra y a la casa natal de Lorca en Fuentevaqueros, se inició la tercera y última semana en el CEJ. Todos estábamos agotados. Habíamos subido de peso y no podíamos más con los nervios. Frances seguía convencida de que un tipo de gabardina la seguía. Yo le conté que la descripción que me daba me hacía recordar a un personaje extra-

ño que paseaba por las calles de Dublín en el *Ulises*. Según Nabokov, aquel extravagante era el mismo James Joyce, metido como una marca de agua en su novela, así como Velázquez se introducía en sus cuadros. La alusión literaria no le daba risa a Frances; estaba realmente preocupada.

La pelirroja nos felicitó al vernos tomados de la mano, entrando a la sala de conferencias. Ella había discutido esa mañana con su andaluz, pero estaba segura de que se reconciliarían por la tarde. El hombre, dijo, es tan testarudo que parece gallego más que andaluz. Los venezolanos se habían vuelto hombres sombríos; sobre todo uno de ellos, a quien se acusaba de haber violado al poeta rosarino adorador de Pizarnik. La verdad era que ese muchacho no había vuelto a aparecer por el encuentro. Los centroamericanos habían decidido organizar fiestas en todos los cuartos, mientras los uruguayos hacían visitas a los cementerios, donde elaboraban curiosas tertulias góticas. Los argentinos, abotagados, se veían frustrados y hablaban de regresar al país de inmediato. Un colombiano había querido suicidarse y una ecuatoriana se había agarrado a golpes con una poeta chilena de ojos azules, quien, en el suelo, demostró tener unas piernas hermosas. Aut estaba desesperado, a un paso de vestirse con la moda de Poliéster, mientras que a Nunquam se le notaba agotado pero satisfecho, aunque a veces, por debajo de la máscara de serenidad, se le resbalaba una expresión angustiada.

Los organizadores habían decidido que esa semana, además de las actividades cotidianas, nos propusiéramos hacer un manifiesto que sería el Manifiesto Morillo. Estaban seguros de que de ese grupo saldrían auténticos talentos y querían aprovechar la circunstancia para obligar a sus integrantes a firmar algún documento que atestiguara su paso por el CEJ y justificara la inversión. Discutíamos en el salón de eventos la impertinencia de ese manifiesto, además de la imposibilidad de unificar ideas. Los venezolanos tenían varias, los centroamericanos querían hablar de política y de



compromisos, y los argentinos habían redactado un decálogo —a modo de manifiesto— donde se citaba a Nietzsche y a Habermas, a Lautremont y a Breton, a Thackeray, a Lugones y a Borges. Un grupo multinacional y mixto —que por ello mismo se sentía con más derecho y cuyos miembros estudiaban o enseñaban en Estados Unidos— quería introducir aspectos de la teoría de los géneros. Se habían creado, además, dos cuadrillas de vanguardia. Una, organizada por un James Dean valenciano que había intentado seducir a la pelirroja y había terminado en la cama con Barbarella. Ellos proponían una literatura que mezclara la física cuántica, Internet y la genética, según la cual se podía hablar de vocaciones químicamente puras que explicaban el proceso creativo y la capacidad artística, además de consideraciones sobre el éxito, el dinero y hasta la fortuna. La otra camarilla estaba organizada por unos curiosos mexicanos que trataban de convencer a todos de que había que volver a las fuentes, al arte africano, a las máscaras cubistas y al *collage*.

Todos los escritores jóvenes pugnaban por hacer prevalecer su manifiesto, dando de alaridos y arañazos alrededor de la sala, cuando entró Mboma. Así lo llamamos Mario y yo, en homenaje a Patrick Mboma, el gigante camerunés del *Winning Eleven 4*. Era un hombre realmente inmenso, con un pelo crespo pero ya canoso, con una mirada bulliciosa que, cuando hablaba, ocultaba bajo sus párpados negrísimos. Mboma era el único escritor africano que realmente había conseguido éxito en Europa pese a que sus obras no presentaban el previsible costumbrismo, la explicación didáctica de árboles y leones, safaris y escopetas, hambrunas y soldados norteamericanos. En sus obras ni siquiera había calor. Sus cuentos, sus obras de teatro y sus novelas transcurrían en una ciudad gris, en un clima templado, con un perpetuo disco rojo en medio del cielo. Si hubiera sido necesario compararlo con algo, aquello serían los cuadros de De Chirico. Así de geométrico, así de distante y melancólico era el mundo de Mboma. Pero en su rostro no

había melancolía sino más bien una felicidad impresionante. Tomó asiento en su lugar y, en vez de saludarnos y presentar el tema de la semana (*La literatura y el exilio*), nos dijo, con voz atronadora pero obviamente divertida, que mejor cada uno hiciera su propio manifiesto y se acababa el pleito. Mboma vestía con una camisa militar y tenía zapatos de escalador. Golpeó la mesa mientras reía a carcajadas por su ocurrencia, que demoró en ser celebrada por los jóvenes. Sus dedos podrían haber sido mis piernas. Había en su risa, además, algo sibilante, de cobra.



## *De nada, Urdanivia*

### 1

UNA DE LAS PRIMERAS COSAS que Verónica, aún adolescente, hizo cuando aprendió a manejar uno de aquellos sofisticados programas para trabajar con fotografías en su G4 fue el retoque de una foto en la que dos escaladores resistían para no caer por una quebrada. Uno de ellos, el mejor afirmado, se mantenía cogido a una sogu y estiraba un brazo casi titánico hacia el otro, un tipo delgado aferrado con las uñas pero que, aún así, lograba estirar con esfuerzo su brazo para alcanzar al compañero. Las manos estaban así, sin tocarse pero con los dedos muy próximos, en una versión gimnástica y dramática de *La creación* de Miguel Ángel. Lo único que Verónica, principiante todavía, había cambiado en el retoque eran los rostros de los montañistas. El del hombre titánico había sido trocado por el de Urdanivia, su padre, y en vez de la cara del tipo delgado había colocado una mía, de muchacho, con los ojos muy abiertos y expresivos, que aún ahora no descubro de dónde pudo haber recortado.

LA LUNA, PROYECTADA SOBRE LA ACERA, creaba lagos navegables. Caminaba tratando de no pisarlos; vana, insondable, abúlica superstición. Lima había cambiado pero seguía siendo fea. Una ciudad apenas sostenida por un clima, por la sensación de un aliento a las espaldas, por cierta vibración que la recorre de lado a lado, como si fuera una ciudad encerrada dentro de una campana. Se trataba, pues, de no pisar las manchas de la Luna ni las rayas de las aceras. Apenas algunas tardes de soplido atrevido salvaban la existencia aburrida en Lima. Cuando fui joven y delgado pasé casi desapercibido por las calles; si no un claxon o el frenazo de un auto a punto de arrollarme, el codo de un transeúnte apurado era lo único que me singularizaba de vez en cuando en el montón. Ahora, viejo, calvo, obeso, imposible pasar inadvertido para los limeños que voltean a mirarme con escándalo o con sorna. Quizá por eso una amiga de las de antes, de las que uno no ve desde la universidad y a quien jamás debería volver a ver, me dijo alguna vez que me había vuelto distinguido y hasta mencionó a Marlon Brando en el piropo. El piropo espontáneo de una dama es algo inusual en la naturaleza de las limeñas, por lo que deduje de inmediato que, a diferencia de lo que ocurría en Europa, en Lima mi obesidad me había relegado irremediablemente dentro de la carrera sentimental. Pese a lo que puede pensarse, el alivio fue inmediato: no más juegos verbales, no más suspicacias, no más verdades a medias, no más absurdas máscaras de carnaval para convencer al otro, no más sonrisitas ni criptografía adolescente. Las mujeres no me querrían nunca más, no se tomarían ninguna molestia conmigo, así que ya no valía la pena insistir, preocuparse o desasosegarse. Por otro lado, me preparaba para la dádiva de muchos piropos en el futuro, dedicados a aquel gordito tan agradable que se desliza sin precedentes por el tobogán de la madurez hacia la elegante senilidad, por fin.

Pero el exilio sentimental excita la imaginación. Desde entonces, las calles se han poblado de lunares en las piernas; de pezones sonrosados con aureolas violetas; de vellos púbicos breves, dorados, recortados; de nalgas vibrantes que cabrían en la palma de mi mano; de espaldas arqueadas donde apenas se notaba, como un resplandor, un camino de minúsculas pilosidades como ordenadas hormigas bañadas por un fagonazo de luz planetaria. Por eso, cuando aquella tarde Verónica vino a visitarme, tuve que dejar caer mi cabeza como una plomada oscilante, sin intermedio desde las botas masculinas que se habían puesto tan de moda entre las chicas esa temporada hasta los lentes con marco de baquelita que me recordaban a los del Urdanivia joven que había conocido en un taller de literatura hacía —los dedos de mi mano derecha se abren y se cierran sin ponerse de acuerdo—, en fin, años. Esos extravagantes cabeceos eran la única forma de evitar detenerme en la cintura de Verónica, en sus piernas, en la hendidura de los senos, e integrarla como una serie más de piezas en mi harem de fragmentos femeninos. Verónica, inocente de todo aquello, iba de frente al centro del asunto que la había convocado a mi casa. Venía a confesarme que su padre me extrañaba mucho, pero que ese testarudo era demasiado orgulloso como para hacer una llamada y decírmelo por teléfono. Me pedía que, por mi parte, yo sí fuera sensato, que dejara de lado esas tonterías de resentimientos, que ya no éramos unos niños, caramba, que nos amistásemos de una buena vez. Yo movía la cabeza, incómodo, rechazando en silencio cada una de sus frases, consejos, recriminaciones con el índice levantado. No dije ni una palabra, o acaso dos, para ofrecerle un té frío o decirle *gracias* por un *salud* suyo después de uno de mis estornudos prodigiosos que, por cierto, me dio la ocasión de perder mi cara por un minuto en un pañuelo inmenso que saqué del bolsillo trasero de mi pantalón (inmenso y demasiado sucio; me avergoncé después al volver a introducirlo en el bolsillo que no debió de abandonar jamás frente a Verónica). Luego de casi una



hora, Verónica se puso de pie, también yo, y su mirada se elevó imperceptiblemente por encima de mí cuando se despidió, llamándome tío.

Estando solo, dejé que se desataran los recuerdos. Y lo hicieron con inusitada fuerza, dejándome inerte por horas en el mismo sillón donde caí después de cerrarle la puerta a Verónica. Y así me mantuve recordando hasta la noche, cuando al fin pude levantarme, coger un abrigo y salir a caminar bajo la Luna, con mi cargamento de melancolías, nostalgias, emociones, supersticiones.

### 3

URDANIVIA Y YO NOS HABÍAMOS PELEADO por una tontería, en efecto. Él, hacía ya varios años (más o menos por la época en que yo había regresado de Europa), pasó por una pésima situación económica y tuvo que pedirme un poco de dinero prestado. No fue mucho. Me pidió solo quinientos soles para terminar de pagar una deuda que lo tenía atravesado desde hacía meses. Le presté el dinero dentro de un sobre manila oscuro muy bello que había comprado en Roma, ciudad de hermosas papelerías. No sé por qué razón pensé que ese detalle estético haría menos doloroso, para él, el acto de pedirme dinero. Fueron quinientos cincuenta soles dispuestos simétricamente: uno de doscientos, dos de cien, tres de cincuenta. Antes había pensado en optar por algo artístico, como entregárselos en una combinación de colores, pero los colores de los billetes de ese entonces eran incombinables. Cuando Urdanivia abrió el sobre, le hice notar la simetría, diciéndole que le traería suerte. Sonrió apenas, dejó constancia de que había cincuenta soles de más y volvió a guardar los billetes. «Te los voy a pagar a fin de mes», me dijo. Yo le contesté que no se preocupara, que lo viera más bien como un regalo. O que, al fin y al cabo, si igual quería devolvérmelos, me comprase algún libro bonito. Urdanivia intentó ofenderse, luego justificar su mala suerte económica y, final-

mente, halagarme diciéndome que me los había pedido a mí y no a Esteban —el millonario del grupo— porque me tenía más confianza. «Hazme un favor», repliqué, «no hablemos más del asunto». Así se hizo, y nos fuimos a tomar *unas cervezas*, como decía Urdanivia siempre que estaba demasiado triste y quería instalar la ficción lingüística de que no pasaba nada, de que todo era pasajero y sin importancia y de que pese a los años transcurridos aún éramos unos chicos listos, unos pichones de barrio. No volvió a mencionar aquel dinero ni a pedirme un nuevo préstamo jamás; aunque sospecho que sí le pidió uno muy grande a Esteban, pues un día hizo una inversión fabulosa que lo tuvo nervioso durante varios meses hasta que descubrió que el negocio era un éxito y desde entonces se permitió vivir en una bonanza que incluyó —además de un auto nuevo con demasiadas lucecitas navideñas y aristas cromadas para mi gusto— largos veraneos en un departamento frente a la playa, que primero alquilaba y luego compró.

Un día, muchísimos años después de toda aquella historia, llegó a mi casa, sacó un sobre manila y me lo entregó con gran expectativa. Dentro del sobre, que abrí con curiosidad, se encontraban los quinientos cincuenta soles. Y no solo eso sino que incluso estaban ordenados estrictamente: uno de doscientos, dos de cien y tres de cincuenta (que, imagino, entonces le fueron muy difíciles de conseguir). Me quedé perplejo con los billetes en mi palma, con la vista fija en ellos. Súbitamente, levanté la mirada para encontrarme con los ojillos brillantes y divertidos de Urdanivia.

—¡Esto es una burla! —dije indignado.

—No, no es una broma —replicó con inocencia—. ¿No te acuerdas ya? Me los prestaste hace más de diez años. Una deuda pendiente, mira, recién te la cumplo. Pero en el mismo orden que me los diste, además. No sabes el esfuerzo que me costó... pero, ¿qué te parece la sorpresa? Seguro ya les habías echado tierrita.

—No dije *broma* sino *burla*. ¡Burla! No te hagas el tonto.

—¿Perdón?

—Que sí —continué perturbado—, que es una burla. Cuando yo te presté esa plata era mucho más que ahora. Con esto, actualmente, no podría comprarme ni una cajetilla de cigarrillos.

—Ah, era eso —suspiró aliviado Urdanivia—. Está bien, está bien. Pero ¿qué puedo hacer, pues, primito? La devaluación.

Era evidente que Urdanivia pensó que todo era parte de una broma. Me palmeaba la espalda y sonreía sinceramente. Le quité con violencia la espalda, poniéndome fuera de su alcance.

—Qué devaluación ni qué puta madre. Lo que pasa es que primero te haces el millonario y ahora te quieres hacer el chistoso. Pero solo eres es un jodido tacaño de mierda.

—¿Judío? —ensayó la última broma Urdanivia.

—¡Jodido! ¡Tacaño jodido!

—¡Carajo! —explotó al fin—. Tú estás loco. Esto era algo simbólico, huevón. Lo que pasa es que te has vuelto un viejo gruñón. Pero yo no tengo por qué soportarlo. No puedo creer que esto esté pasando. Pero bueno, si lo que quieres es tu plata...

Hizo el ademán de sacar su billetera.

—¡No! —grité, apretándole la mano—. No te atrevas. Primero me insultas y ahora me quieres ofender dándome plata. No soy un pordiosero.

—¡Putra madre! ¡Quién carajo te entiende!

—Nadie. Nadie me entiende. Y ahora lárgate de mi casa, víbora, víbora tacaña, ándate; cómete todo tu dinero y revienta.

Urdanivia, que por aquel entonces, dorado por el dinero, estaba disfrutando de una segunda juventud, se puso de pie con un salto atlético y salió de la casa dando un portazo que ya quisiera yo, a mi edad.

#### 4

DE AQUELLO TAMBIÉN HABÍAN PASADO varios años; no tantos, pero años. Quizá dos. Sabía de él por Esteban, y supongo que, a través

del mismo conducto, él sabía de mí. Antes del último encuentro con Verónica, yo había visto media docena de veces y en un par de oportunidades a su esposa, Carmen, pero siempre por casualidad. Pero a Urdanivia jamás, ni en pendencia de perros, como dicen en Moquegua. Con los años, sobre todo después de la muerte de Graziela, que me obligó a ir a Europa por última vez, mi capacidad de odiar se había vuelto tan intensa como antes la de amar. La literatura, entonces, solo me provocaba un bostezo matizado por alguna melancolía; pero me afanaba profundamente en menospreciar, mezquinar, ningunear, odiar y hablar mal de los demás. Aunque no me gustaba mi nuevo carácter, no creo tener demasiada culpa en eso pues, creo, la mayoría de gente es estúpida y se lo merece. Pero quizá podría ser más condescendiente, menos intolerante o menos efusivo en mis odios. El problema es que jamás, ni aun de viejo, supe ni pude trocar mi pesimismo en uno de esos cinismos amables, que me hubiera hecho sonreír a los imbéciles en vez de imprecicar contra ellos rabiosa y prolijamente. La verdad, por cierto, era que en los últimos años me sentía muy cansado y sin ganas de nada, y solo mascullar mis rencores y airear mis cóleras le daba un poco de electricidad y movimiento a mi vida. Por lo demás, tenía y aún tengo la convicción, la absoluta certeza más bien, de que detrás de ese gesto simbólico de Urdanivia se ocultaba una irreprimible tacañería. Y como las certezas suelen ser más dañinas que las verdades, cada vez que asomaba una leve nostalgia por el amigo perdido, de inmediato algo dentro de mí se sublevaba contra la melancolía y gritaba con las manos cubriéndome el rostro, gritaba un gemido doloroso y en silencio dentro del cuarto donde pasaba mi vida viendo televisión o leyendo libros sentado en un sillón que ya empezaba a oler a alcanfor; gritaba, digo, que ese desgraciado se fuera a hacer gestos simbólicos a su vieja y a mí me dejara de joder de una buena vez.

UN SOPLO REPENTINO, QUE PARECÍA DESLIZARSE de la misma Luna, cambió repentinamente el paisaje de aquel paseo. Mi estado de ánimo, tormentoso desde la visita de Verónica, se había despejado y se volvió singular. Al principio, pensé que era la indiferencia al fin llegando a mi vida. Pero luego descubrí algo cálido dentro, que pugnaba por coger ligeramente, con la punta de los dedos, la punta del corazón. Tomé asiento en la banca de un parque, respirando con agitación de viejo y exhalando dolorosas bocanadas de vaho; pero en realidad no me sentía viejo. Era algo distinto, algo nuevo o, en todo caso, inusitado. La palabra exacta era *enternecido*. Me sentía enternecido. Empecé a recordar miles de historias con Urdanivia, una vida entera o varias vidas más bien junto a él. Cada cosa me hacía sonreír, hacía que mis ojos se llenaran de lágrimas, que un ligero temblor estremeciera mis labios. Me sentía sobrecogido por ese súbito desfile de recuerdos añorables. Me sentía casi como un mendigo, solitario pero que, feliz por estar cobijado con una colcha regalada por la Cruz Roja, por un fuego encendido dentro un tarro de lata y por un pan entre las manos, decidía mirar hacia el cielo y decir que la vida era realmente bella.

El estado de iluminación duró unos minutos antes de desvanecerse. Me levanté de la banca, sacudí mi ropa, sobre la cual habían caído algunas pajillas, pelusas y polvo desde un árbol, y antes de ponerme a caminar de nuevo dije en voz alta, pero para mí mismo:

—Se muere este cojudo. Se muere.

LO MALO DE LA CASA DE URDANIVIA es que es ubicua. Imposible no toparse con ella cuando uno está paseando sin ninguna segunda intención. En fin, la cuestión es que apenas salí del parque y me dirigía hacia mi casa, terminé frente a su puerta. Toqué débilmen-



te, por cumplir, esperando que no me abrieran. Pero ahí estaba presta para abrirme Verónica, que contestó antes aun de que el timbre terminara de sonar. Seguro estaría esperando a algún enamorado. Como fuera, terminé en medio de la sala, atendido por Carmen, su madre, mientras Verónica, que se alegraba mucho de verme, se introducía por el pasadizo para decirle a su padre que yo había venido a visitarlo.

Luego de un breve forcejeo, del que a mí me llegaban solo el eco y las resonancias, salió Verónica triunfante y me dijo que Urdanivia iba a recibirme. Entré pateando un macetero que interrumpía el camino del pasadizo y tropezando con una alfombra que los Urdanivia deberían clavar al suelo con dos pares de tachuelas.

La atmósfera del cuarto estaba saturada. Olía a alcohol y remedio. Las ventanas y el tul de la cortina cerrados. La decoración era franciscana. Quizá podría calificarse de *agradable*, si no fuera porque era la habitación de una persona en tránsito, un enfermo terminal, un casi muerto. Urdanivia estaba delgadísimo, metido dentro de la colcha que le cubría hasta el mentón. Sus manos, sin embargo, estaban fuera, a ambos lados, y se veían pálidas como su rostro. No había perdido mucho más pelo desde la última vez que lo había visto, pero sí se habían delineado sus cachetes. Podría decirse que Sancho Panza, despojado de su malicia, estaba sacando al cadavérico Quijote que llevaba dentro, por voluntad de un microbio cómodamente alojado en su intestino delgado, según pude entender.

Al principio no me habló. Ni siquiera me miraba. Tenía el rostro volteado hacia un jardín enorme, donde Carmen paseaba distraída, pisando las margaritas que pretendía haber ido a regar, por tratar de mirar hacia la habitación. Tomé asiento en una silla que, pude sospechar, servía para que una enfermera le tomara la presión o para que Verónica o Carmen vinieran a hacerle compañía. Reconocer la utilidad de ese asiento hizo que me estremeciera.

Apenas si pude contener una lágrima. Como siempre, es el alma de los objetos lo primero que me habla de los demás, lo que denuncia los secretos y publica las intimidades. Puse las manos sobre los muslos y le dije cosas banales; insistí en que estaba de paseo y me acordé de que vivía cerca; le dije que lo veía mejorado.

—¿Qué fue a decirte Verónica? —atacó él.

—No seas susceptible; ella no me dijo nada.

—No sé qué demonios te haya dicho esa mocosa, pero sea lo que fuere no quita el hecho de que no tenemos nada que decirnos.

—Te has convertido en un viejo testarudo. Ya sabía yo que eso te iba a pasar.

—Vete al diablo.

—Qué malcriado. ¿Sabes? No necesito esto. No necesito que nadie me bote de su casa. Yo tengo mi casa y yo solo me puedo botar de ella si quiero.

Por un momento, la expresión de Urdanivia rejuveneció asaltada por una sonrisa.

—¿Te has dado cuenta de lo que estás diciendo? —exclamó—. ¡Es absurdo! ¡No tiene sentido!

—Ah, ya salió el gran lingüista... anda, Ph. D., recrimíname por no haber terminado la carrera.

—Eso es cosa tuya, yo jamás te he sacado en cara nada —replicó Urdanivia, sin dejar de mirarme con ojos adolescentes—. Además, yo te quise ayudar a terminar. No tengo la culpa de que seas un paranoico.

—¡Devuélveme la plata que me debes, maricón!

—¿Así que paranoico? Yo no te debo nada. Pero si quieres, anda y dile a Verónica que te dé el carro. Total, aquí nadie maneja ya.

—No quiero regalos. Y tampoco quiero seguir aguantando tu grosería. Gracias y adiós.

Me puse de pie y le di la espalda. Jamás persona alguna sobre la Tierra ni el gringo aquel sobre la Luna ha dado tan lentos los tres pasos que lo separan de una silla hacia una puerta.

—Oye —gritó él de pronto, mientras giraba el pomo de la puerta—. Sea lo que fuere que pienses, te aseguro una cosa: no voy a morir.

Salí hacia la sala sin contestarle. Verónica, nerviosa, haciendo tronar los dedos de su mano izquierda, me esperaba con las cejas levantadas.

—¿Cuánto? —le pregunté.

—Dos meses —respondió ella.

7

¿PUEDO CONFESAR QUE ESA NOCHE, en casa, al contemplarme en el espejo, por primera vez en muchos años me gusté? Mis manos aún enrojecían miserablemente o me sudaba la palma cuando me dolía el estómago y los dedos estaban torcidos. Además, por más que me esforzaba en aparentar con perfumes o tabaco, no podía evitar el olor a naftalina de la vejez. Sin embargo, esa noche me gusté; me encontré guapo. Mejor aún, interesante. Con un ojo levantado, una mirada de águila, un gesto a lo Samuel Beckett con los ojos profundamente sabios, intensamente azul cobalto. Pensé que aún podía dar guerra con alguna muchacha, si hubiera tenido que darla.

Por lo demás, desde aquella vez no pasaban dos días sin que fuese a visitar a Urdanivia. Me sentaba junto a él, almorzábamos juntos, salíamos a su jardín de vez en cuando. Dos meses había dicho Verónica, pero los muchachos de ahora no saben nada de aritmética ni de literatura por cierto. Felizmente, desde la muerte de Paulo no tuve más cuervos. Urdanivia estaba durando un año y cada vez me parecía más seguro que lo único que mataría a este testarudo, como a un Esquilo contemporáneo, sería una lluvia de tortugas en la cabeza. Carmen a veces entraba al cuarto, pero la mayoría de ocasiones prefería quedarse tonteando en la sala de estar y desde ahí, aprovechando que la ventana del cuarto y la del salón eran peculiarmente estrábicas, espiarnos. Verónica tenía una

vida social muy activa. Sus amigas y amigos pasaban por la puerta de la habitación con su ofensiva belleza. Pasaban por encima de mí sonámbulas, con su andar flemático de fiera de circo. A mí nada de eso podía importarme. Visitando a Urdanivia había descubierto la manera de hacer garuar sobre mi espíritu pequeñas felicidades. Por ejemplo, tratando de adivinar en las manchas de humedad de las paredes de su casa o en el perfil de alguna nube una maldad del diablo o el pasatiempo de algún dios. O también, dándole una generosa propina a un mendigo carilampiño que extiende la vara de sarmientos de su mano cada vez que desvíó mi camino, de regreso de la casa de Urdanivia, y paso por una iglesia.

—Que Dios se lo pague, caballero —dice siempre el sujeto arrugando los billetes y escondiéndolos.

—De nada, Urdanivia, de nada —digo yo, humildemente agradecido.



## GIMNASIO MENTAL

YO

Este Mboma es harina de otro costal. A mí me encantan sus obras.

MARIO

A mí también me gusta lo que escribe. Es extraño, es como una película de Ozu; no sé si las has visto. En sus obras no solo pasan pocos acontecimientos, sino que incluso aquellos que suceden se repiten hasta el cansancio.

YO

Estás descuidando la marca. No debiste poner a Hierro en vez de Thuram.

MARIO

A mí me gusta variar, ser imprevisible.

YO

Y a mí me gusta meter... ¡Gol! Eso es lo que me gusta... ¿Qué me dices? ¿Necesitas que te lo repita desde la cámara aérea?

MARIO

Sí que has aprendido a jugar. Ese pase no me lo conocía.



YO

He aprendido a jugar con Bergkamp, eso es todo. Es más difícil que la mayoría, pero una vez dominado, es invencible.

MARIO

Vamos a ver... así que Mboma, ¿no? Qué curioso que haya aceptado venir.

YO

A mí no me llama la atención. Parece un aventurero.

MARIO

No creo que sea como Spinoza, que pidió un fax y fruta fresca.

YO

Parece que el pequeño andaluz de la pelirroja quiere venir a jugar *Winning Eleven 4* con nosotros.

MARIO

De ninguna manera. A no ser que quieras golear rico a alguien.

YO

Sí, a ti....

MARIO

¡Uy! Ese pasó cerca...

YO

Qué tal balazo, ¿ah?

MARIO

Verón... Nueve de *shoot* si no me equivoco. ¡Maldito, tienes un equipo estupendo!

YO

Bueno, no me has dicho nada de los cuentos. ¿Leíste el de Urdanivia?

MARIO

¿De nada, Urdanivia? Sí, lo leí.

YO

Te confieso una cosa: ese cuento lo mandé a un concurso. Y no ganó. Casi abandono la literatura, hombre.

MARIO

Solo a un crédulo como tú se le ocurre... que pase esta jugada...

YO

¿Se le ocurre qué?

MARIO

No sé qué me pasa, caramba, estoy que disparo afuera nada más. Creo que has hecho un pacto con el diablo.

YO

¿Se le ocurre qué?

MARIO

¿Nerviosito eres? Pues nada, que solo a un tonto se le ocurre mandar algo a un concurso.

YO

Es que el jurado era buenísimo, de primer nivel.

MARIO

Justamente esos son los peores concursos. Los escritores importantes aceptan integrar un jurado solo cuando pretenden hacer

ganar a un mediocre; así buscan mantenerse ellos como genios inigualables. De paso, acortan el plazo de entrega de los originales a los perdedores porque disfrutan de echarlos al fuego cuando son auténticamente estupendos. Si Max Brod hubiera sido un escritor importante, hoy Kafka no lo sería. ¡Ah, y además está aquello de la depresión de los que creen haber fracasado! ¡Cómo deben de divertirse! Si lo tienen todo planeado.

YO

¿Todo? ¿Realmente todo?

MARIO

Bueno, casi todo. Siempre hay algo imprevisto, alguien que insiste y eso. Pero es uno de mil. Y si llega lejos, terminará siendo jurado de algún concurso.

YO

Entonces, ¿en quién confiar? ¿En quién confías tú, por ejemplo?

MARIO

En nadie, desde luego. A la posteridad se entra sin pedir permiso.

## LA POSTERIDAD

«LA POSTERIDAD»; QUIZÁ SEA CIERTO y uno escribe para ella. La idea me hace pensar en una zanahoria puesta delante de un burro. La tercera vida de Manrique, la vida de la celebridad. El no morir jamás. ¿Realmente importa tanto? Los escritores están envanecidos de su tiempo, repletos de circunstancias y coyunturas, y sin embargo hablan de la Historia, la Trascendencia y la Eternidad. Jorge Luis Borges decía que si algún día hubiese sabido que nadie lo leería más, que sería olvidado, seguramente habría seguido escribiendo; con menos felicidad, pero lo habría hecho. Vladimir

Nabokov contestó alguna vez que tenía la pesadilla de regresar a la Tierra en el futuro, en el 2063, ir a la biblioteca, abrir el periódico y, de inmediato, buscar su nombre. Imaginaba encontrarlo mal escrito, con datos erróneos sobre su vida y su obra, y con una frase tristísima: «Nadie lee hoy a Nabokov ni se acuerda de su Fulmerford». Entonces —pensaba— cerraría el periódico y preguntaría: «¿Quién será ese desdichado Fulmerford?» Eso me recuerda a Alberto Moravia, quien pensaba que no debía preocuparse por la posteridad pues sería definitivamente olvidado, ya que en tres mil años no existiría ninguna de las lenguas modernas.

Trabajar para la posteridad es, realmente, un sinsentido. Es jugar una apuesta que nunca se sabrá si se ganó o no. ¿Qué significa conseguirla? Nada, la posteridad es polvo entre las manos, un montón de cachivaches; no significa nada. Pero nos ayuda a insistir. Preguntarse por la posteridad y la fama, en algún sentido, es tratar de averiguar el destino. La fama funciona como un hado, como una carta astral, como una fatalidad. En *El portafolio de mi bisabuelo*, a la pregunta por la posteridad y la fama Adalbert Stifter contesta:

«El hado corre en un carro dorado. Lo que cae aplastado bajo las ruedas no tiene importancia alguna. Si a un hombre le cae encima una peña o si lo mata el rayo, y ya no puede llevar a cabo lo que habría podido hacer, otro lo hará en su lugar. Si un pueblo se extingue y es dispersado y ya no puede realizar lo que estaba en sus capacidades, otro pueblo alcanzará eso y más. Y cuando ya hayan desaparecido raudales de pueblos que sostuvieron lo indecible y lo innumerable, y otros más, y otros más, y ningún hombre mortal pueda decir cuándo acabará esto. Y cuando has causado dolor a tu corazón, de tal modo que palpita y quiere desvanecerse o de tal modo que se recobra y se hace más grande, la totalidad no le presta atención y sigue precipitándose hacia su meta, que es la gloria. Pero tú no lo habrías podido evitar o aún lo puedes cambiar y recibirás el pago de este cambio; pues ahora surge de él lo extraordinario».

## Hoy

DICE CESARE PAVESE: «ESENCIALMENTE, ¿por qué deseamos ser grandes, ser genios creadores? ¿Por la posteridad? No. ¿Para andar entre gente que te señale con el dedo? No. Para soportar el trabajo cotidiano con la certeza de que cuanto se hace vale la pena, es algo único. Para el hoy, no para la eternidad».

## MBOMA

AL DÍA SIGUIENTE, EL AUDITORIO estaba repleto desde temprano. Todos tenían curiosidad por conocer a Mboma, a quien casi nadie había leído. Mboma llegó tarde, cuando todos pensábamos que había desistido del CEJ. Nos vio en la puerta y nos dijo: «¿Qué hacen levantados tan temprano?». Y nos arreó a todos hacia adentro, como corderillos, palmeando las manos.

«Les voy a explicar algo, muchachos, mis jóvenes pisonos. A los encuentros literarios uno viene a engordar, no a escuchar hablar de literatura. ¿Cuántos kilos habrá subido cada uno de ustedes? Vamos, no mientan, les veo las caras de satisfechos. No puedo hablar hoy de nada. Ayer tuve la ocurrencia de ir a Ronda porque tengo chofer privado y ustedes no; se me ocurren cosas como esa aprovechando que estoy aquí, en una tierra de bestias testarudas que huelen a humano, y no en Londres ni París ni Nueva York, donde nadie huele a nada porque la industria les ha quitado el olor, hasta el olor. ¿Ustedes huelen? Yo sí huelo, huelo desde que estoy aquí, desde que ayer tuve la terrible idea de ir a Ronda y ver el traje de Belmonte, y me acordé de Belmonte y temblé recordándolo, y le pedí a una turista que me permitiera torearla ahí mismo, delante de ese traje; y no pude hacerlo a pesar de que traía una capa (aún la traigo), pero no la pude torear así como tampoco pude después llevármela a la cama. Y regresé abatido al encuentro, salí por los corredores y pregunté por ustedes —no era tan tarde, tan solo las



once de la noche—. Pregunté: «¿Dónde están los jóvenes escritores para hablar de literatura?» Me dijeron que en una discoteca, o ebrios, o en un cementerio psicodélico, y yo pensé: «¡Maldita sea! ¡Esos hijos de puta están jodiendo!» Y ya sé lo que será este encuentro, todos jodiendo menos yo, que soy el único que estará jodido por haber visto ese traje de luces tan inadecuado, a esa hora tan inadecuada, frente a esa gringa tan desabrida como un caldo de apio. Pero al menos los veré joder, los oíré joder. Ayer oí a alguien hacerlo detrás de mi cuarto, me parece; casi estoy seguro. Es más, vine aquí para preguntarles: ¿quién de ustedes estuvo jodiendo anoche frente a los cuartos de los escritores?».

## DESLUMBRADOS

EL ALMUERZO FUE DEJADO DE LADO; los escritores jóvenes, en cola, se acercaban a Mboma con una admiración asombrosa, le pedían autógrafos, odiaban que no hubiese librerías en Morillo. Algunos precavidos cazadores de autógrafos, al ver en el tríptico de información que vendría la última semana, se habían comprado sus libros en Málaga y ahora, felices, pedían la firma. Los pocos que almorzamos nos mirábamos las caras en silencio; estábamos confundidos, no sabíamos calibrar bien lo que acababa de pasar. Frances estaba detrás de Mboma, al igual que la pelirroja, y Mario sabe Dios dónde se había metido, así que pensé que almorzaría solo. Pero de pronto se sentó a mi lado un muchacho flaco, de labios delgadísimos y mirada tierna, que me dijo su nombre —Benjamín— y empezó a comer sin decir nada más. Verlo tan callado me dio ganas de conversar. Le pregunté por Mboma, me dijo que le había parecido divertido. Hablamos de escritores, de literatura infantil, de *comics*. De todo estaba enterado pero sin aspavientos; era curioso, parecía absolutamente exento de vanidad, si acaso la modestia no es una forma de envanecerse. Me dijo que escribía novelas para jóvenes pero que en ese momento había iniciado una que

no entraría en ningún rubro, que tenía que ver con detectives y crímenes literarios. También me contó que estaba esperando un hijo y todos los días hablaba gratis con su esposa desde un teléfono que estaba en la llamada *sala de prensa*. Me sorprendió no haberlo visto antes. Le pregunté de dónde era y me contestó que argentino.

—¿Argentino? No, imposible.

—¿Por qué imposible?

—Porque, bueno, tú sabes, para empezar jamás te vi con un micro en la boca. Quizá no eres de Buenos Aires.

Pero sí lo era, y se divirtió mucho cuando le conté que para mí los argentinos, así como los venezolanos, no eran individuos sino una colectividad, una masa informe que se organizaba para hacer el mal. La risa de Benjamín era sana, sin falsas intenciones. Me dijo que los argentinos a los que me refería no eran malos tipos, simplemente estaban nerviosos. «¿Quién no lo va a estar en esta situación? Estamos presos», dijo. De inmediato pensé que tenía que conocer a Mario, pero ¿dónde podría haberse metido? Le dije que me acompañase a buscarlo a la habitación. Terminó de comer y fuimos tras Mario.

## CENIZA

CUANDO ENTRAMOS AL CUARTO, olía a chamuscado. Benjamín y yo empezamos a buscar los tomacorrientes, pero todo estaba en orden. El olor, sin embargo, era fuertísimo, como si se hubiera incendiado el cuarto pero en otra dimensión, un cuarto fantasma, o paralelo, devorado por el fuego. De pronto, Benjamín halló en la tina del baño el origen del olor. Mario había incinerado las copias de su manuscrito sobre Morillo. También había quemado su manual para la crianza de cerdos y su libro sobre cárceles. Levanté

algunas hojas que tizaron mis dedos dramáticamente mientras desaparecían hechas ceniza.

## CONVERSACIÓN EN EL TV CLUB

ENCONTRÉ A MARIO EN EL KIKO, bastante ebrio como de costumbre, y lo arrastré hasta el TV Club. Pedí un café para mi amigo, mientras él exigía un carajillo. Estaba realmente mal. Su rostro había enrojecido y bizqueaba ligeramente. Le pregunté si era por Frances, dijo que no. Insistió en que a ella solo la quería proteger.

—¿Proteger de qué, por Dios?

—Proteger de todo. De todo. De Morillo, en primer lugar, de esa cárcel miserable en la que estamos metidos.

—Vi que quemaste el libro.

—¿El libro? Ah, el libro. No lo quemé, se quemó por casualidad. Malcolm Lowry sabe de eso.

—Pudiste haber incendiado todo el cuarto.

—Hubiera sido un espectáculo fabuloso.

—¿Por qué quemaste tus notas? Eran estupendas.

—Estupendo, estupendo, ¿y a quién le importa eso? Estoy harto, harto de todo esto. La trascendencia, la conversación, los egos encontrados, la puerilidad. ¿Por eso empezamos a escribir? ¿Fue esto lo que nos llevó a la literatura? A ver, tú, ¿por qué escribes?

—Qué necio eres. Uno no se debe hacer esas preguntas, solo escribir y ya está. Ya estás como Nunquam.

—Te voy a decir una cosa: si me quedo aquí es simplemente por Frances. Porque quiero rescatarla de todo esto. Solo por ella, ¿entiendes? No, yo sé que no puedes entenderme.

Pero, curiosamente, esta vez sí lo entendía. Se puso de pie, caminamos abrazados hasta la bicicleta que estaba arrojada delante del Gimnasio mental. Me dijo que quería jugar un par de partidos.

Entramos, él casi a rastras. Elegimos los equipos, yo mi Manchester United y él el Parma. Antes de empezar a jugar, sacó de su bolsillo un cuento arrugado y me lo entregó. Era *Visita al maestro*, el último de los cuentos de mi libro.



## *Visita al maestro*

LOS OBJETOS SE MANTIENEN MUDOS hasta el día en que uno realmente se concentra en ellos. Entonces, se vuelven transparentes y nos cuentan su historia. Luisa acababa de recordar aquella vieja frase del maestro. En ese momento, se dirigía junto a Díaz, el fotógrafo de la revista, hacia la casa del maestro para hacerle una entrevista. Durante todo el trayecto estuvo tratando de recordar exactamente la frase que había escuchado, siendo estudiante de periodismo en la universidad, junto a un reducido grupo de alumnos en un cubículo claustrofóbico de la biblioteca central. En aquella época, el maestro estaba casi olvidado, arrastrando su aura de oscuro escritor famoso en su juventud, y pocas personas se habían interesado en asistir a su conferencia. Luisa no podía dejar de sentir cierto orgullo intelectual por haber asistido y, sobre todo, por la seguridad de que entre todos los asistentes era ella, solo ella, quien mejor había entendido su mensaje. La prueba estaba en que había recordado tal cual la frase que entonces había anotado en su cuaderno de estudiante. ¿Cuál de los demás asistentes sería capaz de tal proeza?

Díaz gritó «¡Cuidado!» y Luisa frenó con violencia. El auto derrapó un poco. Acababa de pasarse una luz roja y estaba



estúpidamente en medio de la avenida, arrinconado por la trompa de un auto cuyo furioso conductor lanzaba un alarido con su claxon. Luego de unos segundos de vacilación, Luisa decidió seguir adelante pues estaba ya con la mitad del carro del otro lado y rogar por que ningún policía la detuviese y le crease problemas. No se trataba de la multa sino del retraso: Luisa no quería llegar tarde a su visita al maestro. Miró a Díaz, sentado a su costado, por el espejo retrovisor. Se estaba acomodando el cinturón de seguridad y no parecía dispuesto a comentar el episodio. Algo fuera de lo común, pues el fotógrafo tenía fama de impertinente y en otra ocasión algo así hubiera despertado una sarta de comentarios contra las mujeres conductoras. Luisa suponía que la única razón para que se comportase repentinamente tan cauto era la enfermedad de su madre. La madre de Luisa había sufrido un infarto la semana anterior. Luisa estaba en la redacción de la revista cuando recibió la noticia por teléfono. Salió corriendo a la clínica; su madre estaba grave pero no había muerto y, le aseguraron, había esperanzas. Al día siguiente, todos en el periódico se mostraron solidarios, ya fuera ofreciendo su ayuda, ya sonriéndole con gentileza en los pasillos o solo guardando silencio ante ella, como Díaz.

El fotógrafo debía suponer que la distracción en el auto se debía a lo de su madre. Pero aquello no era verdad. Sobre el asunto, Luisa, en algún sentido, ya estaba resignada. Era más fácil resignarse sabiendo que tarde o temprano su madre iba a morir pero, a la vez, disfrutando de la calma que le daba su ligera mejoría. Moriría, ciertamente, pero no tenía que ser necesariamente esa semana ni ese mes ni ese año. Luisa recordaba a su madre como una mujer fuerte. *Excepcionalmente fuerte*, como había dicho el médico que la vio salir en pie del primer ataque, pues el que acababa de sufrir era el segundo. Había pasado menos de un año entre ambos (peligroso, muy peligroso) pero ella se repondría. Era fuerte. Ese era el rasgo que más resaltaba de su personalidad y que, según quienes conocían de cerca a la familia, el que Luisa había heredado de su madre más

que ningún otro y más que sus hermanos. Luisa tenía un carácter luchador, entregado, invencible. Nunca había sido demasiado inteligente, era hidalga en reconocerlo, y tampoco estudiosa. Pero era audaz y difícilmente aceptaba un *no* como respuesta. Esa tenacidad había quedado comprobada el día en que consiguió empleo en la revista. Era un puesto muy codiciado y su currículum no era el mejor. En un momento de distracción de la secretaria, como en una escena de Hollywood, puso un pie en la puerta de la oficina del director mientras esta se cerraba y se introdujo en ella sin permiso. De esa manera, logró que se le concediera una entrevista personal y en ella convenció al director —con argumentos peculiares, es cierto, pero dichos con una contundencia abrumadora— de que sería una excelente periodista. No lo defraudó. A los pocos meses ya se la consideraba una estrella del periodismo escrito, con un par de reportajes de impacto muy comentados y hasta con una llamada de atención de parte de la dirección, medalla infaltable que debía lucir el pecho de quien quería ser tomado en serio por los demás redactores, todos ellos con más experiencia que ella.

De todos sus logros, consideraba el de la visita al maestro como uno especial. No solo que él hubiera aceptado, pese a la edad, recibir a alguien en su exilio interior. Lo principal era haber convencido a todos, en particular al editor, de la necesidad de esa entrevista absolutamente inactual. El maestro, valgan verdades, hacía varios años que no publicaba nada y su nombre no estaba en la lista de los grandes de la literatura peruana. Resbalaba así hacia un olvido previsible, alimentado por cierta dejadez por publicar. Sus contemporáneos ya se habían consagrado (según Luisa, injustamente, pues ninguno de ellos tenía tanto talento como el maestro) y él seguía encerrado en su casa, desaparecido del mundo y de las antologías de la narrativa nacional. No era nada más que un ítem, apenas un nombre en medio de una recua de ignorados, en medio de las historias literarias o de las enciclopedias. Luisa

estaba absolutamente convencida de que aquello era injusto. Desde niña, ella había tenido contacto con las obras de adolescencia del maestro y le parecían soberbias. Cuando decidió su profesión, se le hizo difícil estudiar literatura y se inclinó más bien por el periodismo, sobre todo por una suerte de fidelidad con el maestro y los libros que ella había devorado y subrayado, una y otra vez, durante la época de colegio, convencida de que si aquello era literatura, ella quería ser escritora. Pero, al parecer, aquello no era literatura. Al menos eso le hacía creer el desprecio con que la crítica trataba esas obras absolutamente olvidadas.

Por todo eso, cuando Luisa comentó que tenía pensado hacerle una entrevista al maestro para el siguiente número de la revista, debió enfrentarse a todos los demás, que consideraban al autor una persona que estaba fuera del circuito intelectual y, por tanto, falto de interés como noticia. De nada servía que Luisa disputase con argumentos literarios esa idea, tratando de convencer a todos de que el maestro era injustamente relegado y que, por lo demás, justamente su actitud ante la fama lo hacía más que merecedor de la entrevista; él, más que ningún otro, más que cualquiera de esos autores ancianos que luchaban por aquella fama de oropel que el maestro había desestimado hacía tantos años. Ninguno de sus compañeros —ni siquiera aquellos que tenían veleidades literarias— estuvo de acuerdo. El maestro estaba muerto y enterrado literariamente, y las páginas satinadas de una revista de actualidad no eran la tumba adecuada para un cadáver como ese. Dos semanas estuvo Luisa insistiendo en la necesidad de la entrevista, convenciendo poco a poco y uno por uno a los demás. Finalmente, dándole la vuelta al enfoque del reportaje para ofrecérsela al editor, terminó convenciéndolo. Había convertido al maestro en un personaje raro, un bohemio que desperdiciaba su talento por el alcohol, un espectro de la Lima antigua, un sujeto tan peculiar que merecía ser entrevistado. Quizá gracias a los puños cerrados y a la contundencia de las frases, antes que a la originalidad del enfoque o del personaje,

el editor dio visto bueno al reportaje y Luisa sintió que había conseguido realmente su primer gran logro periodístico. Ahora, debía conseguir pistas del maestro. Porque en su afán por convencer a los demás, se había olvidado de convencer al protagonista de su reportaje. ¿Y si era un mito aquello de la bohemia? ¿y si su desinterés por la fama era auténtico? De pronto, se negaría rotundamente a aparecer en la revista y ella quedaría en ridículo. Era increíble, así de fácil podía trastocarse un triunfo brillante en una derrota. Tenía que conseguir que el maestro dijese que sí. La fuerza de sus convicciones y su terquedad vencían las barreras de la gente de la revista, pero el maestro era un genio. ¿Podría vencerlo —es decir, convencerlo— también a él?

Después de algunas tediosas e incontables pesquisas, consiguió el teléfono del maestro. Esperó llegar a su casa para llamarlo. Quería estar sola para no hacer tan doloroso el rechazo, si este al fin sucedía. Oyó sonar el timbre al otro lado de la línea durante varios segundos, casi un minuto. Era un timbrazo largo, uno como nunca antes había oído, que la ponía más nerviosa aún y dramatizaba la espera. Por fin, alguien levantó el auricular. La voz de un anciano contestó al otro lado. Luisa dio su nombre, dubitativa, aunque trató de ser directa y puntual, y explicó el motivo de la llamada. El maestro escuchó en silencio lo que se precipitaba en decir Luisa. Y cuando ella había terminado, y empezaba a llenar con palabras inútiles y dolorosas elipsis el terco silencio que se había impuesto, detrás del cual podía sentir la cólera del maestro, escuchó que le decían que no. No, decía una voz aún más anciana, como si hubiera envejecido de pie frente a un teléfono que Luisa se imaginaba de baquelita negra y colocado sobre un piso de crochet. Dijo *no* y colgó sin más trámites. Luisa se quedó con el teléfono en la mano, sin decidirse a colgar o a insistir.

Al día siguiente, también por la tarde, Luisa llamó nuevamente. Esta vez consiguió que el maestro aceptase recibir su currículum, una muestra de los artículos que había escrito y lo demás. Se lo



enviaría a la dirección que él quisiese, sin ningún tipo de compromiso. Tal vez por cansancio, el maestro aceptó y le dio una dirección. Luisa de inmediato empezó a escribir una carta de presentación, tratando de ser al mismo tiempo convincente y algo melodramática, segura de que estaba jugándose la vida en esa carta. Después de una semana sin respuesta, se atrevió a llamar por tercera vez al maestro. Ahora el auricular fue levantado enseguida, sin darle tiempo a pensar en cómo preguntarle si aceptaba después de todo la entrevista. Se lo dijo así, de golpe, como se le cruzaba por la mente. Y él dijo que sí, que aceptaba que ella fuese a su casa. En un golpe de audacia, Luisa le preguntó si podía ir con un fotógrafo. Se imaginó la negativa, temiendo incluso que eso entorpeciera todo lo ganado, pero escuchó que el maestro no dudaba en decir que estaba bien, que podía ir un fotógrafo con ella. Luego, colgó sin despedirse. El maestro era imprevisible.

No había nada más triste para Luisa que vencer en secreto. No podía contar a nadie su hazaña, una hazaña que todos daban por cumplida. En la oficina, su expectativa era tan grande, sus preparativos tan minuciosos, que despertaban la curiosidad de todos. Pero Luisa no confesaba nada, solo les decía que esa entrevista iba a ser lo mejor que haría en la vida. Su emoción la sobrepasaba, le llenaba la vida, hasta que recibió la llamada de su familia anunciándole lo de su madre. Entonces, una tristeza ligera pero larga, como una sombra o una capa tendida sobre su cabeza, se apoderó de ella, desplazando la felicidad de haber conseguido aquella visita al maestro.

Después de todo, pensó Luisa, era mejor que la acompañase Díaz y no otro fotógrafo. No era de los mejores, cierto, y tampoco tenía vuelo o fines artísticos como los demás; era un típico fotógrafo sin pretensiones, cumplidor y seguro, un ilustrador simplemente, aunque más bien parecía apropiado para un diario, para crónicas policiales o algo similar. Pero Luisa agradecía la compañía de él y



no de otro porque Díaz, al no tener mayor vuelo, era una persona casi vulgar, irreflexiva, para quien el maestro no significaba nada. Por tanto, no temería pedirle poses o situaciones en las que otro reportero gráfico, en su lugar, pondría reparos por la fama de antisocial del maestro. Claro, siempre había la posibilidad de que él se negase a la exposición y al espectáculo de las poses, siempre tan incómodas cuando no se es un artista, pero Luisa confiaba en su suerte. No, estaba segura de que el maestro no se negaría a esas poses y quizá, dirigido por Díaz, alguna podría resultar interesante. Las pocas fotos que ella conocía de él eran de su juventud. En ellas se le notaba tenso, aunque dispuesto. Pero aquellas eran fotos de esplendor, de inocencia, cuando aún no desconfiaba de las palabras. Lo más probable es que, después de su retiro literario, nunca más posara frente a una cámara. Pensándolo bien, se había equivocado de plano. No, no era bueno que la acompañara Díaz, el maestro se rebelaría contra él. Debió venir con ella alguien menos impositivo, menos desvergonzado. Aunque, por qué no, la desvergüenza de Díaz podía ayudarla a tener un poco menos de respeto al maestro. Estaba congelada de miedo, no quería equivocarse, así no podía salir nada bueno. ¿Por qué se había metido en ese trance? ¿Y desde cuándo dudaba tanto? Las cosas, de vez en cuando, se tornaban transparentes y contaban su historia. Una hermosa frase que, de pronto, dejó de tener significado. Un juego de palabras, al fin y al cabo. ¿Podía ayudarla en ese momento? ¿Podía decirle algo sobre ella misma? Miraba el adorno que colgaba del espejo retrovisor. Miraba el color plateado de la radio del auto. Miraba el jebe del pedal. ¿Tenían esas cosas una historia? ¿Le hablarían? Los objetos se mantenían en silencio. No, no hablarían. Nunca han hablado, aquello era solo una frase. Qué tonterías pensaba por culpa del temor que le daba el maestro. Una no debía conocer a las personas que han influido tanto. ¿Y si era un fantoche? Un anciano pedante, que la trataría como una bestia, que se negaría a responder sus preguntas. O un donjuán, algo desagradable, tratando de decirle

algo, de coquetearle, a su edad, un viejo verde, un espectáculo infame. ¿Y si olía mal? Halitosis, la ropa sucia, mal planchada, ausencia de dientes, dedos largos, amarillos, de tabaco. Luisa se dijo que era una estúpida. Una absoluta y completa estúpida. ¿Qué le habría dicho su madre en este momento? Que se calmara, que tomara un Lexotán. Eso la hizo reír. Fue el día del examen de ingreso a la universidad; mientras a sus amigas sus madres les daban agua de azahar, su madre le había dado a ella un Lexotán de tres miligramos que la tuvo tonta, la hizo dormir apenas salió del examen y se perdió la fiesta por el ingreso. Su madre era así. Ahora le estaría metiendo en la boca una pastillita de esas. No, ahora no haría eso. Ahora ella misma necesitaría algo más que un Lexotán. Cuando Luisa le pidió ayuda, su madre la ayudó. Raro lo del calmante, sus amigas se mataban de risa y les contaban la anécdota a todos. Raro, pero fue un intento de ayudarla. ¿Qué hacía ella por su madre ahora? Ponerse nerviosa frente a un hombre que representaba lo mejor de su pasado, los momentos de la adolescencia, cuando leer un libro era una revancha contra el mundo, una forma de rebeldía que le cambiaba la vida. Ya no leía así; mejor dicho, el maestro fue el primero y el único al que había leído así. ¿Y si todos tenían razón y él era un pésimo escritor? Un escritor mediocre que había caído en manos de una adolescente que lo idealizó, a quien le cambió la vida, y luego de muchos años esa adolescente casi convertida en mujer va a visitarlo para una entrevista. Se va a sorprender, dedujo Luisa; él estará más asustado que yo, se convenció.

El automóvil dio una larga vuelta en torno a un parque grande e intensa, desmesuradamente verde; tomó una calle pequeña y giró hacia la derecha. Leyó al vuelo la indicación: esa era la calle. Unos metros más y estaba la casa de muro alto, una fortaleza inexpugnable apenas quebrada por una brevísima ventanita, la del maestro. El muro estaba coronado por unas buganvillas, una enredadera fantasmal que cortaba el cielo pálido y la neblina. Luisa detuvo el

auto frente a la casa. De inmediato, Díaz se sacó el cinturón de seguridad, guardó la edición deportiva de un diario de esa mañana que el muy cretino había estado leyendo durante el trayecto en vez de hablar con ella, y cogió el maletín con su cámara fotográfica. Mientras Luisa bajaba lentamente del auto, vio a Díaz deslizarse con rapidez del asiento y cerrar la puerta del copiloto de un golpe. El gesto decidido de su fotógrafo le infundió ánimos; también ella dio un portazo y caminó hacia la casa. Tocó el timbre una vez y no hubo necesidad de volver a hacerlo, pues el maestro, salió a atenderlos de inmediato, como si los hubiera estado atisbando desde una pequeña ventana que se veía en medio del muro o esperando detrás de la puerta.

Luisa vio a un hombre anciano, vestido de verano con una camisa lavanda, un pantalón oscuro y zapatos enormes, elegantes, aunque muy gastados. Caminaba sin prisa y sonreía ante las presentaciones con amabilidad. Mientras recorrían el breve patio, rumbo a la casa, a Luisa se le ocurrió romper el hielo: «Quiero agradecerle la deferencia que ha tenido con la revista y en especial conmigo». Las palabras le habían salido muy ceremoniosas; se le ocurrió que el maestro estaría pensando que era una idiota y se odió a sí misma. Sin embargo, siguió hablando. El maestro la dejó decir cosas, repetirse, ponerse nerviosa, sin interrumpirla, mirándola a los ojos y con los labios apretados, de una ligera coloración violeta. Cuando Luisa terminó de hablar —resultó un breve discurso de por qué le gustaba tanto su obra, y la promesa de que lo de las fotos no tardaría demasiado— el maestro soltó los labios y liberó una sonrisa cálida. «Yo no sé qué hacen entrevistando vejestorios», dijo, al fin, como todo comentario. De inmediato, sin darle oportunidad a Luisa de explicar nada, les preguntó si querían beber algo. Luisa aceptó un vaso de agua y Díaz nada, concentrado en medir la luz y ajustar sus lentes. El maestro fue a la cocina a servir el agua de Luisa. Era raro que no tuviese empleada. Tampoco hijos, esposa ni mascotas. Ella se había hecho algunos prejuicios sobre él. Se lo

había imaginado con una secretaria joven, con lentes de estudianta, con la cual mantenía una ambigua relación sentimental. Se había imaginado un gato. Se había imaginado una casa llena de óleos de autores famosos y muebles muy antiguos. Nada de eso había. Una soledad sin tregua, un auténtico anacoreta. Apareció cargando, no sin esfuerzo, una bandeja con el vaso de agua y una servilleta de tela para Luisa. Acomodó con solicitud el vaso en un posavasos sobre la mesa de centro de la sala. Colocó la servilleta al lado. Se llevó la bandeja. Nadie había dicho una sola palabra durante el proceso. Luisa lo miraba perderse otra vez rumbo a la cocina. Lo recordaba un poco más alto. Se le veía jorobado.

Regresó de la cocina y tomó asiento en un sofá, frente a Luisa, quien también se sentó. A ella le pareció que él iba a hablarle, pero no fue así. Se mantuvo en su obstinado silencio pero con la mirada atenta y dispuesta, esperando las preguntas de Luisa, quien tampoco atinaba a decir nada. Permanecieron así durante varios segundos, varios largos segundos, sin sacarse la mirada de encima el uno del otro. El ambiente se había vuelto, de pronto, incómodo; hasta que ambos oyeron la voz salvadora de Díaz y voltearon al mismo tiempo, aliviados, hacia él. Estaba listo para las fotografías. Habían quedado con Luisa en que él primero lo fotografiaría y luego ella haría la entrevista. El maestro se puso de pie y en un gesto casi automático se desplazó hasta una pequeña biblioteca, una biblioteca delicada que no tenía nada que ver con aquella biblioteca llena de libros que ella había imaginado. No, nada de eso; esta era limpia, ordenada, con un librero que parecía comprado siguiendo consejos de una revista de decoración, con libros empastados y fotografías presumiblemente familiares. Díaz lo siguió y el maestro tomó asiento en una silla de madera y cuero, muy elegante pero obviamente incómoda para largas jornadas de escritura. El maestro se dejó fotografiar aceptando, sin reclamos, todas las posiciones que le sugería Díaz.

Luisa aprovechó para echar una mirada a los objetos que la rodeaban. Había muchas repisas y mesas, todas llenas de adornos,



algunos muy finos a simple vista, pero otros de plástico, bisutería barata que desentonaba terriblemente. Todo estaba limpio, impecable, en un orden estricto y absolutamente contrario al caos de ratonera que caracterizaba, según Luisa, a los genios. ¿Y si no lo era? Quizá los demás tenían razón y el maestro no era ni siquiera un buen escritor, solo una lectura que la había impactado en un momento de su vida, pero que ya no significaba nada.

De pronto, la limpieza del lugar empezó a sofocar a Luisa. Todo era demasiado higiénico, todo olía a desinfectante; las cosas tenían un orden demasiado calculado. Solo un demente podía vivir en esa casa organizada con escuadra. Era como si el maestro se pasase el día entero en un ataúd, para no ensuciar. No había el menor rastro de polvo, ni siquiera en las hojas de las plantas que adornaban las esquinas. Tenía que ser algo enfermizo, una compulsión por la limpieza, una manía de viejo. ¿Qué estaba haciendo ella ahí? ¿Acaso su gran hazaña consistía en entrevistar a un pobre viejo? Quedaría en ridículo sin remedio. Estaba metida dentro de un agujero, tentada casi de abrir la puerta y salir huyendo. Debió dar una revisada a los libros antes de planear la entrevista. Ver si habían envejecido tanto como su autor. El maestro había preguntado por qué se molestaban en entrevistar a un vejstorio. Quizá no era falsa modestia; quizá era absolutamente cierto.

Dio una ojeada a la biblioteca y descubrió que escritor y fotógrafo la habían olvidado. El maestro parecía divertido; se le veía coqueto con la cámara. Eso deprimió aún más a Luisa. Tuvo que pararse para distraerse. Fue a ver algunos de los pocos cuadros que colgaban de las paredes. No eran de autores conocidos, pero tampoco eran feos. Lo que más le molestaba de ellos, sin duda, era que tanto los marcos como el color de la composición parecían pensados para combinar con las paredes y los muebles. Ciertamente, no era una coincidencia ni producto de un espontáneo buen gusto, sino un efecto buscado. A Luisa le parecía imposible no ya que el maestro, aquel escéptico indomable que ella había imaginado, sino que cualquier persona que tuviese un mínimo de sensibilidad



artística pudiese elegir sus cuadros pensando en la decoración del lugar. Eso no podía estar pasando; algo debía de andar mal, pensó. Empezó a temer la decepción ya no del maestro, que era inevitable, sino de su misma hazaña, de su gran hazaña. Un hombre tan solícito, tan amable, tan vanidoso... Era un milagro que no mandase él mismo fotografías y notas de prensa a los diarios para pedir que lo entrevistaran.

En ese momento, oyó a Díaz gritar que saldrían al jardín que había visto en la entrada para unas últimas fotos. El maestro, a quien se le notaba un poco cansado pero aún muy dispuesto, guió a Díaz hacia el patio. También Luisa salió tras de ellos. El maestro se apoyaba en el tronco abigarrado, complejo, de una buganvilla, y levantaba la mirada hacia la claridad de un cielo sin nubes. Una fotografía. Luego, se erguía como una estatua en medio del jardín, mirando de soslayo al foco de la cámara por una indicación de Díaz. Otra fotografía. Díaz sugirió que cogiese un libro e hiciera como si lo leyese. El maestro, demasiado agotado como para entrar a la casa, le pidió a Luisa que le alcanzara alguno de los de la biblioteca.

—¿Qué libro traigo? —dijo Luisa.

—¿Tiene que ser algún libro en especial? —preguntó el maestro a Díaz.

—Cualquiera —se apresuró Díaz en contestar.

—Entonces cualquiera —dijo el maestro a Luisa, levantando los hombros—, aunque quizá uno grueso se vería mejor.

Luisa entró en la casa, cruzó la sala y caminó hasta el estante de libros. Cogió al azar un libro de regular tamaño, empastado en cuero, con el lomo en verde con letras doradas. «Uno grueso pidió el imbécil», se dijo en voz baja Luisa. Antes de llevarlo leyó el nombre del autor. Era una novela de Stendhal. Cuando se lo entregó, el maestro lo cogió con los dedos quebradizos y largos, leyó la tapa y dijo alegremente: «Stendhal, muy buena elección». Sonrió hacia Luisa, que le devolvió la sonrisa con una mirada dura.

El maestro no se dio por enterado. Abrió el libro y se puso a leerlo distraídamente, pasando las hojas demasiado rápido, para que Díaz tomara la foto. Luisa no quiso participar más de la sesión, y se introdujo en la casa sin decir nada. Pensó que pronto le tocaría hacer la entrevista y que debía revisar el cuestionario. Se sentó en el mismo sofá del principio, cogió el vaso de agua que aún no había bebido y dio un sorbo largo. El agua había adoptado la temperatura tibia del día, estaba intragable. Antes de dejar el vaso sobre la mesa, se percató del posavasos húmedo. Era un círculo de cuero que le pareció reconocer. Era parte de un juego de posavasos cuzqueño, repujado con motivos folclóricos y con el nombre de la ciudad al borde. Sus padres tenían unos idénticos, recordó; parte de un juego que también incluía un vaso para lanzar dados. A ella le gustaba llevárselos a la boca. Después de una fiesta, cuando sus padres los dejaban ahí, en el desorden de la mesa, ella bajaba y se los llevaba a la nariz, para oler aquella combinación de alcohol con cuero, y luego trataba de morderlos como si fueran unas galletas.

Luisa recordó a su madre en la clínica. La entrevista le había impedido ir a visitarla ese día. Al menos esa era su excusa. Debía reconocer que se sentía más cómoda hablando con sus familiares por teléfono, escuchar que le decían que su madre estaba fuera de peligro. Después, más que seguro, colgarían y empezarían a hablar mal de ella por no estar junto a su madre. Era hija única, su padre estaba separado y perdido en el mundo con su nueva familia; ella tenía que estar con su mamá, era un hecho. Pero ella prefería visitarla solo un par de horas y preguntar por ella, el resto del día, por teléfono. Prefería creerle a la voz del teléfono que le decía que las cosas se encontraban estables. Luisa sabía que ver a su madre en su cama de enferma, envejecida, adolorida, era aceptar la agonía de quien amaba y aún necesitaba. Por teléfono, en cambio, todo parecía mejor; podía creer que ella iba a salvarse.

El maestro y Díaz conversaban en el jardín. Luisa aprovechó la escena para sacar el celular del bolso y llamar a una tía que estaba en la clínica. Le contestaron de inmediato. Era la voz de su tía.

—¿Tía? —dijo Luisa, aunque ya la había reconocido—. Tía, soy Luisa, estoy haciendo una entrevista, voy a demorar para ir hasta allá; llamaba para saber cómo estaba mi mamá...

El silencio de su tía, como si acabara de ser sorprendida, se quebró al fin en un quejido apenas audible, el gozne de una puerta que se abre lentamente. De pronto, una voz más vigorosa cogió el teléfono.

—¿Luisa? —preguntó la voz—. Luisa, cariño...

Era la voz de Rocío, la hija menor de su tía. Rocío era una muchacha bastante alocada, una chica que desde pequeña tenía ganas de ser estrella de cine o de música y en los juegos de primos arrastraba a Luisa a los espectáculos infantiles donde ella era protagonista. Cuando empezó a acercarse a los treinta años, con un divorcio, un hijo y ninguno de sus sueños cumplidos, empezó a confiar en gimnasios, cirugías, dietas y amantes para arrebatarles un poco de años a los años que se iban. Luisa adoraba la vitalidad de su prima, pero la voz de Rocío que le contestaba ahora no tenía nada de vital sino más bien era la de una persona que acababa de recibir un fuerte golpe y aún retrocedía, buscando un suelo firme que pisar.

—Luisa, tu madre ha muerto. Hace menos de media hora. Tratamos de ubicarte en el periódico, a mi mamá se le perdió tu número. Tienes que venir de inmediato...

Luisa colgó el teléfono, después de decir que iba de inmediato hacia la clínica. En ese momento, descubrió que Díaz se había quedado en el patio y que el maestro estaba detrás de ella, escuchándola. Luego, la rodeó y tomó asiento, sin dejar de mirarla fijamente como durante todo el tiempo que estuvo ahí. Por primera vez, Luisa sintió como si el maestro tratase de reconocerla a través de esa mirada. Tenía la impresión de que él comparaba cada uno de sus gestos, cada ángulo del rostro, con una fotografía imaginaria, venida de no sabía cuántos años atrás.

—No voy a poder hacerle la entrevista —dijo Luisa—, he tenido una emergencia.

—¿Una emergencia? No entiendo, yo la estaba esperando.

—Claro, pero no todo en la vida es usted, ¿sabe? Hay cosas más importantes.

Luisa estaba sorprendida de lo mal que lo estaba tratando, no quería vengarse de él y, sin embargo, no podía dejar de hacerlo. El maestro había sido una estafa, su madre había muerto, caray, tenía derecho a un momento de insensatez.

—Hablas igual que tu madre —dijo el maestro.

—¿Cómo?

—Que hablas igual que tu madre, eres muy parecida. Ella hubiera dicho esa misma frase, con esa misma mirada entre violenta y, no sé cómo decirlo, ¿piadosa? ¿huérfana?

Era imposible; él no podía conocer a su madre. Luisa recordó que nunca le había contado a su madre lo mucho que le gustaba el maestro. ¿Era posible que se hubieran conocido? ¿Y por qué justamente se enteraba de aquello en ese momento? Era demasiado irónico, imposible. Luisa no podía pensar en nada o, mejor dicho, sus pensamientos eran más veloces que ella, no podía atraparlos.

—¿Usted conoció a mi madre? —balbuceó.

—Claro que la conocí. Y también a ti, de bebita. ¿Nunca te habló Connie del Centeno? Un taller donde íbamos a leer cuentos, una locura de adolescentes. Todos éramos escritores entonces, todos éramos unos genios. Tu madre era una mujer muy guapa, alta, como tú. Escribía una poesía pésima, al menos a mí me lo parecía. Connie... Vaya... Cuando leí tu currículum me di cuenta de quién eras.

En ese momento, como si estallase una represa que trataba de contener un océano, Luisa soltó una carcajada larga, sonora, que amenazaba en convertirse en llanto. El maestro también rió, se hundió en el sofá, se puso más cómodo.

—¿De qué te ríes, muchacha? ¿No sabías que tu madre era poeta? Vamos, cuéntame qué ha sido de la vida de Connie.

—Ella murió —dijo Luisa, sin dejar de reírse.



—¿Murió? —el rostro del maestro se demudó por completo.

—Sí, murió, pero hace muchos, muchos años.

—¿Murió? Vaya. No entiendo qué te causa tanta risa.

—Que usted se ha confundido. Connie no era mi madre; era mi abuela. Era poeta, trabajaba con niños, no sé, la verdad es que no me llevaba muy bien con ella y mi mamá tampoco. Mi mamá es Paula, su hija; es a ella a quien conoció de bebida.

—¿Connie era tu abuela?

El maestro, entonces, hizo algo extraño. Se miró las manos, se las acarició, como si se intentase reconocer a sí mismo, como si acabara de salir de un estado de coma. De pronto, levantó la mirada hacia Luisa y preguntó:

—¿Tan viejo soy?

Luisa ya no tenía más risa. Estaba agotada y tenía que irse. No dijo nada, recogió su bolso, dio una última mirada, llena de lástima, a aquel viejo indefenso que por primera vez se miraba en el espejo. ¿Cómo habían podido gustarle tanto sus textos? Debía de haber estado loca o ser una niña ignorante que se dejó sorprender.

—Tengo que irme; lamento haberle hecho perder el tiempo.

—Espera —dijo el maestro—. ¿De qué murió Connie?

—Yo no sé, no me acuerdo. Estaba enferma y murió. ¿Así no es la vida?

Asustado por tanta rudeza, el maestro dejó de mirar a Luisa. Ella se quedó de pie, frente a él. «Así nomás es», dijo al fin el maestro, aceptando la frase de Luisa con un cerrar de ojos y puños.

Díaz ya estaba afuera. Luisa decidió salir de prisa; hubiera sido el colmo encima tener que consolar al maestro ella, en su situación. Pero antes de cruzar la puerta se percató de un cuadro que no había visto antes. No pudo evitar detenerse a observarlo. Era el retrato de un niño regordete, con ojos tristes y el cabello despeinado, pajizo. Un niño sin gracia, opacado por el verde que servía de fondo. Sin embargo, después de escudriñar el rostro, empezó a



tener una sensación distinta con respecto a aquel niño feo. El gesto le parecía ahora el de un hombre cansado, un niño que a esa edad ya había pasado por todo infierno posible, un niño cuyo escepticismo se había vuelto cinismo y al fin, agotada toda posibilidad de rebeldía, se había convertido a esa temprana edad en una persona sensata. *Sensatez*, esa era la palabra exacta. Una sensatez marcada en la piel, en el aliento invisible, en los ojos silenciosos; un rostro que miraba a Luisa con un aire tan comprensivo, tan conmovedor, tan delicado y fuerte al mismo tiempo, que de golpe tuvo la sensación de estar siendo abrazada por el retrato. Luisa se sintió estremecida por ese abrazo. Sabía que Díaz la esperaba afuera, que sus parientes la esperaban en la clínica, pero no tenía el menor deseo de interrumpir aquel inesperado, hermosísimo consuelo.

—Era mi hijo —dijo el maestro, desde el fondo de la sala—. Murió. Se llamaba Paulo, como tu madre.

Luisa volteó a ver al maestro, pero la tarde había caído de pronto y todo estaba perdido bajo una densa sombra.

—Una última cosa —agregó el maestro—. Es sobre las fotografías. Por favor, díles que no coloquen las fotos en las que estoy sonriendo. Odio mi sonrisa.





## GIMNASIO MENTAL

YO

Entonces terminaste de leer mi libro.

MARIO

Lo terminé esta tarde.

YO

¿Y?

MARIO

El escritor joven siempre quiere que lo alaben.

YO

No me alabes, tonto; solo dime qué piensas.

MARIO

No pienso nada. No querrás saberlo.

YO

Seguro no te gustó nada, absolutamente nada.

MARIO

Un puchero. Debí imaginarlo. Pues no es cierto, sí me gustó. Pero en realidad, no, no me gustó para nada. Debí quemarlo junto

al mío. ¿Sabes por qué no lo hice? Porque a ti ya no te puedo salvar. Solo puedo salvar a Frances.

YO

No necesito que me salves.

MARIO

Mejor así, porque ya es inútil. Estás podrido del yo, eres un enfermo de vanidad. Ese libro es un monumento al ego; no lo puedo creer. Ese personaje, que eres tú o pareces tú, es insoportablemente ególatra incluso en el fracaso. ¿No hay dignidad en el fracaso? No, no la hay. No sé si te has dado cuenta, pero a su fracaso le falta dignidad.

YO

¿Y qué es la dignidad? ¿Embriagarse porque las cosas salen mal? ¿Embriagarse porque nos sentimos no queridos? Patalear porque entramos en crisis, porque sentimos que la literatura no sirve de nada, porque intuimos que no somos Shakespeare. Vaya, qué digno.

MARIO

¿Acaso yo te he dicho eso? No me siento mal porque no soy Shakespeare. Me sentiría peor siéndolo, porque entonces no tendría escapatoria. Así como tampoco tú la tienes ahora.

YO

¿Estás diciendo que soy Shakespeare?

MARIO

¡Oh, maldita sea! ¡Maldita sea!

## CAMA

TUVIMOS QUE PAGAR EL PLAYSTATION que Mario rompió arrojándolo al piso. También quisieron hacernos pagar el disco, pero probamos que seguía funcionando. Acompañé a Mario hasta el CEJ arrastrando, como si fuera su trajinada sombra, la bicicleta. «Odio esa bicicleta. Ella era la que conducía, no yo. Y se me rompió la cadena mientras corría hacia aquí, cuando huía del trago. Se rompió y listo, me empujó a la nada, a la acera, como un conejo degollado. La maldad de los objetos me persigue, los malditos objetos me acosan», decía casi babeando mientras entrábamos al cuarto. Lo eché en la cama. Estuvo ahí unos segundos, mirando el techo, hasta que se fue al baño y vomitó. Vomitó por horas, hasta que se quedó en silencio. Entré después de un tiempo para ver qué le sucedía, pues estaba demasiado silencioso. Se había quedado dormido en las baldosas. Lo levanté con muchísimo esfuerzo y fui a dejarlo otra vez sobre la cama. Me senté a su lado y lloré, lloré sin sentido, como un niño, con las manos agarrotadas, limpiándome las lágrimas con el dorso, disfrutando del espectáculo de alguna que otra lágrima que caía tristemente sobre mis rodillas. Llegó Frances. Me vio llorando, vio a Mario arrojado en la cama, olió el olor a quemado. «¿Qué le pasa a Bobby Perú?», dijo.

—Nada —contesté—, solo quiere salvarte.

## OTRA VEZ PAVESE

DICE CESARE PAVESE: «LA MEJOR defensa contra un amor es repetirse, hasta el *bourrage*, que esta pasión es una tontería, que no vale la pena, etc. Pero la tendencia de un amor es precisamente hacernos creer que se trata de un gran acontecimiento, y su belleza consiste precisamente en la ininterrumpida conciencia de que algo extraordinario, inaudito, nos está sucediendo».



## LA GEOMETRÍA SENTIMENTAL

PAOLO DI DONO JAMÁS SERÁ CONOCIDO por ese nombre sino por el de *Paolo Uccelli* que le dieron los florentinos debido a su fascinación por los pájaros. Debemos recordar que *uccelli* en italiano significa 'pájaros' (y se le llamó en singular *Paolo Pájaro*; es decir, *Paolo Uccello*). Se dice que el famoso pintor florentino del Renacimiento era tan apasionado por las aves como pobre para alimentarlos o criarlos; por eso, en compensación, solía dibujar unos pájaros enormes en sus paredes.

Cuenta Marcel Schwob que Uccello era un amante de las matemáticas y, en especial, de la geometría. Sus dibujos siempre resaltaban, antes que el diseño o el retrato, las líneas, las curvas y los círculos. Su detallado y esforzado estudio de la arquitectura nunca tuvo una utilidad práctica (pese a que esa profesión lo hubiera sacado de pobre en la Italia renacentista) sino más bien subjetiva: observar el comportamiento de las líneas, de los curvados cielos cerrados de las bóvedas, las vigas del techo abriéndose y cerrándose como abanicos o rayos de un mismo vórtice. Sin embargo, su verdadera pasión, como ya está dicho, era la observación de las aves. Todos sus gestos y cada uno de sus movimientos eran reducidos, en el taller de Uccello, a líneas y formas geométricas.

Su gran sueño, sueño de alquimista, era reducir todas las formas a una Forma Única, al Ideal. ¿Cómo veían sus contemporáneos, Ghiberti, Della Robbia, Brunelleschi, Donatello, esos afanes del vecino y colega Paolo Uccello? ¿Acaso con envidia? Pues no. Más bien con burla general, con lástima por la locura que anulaba su talento, con un sentimiento que Schwob resumió en una frase magnífica: «Apiadándose de su casa llena de arañas, vacía de provisiones».

Es evidente que una persona que vivió en la abstracción durante toda su vida no podía disfrutar de aquello efímero y natural: el amor. Paolo Uccello era un ermitaño. Hasta que un día ocurrió un

milagro. Estaba caminando por un prado y encontró, junto a un círculo de piedras viejas, a una muchacha bellísima cuya cabeza estaba ceñida por una guirnalda. Su nombre era Selvaggia y tenía trece años. Llevaba el cabello largo y lacio, su cintura era muy delgada, aunque sus senos eran generosos para su edad y contrastaban con su delgadez; tenía una mirada profunda, de pájaro. Cuando Selvaggia le sonrió al maestro, lo hizo despertar y descubrir una belleza más humana. Pero fue un breve despertar: unos segundos después, Uccello empezó a reducir aquella belleza natural a líneas abstractas. Ella, incapaz de sospechar lo que sucedía en la cabeza de Uccello, se enamoró de él. Como había escapado de la casa de sus padres, pues la había golpeado su madrastra, estuvo dispuesta a acompañar al pintor a su taller y quedarse con él toda la vida. Y como Paolo Uccello era incapaz de actuar de manera práctica (buscar a la familia de la niña, pedirla en matrimonio, devolverla a su casa), la tomó de la mano y la condujo hasta su caverna de hombre solitario.

Selvaggia, como si hubiera nacido para musa, se puso en cuclillas frente al maestro y empezó a posar para él. Inspirado, Uccello se arrojó hacia el gran fresco que estaba pintando, aquel donde intentaba el Ideal. Aunque la muchacha era aún muy joven y jamás había posado antes para alguien, no le fue difícil descubrir que había algo extraño en aquel hombre que prefería pintar líneas, círculos y triángulos en vez de retratar la tierna figura que le ofrecía. Pero como además de ser la primera vez que posaba también era la primera vez que amaba, supuso que así debía de ser el amor y se quedó contemplando con admiración al maestro.

Durante la noche, Selvaggia dormía dejando a Uccello trabajar con sus discípulos. Al amanecer, sus ojos se llenaban de color y alegría al ver que Uccello había pintado, sobre la pared donde ella se recostaba, una nueva aureola de pájaros y flores. Uccello pintaba frenéticamente, día y noche, la figura de su musa. Sin embargo, donde algunos veían unos labios, él miraba un par de líneas cur-

vas; donde otros veían unos ojos, él observaba dos círculos incandescentes; donde la mayoría veía una cabellera larga que se horquillaba con delicia en los dedos de la muchacha, el maestro contemplaba una serie de líneas dirigiéndose hacia un centro.

Pero eso, que ya era muy doloroso para una mujer enamorada que esperaba su retrato, no fue suficiente para Uccello. El narrador Marcel Schwob, en su libro de retratos biográficos *Vidas imaginarias*, explica de forma brillante y contundente lo que sucedió al fin entre Selvaggia y Paolo: «...el Pájaro no conocía la alegría de limitarse a un individuo; no permanecía nunca en su mismo lugar; quería planear, en su vuelo, por encima de todos los lugares. Y las formas de las actitudes de Selvaggia fueron arrojadas al crisol de las formas, con todos los movimientos de los animales y las líneas de las plantas y de las piedras y los rayos de la luz y las ondulaciones de los vapores terrestres y de las olas del mar. Y sin acordarse de Selvaggia, Uccello parecía permanecer eternamente inclinado sobre el crisol de las formas».

Es fácil deducir que la alimentación, que Uccello nunca supo procurarse para sí mismo, tampoco abundó para Selvaggia. No había nada que comer, salvo migajas. Como un auténtico pájaro, Selvaggia trataba de alimentarse de esas migas de pan, sin atreverse a interrumpir el trabajo intenso de su amado y sin tener el ánimo suficiente como para pedir ayuda a los célebres y acaudalados discípulos que visitaban al maestro, como Donatello. Después de algunos meses en silencio, sin quejarse de nada, aceptando su condición de musa espectral, Selvaggia murió de hambre. Uccello, sin detenerse a calibrar su tristeza, envió a la misma olla de creación donde enviaba todo lo que veía el cuerpo rígido de Selvaggia, sus pies desnudos y fríos, sus flacas manos de largos dedos y sus pobres ojos cerrados como una línea brevísima. No supo que estaba muerta, así como antes había ignorado que estaba viva. Las formas muertas de su inspiración se unieron al resto de formas que había reunido a lo largo de su vida y que siguió reuniendo hasta los

ochenta años, cuando al fin dio por concluido su trabajo. Para él, una obra milagrosa, producto de una iluminación. Para sus contemporáneos, nada más que una confusa madeja de líneas que huían disparadas en todos los sentidos.

Cuando, pocos años después, el cuerpo extenuado de aquel pájaro obsesivo se rindió, se encontró en sus manos, según Schwob, un pequeño redondel de pergamino lleno de entrelazamientos que iban del centro a la circunferencia y que volvían de la circunferencia al centro.

Me es relativamente fácil, como supongo les será también a mis hipotéticos y cómplices lectores, entrever en la vida y la historia sentimental de Paolo Uccello el desarrollo y la exposición lúcida y clara, aunque bellamente trágica, de un arte poética. Desde luego, podría desarrollar esa metáfora. Pero hoy soy un comentarista cansado y triste.

## TEDIO

PASÉ ESA TARDE Y TODO EL RESTO DEL DÍA cuidando a Mario. Al principio me preocupaba por cada movimiento de su cuerpo, por sus temblores y sus fríos, pero luego dejé de hacerlo. Entonces se instaló el tedio. Caminaba por el cuarto como un león enjaulado. A veces, cuando se cansaba de perseguir a Mboma, Frances venía a acompañarme. Nos echábamos en la cama y leíamos durante horas. Otras veces, nos dedicábamos a reconstruir el manuscrito incinerado. El libro era extrañísimo: una serie de notas, reflexiones, citas, fragmentos de novela que no llegaban a cuajar. Se leía con angustia, como si fuera a terminar en cualquier momento, en un final imprevisto. Frances estaba entusiasmada; yo no tanto. También la pelirroja vino alguna vez al cuarto, y su andaluz, quien me dijo que Mboma utilizaba mucho la palabra *tirar*. También vinieron dos mexicanos —a ver si quería integrarme a su manifiesto—, un paraguayo, la chilena de ojos azules, unos venezolanos que se



equivocaron de cuarto, Benjamín y hasta Barbarella, con una falda brevísima que demostraba que tenía piernas de gimnasta y que, a juzgar por sus tobillos, engordaría miserablemente en menos de diez años.

Aquella noche, en medio del tedio, encerrado, sentía que el rinoceronte estaba muriendo. Podía sentir su agonía, sus exhalaciones dolorosas, el chasquido de la lengua. Mario había despertado solo unos minutos y había vuelto a caer en el sopor. La noche se había vuelto fría, y una bulla se escuchaba por la cuadra de *El Club Dumas*. Frances pasó un rato por el cuarto, solo para darme un beso de buenas noches y preguntar por Mario; ella se iba a *El Club Dumas*: decían que Mboma iba a enseñar a bailar una danza africana.

Me puse a escribir —mejor dicho a garabatear— tonterías en algunas de aquellas fichas azules que Mario usaba. Decidí escribir un libro de cuentos sobre mis amigos de colegio, una suerte de segunda parte de *Los alces premeditados*, pero esta vez debía introducir el humor como el arma para evitar el ego. Escribí los posibles argumentos, uno por ficha.

*Al odontólogo*: la historia de un odontólogo que se enamora de una hermosa, bellísima paciente que sufre de halitosis. Descubrirá entonces que es más fácil acostumbrarse al mal aliento que a la belleza.

*Al cirujano plástico*: un cirujano plástico seducido por la lectura de Bruno Schulz se convence de que las personas están hechas para un solo uso; digamos: una persona que solo nació para ser la piedad que mete un gol, otra para ser un perfil amoroso entrevistado desde el metro opuesto. Comete atrocidades. Por ejemplo, una mujer va a operarse las mamas pero él termina operándola de la nariz, porque piensa que ella debe ser la mujer que olfatea en una residencia y descubre un cadáver. Las cosas se salen de control cuando se niega a operar la papada a una primera dama porque dice que ella debe ser solo la mano que empuña la daga final que libera a su pueblo de la ruindad.



*A la maestra de primaria:* una maestra de escuela primaria se gana un viaje épico a la China, país que recorrerá en tren. En un cuaderno de papel cuadriculado que lleva el texto del Protocolo de Río de Janeiro en la contratapa, anota, con excelente caligrafía, sus impresiones. De ellas se deduce que el amor chino es más siniestro que el analfabetismo.

*A la bailarina:* una bailarina morena que sonríe con los ojos. Pelea con su novio de secundaria y este le dice, antes de alejarse, que la encontrará dentro de veinticinco años en Lisboa, en un hotel llamado Alfama, habitación 211. Veinticinco años después, ella acude a la cita. ¿Acudirá él? Novela rosa.

*Al escritor:* un escritor costumbrista vende su alma al diablo a cambio de un poco de imaginación, no para crear mundos ficticios sino para poder entender al fin el mundo que tiene pegado a su nariz. El diablo es el verdadero protagonista. Tendrá el rostro del odontólogo, la caligrafía de la maestra, el pulso del cirujano, la fe de la bailarina y, en sus momentos de ocio, que no son muchos, escribirá una novela de ciencia ficción.

Escribir en fichas, de pronto, me pareció una iluminación en medio del tedio. Empecé a llenar una tras otra las fichas azules. Pasaban las horas y ya no sentía espanto por la agonía del rinoceronte; tampoco me preocupaba por Mario. Ambos se salvarían. Yo estaba escribiendo como loco, escribía y escribía. Jamás había escrito tan bien, de una manera tan hermosa, tan limpia. Era, repentinamente, no solo un escritor sino alguien que quería escribir.

## OFICIO DE VIVIR

ESCRIBE CESARE PAVESE en su *Oficio de vivir*: «En resumidas cuentas, para transformar el placer en serenidad hace falta que éste se

haya convertido en tedio. Por lo demás, a la serenidad se llega siempre a través del tedio. También el dolor, para convertirse en creativo, debe hacerse tedio».

## PESSOA

NINGÚN ESCRITOR COMO FERNANDO PESSOA —en su diario llamado *Libro del desasosiego*— ha convertido tan bien el tedio en uno de los demonios que impulsan la creación. No solo porque nos arroja hacia la literatura, sino porque a veces nos expulsa de ella. El tedio es, al mismo tiempo, triunfo y fracaso de la creatividad. Un peligro que hay que correr.

«Lo que tengo sobre todo es cansancio, y ese desasosiego que es gemelo del cansancio cuando éste no tiene otra razón de ser sino el estar siendo. Tengo un recelo íntimo de los gestos a esbozar, una timidez intelectual de las palabras a decir. Todo me parece anticipadamente frustrado.

El insoportable tedio de todas las caras, estúpidas de inteligencia o de falta de ella, grotescas hasta la náusea por felices o desgraciadas, horrosas porque existen, marea separada de las cosas vivas que son ajenas a mí...»

## AMARILIS MODERNA

EN MEDIO DE MI FIEBRE CREATIVA, Mario se ha puesto de pie. Está delirando, la borrachera lo ha afectado gravemente, quizá tiene fiebre. Grita cosas incomprensibles. De pronto, coge el original de *Los alces premeditados* y dice que ya sabe qué hacer con él.

—No puedes darle el libro a ningún editor. Definitivamente no. ¿Qué cosa es un editor? Nada más que un sujeto que traspapea los manuscritos y luego no los encuentra. Ya lo decía Bernhard: «El editor pierde los papeles, los cambia de lugar». ¿Eso quieres para tu libro?

—Yo creía que sí.

—Ya estás podrido —dice—, así que como no puedo salvarte, te voy a ayudar.

—Deja eso ahí, hombre, métete en la cama.

—Amarilis moderna, eso es lo que haremos. Voy al cuarto de Mboma y meto el manuscrito entre sus cosas.

—No es un manuscrito, está a máquina, y ¿de qué demonios hablas con eso de Amarilis?! Deliras...

—La única forma de que este libro se publique es que aparezca en medio de un libro de otro. Como el poema de Amarilis en *La filomena*. Si conseguimos que salga en el libro de Mboma, todos te leerán. ¿Te imaginas? Los lectores abren el libro de otro autor y, zas, al final, como colofón, les endilgan tus alces premeditados. ¡Ja! Será estupendo.

—Pero no sabrán que es mío.

—¿Y eso qué? Lo importante es que te lean.

—Está bien, pero no Mboma. Otro escritor; Mboma se daría cuenta.

—Sí, tienes razón; además, tendríamos que traducirlo al inglés. Vamos a meterlo entre los papeles de otro escritor. Quizá de uno de los escritores jóvenes de por aquí. Nos metemos por la ventana. ¿Hay alguno que te llame la atención?

## EL NIDO

AL DÍA SIGUIENTE, APROVECHANDO que la puerta estaba abierta, Frances entró al cuarto. Encontró a Mario durmiendo, con una colcha en la cabeza y la sábana enredada en el pie izquierdo. Y a mí, rodeado de fichas azules, centenares de fichas azules, durmiendo de espaldas y con la boca abierta. Ante tal imagen desoladora entró al baño, abrió el agua caliente de la ducha y nos gritó que era hora de despertar.

—Lo hice, Frances, planeé la nueva obra —dije mientras me desnudaba—; ya la tengo toda lista, ya sé qué quiero y cómo voy a escribir durante el resto de mi vida.

—¿Sabías que un pájaro está haciendo un nido en la ventana del baño? —contestó, sin escucharme, cerrando la cortina de la ducha.

—¿En serio? No puede ser cierto, es maravilloso, tengo que verlo.

—Demasiado tarde, ya boté las ramitas. ¿Por qué pones esa cara? Si no lo hubiera hecho, pronto tendrías una colonia de pájaros en tu cabeza.

## BOLSAS DE ORO

LA VANIDAD NO ES ARROGANCIA. La arrogancia es estéril, vacía; es el triunfo de los pavos reales. La vanidad es latencia, movilización; es la alerta de los sentidos, la batalla que continúa. La vanidad es ambición. Una vez, Pound contó que su padre, empleado de banco, tenía acceso a una bóveda sembrada de sacos de monedas de oro. Entraba su padre con él y le decía: si puedes levantar uno de esos sacos, te lo llevas. Y el niño intentaba hacerlo ese día. Y luego, al día siguiente, insistía. Insistía siempre, aunque era inútil. Ese es el principio literario: mientras haya un banco, una bóveda, bolsas de oro y el ofrecimiento de poder llevarnos una si logramos cargarla sobre nuestros hombros, habrá literatura.

## NOTICIA

LES TENGO UNA NOTICIA NEGRA y definitiva: ya todo está dicho. Sin embargo, no es que todo se haya dicho ayer, con el *boom* o hace un siglo. No, todo ya está dicho desde el principio, desde las cuevas de Altamira. No hay más. Solo la vanidad nos impulsa a creer que hay más. No hay progreso, pues, en el arte. Quien considere que Joyce es más moderno que Balzac, que Rabelais o que Homero por usar

el monólogo interior es un canalla literario. No hay progreso en el arte. El arte es una ciencia binaria, un discurso genético. Un número limitado de elementos cuyas combinaciones son infinitas. La vanidad es el gran combinador.

## LITERATOSIS

EL JOVEN ESCRITOR SE ACERCÓ a Juan Carlos Onetti —al fin le había concedido la entrevista— y lo vio sin dentadura. Su rostro de sorpresa no pasó desapercibido para Onetti, quien le pidió que lo disculpara pero que le había prestado los dientes a Vargas Llosa. Luego, el escritor I. se acercó a Onetti y olfateó cierto hedor. El escritor joven retrocede y Onetti ríe. «Usted disculpará, pero estoy enfermo de literatosis», dice. No hay más verdad en este arte. Solo aquellos autores que apestan a literatura, que están podridos de literatura, tienen finalmente derecho a decir algo.

## PLEGARIA DE ROBERT FROST

«RESUMEN DE LA PLEGARIA: Oh señor, atiéndeme a mí».

## LA ESPOSA

LA FAMA DE MBOMA ERA INSUPERABLE. Mario se sentía mejor y fuimos a verlo. Nos sentamos junto a Benjamín, y pronto ambos estaban riendo. Mario se había librado de la mariontopía. Mboma hacía un nuevo *show*, hablaba desmedidamente, no aceptaba las preguntas; y si lo hacía, se iba por las ramas. Al final, se puso de pie después de media hora y gritó: «No pido que me den permiso para irme, sino que me boten de aquí». Y salió con paso de león, la melena hacia atrás, una sonrisa blanquísima en medio del negro profundo de su rostro.



Detrás de él, el primero en salir fue Aut. Se había convertido en su lazarillo. Decían que incluso Mboma lo enviaba a comprar cigarrillos. Aut detrás de él, acaparándolo como una señora, sacándose de encima con los codos a los demás escritores. Aut le recogía el almuerzo y corría para alcanzar un sitio a su lado. Ponía una chompa, un libro, lo que fuera, al lado de su silla. Y Mboma se daba cuenta, se burlaba de él, lo llamaba delante de todos *mi esposa*. Y Aut se reía, una risa necia, pero los ojos brillantes, feliz de que Mboma se permitiese hacerle burlas. ¿A qué otro escritor del encuentro llamaba *esposa*?

—Míralo, seguro el muy cretino le está contando la increíble y triste historia del cándido Aut.

A mi espalda, Nunquam señalaba a Aut y a Mboma.

—¿Qué historia?

—La historia de su familia, claro. Mira cómo brillan sus ojillos de rata; ya le estará diciendo aquello de que su mamá se prostituía para que él tuviera qué comer, que su padre desapareció del mapa, que su padrastro violaba a su hermanita, que un primo suyo le regaló sus primeros libros de Marx, Freud y Nietzsche. Pero si casi puedo oírlo. Qué asco.

—Pensé que era tu amigo.

—¿Amigo? En este mundo nadie es amigo de nadie. Salvo tú y Bobby Perú, pero es que él es un perdedor y tú, me imagino, necesitas a alguien que te adule.

—Es mejor que me vaya.

—Sí, anda, anda... ¿Crees que porque Tunc está ahora con el Sheik en Madrid y Aut está de fan enamorada podrás hacer lo que quieras? Basta conmigo, te estoy observando; no puedes hacer nada sin que yo lo sepa. Nada ¿entiendes? Ni siquiera mirar como un estúpido a mi novia.

—También yo tengo novia.

—¿Ese duende?

## CRÍTICA LITERARIA

QUIZÁ NO EXISTA UN ESCRITOR EN EL MUNDO cuyas relaciones con la crítica literaria no hayan sido, por decir lo menos, espinosas. Está esa frase lapidaria de William Faulkner: «El artista no tiene tiempo para escuchar a los críticos. Los que quieren ser escritores leen las críticas, los que quieren escribir no tienen tiempo de hacerlo». Habría que preguntarse cuál es el interés que puede tener la crítica para un escritor en pleno trabajo. Un juicio, bueno o malo, ¿es útil? Aldous Huxley resumía esta idea:

«Nunca me he propuesto escribir para ninguna persona o grupo en particular; sencillamente he tratado de hacer lo mejor que he podido y dejar las cosas así. Los críticos no me interesan porque ellos se ocupan de lo que ya está hecho y pertenece al pasado, en tanto que yo me ocupo de lo que viene a continuación».

Solo para la vanidad, pero ni aun así, porque nadie sabe definir si es más fácil escribir entre aplausos o entre rechiflas. Y, como decía Onetti, la fama es siempre un malentendido.

Los críticos siempre asumen posturas de fiscales literarios. No se necesita ser un necio, además, para asumir esas posturas. Muchos escritores célebres (Virginia Woolf, Henry James) han hecho las veces de críticos despiadados. André Gide tuvo que pedirle disculpas a Proust por no publicarlo. La vanidad literaria tiene mil caminos, siempre entrecruzados, y nunca tiene límites. Aquellos que viven el éxito, o aquellos que contemplan la dignidad del fracaso. Hay, definitivamente, un placer en no ser comprendido. Y en esperar la revancha del tiempo.

Henry Miller decía: «Ser aceptado por una multitud no significa absolutamente nada para mí. De hecho resulta más bien doloroso, porque me están aceptando por malas razones. Es un sensacionalismo, no significa que yo sea apreciado por lo que verdaderamente valgo [...] el único reconocimiento proviene de aquellos que están en el mismo nivel que uno, de los iguales a uno. Ese

es el único reconocimiento que importa, y yo ya lo he obtenido, hace años».

Recuerdo un texto de Sábato llamado «Querido y remoto muchacho», fragmento de su novela *Abaddón, el exterminador*. En ella escribe una carta a un muchacho desanimado por la «crítica» que unos amigos habían formulado sobre un cuento suyo. Sábato no solo es lúcido y alentador, sino que cita una anécdota precisa según la cual un tal Henri Ghéon critica a Proust diciendo que está «encarnizado en hacer lo contrario a una obra de arte, el inventario de sus sensaciones, el censo de sus conocimientos, en un cuadro sucesivo, jamás de conjunto, nunca entero, de la movilidad de los paisajes y las almas». Como anota Sábato, Ghéon acierta en atacar justo aquello que es la esencia del genio proustiano. Y esa es su única contribución al estudio de Proust.

Estoy convencido de que lo mejor que puede sucederle a un autor es que la crítica lo mime solo cuando su obra esté encumbra-da y hecha, cuando ese éxito puede ser únicamente una confirmación y no es capaz de impedir que publique nuevos textos —quizá fue ese el caso de Juan Rulfo— o que se produzcan revoluciones constantes en su obra. Por eso, es beneficioso que en un país no exista algo que pueda llamarse un «aparato» o «sistema» crítico. En esos casos, suele pensarse que la literatura nacional es un muro con agujeros que deben ser sellados por nuevas obras (y así confirmar el éxito de aquel sistema literario, aunque no necesariamente de sus obras). Pero los auténticos escritores, por principio, llevan combas para destruir el muro o tienen piernas suficientemente largas como para saltarlo. Así, todo talento es individual y el verdadero éxito está deparado a su genio, ajeno a reducciones de fronteras o límites nacionales.

Creo que una frase de Vladimir Nabokov es lo más acertado que alguien puede decir con respecto a aquella Liga contra la Vanidad Literaria que forman los críticos a lo largo de todos los países y épocas, una suerte de historia paralela del éxito literario: «La

crítica puede ser instructiva en el sentido que da a los lectores, incluido el autor del libro, alguna información acerca de la inteligencia, o la honestidad del crítico, o acerca de ambas».

## CARTA DE TOLSTOI

CARTA DE LEÓN TOLSTOI A A.N.N. STRAJOV: «¿Para qué me elogia usted? Me hará fingir ante usted (máxime si esto hubiera ocurrido hace unos dos años), mostrarme falto de naturalidad, tratando de mantener a sus ojos el aspecto en que usted me imagina; además, las alabanzas me son perjudiciales (suelo creer que son justas), y apenas acabo de extirpar en mí la excentricidad que me produjo el éxito de *Guerra y paz*. Hasta usted lo comprende muy sutilmente. Cómo puso A. Grigóriev a todos por genios para bañarse en un ambiente de elogios. Y engatusarme a mí por la trascendencia de mi labor no es complicado, hasta yo estoy encantado de hacerlo».

## ZOPILOTE

ESA NOCHE, FRANCES ME CONVENCÍO de que fuera con ella al Kiko. Fuimos tarde, pues nos quedamos un rato en el cuarto, jugando cartas con Mario y Benjamín, que han terminado por hacerse muy amigos. Hemos caminado de la mano por las callejuelas de Morillo. Nos hemos quedado unos minutos tratando de ver si un tractor degollaba o no a un conejo. Hemos rezado a la Virgen de la Aceituna, patrona de Mantua y de los escritores jóvenes. Nos hemos besado largo rato, bajo una luz encendida, un cielo oscuro por donde quizá pasaban golondrinas o zopilotes, que según Faulkner son el mejor animal para que un escritor se reencarne: nadie lo odia ni lo envidia ni lo quiere ni necesita. Nadie se mete con él, nunca está en peligro y puede comer lo que quiere. Genial. Valdelomar también admiraba al gallinazo, pariente cercano del zopilote.

Estamos miércoles y falta poco para que se acabe la semana y, con ella, el encuentro. La sensación de asfixia forma un nudo en la garganta, el submarino se ha introducido demasiado bajo el agua y parece que jamás saldremos a la superficie. Cuesta respirar y estamos cansados. Nos odiamos durante el día, pero en las noches nos metemos al Kiko para ver a quién nos tiramos. Están bailando *Y no me importa nada*. Barbarella se ha desnudado y mueve unos pezones de escarcha. Ninguna novedad. Nunquam bebe whisky con un par de argentinos. A un lado, sentado en uno de los sofás, Mboma se ríe rodeado de su lugarteniente, Aut, y de decenas de nuevos escritores. Firma un autógrafo a una de las camareras y todos se ríen cuando le da un beso con el que casi se traga su mejilla. Sale a bailar con una boliviana, luego se agarra a una flaca alta de Santander y a una mexicana, y hace un baile apretado que resume el encuentro mientras busca acariciarles las nalgas. Aut se ríe con desesperación. Si no conociera su homofobia, diría que está enamorado. También yo podría estar enamorado de Frances. O debería. Sus ojos, sus manos frías, su cuerpo que se pierde en el baile. La nerviosidad de sus palabras. ¿Eso es la felicidad? ¿Elegir a quien amas? No, no es un amor de relámpago, no es un amor que me divide. Eso lo sé. Pero, ¿es felicidad?

La felicidad: déjala que caiga.

El Kiko demora en tener la apariencia de una orgía, pero ya no es Barbarella la única desnuda. Un cubano ha caído de borracho sobre su trago y un uruguayo con el cabello atado en una cola de roedor mira el cielo peligrosamente. Lo peor, sin embargo, es el rostro de uno de los mexicanos que han formado el grupo. Mira de lado, es bizco y tiene el pelo cortado con navaja de afeitar. Lleva una enorme gabardina y parece el Monstruo de Milwaukee a punto de perpetrar un nuevo crimen colectivo. Se lo he señalado a Frances y le he dicho:

—¿No será él tu perseguidor?

—No —dice, y señala hacia la puerta—, mi perseguidor es él.



La puerta queda batiéndose; alguien acaba de salir. O de huir.

De pronto, Mboma se detiene en medio de todos y empieza a vociferar en un idioma africano. Se ríe a carcajadas. Al fin, pasa al inglés y algunos podemos entenderlo.

«Escritores jóvenes, cada uno con su vanidad, haciéndome preguntas como si quisieran robarme todo lo que sé. Me desprecian, yo sé que me desprecian. Me quieren matar. Ya los quiero ver de aquí a algunos años. Cuando se siga hablando de mí, vamos a ver de quién de ustedes se hablará. También yo he sido joven. Vamos a ver de quién hablan de aquí a algunos años. Y quieren elegir, y pretenden elegir. Creen que pueden decidir si son o no escritores, como si su decisión le hiciera un favor a la literatura. ¡Pues no! ¡No pueden elegir! La literatura es un rayo que te rompe la cabeza, una descarga y te fuiste a la mierda; ninguno de ustedes podrá elegir; es más, desde hoy, y en nombre de la literatura, a la que sirvo como un perro, afirmo que todos ustedes están descartados».

## APLAUSOS

LAS PALABRAS DE MBOMA APENAS si se han escuchado. Igual, lo han aplaudido. Frances se desilusiona al instante de él. Veleidad, tienes nombre de mujer. La pelirroja también estaría desilusionada si no estuviera ebria y coqueteara con un japonés. ¿Un japonés? ¿Por qué no? Siempre hay alguno. Habría que saber si él también es escritor; y si lo es, si también está descartado. Frances me dice que nos vayamos. No tiene que pedírmelo dos veces. Salimos.

## PERSECUCIÓN

—NO QUIERO ASUSTARTE, FRANCES, pero creo que sí te persiguen.

—¿Lo escuchas?

—Desde que salimos del Kiko.

—¿Corremos?

—No, mejor vamos a la esquina y lo sorprendemos cuando voltee.

—Tú lo harás; yo corro.

—Corre, pues.

Mi Niña Símbolo se echa a correr. Ahí se va la pequeña. Parece un conejo asustado. Yo sigo mi plan, voy hasta la esquina y salto sobre el tipo. Era Aut.

—Idiota, ¿por qué persigues a Frances?

—A ella no, tonto; a ti. Solo quería decirte una cosa. Cuidate de Nunquam. Te odia, no sé por qué pero te odia. Para mí solo eres un tonto, una persona sin importancia a la que es divertido fastidiar porque se cree superior y le duele el estómago cuando la molestan. Pero lo de Nunquam... eso es otra cosa.

—Parece que la liga se ha disuelto.

—Habría que encontrar a Tunc; está perdido en su triunfo y Nunquam está muy envidioso por su éxito. A mí no me importa. ¿Sabes por qué? Porque a mí ya me cagaron.

—Y por eso cagas tú a los escritores.

—¿Escritores? Todos somos escritores. Todos tenemos cosas escritas y estamos convencidos de que son lo único bueno. Yo era un escritor de puta madre hasta que Tunc y Nunquam me jodieron. Ellos son como cuyes. Yo soy un cóndor, pero ellos se metieron en mi nido, se comieron a mis crías; hacen agujeros y nichos para todos nosotros. Me cagaron, finalmente me cagaron; hoy día lo he comprendido. Y te cagarán a ti, por más que te resistas. Y cagarán a todos; se cagarían a sí mismos si pudieran. O quizá es lo primero que hicieron.

—¿Y qué puedo hacer para no ser odiado?

—Fácil. Deja de escribir, como yo. Húndete.

## GABARDINA

CUANDO LLEGUÉ AL CEJ VI A FRANCES en la puerta de entrada, temblando. Le dije que era Aut, no el hombre de la gabardina.

—Lo sé —me dijo—. El hombre de la gabardina me siguió hasta aquí. Se acaba de ir. Se va cuando apareces tú. No soporto más, en serio; no lo soporto más. ¿Me abrazas?

## AGONÍA

TODA LA NOCHE HE ESCUCHADO los ruidos agonizantes del rinoceronte. Está muriendo. Sé que está muriendo. ¿Lo sabrá la Valenciana? Me coloco la almohada sobre la cabeza. No voy a salir.

## EL ESPEJO

AMANECE. ESTA MAÑANA SOY UN HOMBRE que se afeita frente al espejo. Como la primera vez. Los pájaros insisten con el nido. Mi imagen se duplica. Bien podría desaparecer.

Cuando salgo, veo a Mario revisando mis fichas. «Estás escribiendo algo nuevo, por lo visto», me dice. Le digo que sí. Sigue revisando. Me dice que le gusta mucho lo que ha leído. Me pregunta si tengo un plan. Le digo que sí, un plan de largo aliento, un auténtico plan. En esta novela, le digo, no se hablará sino de lo bello. Habrá que cuidarse de lo bonito.

—¿Y de qué tratará este libro?

—De mí —le respondí—, de mí y de todo lo demás.

## MILLER

DICE HENRY MILLER: «UN ESCRITOR es un hombre que tiene antenas; si él supiera lo que es, sería muy humilde. Se reconocería como un hombre poseedor de cierta facultad que está obligado a usar para servir a otros. No tiene nada de qué enorgullecerse, su nombre no significa nada, su ego es nulo, él sólo es un instrumento en una larga procesión».

## FAULKNER

DICE WILLIAM FAULKNER: «EL ARTISTA es responsable sólo ante su obra. Será completamente despiadado si es un buen artista. Tiene un sueño, y ese sueño lo angustia tanto que debe librarse de él. Hasta entonces no tiene paz. Lo echa todo por la borda: el honor, el orgullo, la decencia, la seguridad, la felicidad, todo, con tal de escribir el libro. Si un artista tiene que robarle a su madre, no vacilará en hacerlo; la "Oda a una urna griega" vale más que cualquier cantidad de buenas señoras».

## UNA FÁBULA DE POUND

«¿CONOCE USTED EL CUENTO del niño que está haciendo un dibujo?»

—¿Qué estás dibujando, Juanito?»

—A Dios.

—Pero nadie sabe cómo es Él.

—¡Lo sabrán cuando yo termine el dibujo!».

## CRIMEN

AL AMANECER NADIE ESTABA EN EL CEJ. Los escritores jóvenes se encontraban arrojados en el Kiko. Algunos se habían quedado dormidos a la vera de la carretera, compartiendo el pasto con los conejos muertos. Mario se levantó, cogió una bicicleta y salió a buscar algo de desayuno. Los escritores jóvenes lo saludaban como zombis. Mario volvió de inmediato al cuarto. «No salgas, todos están muertos», me dijo. Los organizadores habían estado recogiendo los despojos y metiéndolos en el auditorio. Querían obligarnos a firmar el manifiesto. Nos dijeron que quien no firmara el manifiesto no recibiría un certificado de Morillo. Un fotógrafo

pugnaba por hacer grupos para una foto en conjunto. Nadie quería dejarse fotografiar.

No hice caso a Mario y salí. El espectáculo era horrendo. Todos los escritores jóvenes luchaban por opinar, discutir, apabullar. Un ruido ensordecedor, una babel de egos. Así nos despedíamos del encuentro. Cada cual gritaba más que el otro. Empezaban a sobresalir los puños, los empujones. De pronto, uno de los uruguayos salió de un baño con la cara lívida. Parecía querer decir algo pero temblaba. Nadie le hizo caso hasta que gritó: «¡Han matado a Mboma!». Corrimos hasta el Kiko. Ahí estaba Mboma, arrojado sobre los sillones, con una flor púrpura en medio del pecho, de la cual brotaba demasiada sangre. Busqué a Aut con la mirada, pero ya no estaba ahí. Había huido. «¿Tú crees?», le pregunté a Mario, que miraba con una sonrisa la escena. «¿Aut? Es posible, todo es posible». Un policía empezaba a interrogar a todos. Nadie le hacía mucho caso. Los organizadores menos que nadie.

Entonces empezaron a llegar los periodistas. Los periodistas de verdad, no aquellos de culturales que nos enviaban los diarios para cubrir gacetillas. Los nombres eran reconocidos, sus caras salían en las revistas. Íbamos a salir en primera plana. Mboma era un candidato fijo para el Nobel de ese año. Un periodista dijo que Poliéster había declarado en Roma que a él también habían querido matarlo. Vinieron fotógrafos, primeros planos de Mboma, entrevistas a algunos escritores jóvenes. El uruguayo que advirtió el crimen se había desmayado. Los argentinos no daban declaraciones. Los venezolanos contaban los hechos paso a paso. El nombre de Aut se oyó en los pasillos. Alguien lo anotó al paso, con mala letra. Lo habían matado con un cortapapeles toledano. «¿Quién fue a Toledo esta semana?», preguntó alguien. Empezaron las elucubraciones. La policía pensó que era bueno que nadie se fuera del CEJ hasta que se aclarasen las cosas. El criminal nunca regresa al lugar del crimen; solo lo hacen los sobrevivientes, dijo Benjamin con gran acierto.



Cuando volvimos al CEJ era hora de almorzar. Hicimos una cola que demoraba, arrastrando los pies, comentando lo buen escritor que era Mboma. Había habido un crimen, pero no iba a ser el único.

## ATRAPADOS

MIENTRAS ALMORZÁBAMOS, DESCUBRIMOS que la policía había acordonado el lugar con una cinta de seguridad. Nadie podía salir y nadie podía entrar al CEJ sin permiso hasta que se hallara al culpable. El presidente de gobierno mismo estaba interesado en el caso. Era un gran admirador de Mboma. Los narradores jóvenes comíamos sin hablar, mirándonos las caras, consternados. De pronto, un uruguayo le preguntó al paraguayo pelucón si podía pasarle un pan. El paraguayo, en vez de alcanzarle la panera, cogió el pan y se lo lanzó con curva. El uruguayo se escabulló y el pan le cayó en la nuca a un venezolano. Este se levantó, buscó al culpable, vio a uno de Bilbao reírse y le arrojó un pan a la cara. Desde otra mesa alguien le mandó un pan al paraguayo, que respondió con otro. Empezó la guerra. Estábamos atrapados y usábamos los panes como proyectiles. Los panes cruzaban por todos lados, silbaban junto a nuestras orejas como balas. Benjamín, Mario, Frances, la pelirroja, el andaluz y yo huimos reptando del lugar. Volteé para mirar el espectáculo: un cielo cruzado de trozos de pan, gente agazapada detrás de su silla, escondiendo el rostro en los platos. Migajas en el pelo. Un pan que me golpeaba la nariz. Decenas de panes oscurecidos por la mugre, regados por el suelo.

## SALÓN DE JUEGOS

LA GENTE ESTABA DESATADA. Después de la guerra de los panes, hubo al parecer una fiesta nudista o algo por el estilo. También un

conato de huelga de hambre del grupo de valencianos, comandados por su James Dean. Las críticas se dirigían al gobierno abusivo, que no dejaba salir a nadie. Luego, pasaron a los temas de política doméstica, como los camioneros sin petróleo y los periodistas sin pensiones. La policía daba vueltas sin decidirse a actuar, pero era obvio que los agentes tenían ganas de repartir unos cuantos palazos. En medio de un corro de escritores, un cubano se había peleado con un dominicano. El dominicano acusaba al cubano de robo, pero todos sabíamos que era envidia porque los cubanos están de moda y los editores se los arrebatan unos a otros. Al final, un par de colombianos dijeron que la pelea les había recordado la coreografía de una discoteca *gay*. De hecho, decían, esos dos la tenían al palo.

Nosotros habíamos adoptado el salón de juegos de *Rayuela* como nuestro lugar de reunión. Mario logró reconstruir el PlayStation que había roto y lo hizo funcionar perfectamente. Conseguimos un disco nuevo (el *Winning Eleven Olympic 2000*, la versión mejorada del juego de fútbol que acababa de aparecer) y empezamos a hacer campeonatos con Benjamín, que no sabía jugar fútbol como sus demás compatriotas, pero en el *Winning Eleven* mostraba una habilidad natural. De vez en cuando, al enterarse de lo que hacíamos, también venían a jugar otros escritores. Los uruguayos, los españoles y los argentinos solían pasar por el salón de juegos. Los venezolanos también, pero siempre pedían juegos de pelea. Un chileno aseguraba haber ganado un campeonato de fútbol para PlayStation en su barrio, pero el muy idiota jugaba la versión de *EA Sports*, el horrendo *Fifa Soccer*. Perdió por goleada y no volvió a asomar sus narices. Tarde o temprano, los demás tampoco volvieron, al ser derrotados sin contemplaciones por Mario y, modestamente, también por mí.

Así que pronto el grupo original terminó siendo el único en el salón de juegos. Cuando Mario y yo nos trezábamos en un partido de aquellos que merecen durar quince minutos (yo escogía a

Manchester, me acababa de comprar al inglés Cole y estaba maravillado; Mario había preparado al Inter y se compraba unos jugadores estrambóticos como Wiltord, el francés ese que tenía un mechón de pelo blanco y parecía un *troll* antes que un jugador de fútbol), Frances se aburría. Decía que éramos unos obsesivos. Benjamín, en cambio, estaba maravillado del aura que desprendíamos. Era un choque de titanes. Los partidos terminaban cero a cero y nos íbamos a penales. Cuando uno ganaba en el tiempo reglamentario, la explosión de júbilo del otro era extraordinaria.

—Ni siquiera hablan —decía Frances—. Cuando estos dos se meten en su partido no existimos para nada.

—Te juego tres partidos seguidos o nada —le decía yo a Mario.

—A ese Cole ya lo tengo controlado, prepárate para llorar... Vas a tener el orgullo de ver a mi estimado Wiltord, que sentó en la banca al mismísimo Owen—bravuconeaba Mario.

—Ya dejen de jugar —gritaba la pelirroja—. Tenemos que ver cómo escaparnos de aquí.

—Déjalos que jueguen —decía su andaluz—, que estos dos son muy chistosos. Al final, no entiendo nada de lo que dicen. Y eso que los andaluces hablamos rápido.

—Está bien —decía Frances—, un partido y luego hablamos de lo que tenemos que hablar.

—Tres o nada —repetía Mario.

—Después del primero no vas a querer jugar nunca más en tu vida, maricón —anotaba yo antes del pitazo inicial.

## UN PLAN SOFISTICADO

COMO BENJAMÍN ERA MUY AFICIONADO a las novelas policiales, elaboró un plan muy sofisticado que incluía, creo recordar, la posibilidad de que uno de nosotros muriera. También Mario elaboró su plan, pero el suyo parecía más un capítulo de *Scooby Doo*. Compa-

ramos ambos planes —solo para no ofender a Mario— y optamos por el de Benjamín. Se trataba de una fuga en dispersión, desde varios puntos, todos al mismo tiempo. El problema principal no iba a ser la salida del CEJ sino el escape por la carretera. Sin la posibilidad de contar con un auto, lo mejor era que escondiéramos las bicicletas tras el follaje.

En el entretanto, nos enteramos de que habían encontrado la maleta de Aut. Al parecer, no había ahí nada más que ropa interior vieja y papeles amarillos dentro de sobres manila. Pensé que eran capítulos de su novela y me dio, no sé por qué, algo de ternura. Sin embargo, un par de horas más tarde los policías me llamaron. Fui a darles el alcance al cuarto de Aut, que estaba de cabeza. Todas las maletas abiertas, los cajones en el suelo, un cojín que había sido acuchillado para buscar en su interior drogas, misivas o qué diablos. Una imagen desoladora.

—Tenemos razones para pensar que usted era la próxima víctima —dijo el agente.

—¿Yo? ¿Por qué yo?

—Porque hemos encontrado una serie de papeles donde se lo menciona.

—¿A mí?

—En efecto, écheles usted un vistazo a estos papeles.

Leí algunos de los papeles que me daba el agente. Eran críticas destructivas contra libros que aún no había escrito. Estaban llenas de bromas, ironías, frases en doble sentido. Solo faltaba poner los títulos, que habían sido dejados en blanco y listo: al día siguiente de la aparición de cualquiera de mis libros, ya la Liga tendría una crítica en contra. Una de ellas, la más moderada, me llamó la atención. Decía su párrafo final: «Pese a los reparos antes expuestos, creemos que el autor es uno de los más importantes...» ¡Ah! Esos canallas sí que sabían dañar.

—Necesitamos entender el móvil que tuvo para matar a Mboma y quizá con usted lleguemos a saberlo ¿Tiene usted idea de por qué lo odiaba tanto?

—¿Yo? —dije, mirando al agente con unos ojos abiertos de *manga* japonesa y usando la voz más meliflua y cándida que me podía salir—. Pero si yo no le hago daño a nadie. Yo soy solo una persona que quiere escribir en paz.

### LA PRÓXIMA VÍCTIMA

CUANDO ABANDONÉ EL CUARTO DE AUT, corrí hacia mi habitación y me encerré en ella. Mario y Frances vinieron detrás de mí, me preguntaron curiosos qué me había dicho la policía. Les conté lo de las críticas destructivas y, además, sobre todo, lo de esa maldita crítica constructiva.

—¡Esos malditos me conocen muy bien! —grité.

—Guerra avisada no mata gente. Tú ya intuías lo de la crítica; no podían ser tan rápidos en leer tu libro y destruirlo —anotó Mario.

—Esos tipos de máquinas rápidas e ideas lentas... Debí sospecharlo desde un principio.

—¿Y de qué te quejas? —dijo Frances, un poco cansada de mí—. Paras quejándote de que nadie te hace caso, de que nadie reconoce tu talento. ¿Acaso eres incapaz de darte cuenta del lujo que es tener un enemigo literario?

—Vaya lujo —balbuceé.

—Sí, vaya lujo, deberías estar agradecido con esos tres. La mayoría de escritores tiene críticas condescendientes, que dicen «Quizá es uno de los mejores de tal o cual». Ese *quizá, quizá, quizá* siempre... Con eso no dicen nada, solo que les caes bien. Pero cuando alguien te ataca, te insulta, te odia... Para ese no hay *quizá*: tú eres el escritor, ya llegaste, eres el mejor y por eso tiene que exterminarte.



Los críticos son como alimañas; saben identificar el verdadero peligro, tienen olfato para eso. Ahora, deja de lloriquear como un idiota y ponte a escribir o Aut no va a querer asesinarte nunca más.

## LAS FEAS

EL SALÓN DE JUEGOS ESTÁ TRANQUILO. Benjamín y el andaluz juegan un partido de *Winning* sin mayor trascendencia. Mario está conversando con una pareja conformada por una brasileña y un canario. Dicen que se van a casar. Yo estoy sentado en un sofá mirando de reojo el aburridísimo partido, esperando a Frances que se ha ido al baño junto con la pelirroja. De pronto, me pongo de pie y salgo a caminar. La gente está nerviosa, es un hecho. Uno de los argentinos, el alto novio de Barbarella, se ha dejado la barba y parece un ogro. Todos están abotagados, reducidos, afeados. Ya no tienen fuerza ni siquiera para lanzarse panes. Una chilena que practica la cartomancia le lee las cartas a un panameño. Ambos tienen lágrimas en los ojos. El panameño pregunta si algún día saldremos de aquí. Un argentino conversa con otro, le dice que es probable que la ración de comida no sea suficiente y que el agua está llegando sucia. Las líneas de teléfono están cortadas y las noticias de que Aut se ha vuelto loco y quiere volver a matar a alguien son cada vez más fuertes. Delante de mí, una gallega pierde la compostura y se pone a gritar que la dejen salir. Sus amigos la levantan y se la llevan al cuarto. Uno de ellos aprovecha para acariciarle la rodilla. Y la pobre es muy fea, es horrenda, pero para el tipo, esa caricia parece ser una delicia. Da risa, pero la rodilla de la gallega parece una enorme huella digital, un callo.

Llego hasta la máquina dispensadora de Coca-Cola y busco en mis bolsillos una moneda. Encuentro una y cuando voy a meterla, siento una presencia que me espía. Es el mexicano de Jalisco, que se ha pasado en camiseta todo el encuentro. Me mira con ojos vidriosos. Parece un cerro inmovible, pero está absolutamente ebrio.

—Seguro tú eres un escritor regionalista —le dije.

—Pos sí —contestó.

—¿Y no tienes frío?

—Pos me aguanto.

Luego, saca del bolsillo de atrás de su pantalón una botella pequeña y se lleva a la boca un líquido blanco. Se lo toma como si fuera agua. Eructa. Vuelve a mirarme con los ojos cristalizados. Parece estar llorando. Saca una billetera y me muestra una fotografía. Se ve ahí a una mujer joven, de aspecto campesino, algo gorda y ajetreada, pero con una sonrisa contagiosa. A su lado, una niña idéntica a ella pero en escala. «Son mi esposa y mi hija», dice y se guarda la fotografía.

—¿Las extrañas? —le preguntó.

—Las odio —dice—, no sabía que eran tan feas.

—¿Feas?

—Feas, ya dije, feas; yo no sabía que eran tan feas.

Y su mirada se extravió por un largo pasadizo por donde la Valenciana, vaporosa, vestida de tules, se iba con paso lento rumbo a la fosa del rinoceronte. Detrás de ella iba Nunquam. Por primera vez pasó delante de mí sin mirarme. Estaba sucio, con el pelo apelmazado, con un olor a insecticida y una mancha de grasa que rodeaba el cierre del pantalón. Su mujer había recuperado la belleza pero él se había transformado. El rinoceronte daba un ronco alarido de muerte. La Valenciana se apresuraba hacia la fosa y Nunquam, detrás de ella, apretaba los puños.

## SALVACIÓN

CUANDO REGRESO AL SALÓN DE JUEGOS, un catalán al que llaman *Oreja* está jugando *Winning* contra Benjamín. Me alegra ver que Benjamín gana por amplio margen. Ha escogido a Italia y le está

haciendo el fabuloso candado, con Cannavaro, Nesta y Maldini. Aprovecha la velocidad de Totti y Del Piero en los contragolpes y listo, va tres arriba y el catalán putea. Eso está más divertido. El salón de juegos está más lleno que de costumbre. Los argentinos están haciendo cola para jugar contra Benjamín, que es su amigo. Los venezolanos quieren hacer apuestas como si fuera un taco. Un par de organizadores se han sentado en medio de todos e invitan whisky.

Frances ha regresado y conversa con Mario. Mario insiste en aquello de salvarla. Frances se ríe al principio pero poco a poco la veo más incómoda. Mario la toma de la mano, le da un beso y le dice: «¿Por qué? ¿Por qué quieres seguir escribiendo? ¿Por qué no me dejas que te salve?». Frances va a contestar, pero, en ese momento, escuchamos un aullido horrendo. El más horrendo que he oído en toda mi vida.

#### EL RINOCERONTE SALE DE SU FOSA

LA VALENCIANA CORRÍA HACIA NOSOTROS. Estaba casi desnuda, con el cabello despeinado y sus piernas largas, descubiertas, de rodillas perfectas, daban trancazos. Se arrojó en mitad de todos como una hetaira, una magdalena insuperable. «¡Nunquam!», gritó. ¿También habían matado a Nunquam?, pensé. Entonces era más que seguro que Aut era el criminal. Asustada y todo, la Valenciana se veía bella. Hay mujeres en las que el espanto resulta un magnífico maquillaje.

—¿También han matado a Nunquam? —preguntó Frances.

—No, él está matando. Es un asesino.

—¡Oh, no!, ¡Dios mío! —dijo uno de los organizadores—. ¿A quién? ¿Dónde está?

—Hay que avisar a la policía —gritó el otro.

—¿A quién está matando? —temí por la vida del jalisciense.

—¡Al rinoceronte! —gimió la Valenciana—. ¡Está asesinando al rinoceronte!

De inmediato corrimos hacia la fosa. El rinoceronte estaba fuera de ella. Era un animal hermoso, con una fuerza inusitada. Nos avergonzaba. Su fuerza, su orgullo, su cuerno enorme que arrasaba todo lo que se cruzaba en su camino. Un par de escritores jóvenes quedaron aplastados contra la pared. Un ecuatoriano que escribía novelas del tipo generación X intentó torearlo y terminó despanzurrado y sangrando. El rinoceronte corría como ninguno de nosotros podía haberlo hecho jamás. En sus ojos había vida, auténtica vida. Pero sobre su coraza, vapuleado pero sin caerse, con una varaafiladísima entre sus manos, estaba Nunquam. Una y otra vez metía la puya. El rinoceronte no conseguía sacárselo de encima y no parecía preocupado por eso, como si los fierrazos no le doliesen. Simplemente corría, corría velozmente, líricamente, haciendo sonar los cascos. Benjamín soltó el mando del PlayStation y nos gritó «¡Ahora o nunca!» y salió disparado. Los que estábamos en la confabulación fuimos tras él hasta el follaje donde estaban escondidas las bicicletas. «¡Separémonos en la carretera!», gritó Benjamín pedaleando con mucha fuerza. Todos pedaleábamos como dementes. La policía estaba consternada, no sabía si seguirnos a nosotros o detener la masacre de Nunquam. Antes de abandonar el CEJ le di la última mirada a su interior. El rinoceronte y Nunquam, luchando ante una nube de espectadores, se perdían en la línea opaca del horizonte.

## MUERTE DEL LEÓN

TODO LIBRO QUE SE TERMINA es como un león muerto, dijo Hemingway. Uno puede imaginar al cazador atisbando, agazapado, las huellas del león. Durante muchas noches ha soñado con él, años de años quizá, y ahora por primera vez intuye su presencia a pocos metros

y la posibilidad del enfrentamiento final. Calibra el viento, acalla los ruidos, enfila el arma. Al fin, el león aparece entre las ramas, aparentemente distraído. Todos los felinos, por más que uno se acostumbre a ellos, parecen hermosísimos. Y todos los leones, cuando están al frente, son enormes. Víctima y cazador se quedan mirándose. Todos los sueños, los días, los preparativos, las frustraciones, las dudas, las preguntas, las respuestas, todo lo que ha sido uno durante un largo periodo, todo eso es una justificación para ese instante en que la fiera y su asesino se quedan mirándose. El león quizá ruge. Él, definitivamente, dispara.

¿Qué se hace con un león muerto? Se le toma una fotografía, se admira su tamaño, su color, mientras se lo arrastra a la aldea. Un tipo le corta la cabeza, otro la enmarca y el cazador la colocará en la biblioteca. Un bello recuerdo, un *souvenir* africano, una anécdota que nunca se terminará de contar en las sobremesas. Pero para el verdadero cazador, como para el escritor auténtico, no hay recuerdos, *souvenirs* ni sobremesas. Mientras la cabeza del león despierta las emociones y los temores de los niños, el cazador sueña con nuevos leones.

*Aunque tenga que morir lo que yo amo, quiero mirar lo que renace*, dice un verso del poeta peruano Washington Delgado. Debería ser una suerte de regla para los escritores, un lema clavado sobre la puerta del escritorio o de la casa literaria. Para quienes no escriben, resulta una hazaña tan grande el imaginarse a alguien terminando y publicando una obra que pretenden halagarlo preguntándole por ella, recordándole pasajes, mandándoles saludos a los personajes. Los escritores mediocres, como aquellos millonarios que tienen la veleidad de creerse cazadores por un día, se solazan contestando esas preguntas, llenándose la boca recordando la cabeza de león que pende detrás de sus espaldas. Un verdadero escritor tiene la moral del buen cazador o la del buen amante; jamás habla de las fieras que mató, de las damas que fueron suyas. Morirá lo que amaron y aunque el cadáver sea espléndido como el de un león muerto, ellos insistirán en mirar lo que renace.



Suele suceder que la obra sea la coronación de una vida. Durante años, los escritores se dedican absolutamente a ese mundo paralelo de la ficción. Como un parásito, la obra no solo devora todo lo que el escritor sabe, piensa o vive, sino que incluso lo hace vivir, le hace saber cosas nuevas, que jamás habría querido experimentar, solo porque ellas hacen falta para la obra. Con la obra publicada, muere el león pero también el cazador. La persona que fue, que escribió cada línea, que sopesó cada pausa, cada coma del texto, muere con la obra. Y en la siguiente, el primer personaje que debe inventarse es él mismo.

#### UNA BANCA EN UN PARQUE

¿HAY FINAL? ALGUNAS PAREJAS DURAN para siempre. Una banca en un parque, un nombre grabado en la banca, aquello dura para siempre. No es fácil, pero puede intentarse. La vanidad no es eterna, eso sí es importante entenderlo. La vanidad pierde su sentido en la palabra *siempre*, a diferencia del amor. El viaje de la vanidad es un viaje necesariamente breve, el vuelo de una mariposa. Quizá ni el vuelo, tal vez solo el aleteo. Las alas suben y bajan, sístole y diástole, en el vacío. Así, la vanidad profunda desaparece y no queda nada. Quizá el silencio. Una luz atraviesa una calle desierta. Una pareja de novios camina abrazada, dejándose coronar por la luz intermitente. Cada treinta metros un poste de luz. Luego, la oscuridad. La vanidad puede ser un largo camino, pero perecible. La pareja se pierde. La vanidad es soledad porque es efímera y uno lo sabe mientras dura. Se desliza por mis brazos. Cierro los puños y la atrapo. La llevo hacia mi oreja izquierda; la derecha ha perdido agudeza desde que era un niño. Cualquier vanidad atrapada en un puño suena como una caracola que atrapa, en el breve espacio de sus pliegues, un espacio infinito.

## BESOS VOLADOS

LOGRAMOS ESCAPAR DE MORILLO, en bicicleta hasta la estación de buses y desde ahí hasta el aeropuerto. Cogimos un vuelo a Madrid. Benjamín y Mario se han hospedado en la residencia de estudiantes. Yo tengo un amigo de la universidad que me ha alojado. Frances y la pelirroja están en la casa de una tía millonaria de esta, que —según hemos descubierto recién— pertenece a una de las familias más ricas de Venezuela. El andaluz se fue a su tierra, pero ha prometido viajar a Madrid para encontrarse con la pelirroja. Nadie le creyó, pero no quisimos hacérselo saber a ninguno de los dos. Nuestro primer almuerzo en Madrid fue muy curioso. Frances se ha aparecido otra vez con cara de niño, con su gorro verde, tal como la vi por primera vez. Nos metimos a un McDonald's lleno de extranjeros, como nosotros, y pedimos lo más barato. Salvo la pelirroja, nadie tenía dinero. Como no había sitio, debimos comer de pie. Yo lo hice apoyando mi sándwich en la nariz roja de un payaso cuya cara hacía de buzón de basura. Era una comida horrenda, una situación horrenda, pero estábamos felices de estar a salvo y juntos. El rinoceronte pensaba volver por cada uno de los que se quedaran en Morillo, lo sabíamos. Pero con nosotros ya no podría.

Nos veríamos esa noche para comer en la casa de la tía de la pelirroja. Benjamín y Mario se despidieron, se iban a comprar música en una tienda donde los CD estaban con precio rebajado, y Frances y yo fuimos a pasear por un parque. Ahora estamos juntos, somos dos escritores jóvenes y pobres en Madrid. Compartimos un baguette. ¿La amo? Me pregunto si la amo. Le doy un beso y me pregunto si la amo. La abrazo y ella me hace un puchero. Maúlla como gato.

—Sácate el gorro, que pareces Tontín —le digo.

Se saca el gorro verde.

—¡Dios mío! Tu pelo...

—Me lo rapé esta mañana... ¿Te gusta?

—Creo que vamos a tener que terminar.

Y lloramos porque terminaremos y nos reímos de su calva y ella se ríe de mis dientes amarillos de tanta Coca-Cola y se pone celosa de la Valenciana y yo le saco en cara a sus novios y volvemos a besarnos y es raro besarla así, sin pelo, pero rico besarla con su colonia para niños, sus piernas delgadas que siento junto a mis piernas, sus senos puntiagudos que me hincan y me dan risa. ¿Es eso el amor?

—Leí el poema que escribiste en el avión —le dije—; es hermoso. Es una suerte que no te hayas dejado convencer de ser salvada por Mario.

—¿Insistes con esa locura?

—Para él no es una locura, es algo muy serio. La literatura es un oficio siniestro, lleno de envidias.

—Como si no lo supiera —dijo Frances—. Pero, ¿sabes qué? Eso les pasa a ustedes que se creen genios, que se sienten divas maravillosas, pero las cosas ya no son así. No entiendo adónde quieren llegar con ese divismo. ¿Llegar a ser Vargas Llosa o García Márquez? ¿Tener guardaespaldas como Salman Rushdie? ¿Aparecer en la carátula de *Newsweek*?

—No estoy con ánimo para una nueva Liga contra la Vanidad Literaria, Frances, así que si te vas a hacer la pura, la minimalista o no sé qué, la que solo quiere escribir para ser feliz, mejor dejamos esto aquí y se acabó.

—¿Así nomás? ¿Se acabó? ¿Tan fácil es todo?

—Así de fácil.

—Nomás te digo que hay otra forma de escribir. Y no es que me haga la pura, pero la verdad es que no me siento un genio ni una diva, y aun así creo que tengo cosas que decir. Nada más.

—Eso es inaceptable para mí —dije—, absolutamente inaceptable. Eso es un atentado contra la disciplina de la vanidad.

Nos quedamos en silencio un segundo, midiéndonos como dos boxeadores que recién se conocieran en medio de un cuadrilátero. De pronto, ella levantó la cara y me dijo, mientras un rayo de luz iluminaba sus ojos castaños y hacía brillar deliciosamente su cabeza de añorable erizo: «¿Pero aún me amas?». Y yo, como no supe qué responderle, le dije que sí. Y la besé. La besé largamente, hasta que ella dio un salto, como tocada por un cable eléctrico.

—¡Ahí está! —gritó—. No digas que no lo ves. Está ahí.

—¡Putá, es cierto, un hombre con una gabardina!

—Me ha seguido a Madrid.

—Una gabardina y un sombrero. ¿De qué se trata?

El hombre se acerca cada vez más. Ya no se oculta. Camina hacia nosotros y estamos temblando. ¿Qué puede ocurrir? Llega hasta donde estamos y se saca el sombrero. La cara me parece ligeramente conocida. Lo miro un minuto, él me mira menos que eso y voltea hacia ella. Esa cara... Pero, ¿dónde la he visto antes? Vuelvo a mirarla. Es una cara sombría que tampoco Frances alcanza a reconocer. Ella se agarra a mi brazo: «¿Qué quieres?», pregunta. El tipo balbucea. Yo estoy tan atravesado por el pánico y la curiosidad que no me atrevo a decir nada. Frances me da un pequeño empujón y me dice: «Vamos, pregúntale a este tipo por qué me persigue desde Morillo». El tipo vuelve a mirarme, como reprochándome también mi silencio. Sonríe con una risa quebrada, despectiva. Entonces lo reconozco. ¡Es Tunc! ¡Tunc!

—¡Tunc! —grito.

—¿Tunc? ¡Maldita sea! —le dice Frances—. Todo el tiempo me has estado siguiendo, qué idiota eres.

—Lo único que quiero decirte —dice Tunc sin inmutarse— es que este hombre no te conviene. Quizá piensas que lo amas y todo

eso pero no, no es amor, son solo besos volados. Pero yo, yo soy un amor para toda la vida.

Tunc da media vuelta y se aleja. Frances me mira, yo la miro a ella. «Un amor para toda la vida», repetimos sorprendidos. Y luego soltamos la carcajada.

## TENTACIÓN DEL ESCRITOR

LO DIJO PAVESE DE MANERA ESTUPENDA: «Haber escrito algo que te deja como un fusil disparado, todavía sacudido y quemado, vaciado de ti mismo, donde no sólo has descargado todo lo que sabes de ti mismo, sino también lo que sospechas y supones, y los sobresaltos y los fantasmas, lo inconsciente —haberlo hecho con larga fatiga y tensión, con cautela de días y temblores y repentinos descubrimientos y el entumecimiento de toda la vida en aquel punto; darse cuenta de que todo esto es como nada si una señal humana, una palabra, una presencia no lo acoge —lo calienta— y morir de frío —hablar en el desierto— ser sólo noche y día como un muerto».

## LA VERÓNICA

Regreso a Lima con Mario, que se ha quedado dormido. El muy maldito no les teme a los aviones. Yo estoy aferrado a los brazos de mi asiento y pienso en Frances. Linda, inteligente, una niña que toma mucho café. Me ha pedido que nos encontremos otra vez en Madrid, el próximo año, para vivir juntos. Quizá lo haga, le digo, pero me temo que no querré salir de Lima nunca más. ¿Para qué emigrar? Y, por otro lado, ¿por qué no hacerlo? Cualquier cosa estará bien, si es que estoy cómodo y puedo escribir. Es curioso, pero todo encuentro de escritores jóvenes termina siendo una verónica, un muro de los lamentos, un largo pañuelo en el que se



plasman las lágrimas y el moco de la muerte del *boom*, las editoriales que desprecian a los escritores jóvenes, el fin del compromiso social, los latinoamericanos que no podemos publicar más que en nuestros países y con dinero de nuestros bolsillos. ¡Bah! Ninguno de estos escritores entiende el verdadero sentido de asumir una disciplina, el rigor auténtico de la vanidad. Aficionados, simples aficionados. Y es que, por vanidad, no participo de aquella verónica. Por vanidad puedo vivir en una cáscara de nuez y sentirme el rey del universo.

LA DISCIPLINA DE LA VANIDAD DE IVÁN THAYS  
SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE

**TAREA ASOCIACIÓN GRÁFICA EDUCATIVA**

PASAJE MARÍA AUXILIADORA 156 - BREÑA

Correo e.: [tareagrafica@terra.com.pe](mailto:tareagrafica@terra.com.pe)

TELÉF. 424-8104 / 332-3229 FAX: 424-1582

NOVIEMBRE 2000 LIMA - PERÚ

## Próximos títulos de esta serie

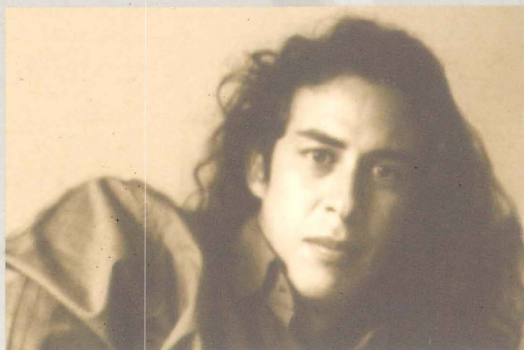
Ficciones ENSAYO

EDUARDO CHIRINOS  
*EPÍSTOLA A LOS TRANSEÚNTES*

Ficciones NARRATIVA

JULIO ORTEGA  
*HABANERA*





**IVÁN THAYS**

### La disciplina de la vanidad

Los escritores son pájaros que acopian ramas y hojas secas sin saber bien para qué, hasta que un día saben, por naturaleza, que con esos retazos deben construir un nido, la obra literaria. Esta novela presenta todo ese proceso, desde el acopio hasta la creación, a través de una suerte de retrato del artista adolescente de fin de siglo, donde la disciplina ética y religiosa se ha trastocado por una disciplina nueva, pero igualmente implacable: la vanidad. Iván Thays confirma en este libro divertido e inteligente por qué ocupa un lugar de excepción en la narrativa latinoamericana contemporánea.

